

Universidad del Salvador

Facultad de Ciencias de la Educación y de la Comunicación Social

Ciclo de Licenciatura en Periodismo



Tesis monográfica

La revista El Porteño y su legado periodístico

Historia de la publicación a la luz de sus protagonistas y
su tiempo

Por Eduardo Nahuel Coca

Director/a de la Carrera de Periodismo: Lic. Ana Laura García Luna

Tutor/a de la tesis monográfica/tesina: Prof. María Cristina Calderaro

Asesor metodológico: Prof. Leonardo Cozza

Asignatura: Tesina

Cátedra: Ciclo de la Licenciatura en Periodismo

Buenos Aires, mayo de 2014

Alumno: Eduardo Nahuel Coca

Email: nahuelcoca@gmail.com

Teléfono: 15-3068-2491 / 4951-7034

ABSTRACT

En la presente tesis monográfica se desarrolla la historia de la revista El Porteño, una publicación que salió a la calle en enero de 1982 y que cerró en febrero de 1993.

El objetivo de este trabajo es determinar cuál fue la importancia que tuvo la revista en la historia reciente del periodismo argentino.

Se parte de la hipótesis de que la revista fue determinante para toda una generación de periodistas que luego protagonizaría el periodismo en democracia. Para indagar en esta cuestión se hicieron entrevistas en profundidad, personales e inestructuradas a algunos de los integrantes de la publicación en sus distintas etapas. Por otra parte, se realizó un análisis cualitativo de la colección completa de la revista.

Para brindar un marco histórico que facilite la comprensión a futuras generaciones, la primera parte del trabajo resume y relaciona algunos de los hechos más importantes ocurridos entre 1976 y 1994.

PALABRAS CLAVES: Historia – Periodismo – El Porteño

Índice general

▪ La revista El Porteño y su legado periodístico	1
• ABSTRACT	2
• Introducción	6
- Hipótesis y objetivos	8
- Metodología	10
▪ Método biográfico	11
- Marco teórico	16
• Parte 1: Argentina en la década perdida: breve contexto histórico del período de desarrollo de El Porteño	20
- La instauración del modelo liberal (1976-1980).....	20
▪ La represión.....	21
▪ Los cambios socio económicos	23
▪ La violación del derecho	28
- Antes de amanecer, cielo rojo: la Guerra de Malvinas (1980 – 1983).....	33
▪ Crónica de una invasión anunciada.....	39
- La democracia, su promesa de Justicia: las elecciones de 1983	47
- La primavera alfonsinista y el Juicio a las Juntas	51
- Aprietes económicos y militares a la democracia	55
▪ Plan Austral, Plan Primavera y “la híper”	62
▪ El Plan Primavera.....	66
- Plan de reforma del Estado (“nada de lo que deba ser estatal...”).....	67
- Los primeros años del menemismo	74
• Parte 2: Historia de El Porteño	85
- Nacimiento en dictadura.....	85
▪ Número 0.....	87

▪	Integrantes de la primera redacción	88
▪	Cuánto costaba hacer una revista en 1982	89
-	Postura política frente a un proceso dictatorial desgastado.....	91
▪	Guerra de Malvinas	91
▪	La denuncia de los crímenes de la dictadura y la bomba a la redacción.....	93
▪	La esperada transición: el planteo de ideas en las páginas de El Porteño, buscando un modelo de país.....	98
▪	La Porteña, Cerdos & Peces: la diversidad cultural y la igualdad de género como bandera editorial	101
-	El Porteño en democracia.....	104
▪	Cobertura del Juicio a las Juntas	107
▪	Periodismo cooperativo como modelo de subsistencia.....	108
▪	Postura política frente a un proceso democrático desgastado. Los periodistas y su lectura de los conflictos sociales desde posturas políticas definidas.	112
-	Periodismo de investigación.....	116
▪	La corrupción como herencia del Proceso	118
▪	Denuncia de la violencia (para) Estatal.....	120
▪	El asalto al cuartel de la Tablada.....	122
-	Legado de El Porteño	126
▪	El Porteño como germen de Página/12.	128
•	Conclusiones	132
-	Otra noticiabilidad.....	132
-	Todos los públicos, el público.....	134
-	Periodistas idealistas frente a periodistas militantes	136
-	Vuelta de Página.....	138
-	“Su influencia está por todas partes”.....	140

- **Bibliografía** 142
- **Reseña**..... 147
- **Apéndice**..... 162
 - Entrevista a Eduardo Aliverti 162
 - Entrevista a Eduardo Blaustein 169
 - Entrevista a Eduardo de la Fuente..... 179
 - Entrevista a María Eugenia Estenssoro 184
 - Entrevista a Alberto Ferrari..... 191
 - Entrevista a Rolando Graña..... 201
 - Entrevista a Marcelo Helfgot 213
 - Entrevista a Hernán Invernizzi 215
 - Entrevista a Gabriel Levinas 229
 - Entrevista a Omar Quiroga..... 231
 - Entrevista a Ricardo Ragendorfer 235
 - Entrevista a Eduardo Rey 244
 - Entrevista a Juan Salinas 251
 - Entrevista a Julio Spina 259
 - Entrevista a Alejandro Tarruela 270
 - Entrevista a Olga Viglieca..... 273
 - Entrevista a Gerardo Yomal..... 283
 - Tapas de El Porteño..... 290

Introducción

Terminaba 1981 y la sensación de varios periodistas e intelectuales era que al Proceso de Reorganización Nacional le quedaba poco tiempo. No se podía ver concretamente en qué momento se haría la apertura, pero todos presentían que sería pronto. Un poco por incontenible necesidad y un poco por previsión, varios intelectuales y periodistas empezaron a prepararse para destapar las conciencias y curar con colores, con luces y con sombras las heridas de la más cruda dictadura de la historia argentina, como quien cura una muestra de arte plástica. Asiduos de las galerías, los dos responsables de empezar esta historia tuvieron una idea.

Por un lado, Gabriel Levinas era un joven marchand, hijo de una familia adinerada que iba y venía de Buenos Aires a Nueva York y siempre volvía con ideas que él creía se podían aplicar en Argentina para romper un poco la pacatería de una ciudad entonces sí aislada del mundo y con miedo a manifestar una resistencia colectiva a la represión. Por el otro, el escritor y periodista Miguel Briante sería quien pusiera una experiencia ganada entre redacciones y escenas noctámbulas de un escritor maldito, que bien podía jactarse de conocer a todos los borrachos del Bar Bar O, de ser el más violento borracho de La Paz o uno de los mejores críticos de arte plástico del país.¹ Cuando no estaban de viaje o desmayándose en mesas de cafés, Levinas y Briante visitaban galerías y entre cuadro y cuadro planeaban una publicación que habría de transformar el periodismo argentino. Esta es la historia de la revista a la que dieron nacimiento en enero de 1982 y que llamaron El Porteño.

Lejos del glamour de la revista Gente o de la Para Ti, la tapa del primer número² mostraba el rostro ajado de un toba (hoy reconocidos como qom) y ofrecía un informe especial sobre la situación de los aborígenes en la Argentina. Desde ese número, todos los temas sensibles de la realidad nacional encontrarían en la revista un canal hacia un creciente lectorado que no se contentaba con pensar que eso era todo y que la historia se había terminado con el destierro y la muerte de unos y la victoria de otros.

Temas que no encontraban páginas en ninguno de los medios formales - Derechos Humanos, desempleo, deuda externa, violencia de género, discriminación contra las minorías,

¹ Carlos Ulanovsky; *Parén las rotativas: Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Buenos Aires, Espasa, 1997. Pág. 291,

² El Porteño, Año 1, Número 1, Enero 1982.

corrupción, vanguardias culturales, crimen organizado – tendrían en El Porteño un lugar privilegiado y harían que la revista fuera reconocida como la que hablaba de esas cosas que los otros callaban. El Porteño nunca planteaba el “no te metas” sino por el contrario, obligaba a pensar en temas incómodos, que pocos años antes habían metido en problemas a muchos jóvenes y profesionales intelectuales, presos, muertos, desaparecidos y exiliados por millares.

Con los militares en el poder la revista era un canto a la libertad en sí misma. Cualquier minoría cultural podía encontrar en sus páginas un canal de comunicación en esos tiempos de silencio, o un espejo, un breve espacio una vez por mes para reconocerse igual pero diferente. Esa actitud valiente frente a los temas sensibles haría que la redacción de la revista fuera blanco de una bomba después de la publicación de la primera investigación sobre robo de hijos de desaparecidos, nacidos en cautiverio.

Ya sin los militares en el poder, la revista formaría un activo espacio de contacto entre algunos de los jóvenes más brillantes de su generación y algunos de los periodistas más entrenados de la generación anterior. En su redacción se encontrarían los que se habían quedado, los que se habían ido, los que estuvieron presos y los que habían crecido en dictadura. Entre todos moldearían una forma de hacer periodismo que perdurara hasta nuestros días.

En una segunda etapa de su existencia, hacia 1986, la revista se constituyó como cooperativa, permitiendo una experiencia de organización mucho más horizontal que la que se vivía en las redacciones en general y en su misma redacción en particular hasta ese momento.

Esa experiencia cooperativa arrancararía como un ensayo editorial de un grupo de periodistas – Tiffenberg, Aliverti, Lanata - que muy poco después fundarían el diario Página/12. La cooperativa El Porteño seguiría hasta febrero de 1994 pero a partir de entonces como un satélite de Página, que rápidamente se convirtió en una de las experiencias más transformadoras del periodismo gráfico argentino.

Una tercera etapa de la revista intentaría sobrevivir la década del 90, con el nombre El Nuevo Porteño. Una cuarta experiencia en 2000 duraría pocos números, en medio de la peor crisis y las dificultades dialécticas causadas por ésta. Ambos intentos de relanzamiento no constituyen objeto de estudio del presente trabajo por considerárselos menos trascendentes que la

experiencia original y por no haber durado, en ninguno de los dos casos, más que unos pocos meses.

Esta revista es recordada por quienes la conformaron como una experiencia definitoria en sus carreras periodísticas. Sin embargo, sus páginas no salen a la luz de los pocos archivos en los que todavía se conservan. Los estudiantes de periodismo ignoran que muchos de aquellos periodistas que hoy ven en televisión estrellados al éxito, obsesionados por el rating, alguna vez fueron jóvenes, idealistas y valientes. Estos jóvenes alguna vez esgrimieron una máquina de escribir con un romanticismo que ya perdieron y desde ese lugar hicieron algunas de las piezas más rescatables del periodismo en democracia.

Hipótesis y objetivos

Este trabajo parte de la hipótesis de que la revista El Porteño marcó a una generación de jóvenes periodistas que pasaron por ella. Muchos de los objetivos originales requirieron aproximaciones diferentes.

Fue necesario indagar a los fundadores de la revista y realizar un perfil aproximado de sus puntos de vista de la actualidad de entonces, para entender qué los llevó a un emprendimiento como ése.

Para poner en contexto las decisiones de sumario de los responsables de cada etapa fue necesario indagar en el momento político, económico y social de cada edición, para lo cual fue de mucha utilidad el resumen histórico de la primera parte.

Entender el alcance real de las notas publicadas en la revista requirió un análisis detallado del impacto que tuvieron las investigaciones de los periodistas de El Porteño en la opinión pública y el campo de la política, así como sus consecuencias judiciales o criminales. Para esto fueron consultados expresamente algunos de los más importantes redactores que tuvo la revista, como Alberto Ferrari o Juan Salinas, que fueron perseguidos judicialmente por su trabajo profesional.

El repaso de las características técnicas de la publicación (sus costos de producción, las dinámicas de trabajo, las complicaciones en su diagramación y publicación) surge del testimonio de quienes estaban a cargo de esas tareas en distintos momentos de la revista. Esos testimonios alcanzan para entender las dificultades que implicaba editar una revista chica en tiempos de crisis económica permanente.

De forma un tanto anecdótica surge la descripción de algunas de sus sub ediciones como La Porteña y Cerdos y Peces o sus intentos póstumos de relanzamiento, que en realidad no fueron más que un eco fragmentado de la experiencia original, que es la que se rescata en todo momento.

El capítulo referido al legado de la revista requirió el entrecruzamiento de varios testimonios originales con entrevistas publicadas en medios gráficos y con libros de investigación sobre la historia de los medios. Así se consigue probar más allá de ninguna duda el origen de Página/12 en la redacción de El Porteño, uno de los puntos más contundentes de cara a la comprobación de la hipótesis.

La identificación de la postura política de los periodistas que hicieron la revista no implicó realmente demasiada investigación ya que en la mayoría de los casos siguió una misma línea de pensamiento político desde los tiempos de la revista hasta el presente, con una mirada compartida por la gran mayoría de los entrevistados sobre los problemas sociales tanto en tiempos de la revista y en el presente. Esa mirada se aplica también en la mayoría de los casos al estado de la profesión y al proceso de degradación que sufrió con la concentración mediática, la desregulación laboral y la llegada de las nuevas tecnologías.

En ese mismo camino, los motivos que llevaron a El Porteño a desaparecer se plantean en términos más políticos que concretos, como una serie de causas inevitables que llevaron a la revista a un dilema en el que sus miembros debieron elegir entre cerrarla o arriesgar la integridad moral del proyecto para mantener la regularidad.

La dinámica de la cooperativa a la hora de llevar adelante la revista fue uno de los temas que más color aportó y que a la distancia sirve para repensar los vicios y ventajas del trabajo colectivo en la prensa gráfica.

Otro aspecto colorido fue la relación de El Porteño con las figuras de la cultura de la época, aunque no fue considerada una cuestión para nada central de este estudio. Sí lo fue la postura de la revista frente al movimiento por los derechos humanos y la importancia de la misma durante el retorno de la democracia. Parte de este enfoque comprende también la relación de la publicación con el grueso de las libertades individuales, la elección de género, el consumo de drogas, etc.

Algunos de los interrogantes que se buscará contestar en este trabajo serán:

¿Cómo surgió en tiempos de una dictadura genocida?

¿Quiénes la conformaron, y de dónde provenían?

¿Cómo se financiaba y producía? ¿Por qué etapas pasó?

¿Qué cambios vivió con la apertura democrática?

¿Qué temas y personajes salían en sus tapas?

¿Qué sucesos históricos cubrió la revista?

¿Cómo se comportó frente al gobierno de Carlos Menem?

¿Por qué dejó de publicarse?

¿Cuál era la dinámica productiva en una revista con fuerte contenido político y cooperativa?

¿Qué recuerdo tienen de El Porteño los periodistas que trabajaron en ella?

Metodología

La finalidad de este trabajo es la de rescatar el legado de oficio periodístico que transmitió la revista, tanto en sus notas como en los recuerdos de los periodistas que la formaron. Para hacerlo es necesario indagar en sus memorias y testimonios.

El registro y el análisis de los relatos de vida conocido también como método biográfico es el que más se ajusta a los requerimientos de este trabajo.

Método biográfico

Se conoce por este nombre al conjunto de técnicas metodológicas basadas en la indagación no estructurada sobre las historias de vida, tal como son relatadas por los propios sujetos. Ana María Kornblit³ asegura que este método recobró relevancia en las últimas décadas como consecuencia de la diversidad de sentidos atribuidos por las personas a los acontecimientos vitales por los que han atravesado, en un contexto social en el que predomina diversidad de referencias. Citando a Santamarina y Marinas⁴, Kornblit abona la teoría de que la sociedad anónima mediatizada hace más necesaria la tarea de reconstruir tanto la propia historia como la colectiva.

Mientras las experiencias particulares recogidas en las historias de vida permiten recuperar los sentidos ocultos tras la homogeneidad y dispersión digitalizada de los datos cualitativos, también permiten vislumbrar un mundo íntimo de significaciones analógicas, dejando abierto el desafío de volver a insertar esos sentidos en el contexto social del que surgen, con un aporte de significaciones novedoso, que permita una nueva lectura. Esta es la “única vía – dice la autora - de trascender lo particular y construir un saber más denso sobre lo social”.

Desde esta mirada, hay dos tipos de relatos posibles: las historias de vida y los relatos de vida. Las primeras implican un rastreo detallado de la trayectoria vital de una persona, al modo de un estudio de caso. Se elige a una o a varias personas que se consideran prototípicas del tema a estudiar y se hacen varias entrevistas.

En cambio, los relatos de vida son narraciones biográficas acotadas por lo general al objeto de estudio del investigador Aunque pueden abarcar la amplitud de la experiencia de vida de una persona, se centran en un aspecto particular de esa experiencia. Por lo general, se le realizan entrevistas a un número variable de personas que han atravesado por la misma experiencia.

³ Ana Lía Kornblit. Metodologías cualitativas: modelos y procedimientos de análisis. Biblios (segunda edición), Buenos Aires, 2007.

⁴ Santamarina, C. y J. Marinas (1999) en Kornblit, Ana Lía, Op. Cit. Página 15.

Los relatos de vida pueden ser usados en tres momentos del proceso investigativo⁵:

1) Fase de exploración: como iniciación en un estudio, con el objetivo de descubrir los núcleos de la temática a desarrollar.

2) Fase de análisis: en la construcción de una teoría para mostrar el equivalente, al nivel de las representaciones de las personas, de lo que se está estudiando. Pueden ser también el esbozo de una tipología.

3) Fase de síntesis: como modo de mostrar resultados, eligiendo los casos modelo como ejemplos de las conclusiones alcanzadas.

La más usada es la segunda, la fase de análisis; existen dos formas básicas que pueden adoptarse en la realización del mismo. Por un lado, la modalidad *hermenéutica*, que consiste en el descubrimiento de los significados que transmiten las personas que relatan sus vidas, y la *etnosociológica*, que consiste en acceder mediante los relatos a los referentes contenidos en ellos, que dan cuenta de relaciones, normas y procesos que estructuran la vida social. Se trataría así de revelar las instituciones sociales a través de las voces individuales.

Por su parte, Santamarina y Marinas⁶ afirman que no son dos sino tres los modelos de análisis para los relatos de vida:

***La perspectiva estructuralista** (similar a la etnosociológica en Bertaux), que consiste en la realización de un recorrido lo más exhaustivo posible de la pluralidad de situaciones e informantes pertinentes para mapear el campo de estudio. Existe una fuerte primacía del modelo teórico, que dirige el relevamiento de datos, descartando lo que a priori se consideran como no pertinentes. Se busca la saturación de los datos, el momento en el que los nuevos datos no aportan a los datos ya revelados.*

***El modelo hermenéutico** (coincidente con el de Bertaux) que consiste en el análisis en profundidad de uno o de varios textos, concentrándose en el texto mismo con el propósito de descubrir los sentidos ocultos. Se trata de poner en juego una*

⁵ Bertaux (1989) en Kornblit, Ana Lía, Op. Cit. Página 16.

⁶ Ídem.

comprensión intensiva, guiada por un marco teórico que puede ser sociológico, historicista o psicoanalítico.

La comprensión escénica, que no consiste en encontrar un sentido oculto porque no existe tal sentido, sino en imponer una interpretación del investigador sobre el mismo relato. Para este tipo de relato se actualizan tres tipos de escenas, que son las vividas en el pasado, en el presente y en la entrevista.

Durante el presente trabajo, la recopilación de relatos se hizo en una etapa de análisis y desde una perspectiva etnosociológica-estructuralista, buscando siempre información referida a las normas y procesos de producción que guiaban la actividad periodística de quienes conformaron la publicación objeto de este estudio.

Los relatos fueron ofreciendo distintas dimensiones de lectura, en función de las significaciones vertidas por los distintos entrevistados. Según Kornblit hay tres tipos de dimensiones identificables en un relato:

La realidad histórico-empírica, el trasfondo en el que se desarrolla el relato de vida: no trata de tener en cuenta solamente la sucesión de hechos ocurridos durante el tiempo histórico que ocupa el relato, sino el modo como han sido vividos por el sujeto. Los enlaces entre el tiempo histórico colectivo y el biográfico, tal como son puestos por el entrevistado y reinterpretados por el investigador, constituyen una dimensión que no puede estar ausente en el análisis de los relatos de vida, en la medida en que las historias de las personas no son estrictamente individuales, sino que representan la faceta personal de los cambios sociales. Los relatos de vida recuperan los saberes particulares surgidos de experiencias muchas veces compartidas, pero no por ello vividas como comunes.

La realidad psíquica: son los contenidos semánticos con que el sujeto describe su itinerario biográfico. Implica la idea de que se accede al sentido atribuido por el sujeto a los acontecimientos de su historia vital. Es el reconocimiento de que los relatos que transmite el entrevistado son construcciones realizadas por él sobre su

historia, producto de una resignificación del pasado a partir del presente. A su vez, la interpretación que el investigador realice del relato dependerá de los recursos que su imaginación sociológica le permita poner en juego. En una sociedad masificada como es la actual, donde los discursos públicos quieren llegar al máximo posible de personas, homogeneizando los contenidos y dando por supuesto receptores también homogéneos, las historias de vida constituyen un reducto para los relatos sobre la intimidad, aunque ella deba ajustarse a ciertos patrones sobre lo que es transgresor y lo que no. Los referentes semánticos privilegiados en las historias de vida son los que remiten a la identidad de los entrevistados, espacio central de la vida del sujeto, en el que intervienen su trayectoria de vida y las variantes del hacer y del ser a lo largo de la misma, con sus subculturas de pertenencia y referencia.

La realidad discursiva del relato: *tal como se produce en la entrevista, es la comprensión de la escena mencionada anteriormente pero a través de la mirada del receptor. Considera el hecho de que lo narrado incluye al destinatario (en este caso, el investigador) como organizador obligado de la mirada del sujeto relator. Así, el relato surge como parte del encuentro con el otro y no puede ignorarse que su producción estará influida por una serie de presupuestos vigentes para ambos protagonistas de tal encuentro, tanto a nivel de los contenidos como en el nivel formal. El género, la clase social, los grupos de referencia, la trayectoria personal, las representaciones sobre sí mismo y sobre el interlocutor, son condicionantes de la forma de los relatos. Estas tres dimensiones dan lugar a aspectos diferentes que pueden profundizarse en mayor o menor medida según los intereses del investigador, pero es importante tener en cuenta que están entrelazadas en el texto a analizar.*

Las tres realidades conviven inevitablemente en las historias de vida registradas en las entrevistas, y que todas cuentan con un tema de conversación, con una mirada por parte del emisor-relator y una lectura por parte del receptor-investigador. Estas tres dimensiones, que están entrelazadas y superpuestas, pueden sin embargo dejar en evidencia dificultades del investigador para la lectura de las significaciones del relato de vida. Para evitar la más automática de esas limitaciones, que sería la falta de “recursos sociológicos” como se acaba de explicar, o por decirlo de otra forma, una ausencia de espacios y de referentes semánticos comunes que dificulte hablar de los mismos temas en la misma dimensión semántica con los

entrevistados, es que se optó por realizar un marco histórico en la primera parte de este trabajo. Antes de dar al lector los elementos de contexto histórico al tema de estudio para comprender el análisis posterior, la redacción del resumen histórico fue necesaria para la correcta interpretación de los datos en la etapa de las entrevistas y el análisis posterior; esa demora permitió empero situar los relatos de vida correctamente en su tiempo y lo más importante, en el marco de los grupos de pertenencia y referencia a los que pertenecieron los entrevistados.

En aras de la transparencia y dando la bienvenida a las críticas que puedan caberle a este trabajo, el texto completo de las entrevistas analizadas puede encontrarse en el anexo.

Se intentó realizar la mayor cantidad de entrevistas; en total fueron entrevistados 19 periodistas de más de 30 contactados en un primer momento, que por diversos motivos no quisieron prestar su testimonio para este trabajo, como fueron los casos de Ernesto Tiffenberg o de Jorge Lanata. Estas entrevistas fueron personales, realizadas casi siempre en espacios públicos de la ciudad de Buenos Aires y el audio de las entrevistas fue grabado en formato digital. Sólo los encuentros con Eduardo Rey, Omar Quiroga y Juan Salinas fueron registrados en video para su utilización en otro trabajo sobre el mismo tema, presentado para la materia Tecnología Cinematográfica.⁷

Siempre en torno de la revista El Porteño y el paso de los periodistas por sus filas, el cuestionario de las entrevistas sin embargo varió en cada caso, privilegiando el relato propio de cada entrevistado y el orden cronológico que indicaba su memoria. En algunos casos se guiaron hacia temas concretos para recuperar información sobre algunos hechos puntuales en la historia de la revista, y en otros casos se dejó que los entrevistados hicieran un relato más libre de sus vivencias.

⁷ El corto documental “Historia de la revista El Porteño” fue elegido por la profesora Andrea Scroca para su competencia en el X Encuentro Nacional de Carreras de Comunicación (Posadas, 5 al 7 de septiembre de 2012) en el rubro “Nota de Investigación Periodística Audiovisual”, obteniendo el primer premio.

Marco teórico

Para el resumen histórico desarrollado en la primera parte, se toman como marco las tres últimas décadas del Siglo XX. Si bien el período elegido excede en varios años a la existencia de la publicación, se buscó delimitar los procesos históricos que explicaran mejor el desarrollo de la misma. Por este motivo se parte desde los crímenes impunes de las dictaduras militares en América Latina (comienzos de la década de 1970) hasta el período de crisis social y la reducción del Estado nacional en manos de las corporaciones financieras (mediados de la década de 1990). Lo que podría entenderse en las categorías: golpe militar, dictadura, guerra de Malvinas, apertura democrática, alfonsinismo y menemismo.

La elección de este período fue hecha desde la creencia de que el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional se trató de un intento drástico de un sector por eliminar de la Argentina el movimiento político de origen popular que había surgido de las organizaciones obreras más de medio siglo antes, y cuya actividad en los años previos al golpe se había tornado intolerable para los miembros del sector que se hacía llamar “reserva moral de la Patria”. El libro de referencia usado para este análisis es *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*, del historiador Marcos Novaro⁸.

Para definir la importancia de las publicaciones periódicas en la sociedad que las consume se recurrió a conceptos del investigador Marshall McLuhan. El canadiense observó que, ya instaurada la TV como medio masivo de entretenimiento, las pequeñas revistas culturales duplicaban sus ventas por dar información y tratamientos que ni las revistas de la competencia, ni los diarios, la radio o los breves telediarios daban, y eso fue exactamente lo que pasó con la publicación objeto de este trabajo. Dice McLuhan:

“Las revistas de noticias no ofrecen ventana alguna al mundo como lo hacían las viejas revistas ilustradas sino que presentan imágenes corporativas de la sociedad en acción. Mientras el espectador de una revista ilustrada es pasivo, el lector de una revista de noticias llega a implicarse en la construcción del significado de la imagen corporativa. De este modo, el hábito de intervención en la imagen de la televisión ha dado gran vigor al atractivo de estas revistas de noticias pero al mismo tiempo, ha

⁸Marcos Novaro. *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Edhasa, 2006.

disminuido la atracción de las viejas revistas con artículos ilustrados. Tanto el libro como el diario son de naturaleza confesional pues, por su mera forma, crean el efecto del relato interior, cualquiera que sea su contenido. De igual modo que la página del libro va dando el relato interior de las aventuras mentales del autor, también la página de prensa da el relato interno de la comunidad en acción e interacción. Es por este motivo que parece que la prensa esté desempeñando su función cuando pone al descubierto el peor lado. Las noticias verdaderas son malas noticias (para alguien o acerca de alguien)”⁹

Ese lado “peor” que describe McLuhan y la función social de las publicaciones periódicas al revelarlo es quizás el área en la que mejor se desempeñó la revista El Porteño. Este trabajo también está apuntado a revalorizar la importancia de estas publicaciones y a repensarlas frente a las profundas transformaciones que vive la prensa escrita desde la llegada de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

A la hora de describir el funcionamiento que tenía la revista y comentar las dificultades con las que se encontraban sus miembros, se tendrá en cuenta el concepto de “Newsmaking” descrito por Mauro Wolf, que por un lado contempla la cultura profesional de los periodistas y, por el otro, la organización del trabajo y de los procesos productivos. Respecto de la primera cuestión, y haciendo mención nuevamente a la ideología del periodista, dice Wolf:

“En la producción de información de masas tenemos, pues, por un lado, la cultura profesional, entendida como un inextricable amasijo de retóricas de fachada y astucias tácticas, de códigos, estereotipos, símbolos, tipificaciones latentes, representaciones de roles, rituales y convenciones, relativos a las funciones de los media y de los periodistas en la sociedad, a la concepción de los productos-noticia, y a las modalidades que dominan su confección. La ideología se traduce luego en una serie de paradigmas y de prácticas profesionales adoptadas como naturales”¹⁰

⁹ Marshall McLuhan. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. México: Diana, 1969; p. 251.

¹⁰ Mauro Wolf, *La investigación de la comunicación de masas: crítica y perspectivas*. Barcelona: Paidós, 1987. Pág. 215.

La organización del trabajo en una redacción (lo que se conoce como “*rutinización de las noticias*”, según Wolf) será uno de los factores a tener en cuenta aunque en un lugar secundario, por considerarse que por tratarse de una revista mensual y cooperativa el vértigo de la redacción pasaba más por el primer aspecto (la cultura profesional de cada cooperativista y el posible choque de las mismas) que por éste.

La relación entre cultura del periodista y la confección de las noticias es determinante a la hora de decidir qué es noticia y qué no, algo que Wolf recupera con el nombre de *noticiabilidad*, del inglés *newsworthiness*, la aptitud de cada suceso para ser transformado en noticia. Wolf toma el concepto de la norteamericana Gaye Tuchman, que establece criterios generales de *noticiabilidad*¹¹ para los hechos cotidianos:

“1. Deben hacer posible reconocer un acontecimiento (incluidos los excepcionales) como noticiables.

2. Deben elaborar formas de producir los acontecimientos que no tengan en cuenta la pretensión de cada acontecimiento a un tratamiento idiosincrático.

3. Deben organizar el trabajo temporal y espacialmente de tal manera que los acontecimientos noticiables puedan afluir y ser elaborados de forma planificada. Estos requisitos están relacionados entre sí”.

Al respecto, explica Wolf:

“En este marco, la trabazón entre características de la organización del trabajo en los aparatos de los media y elementos de la cultura profesional es absolutamente estrecha y vinculante, y define justamente el conjunto de características que los acontecimientos deben poseer (o presentar a los ojos de los periodistas) para poder ser transformados en noticias (...) Todo lo que no responde a dichos requisitos es “descremado”, en cuanto no adecuado a las rutinas productivas y a los cánones de la cultura profesional: al no adquirir el estatuto de público de noticia, se presenta simplemente como un acontecimiento que se pierde entre la “materia prima” que el aparato informativo no consigue transformar y que por lo tanto no irá a formar parte

¹¹ Gaye Tuchman, “The exception proves the rule: the study of routine news practice”, 1977, en Wolf, *Ibidem*.

de los conocimientos sobre el mundo adquiridos por el público a través de la comunicación de masas. Puede decirse también que la noticiabilidad corresponde al conjunto de criterios, operaciones, instrumentos con los que los aparatos de información abordan la tarea de elegir cotidianamente, entre un número imprevisible e indefinido de acontecimientos, una cantidad finita y tendencialmente estable de noticias. (...) Desde esta perspectiva, es “noticia” lo que – hecho pertinente por la cultura profesional de los periodistas – es susceptible de ser “trabajado” por el aparato sin excesivas alteraciones y subversiones del normal ciclo productivo. Es evidente que en el caso de acontecimientos excepcionales, el aparato posee la elasticidad necesaria para adaptar sus propios procesos a la situación contingente”.

La naturaleza de la publicación – de organización cooperativa, de realización casi artesanal, sin compromisos comerciales ni partidarios pero hecha por personas con fuertes convicciones – cuestiona de manera interesante estas definiciones generales, que seguramente fueron pensadas para estudiar grandes *mass media* en los países desarrollados, tanto de prensa gráfica como audiovisuales. Será interesante, hacia la conclusión de este trabajo, ver en qué concuerdan y en qué chocan estos conceptos con la realidad concreta de un medio diferente.

Finalmente, se entenderá por “legado” de la revista la definición que da el diccionario de la Real Academia Española, “aquello que se deja o transmite, sea cosa material o inmaterial”. El legado serán esas marcas que se llevaron quienes pasaron por la redacción pero siempre interpretado en sus propias palabras, haciendo alusión a los términos usados en la hipótesis de este trabajo.

Parte 1: Argentina en la década perdida: breve contexto histórico del período de desarrollo de El Porteño

La instauración del modelo liberal y la eliminación sistemática del movimiento obrero (1976-1980)

La revista El Porteño surgió en enero de 1982, apenas unos meses antes de la Guerra de Malvinas que marcaría no sólo el final del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional sino también el final de un período de medio siglo de historia argentina, marcado por prepotentes golpes militares y torpes salidas electorales.

Durante la dictadura la práctica del periodismo fue afectada de tal manera que todavía hoy hay marcas culturales profundas en la misma. La desaparición de 84 periodistas y el asesinato de otros 17, y el exilio de otros tantos, suelen resumirse en la lucha y muerte de Rodolfo Walsh, un paradigma nacido junto a su Carta de un escritor a la Junta Militar, un año después del golpe del 24 de marzo de 1976.

El Porteño nació en la mente del escritor Gabriel Levinas como una respuesta casi liberal a la grave situación social que vivía el país a comienzos de los años 80. Esa situación era fruto de políticas llevadas adelante por la dictadura militar, que había dejado como resultado a un país irreconocible. Esas políticas no nacían por generación espontánea, sino que eran el desenlace de procesos más remotos y de los problemas en ellos contenidos. La dictadura fue una bisagra en la historia argentina, precedida por un ciclo de inestabilidad política, altibajos económicos y conflictos sociales. Muchos historiadores liberales se refieren a ese período como el de “la decadencia argentina”, marcando su comienzo en el momento en que nuestro país dejó de ser la potencia de América del Sur para declinar su importancia como actor económico y político. La ubicación de ese momento es lo que diferencia a quienes esgrimen este concepto, aunque no hay diferencias en su añoranza por la configuración agro ganadera del aparato productivo nacional. Al respecto, explica Marcos Novaro:

“El problema se resumía, para estas visiones, en la presencia de una fórmula populista que involucraba a sindicatos, empresarios y al Estado y que era la fuente

*de todo tipo de indisciplinas: los primeros reclamaban y obtenían de los segundos alzas de salarios que eran rápidamente volcadas a los precios y justificaban compensaciones del sector público, traduciéndose en más déficit e inflación que a su vez realimentaba la puja distributiva. La subversión, esto es, la emergencia desde fines de los años sesenta de actores revolucionarios con asiento en el sindicalismo y demás movimientos sociales (y con eje en el peronismo) no era más que una etapa superior de esta fórmula populista que amenazaba las bases mismas del orden social. De lo que se trataba entonces, para la élite militar de 1976 y sus socios políticos, empresarios y eclesiásticos, era de terminar de una buena vez y al mismo tiempo con la subversión y el populismo, reformando de raíz el sistema económico y las bases de poder de sus actores, tanto en el sindicalismo y los partidos como en el propio empresariado y en el Estado”.*¹²

El Proceso no fue como las dictaduras que lo precedieron, o como procesos similares que tuvieron lugar en países latinoamericanos. Entre otros aspectos se distinguió por la extensión y crueldad de la represión social, la profundidad de los cambios socioeconómicos que generó, la sistemática violación del derecho y el consiguiente aislamiento de la comunidad internacional.

La represión

Con respecto a la represión, fue el mayor reguero de sangre de la historia argentina, lo que es mucho decir. Los 32 fusilados por la Revolución Libertadora después del 9 de junio de 1956, fueron apenas una anécdota frente a los más de 20 mil desaparecidos del Proceso¹³. La

¹² Novaro, Op. Cit. Pág. 20.

¹³ Aunque la cifra todavía es fruto de polémica, lo cierto es que la CONADEP sólo recibió denuncias de desapariciones entre diciembre de 1983 y septiembre de 1984. Sólo podían ser presentadas por familiares y allegados y eran elevadas a la Justicia. Por miedo al poder que todavía mantenían las fuerzas armadas y de seguridad, muchas denuncias no se hicieron hasta mucho más tarde y por eso no están incluidas en el informe, que para el momento de su presentación contaba con 7.380 casos. Deben considerarse los casos de familias enteras que desaparecieron o se fueron al exilio y que no están contados, así como no se contaron para el Nunca Más los muertos en enfrentamientos cuyos cuerpos seguían desaparecidos. Hasta 2003, la Secretaría de Derechos Humanos contabilizaba 13 mil desapariciones. Según un informe de 1978 del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército, los muertos ascendían a 22 mil. Una cifra similar reportaba la Embajada de los Estados Unidos e 1977. Sin embargo, se conoce por testimonios de los propios verdugos que muchos de los detenidos no eran registrados en ningún momento de su detención. Rodolfo Walsh calculó hasta marzo de 1977 que la cifra alcanzaba a 15 mil desaparecidos, 4 mil muertos y 10 mil presos; se basaba en los recursos de hábeas corpus presentados y en una contabilidad con fuente en las noticias que daban los diarios de la época. Los organismos de derechos humanos consideraron que la cifra real no estaría muy lejos de la de 30 mil, teniendo como fuentes principales informes desclasificados del Departamento de Estado de los Estados Unidos que marcaban que sólo en los primeros dos años el número era superior a 20 mil. Luego quedó demostrado que la represión fue desalentada desde que trajo

eliminación de “subversivos” fue tan arbitraria, masiva y despiadada que sus dimensiones terminarían de conocerse bien entrado el siglo XXI, cuando después de varios retrocesos se pudo llevar a juicio a los subordinados responsables de ejecutarla. Al momento de escribir estas líneas, todavía se busca a más de 300 jóvenes que nacieron en cautiverio y que fueron expropiados por los verdugos de sus padres.

Frente al nivel de politización que profesaba una buena parte de la sociedad argentina antes del golpe de Estado, las Fuerzas Armadas debieron echar mano a los conocimientos adquiridos en la Escuela de las Américas o en cursos de instrucción brindados por los contra insurgentes franceses que habían operado en Argelia. Casi sin excepción, las patotas de la Alianza Anticomunista Argentina o Triple A que habían operado a partir de 1973 fueron incorporadas a los grupos de tareas.

A pesar de que para finales de 1975 el Operativo Independencia había neutralizado en Tucumán el único foco guerrillero que podía representar una amenaza para el control territorial, la lucha contra la subversión fue una de las razones más promovidas por la dictadura para justificar su irrupción en la escena política, a pesar de que la presidente María Estela Martínez había hecho un llamado a elecciones anticipadas para fines de 1976.

La represión, en todo caso, era a sus ojos necesaria para neutralizar la capacidad organizativa del movimiento obrero y crear las condiciones necesarias para hacer cambios en la matriz productiva nacional. No por nada el golpe se gestó en el arma de Infantería, que era la que ya para entonces llevaba varios meses ejecutando el Operativo Independencia. Esa rama del Ejército sería la que llevaría adelante la inteligencia, captura y exterminio de “subversivos” en la mayor parte del territorio nacional. Tanto Videla, como Viola y Anaya pertenecían a ella. También formaban parte de círculos conocidos como aristócratas u oligarcas, según la fuente, miembros de la burguesía terrateniente que añoraba los tiempos previos al populismo en el que gobernaban sin que nadie interrumpiera su juego. Para describir la dimensión del cambio pretendido por los militares, Novaro explica:

problemas en el ámbito diplomático, en 1978; de todas formas quedó establecida la cifra de 30 mil desaparecidos como un número simbólico, ya que los genocidios no están hechos de números sino de miles de tragedias. La cifra de exiliados varía entre 20 mil y 40 mil, y es imposible de calcular en términos políticos. Mientras miles huyeron por su vida al exterior, muchos cambiaron la vida en las ciudades por lugares remotos de la Argentina profunda, y viceversa. Otros emigraron por cuestiones netamente económicas. La dimensión demográfica del terror y el cambio de paradigma económico que implicó la Dictadura seguirá siendo incalculable.

*“No se trataba simplemente de imponer nuevas reglas de juego, sino de cambiar a los actores y eliminar del juego a unos cuantos de ellos”*¹⁴

El fenómeno ya era advertido por Walsh, quien el 24 de marzo de 1977 distribuyó su Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar. En ella dice, dirigiéndose a Videla, Massera y Agosti:

“Ustedes han restaurado la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina”.¹⁵

Los cambios socio económicos

Los actores que ejecutaban la represión estaban subordinados de hecho a los que manejaron la economía a partir del 24 de marzo. Al frente del ministerio de economía y firme junto al general Videla se encontraba José Alfredo Martínez de Hoz, hijo y nieto de latifundistas oligarcas que había formado parte del directorio de una gran lista de empresas transnacionales que luego se verían beneficiadas por su gestión: Acindar, ITT, Whestinghouse, Compañía Ítalo Argentina de Electricidad, entre otras. Entonces, era presidente de la cámara empresaria que reunía a los principales grupos económicos, el Consejo Empresario Argentino. El plan aperturista de Martínez de Hoz buscaba cortar con un modelo definido por él mismo como “estatizante y agobiante”. Su proyecto de país, que pretendía la desarticulación del movimiento obrero organizado y que buscaba sustentarse principalmente en la exportación de *comodities*, chocaba de frente con las decisiones de producción tomadas desde la década de 1940 hasta entonces.

Como bien decía Walsh, un modelo tan excluyente sólo era posible a los tiros. El tiempo le dio la razón: los cambios realizados por la dictadura habrían sido imposibles sin estas condiciones. Sin ir más lejos, algunos de los indicadores más representativos de lo que trajeron las políticas neoliberales que introdujo el Proceso ya eran evidentes para Walsh apenas un año después del golpe: un salario real reducido al 40%, la participación de los trabajadores en el

¹⁴ Novaro, Op. Cit.. Pág. 64.

¹⁵ Rodolfo Walsh, *Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar*. Buenos Aires, 1977.

ingreso nacional reducida al 30%. Quien no estuviera de acuerdo, podía recibir las atenciones de las fuerzas de seguridad, o pasar a la masa de desocupados que batió todos los récords a partir de 1979, con 300 mil nuevos desocupados que llevaron el índice a 9%, un récord histórico para entonces.

“Poco tiempo después, a estas cifras cada vez más graves se sumó el efecto catastrófico de “la tablita”, un programa de devaluaciones mensuales decrecientes entre fines de 1978 y comienzos de 1981 que obligaba a los precios internos a no subir si no querían encontrarse una creciente competencia de productos importados. Se suponía que el programa equipararía la inflación doméstica a la internacional. La inflación de 1978, de 178%, bajó a 160% al año siguiente, y a 80% en 1980. Sin embargo, esto traía una pérdida de competitividad de todos los productos hechos en el país, incluso de los productos agropecuarios. Las importaciones llevaron la balanza comercial de 2500 millones de dólares a favor en 1978 a la misma cifra pero en contra dos años más tarde. Las retenciones a las exportaciones de commodities habían sido virtualmente eliminadas para 1978, pero – como se verá más adelante – eso no le bastaría al sector agroganadero para sustentar la caída de la economía real que se presentaba en los demás sectores. Antes del cambio de década, hasta la Sociedad Rural Argentina exigiría cambios inmediatos en las políticas cambiarias”.

16

“Aunque la presencia de organizaciones armadas en los sindicatos era menor, los militares esgrimieron como argumento la necesidad de frenar la “guerrilla industrial”. El punto siete del acta dictada apenas tomaron la Casa Rosada suspendía las actividades gremiales. En sus primeros días, la Junta intervino la CGT y 15 de los principales sindicatos, a la vez que subordinó a los trabajadores estatales a la justicia militar, prohibió las huelgas y las convocatorias a paritarias. También dictó la Ley de Prescindibilidad, que permitía el despido sin causa ni indemnización de los trabajadores. El paquete de medidas se completaría con una reforma de la Ley de Contrato de Trabajo, que eliminaba el principio de duda a favor del trabajador, quitaba las obligaciones a los empleadores como presentar certificado de pago de

¹⁶ Pablo Gerchunof y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel Sociedad económica, 1998. Pág. 366.

aportes y los facultaba a exigir renunciaciones en blanco sin fecha o a despedir a mujeres embarazadas. En octubre de 1976 se implantaría un nuevo impuesto de 3% sobre los sueldos. Más adelante, en 1977, la ley 21.476 aumentaría la jornada en situaciones insalubres de 6 a 8 horas”.¹⁷

Miles de delegados sindicales o importantes dirigentes de base desaparecieron. Algunos fueron transferidos más tarde como presos del PEN. Estas desapariciones fueron realizadas en muchos casos con el consentimiento de las burocracias sindicales, que aseguraban su propia supervivencia a la vez que se quitaban de encima la tendencia combativa de algunos delegados. En muchos casos (Somisa, Acindar, Ford, Mercedes-Benz) fueron las mismas patronales las encargadas de sugerir la militarización de las fábricas, con centros de inteligencia que secuestraban a los trabajadores y los torturaban dentro de las mismas fábricas. Sin embargo, los despidos y la persecución habían empezado antes del golpe, con Carlos Ruckauf como ministro de Trabajo de “Isabel” Martínez¹⁸. Los conflictos sindicales a nivel empresa siguieron, contándose 200 entre 1976 y 1978, aunque sin ningún tipo de coordinación a nivel nacional o sectorial.

Junto a estas políticas, el Estado, como actor económico, decidió tomar una serie de decisiones totalmente contradictorias. Por un lado, el ministro de economía Martínez de Hoz vendió algunas empresas estatales, privatizó otras y quitó fondos estatales a otras más, que debieron acudir a créditos internacionales. Técnicos de confianza del ministro fueron encargados de reducir la participación de las empresas nacionales en la economía. Algunas de las que fueron privatizadas sirvieron a grandes grupos económicos que ganaban sus concesiones y/o recibían contratos de obra con el Estado por cifras multimillonarias. Los créditos internacionales a los que debían atar su suerte muchas empresas del Estado se volverían impagables a partir de septiembre de 1979, cuando la Reserva Federal de los EEUU decidió elevar las tasas de interés de sus bonos, llevándolas a niveles altísimos. De un día para el otro, los fondos que el programa de Martínez de Hoz necesitaba para financiar los desequilibrios que traía una política neoliberal dejaron de fluir y empezaron a fugarse de los bancos argentinos, que dejaron de cubrir los depósitos. Las empresas que habían asumido créditos para hacerse competitivas frente a los productos

¹⁷ Horacio Verbitsky, *Malvinas: la última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana, 1985.

¹⁸ Gaby Weber, *La conexión alemana: el lavado de dinero nazi en Argentina*. Buenos Aires: Edhasa, 2005. P'pag. 151.

importados, tal como quería hacer Martínez de Hoz con la tablita, tuvieron el mismo inconveniente. Al final terminaron cerrando las empresas que invirtieron en el país, y fueron premiadas las que se dedicaron a la especulación y a la bicicleta financiera.

Muchas empresas privadas habían adquirido créditos en el exterior y a partir de 1977 superaban entre todas el volumen de deuda adquirida por el Estado nacional. Esa deuda no siempre respondía a necesidades de inversión, sino a la obtención de renta financiera inmediata. De forma indirecta, el Estado transfería al sector privado el control de los resortes que hacen al funcionamiento de la economía en su conjunto. Los organismos multilaterales de crédito cedieron lugar a los grandes bancos como los prestadores principales del crédito que adquirirían las empresas privadas argentinas, casi a sola firma.¹⁹

Frente a la continua caída en el tipo de cambio, con Domingo Cavallo como presidente del BCRA se dispuso un seguro de tipo de cambio que en la práctica licuaría la deuda externa privada de unas 70 empresas. En julio de 1985, muchas de esas empresas finalmente transfirieron sus obligaciones al Estado, aumentando la cifra de la deuda externa pública²⁰; Acindar, Papel del Tucumán, Austral, Interama, Autopistas Urbanas, Alto Paraná, Celulosa Puerto Piray, Cementos Noa, entre otras.²¹

Aunque la oposición más determinante a estos fenómenos estaba dentro de la Junta, no se vería por un tiempo. Si todavía había oficiales de las FFAA con ideas nacionalistas y desarrollistas, se trataba de que no generaran diferencias dentro del Proceso. Para eso se exaltaba la importancia de haber ganado la “guerra contra la subversión”. El mismo argumento – la seguridad – era usado para promover el apoyo al Proceso en la sociedad civil. El fin de los atentados y los secuestros a los que se había acostumbrado el país antes del golpe era motivo suficiente para que muchos argentinos toleraran el Proceso sin ser tampoco entusiastas o promotores en términos ideológicos.

El aumento en el consumo, impulsado por los créditos blandos y la bicicleta financiera, permitió que el fenómeno del “deme dos” garantizara el apoyo de las clases medias y altas

¹⁹ Eduardo Basualdo, et al., *Trayectoria y naturaleza de la deuda externa privada en la Argentina. La década del noventa, antes y después*. Buenos Aires: FLACSO, 2005.

²⁰ Clarín, "El Estado asumió el total de la deuda externa privada," *Clarín*, Julio 1985.

²¹ Alejandro Olmos, *Todo lo que usted quiso saber sobre la deuda externa y siempre se lo ocultaron*. Buenos Aires: Peña Lillo Ediciones Continente, 1989.

durante mucho tiempo. Sin embargo, las clases trabajadoras sufrían enormemente los daños colaterales del nuevo modelo impuesto a sangre y fuego. Si durante 1976 y 1977 continuaron altos los niveles de empleo a pesar de que el poder de compra había disminuido considerablemente, para 1978 y 1979 comenzaría a subir el desempleo y la política cambiaría haría que el país se volviera caro.

*“Era obvio que la Argentina era un país caro en comparación al mundo: el chiste era que los pobres iban de vacaciones a Uruguay, la clase media a Brasil y sólo los ricos podían quedarse en el país”.*²²

La precariedad de las condiciones de vida aumentaba a medida que la mirada se alejaba de los centros urbanos. En el documento citado anteriormente, Rodolfo Walsh hacía referencia a la caída de las condiciones sociales en 1977:

*“En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40%, el de ropa más del 50%, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si esas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo”.*²³

Un año más tarde, en una entrevista dada al diario La Razón en ocasión del campeonato mundial de fútbol, el escritor Ernesto Sábato llamaba la atención sobre cuestiones similares:

“Me he preguntado reiteradas veces si era lícito gastar o invertir (no sabemos cuál es la palabra adecuada) 700 millones de dólares o más en un campeonato, cuando se

²² Gerchunof y Llach, Op. Cit.

²³ Walsh, Op. Cit.

cierran hospitales y hay muchísimas escuelitas, aquí nomás, sin ir más lejos, en que los chicos reciben clases en una tapera de techos agujereados”²⁴

Como bien señala Novaro, y en conclusión, el Proceso de Reorganización Nacional:

*“Logró que el nuestro pasara de ser uno de los países socialmente más integrados y económicamente desarrollados de la región a una situación de quiebra financiera, desindustrialización y desarticulación productiva, y empobrecimiento y exclusión de amplios grupos sociales”.*²⁵

*“El programa económico adoptado (...) no careció, sin embargo, de un objetivo vertebrador: redefinir el perfil y las conductas de los actores, disciplinándolos por medio de los mercados o de intervenciones selectivas y punitivas del Estado. Es así que no importarán tanto los índices con que habitualmente se evalúa el éxito de las políticas económicas, crecimiento, inversión, productividad, como asegurarse que los comportamientos “desviados” fueran castigados y sus responsables aprendieran la lección, o bien desaparecieran”.*²⁶

La violación del derecho

No era fácil leer otras voces que no fueran las promovidas desde la Junta. Los periodistas desaparecidos habían dejado un vacío todavía fresco en las redacciones, donde se tenía muy presente qué pasaba con los díscolos. Hasta el director de uno de los diarios más grandes del país, Héctor Timerman, había sido privado de su libertad por vulnerar las leyes de seguridad nacional. En realidad, se lo quería utilizar en la maniobra de transferencia de acciones de Papel Prensa, en manos de la familia Graiver, al grupo conformado por La Razón, La Nación y Clarín. El “Caso Graiver” representó una de las mayores expropiaciones de bienes que llevó adelante la dictadura contra un grupo familiar.

La falta de voces disidentes hacía que las pocas existentes saltaran a la vista. Tal era el caso del Buenos Aires Herald, un periódico escrito en inglés dirigido por Robert Cox, un

²⁴ Diario La Razón del 13/6/78 en Blaustein y Zubieta, *Decíamos ayer: la prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998. Pág. 251.

²⁵ Novaro, Op. Cit. Pág. 21.

²⁶ Novaro, Ibidem. Pág. 63.

periodista de larga tradición liberal que no dejó de comunicar las torturas y desapariciones a medida que fue topándose con la información. Esto le valdría a Cox algunas horas encarcelado, nuevamente, por violar las leyes de seguridad.²⁷ Cox aseguraba que su crítica era honesta, y nada más. En su defensa, durante una entrevista que le hizo la revista Somos – afín al Proceso – Cox decía:

*“Mire, somos defensores de la democracia. Y esto, en estos momentos, es una postura muy difícil, pero hay que adoptarla porque son justamente los principios que dan razón a nuestra existencia. Y en este sentido somos honestos. Si encontramos algo que no nos gusta nos vemos en la obligación de decirlo”.*²⁸

En abril de 1977 se habían empezado a reunir un grupo de familiares de desaparecidos con el fin de pedir información en el Ministerio del Interior. Como se vivía constantemente en estado de sitio, cualquier tipo de reunión de más de dos personas estaba prohibida. Cuando los familiares de los desaparecidos empezaron a reunirse en la plaza de Mayo, la policía les pedía que circularan de a dos. Así nacieron las rondas de las que luego se harían llamar Madres de Plaza de Mayo. De una docena al comienzo pasaron a ser más de 300 en octubre de 1977. El día 5 de ese mes presentaron la primera solicitada en el diario La Prensa, que decía:

*“La verdad que pedimos es saber si nuestros Desaparecidos están vivos o muertos y dónde están. ¿Cuándo se publicarán las listas completas de detenidos? ¿Cuáles han sido las víctimas del exceso de represión al que se refirió el Presidente?”*²⁹

En represalia, una patota de la Marina encabezada por el infiltrado capitán de fragata Alfredo Astiz secuestró a una de las primeras integrantes de Madres de Plaza de Mayo, Azucena Villaflor de Vicenti, y a las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet, entre otras. Poco después salió publicada otra solicitada en La Nación, y enseguida sumaron su apoyo la Comisión de Familiares de Detenidos y Personas Desaparecidas por Razones Políticas y las Abuelas de Plaza de Mayo. La APDH y el CELS también acercaban el apoyo de personalidades políticas como Raúl Alfonsín, Alfredo Bravo y Alicia Moreau de Justo, quienes acompañaron en muchos casos a las Madres y a las Abuelas.

²⁷ El colaborador de Cox en el Herald, Andrew Graham-Yool, también recibió amenazas por sus artículos.

²⁸ Blaustein y Zubieta, Op. Cit. Pág. 188.

²⁹ Blaustein y Zubieta, Ibidem. Pág. 212.

El mundial de fútbol no pudo tapar las denuncias crecientes sobre desapariciones y violaciones a los DDHH en general que desde el exterior hacían grupos de argentinos exiliados, con la ayuda de algunos que a nivel interno les alcanzaban información. Los periodistas extranjeros que cubrieron el mundial dieron publicidad a las denuncias que le alcanzaban los familiares de los detenidos desaparecidos. La respuesta comunicativa del régimen fue denunciar una “campana anti argentina” y contrarrestarla con otra, en la que los ciudadanos debían escribir a sus conocidos en el exterior contándoles que éramos derechos y humanos. Mientras en el estadio Monumental (construido, como todas las grandes obras civiles, con un enorme grado de corrupción) se gritaban los goles argentinos, muy cerca de allí, en la Escuela de Mecánica de la Armada, se torturaba y desaparecía a miles de personas.

A pesar de que el mismo Secretario de Estado de los Estados Unidos, el premio Nobel de la Paz Henry Kissinger, había sugerido a la Junta no extender la represión más allá de 1976 si no quería quedar aislada internacionalmente como Chile, dicho aislamiento finalmente llegó y se potenció con la celebración del mundial de fútbol. Las delegaciones argentinas en el exterior debían lidiar a diario con las presiones de los países huésped que reclamaban por sus ciudadanos desaparecidos: 304 italianos, 164 españoles, 48 alemanes, 36 franceses, brasileños, suizos, peruanos y norteamericanos, entre tantos otros. Francia y Suecia, por ejemplo, iban más allá del memorándum diplomático y ejercían una fuerte presión a la Cancillería, al mismo tiempo que daban su apoyo a los grupos de argentinos exilados que buscaban saltar el cerco informativo. La Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) y el Centro Argentino de Información y Solidaridad (CAIS) llegaron a presentar sus denuncias ante los parlamentos de Francia y de Estados Unidos. Desde nuestro país les hacían llegar denuncias la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Toda esta presión llevó a que en septiembre de 1979 llegara una misión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Dependiente de la OEA. La misión recogió más de 5 mil denuncias, que a pesar de las presiones que intentó aplicar el régimen, llegaron a buen puerto y a la confección de un informe que concluía:

a) (...) *personas pertenecientes o vinculadas a organismos de seguridad del Gobierno han dado muerte a numerosos hombres y mujeres después de su detención; preocupa especialmente a la Comisión la situación de los miles de detenidos desaparecidos, (...) se puede presumir que han muerto.*

b) *(violación) al derecho a la libertad personal, al haberse detenido y puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional a numerosas personas en forma indiscriminada y sin criterio de razonabilidad; y al haberse prolongado sine die el arresto de estas personas (...).*

c) *(violación) al derecho a la seguridad e integridad personal, mediante el empleo sistemático de torturas y otros tratos crueles, inhumanos y degradantes, cuya práctica ha revestido características alarmantes.*

d) *(violación) al derecho de justicia y proceso regular (...), falta de debidas garantías en los procesos ante los tribunales militares y la ineficacia que, en la práctica y en general, ha demostrado tener el recurso de Habeas Corpus.³⁰*

Aunque el régimen trató de evitar la difusión del informe, éste se filtró por diversos medios y consiguió romper el espanto que caía sobre toda persona con intenciones de reclamar justicia. El apoyo a los organismos de derechos humanos fue cada vez mayor. Hasta firmaban los petitorios personas ajenas a los círculos de solidaridad que se sumaban a la causa, como los escritores Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. En agosto de 1980 unas 700 personas se reunieron en Plaza de Mayo para entregar un petitorio con 12.500 firmas para reclamar al régimen que hiciera públicas las listas de detenidos-desaparecidos. Hasta el momento de escribir este trabajo, 30 años después, esas listas no se han hecho públicas.

La publicación del informe de la CIDH, la consiguiente liberación de cientos de desaparecidos y el traspaso de otros miles a la órbita del PEN fueron hechos considerados como inaceptables por los “halcones” dentro de las FFAA, especialmente por el grupo liderado por el general Leopoldo Fortunato Galtieri. El aislamiento internacional iba en aumento, y no ayudó que los liberados de la ESMA contaran su experiencia a la prensa de otras latitudes. En varias oportunidades los halcones reprocharon a la junta no haber tenido la determinación de exterminarlos a todos. En una entrevista dada en 1985, el almirante (R) *Horacio Mayorga, que había sido jefe de la ESMA, diría:*

“Para mí habría que haber fusilado en River, con Coca-Cola gratis y televisándolo. Yo no estaba de acuerdo con eso de trabajar por izquierda”³¹

En esos momentos justamente se estaba llevando adelante la desactivación del aparato represivo y de los centros clandestinos de detención. En muchos casos, la tropa inquieta de los

³⁰ Comisión Interamericana de Derechos Humanos, *"Informe sobre la situación de los derechos humanos en Argentina,"* Organización de Estados Americanos, Washington, OEA/Ser.L/V/II.49, 1980.

³¹ Horacio Verbitsky, *El Vuelo.* Buenos Aires: Planeta, 1995.

grupos de tareas consiguió algún “entretenimiento” en otras latitudes, cuando se armaron varios grupos de tareas que podrían operar en el extranjero en coordinación con la CIA, especialmente en países limítrofes como Bolivia, Nicaragua y otras regiones de Centroamérica. Los grupos de tareas argentinas, para principios de los años ´80 mano de obra desocupada, llevarían adelante las operaciones encubiertas que las fuerzas armadas norteamericanas no podían desde la llegada de Carter al poder.³²

A estas discrepancias sobre la presencia que debía seguir teniendo el aparato represivo se sumaron los pésimos resultados y las graves consecuencias del modelo económico de Martínez de Hoz. La necesidad o no de resolver por las armas el conflicto con Chile por el canal de Beagle traía también diferencias entre los militares.

La gestión del general Viola al frente del Ejército le permitió definir un perfil más aperturista dentro de una parte de esa fuerza, lo que llevó a que el intento de golpe interno que quiso llevar adelante el general Luciano Benjamín Menéndez no llegara a buen puerto. Ya le devolverían las gentilezas. Aunque Viola sucedería a Videla en abril de 1981, no lo haría por consenso. Sus opositores dentro del Ejército querían que Viola resolviera la crisis económica que le dejaban Videla y Martínez de Hoz. Si ellos quitaron la chaveta, debían lanzar la granada o perder sus manos en el intento.

³² Juan Salinas y Julio Villalonga, *Gorriarán: la Tablada y las "guerras de inteligencia en América Latina"*. Buenos Aires: Mangin, 1993.

Antes de amanecer, cielo rojo: la caída del régimen y la Guerra de Malvinas (1980 – 1983)

Junto con la asunción de Roberto Viola como presidente, la Junta pasaría a estar integrada por los “halcones” Galtieri, Anaya y Lami Dozo. Emilio Eduardo Massera, el “Almirante Cero”, se dedicaría a impulsar un proyecto político propio con algunos tintes populistas, tratando despegarse de la crisis social. Mientras tanto, Viola encontraría un país a fuego lento y una resistencia cada vez mayor en una parte de la opinión pública. Sería el principio del fin para el Proceso.

Los índices macro económicos eran negativos. El empleo industrial había caído un 26% entre 1979 y 1980, y un 10% más al año siguiente. Los salarios reales del sector eran 25% menores que el promedio del quinquenio 1970-75. El salario mínimo cubría el 20% de la canasta familiar³³. El PBI industrial aún caería un 23% entre 1979 y 1982; el global, un 12%. La producción de vehículos, que se había mantenido aislada de la caída general, presentó una propia de 50% en marzo de 1982 con respecto al mismo mes del año anterior. En las principales áreas de la industria la subutilización de la capacidad instalada era del 40% y hasta 50%; los niveles de producción industrial por habitante eran inferiores a los de 1964. El desempleo general llegaría al 10,3%; más de 1.1 millones de desocupados y casi 2 millones si se contaban los subocupados.

Era la mayor crisis desde la década de 1930. Viola devaluó el peso en un 30% y fijó dos tipos de cambio diferenciados, uno comercial y otro financiero. También estableció que el Estado compraría las materias primas a un tipo de cambio menor que le dejaría utilidades frescas. Sin embargo, el comercio exterior y el manejo de las finanzas eran dominados a esta altura por grandes grupos económicos que no tuvieron inconvenientes en cometer fraude contra el fisco. Mientras que los exportadores evitaban el registro en el país de sus ingresos, subfacturando los montos de sus exportaciones, los importadores hacían lo contrario, sobrefacturando sus operaciones y comprando divisas al tipo de cambio comercial que luego depositaban en el exterior. La fuga de capitales con estos métodos se acrecentaba y alimentaba la espiral, ya que la única salida que atinaba a hacer el Estado era devaluar el peso.

³³ Horacio Verbitsky, *Malvinas: la última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana, 1985. Pág. 124.

Si en 1976 la inflación en dólares había sido del 40%, en 1981 fue del 200%, a pesar de que el ministro de hacienda Lorenzo Sigaut advirtió que “el que apuesta al dólar, pierde”. A esto se sumaron las obligaciones externas, que crecieron en un 30% y cayeron exclusivamente sobre el Estado.

Las Fuerzas Armadas perdían prestigio a cada segundo, sin que todavía se conocieran en detalle sus crímenes al frente del Estado. Sin embargo, no había consenso para llamar a elecciones o para devolver el control del país a los partidos políticos, aunque miles de intendentes y gobernadores que ejercieron funciones durante la dictadura provenían de éstos. La Junta le entregó a Viola un documento llamado “Pautas de Acción de Gobierno para 1981-1984”, y no consideraban posible una apertura antes de esa fecha. Viola quería protagonizar un segundo mandato completo y recién después ser figura de un régimen sustentado en las urnas, pero tuvo que contentarse con incorporar civiles al gabinete. De a poco, el plan de Viola para llamar a elecciones recién en 1987 fue cayendo en desgracia.³⁴

Entre el gabinete “civilizado” de Viola estaban junto a Sigaut, que venía de FIAT, en Hacienda; Jorge Aguado en Agricultura y Eduardo Oxenford – de la UIA – en Industria y Minería. Viola creía ganarse así el apoyo de estos sectores, pero al explotar la inflación encontró que Aguado y Oxenford eran más leales a sus bases que al Gobierno. Sigaut trató de subir las barreras arancelarias, pero ya era tarde.

Un subsecretario del Ministerio del Interior redactó un plan para bajar las tasas de interés financiero, para que las deudas de los privados se ajustaran más lentamente y pudieran licuarse los pasivos. Aunque esas medidas debían recompensar a los que se habían visto perjudicados por el aperturismo de Martínez de Hoz, lo cierto era que muchos de ellos ya no existían. Los beneficios fueron para aquellos empresarios que, a pesar de haber sacrificado alguna de sus plantas, habían sobrevivido a la caída. Ese funcionario se llamaba Domingo Felipe Cavallo.³⁵

Hacia 1981 había consenso en los partidos políticos en que la apertura sería inevitable. Tanto la Iglesia como las cámaras empresariales criticaban moderadamente – pero criticaban, al fin – al modelo económico del saliente Martínez de Hoz. Todo parecía indicar que la apertura llegaría en 1984. Con esos plazos en mente, los partidos políticos conformaron la Multipartidaria

³⁴ Jorge Lanata, *Argentinos (tomo 2)*. Buenos Aires: Ediciones B, 2003. Pág. 433.

³⁵ Novaro, Op. Cit. Pág. 121.

en julio de 1981. A ella suscribían Ricardo Balbín por la UCR, Deolindo Bittel por el PJ, Arturo Frondizi por el MID (el desarrollismo), Francisco Cerro por la Democracia Cristiana y Oscar Alende por el Partido Intransigente (de centro izquierda). Las declaraciones de sus líderes ya no eran susurros por lo bajo como en los primeros años del Proceso, y reclamaban apertura. Se rehusó la invitación de sectores afines a Viola para conformar una fórmula “de consenso” que incluyera un militar de su sector, pero igualmente la Multipartidaria se reunió con Viola. Parecía entender que tanto Viola como el régimen caerían por las medidas económicas y la situación social consiguiente, más tarde o más temprano. En el caso de la UCR la muerte de Ricardo Balbín en septiembre de 1981 daría lugar a la llegada de una línea de renovación liderada por Ricardo Alfonsín, uno de los más determinados a reclamar una transición sin condiciones.

El convite de Viola se extendió también a la farándula: así fue como se reunió con Luis Alberto Spinetta y el conjunto Serú Girán, que luego ironizaría todo con una canción llamada “Encuentro con el diablo” que los censores no captarían y la gente sí.³⁶

Viola y Liendo desestimaron un acuerdo cívico militar que no estuviera bajo el control de la Junta, ya que para los militares ésa era la única forma de evitar el regreso del populismo en el que los partidos mayoritarios se sentían como pez en el agua. Ese populismo no incluía en su agenda a los DDHH: la Multipartidaria, al igual que el Episcopado, se negaban sistemáticamente a recibir a las Madres de Plaza de Mayo o a firmar cartas solicitadas. Esto a pesar de que poco antes, en 1980, un militante católico y pacifista llamado Adolfo Pérez Esquivel había recibido el Premio Nóbel de la Paz por su lucha en defensa de los derechos humanos.

Sin embargo, la Iglesia ya no daba su apoyo incondicional a los militares. En mayo de 1981, la Conferencia Episcopal emitió una proclama llamada “Iglesia y Comunidad Nacional” que se refirió en duros términos a las reglas de juego introducidas por el Proceso.

“Lo que parece claro es que la Argentina sufre una crisis de autoridad, crisis del estado de derecho, porque no hay voluntad de someterse al imperio de la ley justa y de la autoridad legítimamente constituida, tal vez porque se ha desarraigado la autoridad de su origen último, que es Dios. Se ha olvidado que el acatamiento que se

³⁶ Lanata, Op. Cit. Pág. 434.

*debe a la ley, obliga por igual a todos, a quienes poseen la fuerza política, económica, militar, social, como a los que nada poseen”.*³⁷

A pesar de las críticas, los militares creían que el Proceso tenía cura. Existía la esperanza de que sus planes económicos dieran finalmente resultado y de que su posición internacional fuera de una vez por todas legitimada. Lo primero era más un acto de fe que una tendencia palpable en los indicadores macro económicos. Con respecto a lo segundo, en toda América Latina se daban golpes militares que se habían inspirado en el de marzo de 1976, y eso daba cierto aire a los halcones. Muchos creyeron que la aparición de Ronald Reagan como presidente de los Estados Unidos en 1981 marcaría una restauración “de derechas”, que daría marcha atrás con la doctrina de derechos humanos de Carter. Pronto se darían cuenta – luego de la invasión a las Malvinas – que Reagan valoraba a los militares argentinos tanto como un cowboy estima al carnicero que ejecuta su hacienda.

La experiencia argentina a la hora de reprimir, torturar y desaparecer fue clave en muchos otros golpes latinoamericanos. En muchos casos, los comandos argentinos fueron a hacer el trabajo sucio que las propias tropas americanas no podían hacer para no empeorar la imagen internacional de ese país, que se medía todavía con la de la Unión Soviética. Uno de los ejemplos más representativos de estos “mandados” fue el golpe de estado que llevó adelante en Bolivia el General Luis García Meza Tejada el 17 de julio de 1980, que contó con el know-how del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército Argentino. El general Guillermo Suárez Mason, a cargo de ese batallón, también estaría a cargo de entrenar a la contra nicaragüense a pedido de la CIA y se sentiría respaldado por la Agencia hasta sus últimos días.

Sin embargo, el Proceso no tenía retorno a los “días felices” de 1976. En varios frentes internos se empezaba a reclamar por un regreso a la democracia. Viola adujo problemas de salud para pedir una licencia y reposar en Liendo parte del costo político de la situación. Sectores afines al próximo ministro se encargarían de dar un golpe de mercado en la City, para ir marcando el terreno. En noviembre Viola pidió licencia por unos días, y la Junta consideró oportuno destituirlo por esos mismos problemas de salud. Aprovechó para pasar a retiro a varios generales afines al “violismo”, y así salieron entre otros Bignone y Bussi. El 22 de diciembre de

³⁷ Conferencia Episcopal Argentina, “Iglesia y Comunidad Nacional”, Mayo, 1981. Disponible en Internet: http://www.cea.org.ar/07-prensa/iglesia_y_comunidad_nacional_1.htm . Consultado el 1 de septiembre de 2013.

1981 asumió el general Leopoldo Fortunato Galtieri³⁸, que no tenía mucho margen de acción para volver a las fuentes del Proceso, pero que era el más fuerte de una Junta cada vez más débil.

En el Ministerio de Economía fue designado Roberto Alemann, un liberal ortodoxo que trató de profundizar los planes regresivos de Martínez de Hoz: aumentó tarifas, impuestos, congeló sueldos, unificó el mercado cambiario y anunció la privatización masiva de varias empresas estatales. Al respecto del modelo vigente, Alemann decía: “Ninguna persona responsable puede calificar de fracaso la gestión de Martínez de Hoz”. En respuesta a esto, desde una tribuna de juez y parte, hasta Domingo Cavallo calificaba como desastrosas las políticas de Martínez de Hoz y sus sucesores: “No es cierto que haya reducido el déficit fiscal. Lo que él y su equipo – en particular Juan Alemann – hicieron fue perder el respeto por el Presupuesto Nacional”. “Casi todo el problema del endeudamiento neto, sin respaldo de reservas del Banco Central, se inició durante el año ‘80”, agregaría Cavallo en la misma ocasión³⁹.

Es comprensible, entonces, la recepción de la sociedad a un funcionario que profundizaba un modelo calificado como fracaso hasta por sus mismos funcionarios. Galtieri había encarado la crisis económica de la peor manera posible: negándola y acelerando el paso en la dirección que llevaba al infierno.

Esta capacidad de análisis estratégico propia de un necio saltaría a la vista en varias oportunidades, y nadie mejor que él mismo para dejar constancia de ello. Siendo un halcón como pocos, Galtieri estaba convencido de que podía – a costa de más mano dura – romper con una tradición de ideas que era ya parte de la cultura nacional. Así lo expresaba en una entrevista con Bernardo Neustadt, en abril de 1980, cuando el periodista le preguntaba sobre las urnas guardadas:

“En cuatro años de Proceso nos ubicamos en un reordenamiento económico, en un proceso de lucha contra la subversión, de reimplantar el principio de autoridad que se había perdido, de tratar de recomponer los conceptos morales. Pero ahí no se agota el Proceso. El Proceso nunca tuvo por finalidad exclusivamente esto. El

³⁸ Leopoldo Fortunato Galtieri era uno de los militares más sanguinarios del Proceso. Sus crímenes al frente del Segundo Cuerpo del Ejército, con sede en Rosario, le valieron un pedido de captura de España en 1997 y la prisión domiciliaria en 2002, aunque murió de cirrosis crónica y cáncer de páncreas antes de ser juzgado, el 12 de enero de 2003.

³⁹ La Semana, "Cuatro hombres," *La Semana*, p. 46, 1982.

Proceso es un medio para transitar hacia un nuevo sistema de ideas que implemente una República que vaya hacia un proceso democrático continuo durante cien años”⁴⁰

La proclama del 25 de marzo de 1982, a seis años del golpe, no tomaba en cuenta la creciente voluntad de participación del movimiento obrero o de los partidos políticos.

Para desgracia de Galtieri y los halcones, cierta renovación y reorganización dentro del movimiento obrero había impulsado nuevamente el justo reclamo por la urgente situación social de sus miembros. Por primera vez en varios años, el 7 de noviembre la CGT “Brasil” dirigida por Saúl Ubaldini reunió a más de 10 mil personas para pedir “paz, pan y trabajo” frente a la iglesia de San Cayetano, en las calles de Liniers. Este avance de una parte de la política sirvió de termómetro para lanzar otra más urgente el 30 de marzo del año siguiente. Dentro de la Multipartidaria iría cobrando fuerza la idea de un traspaso sin militares antes de 1984.

El verano del 82 sería determinante. En febrero la CGT aprobaría un plan de movilización y una entrevista de La Semana al DT de la selección nacional de fútbol, César Luis Menotti, serviría como termómetro de los ánimos políticos y sociales vigentes.

*“El pueblo y la historia juzgarán a quienes se alejen de la conciencia popular, a quienes no entiendan que hay que gobernar para las grandes mayorías y a quienes en su terrible insensibilidad no se dan cuenta de que en este país se está sufriendo mucho”.*⁴¹

Las protestas estudiantiles y las manifestaciones culturales adversas iban en aumento. Cientos de personas acompañaban ahora a las Madres de Plaza de Mayo, que habían dejado de ser consideradas por muchos como “las viejas locas de la Plaza” y ahora empezaban a ser valoradas por la importancia política que tendría su reclamo cuando llegara la democracia. En el campo de la cultura, el regreso al país (desde Europa y Brasil, principalmente) de muchos de los músicos que diez años antes habían dado forma al rock nacional daría un nuevo impulso a uno de los sectores más castigados por la Dictadura. Las ingeniosas metáforas a prueba de censura que Charly García escribía para Serú Girán y la violencia inversa que inspiraba Pappo con su banda

⁴⁰ Leopoldo Galtieri en Bernardo Neustadt, “Somos pie y tenemos el as de espadas”, *Extra*, XV - Abril 1980.

⁴¹ Blaustein y Zubieta, Op. Cit. Pág: 438.

de rock pesado Riff comenzarían a despertar de su letargo a la generación que estaba por protagonizar el regreso a la democracia.

Sin embargo, la historia no les daría la gloria sin antes pedir prestada un poco de su sangre.

Crónica de una invasión anunciada

Durante los primeros meses de 1982, las negociaciones del régimen con el Reino Unido en torno a las Malvinas fueron deliberadamente tiradas por la borda. A pesar de que era fácil pronosticar que tarde o temprano el proceso de descolonización y los planes de creciente austeridad económica iban a llevar al Reino Unido a devolver las Islas Malvinas a nuestro país, los militares forzaron un fracaso en las lentas pero constantes negociaciones que se llevaban a cabo en los foros internacionales. Es que Galtieri y su compañero de liceo y amigo, el almirante Isaac Anaya, ya habían decidido que se invadirían las islas en el transcurso de 1982.

La recuperación de las Malvinas por la vía militar formaba parte de los delirios de los halcones, y no era justificable de ninguna manera civilizada. Sería usada como excusa para generar un renovado apoyo a los militares en la sociedad civil, que sería chantajeada en su sentimiento patriótico con la ejecución incorrecta de una causa justa. A la luz de la historia se sabe que de haber primado la buena voluntad, las islas podrían haber vuelto a sus legítimos dueños en un clima de cooperación económica y lo más importante, sin derramamiento de sangre.⁴²

Hoy se sabe que desde los primeros días de 1982, las tres armas se habían organizado en grupos de planeamiento para una invasión a las islas. El 12 de enero tuvo la primera reunión un grupo conformado por el almirante Juan José Lombardo, el general Osvaldo García y el brigadier Sigfrido Plessi, que en pocos días fijó como fecha viable de invasión el 15 de mayo de 1982. Sin

42 El Foreign Office había realizado varios informes durante los últimos 50 años en los que reconocía que su ocupación no era justificable de ninguna manera. En 1968 y 1974 se estuvo muy cerca de resolver el conflicto en favor de la Argentina. Esta última oportunidad consideraba un tiempo de gracia de 25 años a partir de 1975, luego de los cuales Inglaterra reconocería la total soberanía argentina sobre las islas. Esta negociación se vio frustrada por la muerte de Juan Perón, entonces en ejercicio de su tercera presidencia. Sin importarle negociar soberanía con un gobierno de facto, el Foreign Office analizó nuevamente en 1980 la posibilidad de reconocer los reclamos argentinos, basándose en un informe redactado por el diplomático y geógrafo Lord Edward Shackelton que decía que la caída internacional del precio de la lana haría cada vez más caro mantener esa colonia, tan lejana, ya obsoleta en términos militares. Incluso hubo un encuentro informal entre el canciller inglés Nicholas Ridley y el comodoro argentino Carlos Cavandoli en Venecia, Italia. La administración de la propia Margareth Thatcher intentó presentar la propuesta en el parlamento, pero la presión de los isleños y la Falklands Islands Company la hicieron fracasar. (Montes de Oca, Op. Cit. Pág. 51.)

embargo, tanto Galtieri como Anaya estaban convencidos de que la recuperación militar de las islas no traería una respuesta idéntica, sino simples condenas diplomáticas. Los planes de los militares no contaban seriamente con la posibilidad de ir a una guerra con una de las armadas más experimentadas del globo.

Los aviones de fototeleetría enviados por las Fuerzas Armadas fueron reportados por los isleños en enero de 1982. Los posibles indicios de una invasión⁴³ estaban dados, y como reconocieron los propios militares ingleses, el desembarco argentino en las islas no se trató de una sorpresa. En enero de 1982 un informe de la inteligencia naval chilena ubicaba la invasión argentina entre marzo y abril de ese año.⁴⁴

También en enero, se filtraba a la prensa alineada con los servicios de inteligencia de la Armada que los militares planeaban una acción militar si la entrega de las Malvinas por la vía diplomática no se hacía de forma inminente. El agregado militar en la embajada de Buenos Aires, Stephan Lowe, redactó un informe en el que alertaba sobre una invasión a las islas. A pesar de todo esto, los ingleses no tuvieron ningún apuro en reforzar su defensa en las islas.

El 2 de marzo, el diario La Nación informaba:

“El Gobierno endureció su actitud al reservarse el derecho de tomar otras medidas si no dieran resultado las reuniones de negociación”⁴⁵

Al día siguiente, la primera ministra Thatcher envió un telegrama a su embajada en Buenos Aires para encomendar un plan de contención en caso de guerra. El día 6 de marzo, un avión de carga C-130 “Hércules” de la Fuerza Aérea Argentina aterrizó de improviso en Puerto Stanley. Aseguraba su comandante que iban rumbo a la Antártida a dejar sacos de correo, pero que sufrieron una falla en el sistema de combustible y debieron detenerse en Puerto Stanley, a pesar de que las islas quedaban a cientos de kilómetros de la ruta habitual. Los tripulantes del Hércules, oficiales con más pinta de comandos que de carteros, se pasearon por la ciudad mientras los técnicos ingleses no daban con la falla en el avión. Como lo contaron tiempo

⁴³ Con respecto a las islas Malvinas y los otros territorios argentinos ocupados en el Atlántico Sur, se usa la palabra “invasión” en el sentido reconocido por la RAE “Irrumpir, entrar por la fuerza”. El autor de este trabajo adhiere y promueve el reclamo histórico argentino de legítima soberanía sobre estos territorios ocupados por el Reino Unido.

⁴⁴ Ignacio Montes de Oca, *Tierra de Nadie: los mitos sobre Malvinas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2006. Pág. 71.

⁴⁵ Diario La Nación, “Nueva política para las islas Malvinas,” *Diario La Nación*, p. 1, marzo 1982.

después, estaban midiendo la reacción de las autoridades y las tropas apostadas en las islas ante visitas inesperadas.

El 23 de marzo, en vísperas de un nuevo aniversario del golpe, una reunión de ministros, jefes militares y asesores sirvió para dar por comenzada la “Operación Azul”, clave para el desembarco masivo de tropas en Malvinas en la madrugada del 2 de abril. Esa misma noche, las primeras tropas de infantería de Marina bajo órdenes de Alfredo Astiz hacían una entrada clandestina en las islas Georgias. El 31 de marzo, empresarios argentinos retiraron de sus cuentas en bancos británicos más de 2 mil millones de dólares, anticipándose al congelamiento financiero que llegaría de forma inmediata después de la invasión.

No hubo sorpresa en la invasión, pero tampoco hubo una antelación a la misma. Tanto al halcón de Galtieri como a la torie de Thatcher les venía bien un acontecimiento excepcional para distraer la atención de los pésimos gobiernos que estaban llevando adelante.

El 26 de marzo, la flota argentina de guerra partió de Puerto Belgrano hacia las Malvinas. La conformaban dos destructores y dos corbetas de última generación, capaces de lanzar los modernos misiles autodirigidos Exocet; un viejo submarino norteamericano de la Segunda Guerra incorporado por la Armada como ARA Santa Fe; el rompehielos ARA Almirante Irízar y dos buques de transporte. A bordo viajaban dos batallones de infantería de Marina y uno de infantería del Ejército. La Fuerza Aérea pondría en combate a los modernos aviones Mirage y la Armada, los Super Etendard, ambos de fabricación francesa.

El 30 de marzo llegaron al escenario de operaciones las naves argentinas. En Buenos Aires todavía no se había dado la noticia al público general. Ese mismo día, una masiva manifestación encabezada por la CGT Brasil había llenado la Plaza de Mayo para reclamar urgentes cambios en las políticas de Alemann, mejores condiciones sociales, la renuncia de Galtieri y la apertura democrática. Luego de cantar “se va a acabar la dictadura militar”, una durísima represión policial cayó sobre los manifestantes. Dos días más tarde, la misma plaza estaría repleta de gente, pero festejando la noticia de la invasión argentina a las Malvinas.

En la noche del 1 de abril y la madrugada del siguiente, las tropas de infantería de marina tomaron el faro San Felipe y la casa del gobernador en Puerto Stanley. A las 9:30 de la mañana, el gobernador Rex Hunt rindió las islas al contralmirante Busser. Casi de inmediato se definió

una nueva toponimia para los puntos geográficos principales, y así la principal localidad pasó a llamarse Puerto Argentino. Se definió el idioma castellano como oficial y se revertió el sentido de circulación de vehículos.

El 3 de abril, en Buenos Aires los militares brindaban creyendo que sus pronósticos se cumplían: la resistencia inglesa no había pasado de algunas pocas balaceras. Con respecto a la reacción de la comunidad internacional, no se comprende todavía por qué muchos militares creyeron que Estados Unidos daría el visto bueno a la invasión, por sobre su principal aliado en la OTAN. Se esperaba que la embajadora de Reagan en la ONU, Jean Kirkpatrick, se mostrara tan complaciente como siempre lo hacía hacia los dictadores de la región. Sin embargo, la condena del Consejo de Seguridad de la ONU fue casi inmediata, ordenando el retiro inmediato de las tropas argentinas. Thatcher consiguió rápidamente el apoyo del parlamento para enviar con rumbo sur a casi cien barcos de la Task Force y 20 mil hombres a bordo de éstos. La respuesta militar no sólo existía, sino que era abrumadora, lo mismo que la diplomática.

El Proceso encontró el abrazo solidario de unos pocos países latinoamericanos, llegando al propio ridículo de agradecer a Fidel Castro su solidaridad con la causa malvinense. Galtieri y su canciller, el ultra nacionalista Nicanor Costa Méndez, respondieron a los emisarios de Reagan que no tenían intenciones de frenar la guerra puesto que no era un delirio circunstancial sino la causa histórica de un pueblo entero lo que estaba en juego.

Especulando con la disuasión de los ingleses, Galtieri ordenó atiborrar de tropas las islas, a pesar de que no existían planes de aprovisionamiento para las mismas. Muchos de los soldados argentinos que llegaron al terreno de operaciones eran conscriptos sin experiencia alguna, llegados de provincias subtropicales al frío del Atlántico Sur. En cuestión de días sufrirían hambre, frío y los castigos impartidos por algunos superiores a quienes se rebelaran en esas condiciones.

Mientras tanto, en el continente la reacción de la sociedad fue de apoyo total a la invasión. Muy pocos personajes públicos no se plegaron al ánimo del momento. Hasta el escritor Ernesto Sábato, que en ocasiones anteriores había sido crítico con el régimen, llegó a decir que no era una guerra entre una democracia y una dictadura, sino “entre un imperio y un pueblo entero”⁴⁶.

⁴⁶ Ernesto Sábato en Novaro, Op. Cit. Pág. 131.

La Multipartidaria apoyó la acción, olvidándose por un rato del panorama y de que algunos militantes todavía estaban detenidos por la marcha del 30 de marzo. Hasta las Madres de Plaza de Mayo apoyaron la medida, aunque con la ingeniosa consigna que clamaba: “Las Malvinas son Argentinas; los desaparecidos también”, olvidándose por un momento de los casi mil desaparecidos de otras nacionalidades.

Algunos detenidos a disposición del PEN pidieron ser trasladados a las islas para combatir al enemigo inglés, olvidándose por un momento que sería codo a codo con sus verdugos. El orden de las cosas se vio alterado de tal manera que dos montoneros desaparecidos por la Armada serían encomendados a España con la misión de instalar minas submarinas en el casco de los barcos ingleses anclados en el puerto de la base del peñón de Gibraltar. La llamada Operación Algeciras contaría con la experiencia de Máximo Nicoletti, el mismo buzo táctico montonero que había hecho volar por los aires al ex jefe de la Policía Federal, el comisario Alberto Villar. Los servicios españoles los detectaron a tiempo y el plan no prosperó.⁴⁷

Algunos políticos bien asesorados, como Ricardo Alfonsín, se llamarían a un silencio que sería provechoso en el futuro cercano. Otros que se mostrarían críticos con la aventura militar – y que por ello serían duramente criticados - serían Arturo Frondizi y Álvaro Alsogaray, quizás más conscientes de que el Imperio pirata no perdona, aunque hacer tronar el escarmiento le cueste sangre, sudor y lágrimas.

El 2 de mayo, el submarino nuclear HMS Conqueror acertó dos torpedos al ARA Belgrano, que con poco más de mil tripulantes se hundió en cuestión de minutos. Morirían en el acto 323 marinos argentinos. Ambas naves se hallaban fuera de la zona de exclusión, por lo que todavía hoy el hundimiento del Belgrano no es considerado una acción bélica sino un crimen de guerra.

El 3 de mayo una situación similar se daría cuando un helicóptero inglés disparó un misil sobre el aviso ARA Alférez Sobral, un barco hospital desarmado, matando a 8.

Desde ese momento, el curso de la guerra se definiría a favor de los ingleses, que impondrían su superioridad numérica y técnica. Con excepción de las operaciones de la Fuerza Aérea Argentina, que tuvo en Malvinas su bautismo de fuego, el desempeño de las Fuerzas

⁴⁷ Montes de Oca, Op. Cit. Pág. 173.

Armadas fue pésimo. El maltrato de la superioridad a las tropas no se privó de torturas con picana eléctrica. Estas deshonras serían juzgadas casi 30 años después.

Los medios de prensa y radiodifusión argentinos fueron entusiastas comunicadores al servicio de los militares. Quizás porque durante la dictadura se había perdido el hábito vital de chequeo de información, las redacciones argentinas darían mensajes positivos sobre el curso de la guerra, algo que ya de por sí es imposible si se considera que unos ganan a costa de la vida de otros.

Una campaña nacional de apoyo a las tropas argentinas bombardeó diarios y revistas, radios y canales de televisión, reuniendo a las personalidades de la farándula, la política y las artes con las pequeñas historias de los argentinos que combatían o de sus familias que los esperaban en casa.

“Argentinos a vencer”, clamaba una de las campañas oficiales. “Cada uno en lo suyo, defendiendo lo nuestro”⁴⁸: esa misma campaña organizaría una maratón televisiva de solidaridad que duraría 24 horas empezando el 9 de mayo, durante las cuales la sociedad donaría más de 22 mil millones de pesos y 40 kilos de joyas. El llamado Fondo Patriótico sería la mayor colecta de la historia nacional, y una de las mayores burlas de las Fuerzas Armadas a la buena fe del pueblo. Las cartas y regalos que las familias argentinas enviaban a los soldados fueron tiradas a la basura, lo mismo que la mayor parte de los abrigos, mientras en el campo de batalla muchos argentinos morían literalmente de hambre y de frío.⁴⁹

La música de rock que había sufrido censura desde el gobierno de Isabel fue transmitida día y noche en las radios, donde se prohibió la música en inglés. Casi sin querer, nuevas generaciones se vieron “invadidas” de música popular que no había pasado la censura apenas algunos meses antes. Un grupo de músicos de rock colaboró con colectas hechas durante el Festival de la Solidaridad Americana, el 16 de mayo, en Obras. En esa ocasión, más de 60 mil chicos y chicas escucharon a León Gieco, el Dúo Fantasía, Miguel Cantilo, Litto Nebbia, Luis Alberto Spinetta, Nito Mestre, Tarragó Ross, Pappo Napolitano, Miguel Porchetto y Serú Girán.

⁴⁸ Revista Gente y la actualidad, "Argentinos a vencer," *Gente*, p. 84, 1982.

⁴⁹ Pablo Calvo, "El oro de Malvinas: cómo se esfumó la mayor colecta de la historia argentina," *Clarín*, abril 2005.

Grande fue el desengaño cuando, después de más de un mes de combates, la sociedad se encontró que no íbamos ganando la guerra sino que todo el tiempo que duró la misma fue en tránsito a una indudable derrota. Recién después de la caída de Puerto Argentino las revistas de actualidad repararon en las mejoras técnicas del enemigo y en la pésima elección de la época del año para invadir; como si quisieran justificar el pésimo desempeño del oficio durante los meses que duró el conflicto. El trato fantástico y benévolo hacia la Junta continuó incluso después de la derrota. Un artículo de junio de la revista La Semana – dirigida por Jorge Fontevicchia – se refería a la visita del Papa Juan Pablo II y su reunión con la Junta en estos términos:

“Cuatro hombres. Uno, vicario de Cristo, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles (...). Los otros tres, máximas autoridades de un país envuelto en una guerra no buscada, no deseada. Cuatro hombres. Cuatro amantes de la Paz”.

En el mismo número de La Semana, se mostrará una foto de Su Santidad con la nieta de Galtieri en brazos y el dictador jugando con la niña. “El Papa y el Abuelo”, fue el título de la nota. En momentos de la redacción de este trabajo, Fontevicchia practica “Periodismo Puro”.

Más allá del inexistente nivel crítico de la mayoría de los medios, la visita de Juan Pablo II fue como un bálsamo para la paz en medio de la hecatombe de la guerra. La rendición fue firmada el 14 de junio, tres días después de la llegada del Papa.

Cinco días después, la Junta relevaría de sus cargos a Galtieri. Durante algunas semanas sería presidente el general Alfredo Saint-Jean. El 2 de julio de 1982 asumiría la presidencia Reynaldo Bignone⁵⁰, quien en su primer discurso llamó a elecciones para 1984, que debió adelantar para el año 1983.

La situación económica fue prácticamente catastrófica, y Bignone apenas pudo consensuar un cronograma con la Multipartidaria.

Una de las medidas más importantes que debió encarar fue la limpieza de los crímenes de sus camaradas. Así fue como dictó el decreto 2726/83, ordenando la destrucción de la

⁵⁰ Reynaldo Benito Bignone también sería llevado a la Justicia en enero de 2009 y condenado, en abril de 2010, a 25 años de prisión común por hallárselo culpable de 56 casos de robo agravado, privación ilegítima de la libertad, tormentos y desapariciones cometidas bajo sus órdenes en el Policlínico Posadas y en Campo de Mayo. Anteriormente, había sido condenado por destrucción de documentos públicos. Consiguió salir impune de su responsabilidad en la muerte con bomba del ex general chileno Carlos Prats, en 1974.

documentación existente sobre el secuestro, tortura y desaparición de detenidos. Por esta causa sería enjuiciado y condenado en la causa C81/84, “Ministerio del Interior s/denuncia por destrucción de documentos” pero sería indultado por Carlos Menem en 1990.

Bignone también dictaría la Ley de Autoamnistía 22924, que reconocía la comisión tanto de faltas imputables por la justicia militar como crímenes comunes, y que se hacía retroactiva al 25 de mayo de 1973, dando así la premisa de que los militares se encontraban involucrados en las acciones de bandas para estatales como la Triple A y el Comando Libertadores de América ya mucho antes del golpe de 1976. El artículo primero de esta “ley” decía:

“Art. 1 Decláranse extinguidas las acciones penales emergentes de los delitos cometidos con motivación o finalidad terrorista o subversiva, desde el 25 de mayo de 1973 hasta el 17 de junio de 1982. Los beneficios otorgados por esta ley se extienden, asimismo, a todos los hechos de naturaleza penal realizados en ocasión o con motivo del desarrollo de acciones dirigidas a prevenir, conjurar o poner fin a las referidas actividades terroristas o subversivas, cualquiera hubiera sido su naturaleza o el bien jurídico lesionado. Los efectos de esta ley alcanzan a los autores, partícipes, instigadores, cómplices o encubridores y comprende a los delitos comunes conexos y a los delitos militares conexos”.

Los militares sabían que esa ley podía ser derogada por un gobierno democrático, y así es como en noviembre de 1982 trató de ejercer presión sobre la Multipartidaria con un documento de 16 puntos de acuerdo con todas las fuerzas que se presentaran a elecciones. Frente a la situación económica y social, los partidos redoblaron la apuesta y un mes después, el 7 de diciembre de 1982, la CGT Brasil junto a la CGT Azopardo convocaron al primer paro nacional desde 1975. La semana siguió con casi 10 mil personas en la Plaza de Mayo el día 9, para solidarizarse con las Madres de Plaza de Mayo en la Marcha por la Resistencia. Y el jueves 16 de diciembre de 1982, la Multipartidaria llevó a casi 100 mil militantes de todos los cuadros políticos que pedían barajar y dar de nuevo, ya sin varios jugadores en la mesa. Encabezada por Alfonsín, Bittel y Alende, la marcha llegó hasta Plaza de Mayo, donde fue duramente reprimida por la policía aunque la impotencia de ésta quedó en evidencia con el asesinato injustificable de un obrero metalúrgico llamado Dalmiro Flores, que no había escuchado la voz de alto... por ser medio sordo. Ochenta personas resultaron heridas y 120 detenidas ese día.

La fecha de las elecciones fue definida para el 30 de octubre de 1983. Fernando De La Rúa pretendió ser el candidato de la Unión Cívica Radical pero no logró el mismo apoyo que Raúl Alfonsín, que había tenido mucho cuidado con respecto a sus apariciones públicas durante los años de la Multipartidaria. Por el peronismo se presentó el ex ministro Ítalo Lúder, secundado por Bittel. A pesar de que el peronismo seguía siendo la principal fuerza nacional, el Partido Justicialista de 1983 no tenía casi nada del FREJULI (Frente Justicialista para la Liberación) que diez años antes le había dado a Juan Domingo Perón el 62% de los votos. Para 1983 el justicialismo era una colección de resabios cuasi-fascistas provinciales y sindicales, formados por militantes peronistas que no habían sido desaparecidos o expulsados al exilio. Esto quedó en clara evidencia antes de los comicios cuando Lúder expresó su conformidad con mantener la Ley de Auto amnistía, y en ocasión del cierre de campaña cuando el candidato a gobernador por la Provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias, hizo una quema simbólica de un ataúd pintado con los colores litúrgicos de la UCR.

El uso inteligente de la publicidad y una serie de correctas posturas políticas le valió a Alfonsín la Presidencia de la República por el 51,7 % de los votos, contra el 40% que obtuvo el peronismo.

La democracia, su promesa de Justicia: el rol de los DDHH en las elecciones de 1983

El 30 de octubre de 1983 empezó el proceso democrático que continúa al momento de escribir este trabajo. Raúl Ricardo Alfonsín había logrado imponerse entre las voluntades de los argentinos. Para eso, primero debió imponerse dentro del radicalismo al sector que lideraba Ricardo Balbín, que a pesar de ser por entonces el patriarca del centenario partido, recibía muchas críticas desde sectores juveniles y universitarios por su actitud frente a la dictadura.

Las críticas eran fundadas. El Proceso de Reorganización Nacional había encontrado en Balbín a un importante interlocutor para actuar como moderador de la Multipartidaria. Años más tarde, el mismo Jorge Rafael Videla alegaría en uno de los juicios en su contra que Balbín se reunió con los altos mandos de las FF.AA. en la víspera del golpe de 1976 para pedirles una entrada pronta en escena⁵¹.

Ante esa facción de “derecha” dentro del radicalismo, conocida entonces como Línea Nacional o “unionista”, Alfonsín ofreció la alternativa de su agrupación Renovación y Cambio, que venía a terminar con más de un cuarto de siglo de liderazgo balbinista ofreciendo una mirada política inspirada en la socialdemocracia europea. Dicha agrupación no era nueva en 1981: había nacido una década antes en la provincia de Buenos Aires y participado en internas contra el balbinismo en 1972. A principios de la década del 80 ya contaba con el apoyo inicial de históricos dirigentes radicales como Bernardo Grinspun y Roque Carranza; también, con el apoyo de la Junta Coordinadora Nacional y Franja Morada, donde se resumía una gran parte de la juventud radical. Entre esos jóvenes dirigentes de la Coordinadora y Franja estarían Luis Cáceres, Federico “Fredí” Storani, Marcelo y Adolfo Stubrin, Enrique “Coti” Nosiglia, Facundo Suárez Lastra, Mario Losada, Leopoldo Moreau, Jesús Rodríguez, Ramón Mestre, entre otros. Todos ellos, apoyándose en Alfonsín, llegarían a ocupar cargos de importancia a partir de 1983, cuando la Coordinadora se convirtió en el sector político dominante en el entorno del Presidente. La disputa entre esas dos líneas internas de la UCR resurgiría pocos años después, apenas asumiera funciones Alfonsín.

La muerte de Balbín en septiembre de 1981 dejaría sin líder político a una buena parte del radicalismo, que tampoco tuvo una actitud crítica ante la guerra de Malvinas. Alfonsín sí la tendría, siendo uno de los pocos dirigentes que se opuso a esa guerra injustificada e improvisada,

⁵¹ Orlando Andrada, “Videla vinculó a Balbín con el golpe”, La Nación Online, 22 de diciembre de 2010. Disponible en Internet en: <http://www.lanacion.com.ar/1335607-videla-vinculo-a-balbin-con-el-golpe> . Consultado el 1 de septiembre de 2013.

planteando que era un intento desesperado del Proceso por tapar las violaciones sistemáticas a los DD.HH. y una crisis económica galopante.

En cambio, la postura del peronismo había sido la de apoyar la guerra alegando – en boca de Bittel - que las enseñanzas de Perón primero ordenaban proteger a la Patria y luego pedir por los hombres⁵². Más valía en el discurso de ese PJ residual combatir al imperialismo que exigir justicia por sus compañeros desaparecidos. Después del golpe, los militares se habían encargado de continuar las luchas intestinas entre sectores de izquierda y derecha dentro del movimiento, dejando con vida y libres de exilio a éstos. La revisión de las complicidades y las culpas era para el peronismo tan compatible con el voto independiente como lo son el agua y el aceite.

Entonces la idea de que los militares debían “marcar la cancha” y así establecer las condiciones para una “salida democrática” del régimen, si es que puede existir democracia con condiciones, era mayoritaria en las internas de ambos partidos. Explica Novaro:

*“A esta visión se contrapuso la de las minorías progresistas de los dos grandes partidos y de la DC (Democracia Cristiana) y el PI (Partido Intransigente), que vieron en el colapso militar la oportunidad para un cambio profundo, pues alteraba las condiciones en que se relacionaban uniformados y civiles. La cuestión de los derechos humanos era la pieza clave para operar dicho cambio, y por lo tanto sería central en sus campañas. Quien asumió en todas sus consecuencias políticas este diagnóstico y esta oportunidad para innovar fue Alfonsín”.*⁵³

En la biografía de Enrique “Coti” Nosiglia se dan algunos detalles de la interna radical:

*“Tróccoli, Contín y Pugliese, los herederos de Balbín, impulsaron una “salida concertada” que, por supuesto, incluía la amnistía. Pero debían enfrentar ahora un contrapeso que no dejaba de engordar, figurativa y literalmente: Raúl Alfonsín”.*⁵⁴

A la luz de los resultados de la Guerra de Malvinas, sin una alternativa creíble del peronismo y muerto Balbín, la figura de Alfonsín resultó central en la política argentina, más allá

⁵² Novaro, Op. Cit.

⁵³ Novaro, Op. Cit.

⁵⁴ Darío Gallo y Gonzalo Álvarez Guerrero, El Coti - Biografía no autorizada de Enrique Nosiglia. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

del predominio histórico del peronismo. Los militares se echaban la culpa por la derrota militar entre las distintas armas y dentro de ellas. Incluso había sectores del Ejército promoviendo causas penales contra miembros de la Armada a modo de represalia, como la investigación de la muerte del empresario Fernando Branca, atribuida al ex Almirante Emilio Eduardo Massera. La consecuencia inmediata fue una crisis política irremontable, que crecía al mismo tiempo que la sociedad le perdía el miedo al régimen, que sin chances de coordinar una transición, terminaría por derrumbarse.

Empezaban a hacerse públicas las informaciones enviadas desde grupos de solidaridad en Europa y algunos países de América. Los DD.HH. habían ganado el centro del debate público: la sociedad necesitaba comprender cómo y por qué había llegado a esa situación. El informe de la CIDH y el premio Nobel a Adolfo Pérez Esquivel en 1980 habían llamado la atención sobre el tema: ahora ya sin miedos para denunciar, en 1982 empezó a salir a la luz la dimensión de la tragedia. Raúl Alfonsín fue el único que tomó el tema como un eje de campaña, proponiendo reprimendas “aleccionadoras” para los jefes militares y para todos los que se habían sobrepasado en el cumplimiento de las órdenes con actos aberrantes. Se buscaba acotar los juicios en figuras paradigmáticas del horror y en los principales oficiales. Aunque en la práctica se probaría muy difícil de ejecutar, esa propuesta fue la más creíble entre las pocas que hubo.

Como actor central de la política, la sociedad había sido silenciada durante muchos años. Ya vencido el miedo a reprimendas por manifestaciones o reuniones políticas, los niveles de afiliación y participación aumentaron exponencialmente en todas las fuerzas políticas. La gente salía a la calle y se animaba a gritar lo que tantos años había callado; los DDHH fueron un canal de reclamos que no sólo pedía Justicia retroactiva, sino también libertad a futuro. En abril de 1982 unas 3 mil personas acompañaron un nuevo aniversario de la primera ronda de las Madres de Plaza de Mayo. La Marcha por la Vida de octubre de 1982 sumó unas 10 mil. Durante octubre el CELS hizo públicos los hallazgos de tumbas NN en Campo de Mayo, Chacarita, Córdoba y Mar del Plata. Ante la publicación y difusión por TV del Documento Final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo, hecho público el 28 de abril de 1983, unas 50 mil personas marcharían en rechazo de su contenido en los primeros días de mayo. Las consignas que empezaron las Madres de Plaza de Mayo, “Con vida los llevaron, con vida los queremos” y el ya célebre “Juicio y Castigo” pasaron a ser banderas de una buena parte de la sociedad argentina.

El “Show del Horror” no haría más que confirmar las denuncias que pocos años antes, el régimen atribuía a la campaña anti argentina. En noviembre de 1982, la Junta extendió a los partidos políticos agrupados en la Multipartidaria un documento con 16 temas que debían tratarse y acordarse como condición para el llamado a elecciones. El político que mayor oposición mostró ante este condicionamiento de la Junta fue Alfonsín.

Antes de avanzar en un nuevo proceso democrático, era necesario hacer justicia con los responsables de una tragedia de las dimensiones de un genocidio. Aunque tímido en su propuesta, Alfonsín fue quien canalizó los reclamos y también, el político que mejor se movió en una campaña gobernada por la confusión y el olvido.

Luego de la violencia en la que había vivido inmersa la nación desde 1955, la posibilidad de poner un freno al autoritarismo era una promesa sobre todo para los jóvenes, que querían vivir un país más civilizado y acogedor que el de sus padres y abuelos.

La primavera alfonsinista y el Juicio a las Juntas

El 6 de diciembre de 1983 la Junta firmaba su disolución, y el día 10 Raúl Alfonsín asumía un país con más pesadillas auestas que sueños por delante. Durante la campaña, Alfonsín había entusiasmado a la sociedad con la reactivación de los salarios y el fin del hambre y la desocupación, problemas que habían aumentado rotundamente durante el Proceso.⁵⁵ El país estaba peor que antes en casi todo sentido, y a eso se sumaba la necesidad de poner en juego una parte de las relaciones de poder político y económico que se habían tejido durante la dictadura. La creencia casi mística en la democracia como factor resolutivo de los problemas existentes ganó por un tiempo la opinión pública. La clase política recibió los reclamos de la sociedad y se propuso resarcir los daños que había hecho la dictadura, aunque en muchos casos sobrevalorando sus posibilidades y eludiendo los costos políticos. Este desfasaje entre expectativas y realidades aplicado a la economía es explicado por Gerchunof y Llach:

“La sensación que se transmitía inicialmente respecto a la economía tenía mucho más de esperanza que de desesperación. Los problemas económicos eran vistos como cuestiones subalternas, destinadas a rendirse en poco tiempo más a la omnipotencia

⁵⁵ Mientras el PBI per cápita de 1982 era 15% menor que en 1975, el PBI industrial lo era en un 25%. La participación de los asalariados en el PBI había pasado del 45% en 1974 al 34% en 1983, y el valor real de esos salarios era a su vez 40% más bajo. (Novaro, 2006) (Gerchunof, y otros, 1998)

*de la democracia. Pasado apenas más de un año de administración radical, sin embargo, se cayó en la cuenta de que ese optimismo era en realidad una subestimación”.*⁵⁶

Las circunstancias requerían de una conducción coordinada de la economía, basada en acuerdos previos sobre los problemas a atacar. Esos acuerdos no existían, ni siquiera hacia dentro del radicalismo, y tampoco eran compensados por una distribución ideal del poder formal. Aunque las elecciones habían dado ganador a Alfonsín, el radicalismo ganaría solamente los gobiernos de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Entre Ríos, Río Negro y Misiones. El Senado estaba entonces en manos del PJ, mientras que la participación de la UCR en la cámara de diputados no le permitía mayoría absoluta debido a errores de sobre representación en los padrones, conformados por los equipos técnicos de la administración de Bignone.⁵⁷

En resumen, el primer gobierno de la democracia estuvo fuertemente condicionado, aunque el clima social inicial era esperanzador. Las frustraciones no tardarían en ganar la calle pocos meses después.

De manera paralela, varios colectivos sociales se lanzaron a hacer todo lo que durante la dictadura no habían podido. La apertura al mundo, la modernización de los estímulos culturales y el reinado aparente de la tolerancia ante todo marcaron la memoria de quienes fueron jóvenes entonces. La diversidad cultural, religiosa y de género ganó espacios que le habían estado vedados. Nuevos y viejos artistas se integraban a la escena cultural democrática, dando nuevos bríos a las artes y al desarrollo de las ciencias sociales.

Desde la música, las artes plásticas, la dramaturgia y el cine, las letras o las ciencias sociales se renovarían los cánones estéticos que habían sobrevivido a la censura y a la persecución militar. Artistas y filósofos que habían vivido el exilio regresaron sólo para traer con ellos las tendencias culturales y algunas vanguardias que eran moda en Europa o Estados Unidos, y que luego adaptarían al paladar argentino. Quizás los más influyentes en la juventud que participaba por primera vez de la cosa pública fueron los músicos y los dramaturgos, que venían a retomar el movimiento de rock nacional que se había interrumpido por el Golpe. Bandas como Serú Girán y Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota o solistas como León Gieco, Juan Carlos

⁵⁶ Gerchunof y Llach, Op. Cit.

⁵⁷ Novaro, Op. Cit.

Baglietto, Victor Heredia, Mercedes Sosa y Marilina Ross interpretarían con sus letras los primeros años de democracia.

Antes de disolver las Juntas, los militares habían ordenado ascensos, retiros y destinos, a lo que Alfonsín se negó a libro cerrado. Al asumir, emitiría dos decretos: uno ordenaba investigar el accionar en materia de DDHH de las primeras tres juntas del Proceso y de los grupos guerrilleros; el otro era un proyecto de ley enviado al Congreso que derogaba la Ley de Auto amnistía. Al poco tiempo envió al congreso una reforma al Código de Justicia Militar que reconocía el fuero castrense pero que habilitaba una instancia superior en la justicia civil, que debía iniciarse en la Cámara Federal.

Por distintos motivos Alfonsín no pudo lograr su cometido de juzgar sólo a las juntas y a los que habían cometido actos aberrantes: por un lado, la definición de “actos aberrantes” fue expandida por la oposición en la ley del nuevo Código de Justicia, dejando en el limbo los alcances de la obediencia debida. Por otra parte, desde la llegada de Alfonsín a la Casa Rosada, el “Show del Horror” se intensificó, a medida que se iban conociendo las desapariciones y los planes de apropiación de bienes de las víctimas. Uno de los temas más urticantes para la opinión pública resultó ser el de los hijos de desaparecidos, denunciado por primera vez en la revista El Porteño de agosto de 1983⁵⁸. Y aún así había muchos casos que todavía no se harían conocidos hasta muchos años más tarde, y que sin embargo merecían ser investigados y sus responsables juzgados. La idea de que podían juzgarse sólo casos simbólicos y pasar a otro tema demostraría ser, además de injusta y moralmente reprobable, impráctica.

En este contexto, un grupo del entorno del presidente le acercó la idea de formar una comisión que investigara la desaparición de personas durante la dictadura. La CONADEP estaría presidida por el escritor Ernesto Sábato y conformada por personas reconocidas de distintos ámbitos de la sociedad, como el médico René Favaloro, la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú, el obispo Jaime de Nevaes y el rabino Marshall Meyer. Si bien la comisión no contó con el apoyo de partidos como el peronismo y de grupos de DDHH (Pérez Esquivel se negó a participar de la comisión, alegando que debía crearse en la órbita del poder legislativo), su aporte demostró ser imprescindible para solventar las acusaciones a los miembros de las primeras tres juntas.

⁵⁸ Luego de la denuncia hecha por El Porteño en ese artículo, un grupo de tareas puso una bomba en la redacción de la calle Cochabamba 726 que la destruyó, aunque sin víctimas ni heridos.

Antes de finales de 1984 haría público su informe, conocido como Nunca Más, el documento definitivo en el camino de alejamiento de la sociedad civil con los militares. A los pocos días el Consejo Supremo de las FFAA dictó la falta de mérito a los acusados, por lo que la Cámara Federal tomó la causa para comenzar el juicio a las Juntas, que se extendería durante todo 1985. Diarios y revistas trataban constantemente el tema haciendo crónicas de la vida de los ex jefes en la cárcel, mientras esperaban sentencia.

El impacto cultural y político de los juicios definió la base ética del orden político argentino en la cual nos apoyamos como sociedad actualmente. Los derechos humanos, la paz de las armas y la democracia quedarían como una constante, mientras que los conflictos seguirían ya no por las armas, sino en la calle, como resultado de una enorme lucha social. Los juicios tampoco pudieron dejar en completa evidencia la profundidad de las transformaciones que se habían dado en esos años. La condena penal a los ejecutores y política a los cómplices civiles no evitaría que pocos años más tarde, los planes de Martínez de Hoz se disfrazaran de populismo y se ejecutaran en democracia.

Mientras tanto, los juicios no ayudaron a que se concretara la idea de Alfonsín de pacificar la nación con castigos ejemplificadores y simbólicos a los cabecillas y a los “paradigmáticos”. De a poco, la sociedad entendió que el horror se había propagado tanto durante el Proceso, que no había comisaría ni destacamento donde no siguieran prestando servicio asesinos y torturadores. A esto se sumaban hechos aberrantes de la “mano de obra desocupada”, ex comandos que salían a cobrarse con secuestros y asaltos⁵⁹ los servicios prestados en la lucha antisubversiva, como si fueran versiones criollas de un John Rambo dolido. Los casos de gatillo fácil y los excesos en detenciones y operativos continuaron en democracia y llevaron a la mayor parte de la opinión pública a exigir que el “juicio y castigo” fuera total. Poco tiempo después sería evidente la contradicción en el proceso de Justicia que llevó adelante la democracia: si el derecho primaba sobre la fuerza, se corría el riesgo de que las FFAA y las de seguridad amenazaran nuevamente el orden institucional con tal de no ir a la cárcel la mayor parte de sus oficiales en ejercicio.

⁵⁹ Sergio Meller, en 1984, y Osvaldo Sivak en 1985, son apenas dos en docenas de casos de gran repercusión mediática y política.

Una vez terminadas las apelaciones y con una sentencia firme dictada sobre los jefes de las Juntas⁶⁰, la crisis económica daría la ocasión perfecta a una parte del establishment – socia, amiga y cómplice de muchos de los recién condenados – para presionar al gobierno democrático.

Aprietes económicos y militares a la democracia

Las expectativas que recayeron sobre el nuevo gobierno democrático fueron desmesuradas, como se explicó en el capítulo anterior. Las circunstancias en las que se había dado la transición dejarían a la sociedad y al gobierno pendientes de condicionamientos de sectores de poder que, en última instancia, no harían más que generar un miedo justificado a una nueva interrupción del orden constitucional. Estos aprietes a la democracia se fueron dando durante la década de 1980 y tuvieron su origen en reclamos mayoritariamente inconexos, aunque con un común denominador que fue la situación económica.

La sorpresiva victoria de los radicales dejó en evidencia la falta de un proyecto económico original y actualizado. Cuando Alfonsín nombró como ministro de economía a Bernardo Grinspun y a buena parte del equipo que había acompañado al ex presidente Arturo Illia durante su gobierno⁶¹, se entendió que la política económica sería la misma:

*“La estrategia original de Grinspun era mantener un alto nivel de empleo con los típicos instrumentos de estímulo a la demanda (crédito barato y gasto público), mientras se combatía la inflación gradualmente, con una política de ingresos que además diera lugar a una recuperación de los salarios reales. Así, después de un aumento inicial de sueldos, se estableció un sistema de pautas para dirigir su evolución y la de los precios, el tipo de cambio y las tarifas de servicios públicos”.*⁶²

La caída de la actividad económica se había emparchado durante el Proceso con un constante endeudamiento internacional a tasas bajísimas. Sin embargo, al asumir en el cargo,

⁶⁰ Se sentenció a Jorge Rafael Videla y a Emilio Eduardo Massera a reclusión perpetua; a Roberto Eduardo Viola a 17 años; a Armando Lambruschini a 8 años y a Orlando Ramón Agosti a 4. Omar Graffigna, Leopoldo Fortunato Galtieri, Jorge Isaac Anaya y Basilio Lami Dozo no recibieron pena por no probarse las acusaciones, aunque muchos años después sí serían condenados por distintas causas relacionadas a crímenes de lesa humanidad.

⁶¹ Arturo Umberto Illia (1900-1983) fue presidente de la Nación entre el 12 de octubre de 1963 y el 28 de junio de 1966.

⁶² Gerchunof y Llach, Op. Cit. Pág. 394.

Alfonsín se encontró con una crisis de endeudamiento externo crítica, con vencimientos al caer y sin reservas de ningún tipo. A fines de 1983 la deuda pública externa llegaba al 67% del PBI y sólo el pago de los intereses requería de una cifra equivalente al 7% del PBI o 40% de los ingresos del Estado. Los pagos retrasados superaban los 3 mil millones de dólares, mientras que las reservas del BCRA eran de apenas mil.

A la crisis de la deuda se le sumó el problema de la inflación, que requería de medidas drásticas para interrumpir la espiral ascendente de los precios. En esa espiral inflacionaria que sumaría 626% al terminar 1984, el Estado no podía reducir su déficit interno ni hacer frente a los compromisos externos. Una mala recaudación sostenida en esos años traería un problema de solvencia mayúsculo para un Estado que había crecido más allá de sus posibilidades por más de dos décadas. Esta será la base argumental para reformarlo, a partir de 1987.

El gobierno radical haría varios intentos por interrumpir estos procesos de maneras más o menos drásticas y con objetivos de mínima y de máxima, siendo el más ambicioso el Plan Austral, que será profundizado en el próximo capítulo.

A la mala situación heredada por el gobierno de Alfonsín se le agregaba una evidente falta de unidad del radicalismo, tanto hacia afuera como hacia adentro, que estaba marcada principalmente por las discusiones internas y pequeñas luchas de poder entre los históricos y los sectores más jóvenes, casi siempre identificados con la Coordinadora.

Alfonsín guardaba esperanzas de alcanzar un pacto social que incluyera a una parte representativa de los dos partidos predominantes, a la Iglesia, a los empresarios y a los militares. Sin embargo, sus intentos de dividir la postura del peronismo con reformas sindicales y laborales no habían dado resultado. La falta de memoria política reciente en una buena parte de la sociedad llevaba a muchos a defender intereses facciosos y especulativos, de corto plazo. El consenso del que gozó el primer gobierno democrático durante la transición se había diluido en crisis económicas y en pequeñas o grandes desilusiones, acordes a las expectativas originales.

Alfonsín trataba de obrar en un camino que alejara a la Argentina del país violento e injusto que había sido en el pasado, llevándola a un gobierno de la Ley en el sentido liberal republicano. Sin embargo, aplicar la ley en cada uno de los ámbitos que lo requerían hubiera

llevado a una cantidad de frentes de conflicto imposible de encarar por el gobierno. Una reforma profunda de la cúpula de las FFAA era una de esas cuestiones relegadas.

El avance de los juicios a la oficialidad se combinó, en 1986, con la crisis económica galopante. Una de las medidas para reducir el déficit del Estado, que corría detrás de la inflación, fue la de reducir las jubilaciones, los subsidios y los salarios del sector público, incluido el gasto militar. No sólo se redujeron los sueldos, sino que al mismo tiempo se hizo público que para el gobierno radical ya no existían panoramas de conflicto con Chile y Brasil, por lo que las partidas para aviones, barcos y tanques fueron cada vez menores. En los cuarteles creció el miedo de que el presidente disolviera las FFAA, en un acto combinado de desesperación y revanchismo político.

Para entonces, muchos jueces empezaron a tomar denuncias contra subalternos y ejecutores directos de la represión, las torturas y las desapariciones, contrarios a la idea que tenían en un comienzo Alfonsín y sus asesores del área. Entonces resultaba más fácil comprobar la culpabilidad de los ejecutores directos de los crímenes en cuestión que probar la existencia de un plan sistemático de desapariciones con fines de genocidio, como sí pudo hacerse muchos años después.

Las promesas de Alfonsín a los altos mandos militares no eran convincentes, ya que nunca fue posible apenas limitar los juicios a los represores paradigmáticos o juzgar solamente delitos aberrantes, categoría en la que podía caer un sinnúmero de hechos cometidos por personal que seguía en actividad para entonces. El 24 de abril Alfonsín envió instrucciones al Fiscal General del Consejo Supremo de las FFAA, que eximía del atenuante de obediencia debida sólo a los culpables directos de hechos aberrantes, avalando que los subordinados sólo fueran juzgados por sus excesos en la lucha contra la subversión. Manifestaciones masivas el día 16 de mayo contaron con la presencia de organismos de DDHH, de parte del peronismo y también del radicalismo, que se expresó por medio de la Juventud Radical y de Franja Morada, pero también por medio de dirigentes como César Jaroslavsky, Enrique “Coti” Nosiglia o Marcelo Stubrin. El tema se calmó, y recién en diciembre el oficialismo apuró la Ley de Punto Final, que hacía caducar a todas las causas sin procesados al término de los 60 días siguientes a la reglamentación de la Ley, plazo en el que se contaba la feria judicial. Docenas de jueces en todo el país se apuraron por procesar y citar a más de 300 oficiales y suboficiales de las FFAA y las fuerzas de

seguridad, en su mayoría en actividad, aunque al finalizar ese plazo muchas causas no pudieron ni siquiera iniciarse.

Que muchos subalternos quedaran comprometidos y no sus superiores generó un clima de desconfianza en las FFAA, sobre todo en el Ejército, en el que crecería el movimiento carapintada, alentado por teorías conspirativas ultra nacionalistas sobre la destrucción y entrega de la Patria. El descontento masivo sumado a las pésimas condiciones de vida de los oficiales de bajo rango y de los suboficiales, producto de los recortes de presupuesto y del ajuste, llevaría a reclamos radicalizados en abril de 1987.

El disparador fue la citación judicial de la Cámara Federal de Córdoba, el 14 de abril, al mayor Ernesto Barreiro, investigado por torturas y asesinato. Barreiro se resistió a la orden de la Justicia y se acuarteló en el regimiento 14 de Infantería Aerotransportada. Mientras el gobierno intentó sin éxito aislarlo, más de un centenar de oficiales y suboficiales al mando del Tte. Coronel (R) Aldo Rico tomó la escuela de infantería de Campo de Mayo y presentó una lista de exigencias. Éstas eran: freno a los juicios y a la “campana de desprestigio” hacia las FFAA, la renuncia del jefe del Ejército, el general Ríos Ereñú y la seguridad de que los oficiales responsables de los crímenes de la dictadura también serían juzgados al igual que sus subordinados.

El 16 de abril, con una plaza colmada y desde el Congreso de la Nación, Alfonsín dio un duro discurso diciendo que se había terminado el tiempo de los golpes de estado y de los condicionamientos. Mientras tanto los cabecillas del alzamiento aseguraban que resistirían con las armas en su poder cualquier intento de represión.

Al día siguiente, una multitud auto convocada en Campo de Mayo hizo temer a Alfonsín que los militares acuartelados dispararan contra los civiles desarmados. Mientras se demoraban las tropas supuestamente leales, el levantamiento dejó en evidencia la insubordinación generalizada de las FFAA y de seguridad a la figura del presidente, pero también el masivo rechazo de la sociedad a cualquier condicionamiento de las mismas al orden constitucional. Otro fenómeno nuevo en la historia política reciente fue el apoyo casi total de todos los partidos, sobre todo del peronismo que estuvo desde que se hicieron públicas las noticias del levantamiento al servicio del presidente. En días de tensión, con una multitud ocupando las plazas del país, la solución finalmente llegó con una reunión personal entre Rico y Alfonsín, que se presentó en

compañía de unos pocos asesores, con todos los riesgos que eso representaba para su persona pero también para el país.

En la tarde del 19 de abril Alfonsín se dirigió a una plaza colmada. “Los hombres amotinados han depuesto su actitud. (...) Como corresponde serán detenidos y sometidos a la justicia. (...) Se trata de un conjunto de hombres, algunos de ellos héroes de la guerra de las Malvinas, que tomaron esta posición equivocada y que han reiterado que su intención no era la de provocar un golpe de Estado, pero que de todas formas han llevado al país a esta conmoción y han provocado estas circunstancias que todos hemos vivido, y de la que ha sido protagonista fundamental el pueblo argentino en su conjunto. (...) Para evitar derramamientos de sangre dí instrucciones a los mandos del Ejército para que no se procediera a la represión, y hoy podemos dar gracias a Dios de que la casa está en orden y no hay sangre en la Argentina”.

Un mes más tarde, el gobierno envió al Congreso el proyecto de la ley que sería conocida como de Obediencia Debida. Dice al respecto Novaro:

*“Si (el gobierno) estimó que hacerlo tras la sublevación era una señal de debilidad y de abandono de su compromiso con la garantía de derechos y el gobierno de la ley, no hizo mucho por desestimarlos: siguió invocando sus promesas electorales, y aludiendo a la sublevación como la prueba de que era necesario acotar la persecución penal”.*⁶³

La Ley pasaría a la historia como una claudicación de Alfonsín frente a Rico y los sectores del ejército que representaba, a pesar de que su tratamiento había comenzado antes de los sucesos de Semana Santa.

La sensación de ruptura social en un marco de franca crisis económica se hizo notar en las elecciones legislativas y provinciales del 6 de septiembre de 1987. El radicalismo tendría un total nacional del 37% de los votos y 52 bancas, mientras que el justicialismo alcanzaría el 41% de los votos y 60 escaños. La Unión del Centro Democrático (UCeDé), un partido liberal conservador fundado por el ex ministro de economía Álvaro Alsogaray, obtendría casi el 6% y 5 bancas.

⁶³ Novaro, Op. Cit. Pág. 185.

No se podía hablar de una caída rotunda en los escaños, ya que la UCR había perdido 8 de un total de 129; la mayoría absoluta se conseguía entonces con 128. Sin embargo, la pérdida irreparable en el ejercicio del poder vino de las provincias, conservando el oficialismo sólo dos gobernaciones – Río Negro y Córdoba – y perdiendo entre otras a la provincia de Buenos Aires. Antonio Cafiero, un histórico del peronismo, ganaría la gobernación de la provincia con más habitantes del país, donde hasta el momento de escribir este trabajo no volvería a ser elegido ningún candidato radical. La UCeDé marcaría un giro a la derecha de sectores urbanos de clase media que históricamente habían votado a la UCR, algo que Alfonsín se propuso revertir en el corto plazo.

La pérdida de poder de su partido era palpable en la opinión pública y en la economía real, que había agotado las pocas esperanzas que le quedaban en el Plan Austral, que no había dado resultados conteniendo la inflación en 1986. Diez días después de las elecciones se anunció un congelamiento de precios, salarios, tarifas y un tipo de cambio doble, aunque éstos anuncios no tuvieron la eficacia que pretendían sus impulsores por ser visto como un manotazo de ahogado y no como una medida de conducción. También se llevó el precio del petróleo a niveles internacionales, se redujeron los subsidios y se les soltó la mano a los bancos provinciales con fuertes déficits, dejando en claro que la banca de las regiones no recibiría más ayuda desde el Estado central. Una devaluación del Austral en diciembre disparó una corrida bancaria que tendría su mayor impacto al mes siguiente y durante el primer cuatrimestre de 1988.

El año nuevo también trajo novedades en la situación militar; concretamente en la figura de Aldo Rico. Desde abril del año anterior, el radicalismo no había podido agilizar el proceso contra los alzados de Semana Santa, al no darle prioridad a los ascensos, retiros y destinos en el Senado y no encontrar en el Ejército interlocutores leales contrarios a cualquier sector con tendencia a la insubordinación. El nuevo Jefe del Ejército, el general Dante Caridi, tardaría en controlar la Junta de Calificaciones. Por otra parte, el gobierno no hizo nada frente a la disputa que se abrió entre la Justicia militar y la civil respecto de quién juzgaría a los carapintadas, mientras los meses pasaban.

En diciembre de 1987 el Ejército ordenó detener a Aldo Rico, que gozaba de arresto domiciliario. Éste se fugó y apareció el 3 de enero en la localidad correntina de Monte Caseros, donde funciona el Campo de Instrucción del Ejército y el RIM 4 “Coronel Manuel Fraga”. Desde

éste regimiento, comandado por otro carapintada, el coronel Álvarez de Igarzábal, Rico proclamaría su “Operativo Dignidad”. El general Caridi se puso al frente de un amplio operativo represivo, ante el cual los insurrectos decidieron rendirse sin dar combate alguno. Más de 430 oficiales y soldados serían llevados al penal de Magdalena, donde la mayoría de ellos serían procesados, sancionados, pasados a disponibilidad y/o retirados con anticipación. Aunque los carapintadas no contaron con el apoyo masivo que sí habían tenido unos meses antes, quedó claro que había serias disputas hacia dentro del Ejército y que no había oficiales dispuestos a desarmar activamente a los sectores insubordinados. Rico pasaría a una acción netamente política al frente del Movimiento por la Dignidad Nacional, y demostraría ser un actor más que desafiante para el discurso oficialista.

El tercer alzamiento carapintada tendría lugar en diciembre de 1988. Uno de los cabecillas carapintadas más influyentes dentro del movimiento era el coronel Mohamed Alí Seineldín, a quien Alfonsín había enviado a Panamá como agregado militar para alejarlo de toda posible influencia local. El oficialismo, a pesar de buscar canales de información y fisuras dentro del Ejército que pudieran prevenirlo de nuevos intentos destituyentes, no pudo prevenir que Seineldín y varios de sus seguidores tuvieran crecientes contactos con el entorno de Carlos Saúl Menem, el candidato de la renovación peronista que había vencido en internas a Cafiero gracias a su perfil más nacionalista y que por entonces ya prometía amnistía para los represores y moratoria para los deudores. Al negársele a Seineldín su ascenso a general (lo que significa el pronto pase a retiro), éste viajó desde Panamá y entró clandestinamente al país para tomar el Batallón de Arsenales 101 de Villa Marteli. El grupo de civiles que se manifestó masivamente para repudiarlos, como en las Pascuas de 1987, esta vez fue reprimido. El saldo fueron 3 muertos y 43 heridos. Finalmente, fueron reducidos pero como nunca antes todos los sectores del Ejército salieron a criticar la política militar y a reivindicar la lucha antisubversiva.

Pocas semanas más tarde, el 23 de enero de 1989, tuvo lugar en La Tablada el hecho de conmoción interna más dramático de aquellos años. Un grupo combatientes del movimiento Todos por la Patria, organización residual del PRT-ERP de los años '60 y '70, intentó alertar sobre un golpe de Estado inminente ejecutando una toma violenta del Regimiento de Infantería Mecanizada Nro. 3, de esa localidad. La amenaza no existía, y luego se sabría que su líder, Enrique Gorriarán Merlo, actuó siguiendo desinformación de los servicios de inteligencia del Ejército.

Los “comandos” eran 70 jóvenes sin experiencia de combate sino por las historias de los combatientes mayores, muchos de los cuales habían caído en enfrentamientos, estaban presos o desaparecidos. Gorriarán también había ordenado generar desinformación distribuyendo falsos folletos de autoría carapintada llamando al golpe de Estado. Aunque cueste creerlo, la intención de Gorriarán Merlo – que en ningún momento puso en riesgo su seguridad personal - era liderar un operativo de clamor popular a la democracia similar al de Campo de Mayo de 1987. (Salinas, y otros, 1993)

En la confusión general – nadie entendió muy bien qué pasó hasta años más tarde – las fuerzas de seguridad reprimieron sin ninguna contemplación de daños y heridos hasta que llegaron los comandos del Ejército con tanques y obuses con bombas de fósforo. La destrucción del cuartel fue casi total, con un uso de la fuerza y de los medios totalmente desmedido, registrado en vivo y en directo por la televisión. A los disparos de FAL de los veinteañeros del MTP los oficiales de Ejército conmocionados le respondieron con cañonazos de 200 milímetros. Finalmente, el “enfrentamiento” fue una masacre y 39 personas murieron y 3 continúan desaparecidas. Los testimonios de varios presentes arrepentidos dan cuenta de fusilamientos a combatientes rendidos o heridos.

El poder de Alfonsín, ya herido de muerte, terminaría de disolverse con la crisis inflacionaria durante el primer semestre de 1989. En mayo, Carlos Menem ganó las elecciones y marcó los tiempos de juego. La entrega del poder fue anticipada, en julio de ese año.

Plan Austral, Plan Primavera y “la híper”: vaivenes económicos de un gobierno acorralado.

En este capítulo se analizarán las grandes medidas económicas de ataque al principal problema que debió afrontar el país en esa materia durante la década de 1980; es decir, la inflación. Se evitará repetir cuestiones del contexto político de cada período que ya fueron mencionadas en capítulos anteriores para resumir lo más brevemente posible las características principales del Plan Austral, el Plan Primavera y del concepto de “híper” inflación.

La herencia en materia inflacionaria no ayudó al gobierno de Alfonsín. Grinspun había intentado reactivar los salarios con créditos baratos y obra pública, a la vez que marcaba un sistema pautado para contener los precios, el tipo de cambio y las tarifas de los servicios públicos hacia el futuro, en vistas de alcanzar un punto de equilibrio tolerable en el mediano plazo. Esas medidas traerían un poder de compra real mayor, asegurando la continuidad de la reactivación en el futuro.

Su plan empezó a fallar cuando los sectores que estaban libres del control directo por parte del Estado comenzaron a ignorar estas pautas de precios y aplicaron aumentos retroactivos a sus productos y servicios. Grinspun se vio obligado a dar aumentos también retroactivos a los salarios, para evitar la pérdida del poder de compra. Ese mismo mecanismo terminó haciéndose automático y se indexaron todos los precios que dependían del sector público. Se daba por perdida esa pequeña batalla de 1984, año que terminó con una inflación de 626%.

A fin de ese año también se firmó un acuerdo con el FMI que comprometía a reducir el déficit estatal por medio de ajustes; se ejecutó una devaluación con aumento de tarifas y restricción monetaria y se redujeron los sueldos públicos, las jubilaciones y las erogaciones militares.

En febrero de 1985 Grinspun fue remplazado por Juan Vital Sourrouille, quien comenzó a planear un programa de shock para reducir la inflación pocas veces visto en los libros de historia económica. Explican Gerchunof y Llach:

*“De formación estructuralista, Sourrouille y su equipo admitían que el déficit fiscal y la consecuente emisión monetaria eran la principal causa de la inflación en el largo plazo, pero en su diagnóstico otros factores jugaban un papel mucho más importante para explicar las variaciones de precios de corto plazo. Su análisis enfatizaba la existencia, en economías históricamente inflacionarias como la argentina, de una fuerte inflación inercial, es decir, de una tendencia de la inflación a perpetuarse a sí misma. Se seguía, como corolario, que las políticas gradualistas tenían pocas chances de éxito”.*⁶⁴

⁶⁴ Gerchunof y Llach, Op. Cit. Pág. 396.

Se entendía como un problema tautológico, en el sentido de que sólo se podía bajar la inflación bajando la inflación. Se había tomado la decisión de que eso no se haría llevando la economía a una recesión, sino por el contrario se mantenía como meta ideal la creación de una situación que fuera propicia para iniciar un modelo económico que tratara los problemas de fondo; léase un cambio de matriz productiva en un marco de equidad y de justicia social.

Las expectativas de inflación hacían muy difícil cualquier medida de reducción de la misma en el futuro cercano, por lo que el plan se hizo en secreto para evitar especulaciones y que el shock diera resultado. Si se podía cortar la relación entre la inflación pasada y las expectativas de inflación a futuro, entonces era posible esperanzarse con un horizonte de estabilidad. También era necesario desactivar las causas últimas del problema: el déficit fiscal y la emisión monetaria. La presentación junto al plan de una nueva moneda ayudaría a hacer un borrón y cuenta nueva a la relación entre salarios y precios, que era constantemente erosionada por la inflación.

Antes de anunciarse el plan se corrigieron algunos precios atrasados, se devaluó el tipo de cambio a niveles récord y se subieron las tarifas hasta cubrir los costos de las empresas estatales. Mientras tanto se negociaba un blindaje financiero que diera credibilidad al plan una vez anunciado. En el cortísimo plazo, las medidas de preparación previas al plan impulsaron la inflación, que en junio batió todos los récords históricos con más del 42%. Alfonsín diría que se debían esperar medidas de economía de guerra. El viernes 14 de junio de 1985 Sourrouille anunció el Programa de Reforma Económica, bautizado por la prensa como Plan Austral. Todavía hoy se desconoce por qué fuentes pudo el director del diario *Ámbito Financiero*, Julio Ramos, tener la primicia del Plan Austral antes de su anuncio oficial, algo que disparó los ánimos del mercado.

El plan Austral se anunció como un paquete de distintas medidas, entre ellas un tipo de cambio fijo de 80 centavos de Austral por dólar, el congelamiento de precios en casi todos los mercados y la interrupción de la emisión monetaria por medio del BCRA como solución a los desequilibrios de las cajas estatales. También se limitaba ese desequilibrio a un máximo del 2.5% del PBI, mientras los excedentes se cubrirían con financiamiento externo. También se aumentaban algunos impuestos. Para los contratos en moneda antigua con una alta expectativa de inflación se calcularían por medio de una tabla que mantenía el valor real esperado de los pagos futuros pero que reducía en un 5% mensual la inflación futura de los contratos. Las deudas

internas del Estado con las provincias se cambiaban por bonos a un plazo mayor y en la nueva moneda.

En un comienzo fue un éxito, ya que fue recibido con cierto alivio. Los ahorristas renovaron depósitos y la diferencia entre el dólar oficial y el paralelo pasó del 30% a sólo 4%. En julio los precios mayoristas al consumidor bajaban, algo que no ocurría desde 1973. En octubre la inflación se había normalizado en 2% mensual. A fin de año el déficit fiscal había pasado de 7.7% del PBI a sólo 3.5%.

“El círculo vicioso que funcionaba unos meses atrás dejaba paso ahora a un círculo virtuoso de estabilidad”⁶⁵

Durante todo 1985 el Plan Austral trajo estabilidad a una economía acostumbrada a descalabros constantes, y un aumento del salario real y del crédito para el consumo. Aumentó la demanda y por consiguiente, la producción, que en el último trimestre marcaba una diferencia positiva interanual del 13%. Hacia fin de año, la reactivación era un hecho, a pesar de que en la prensa algunos economistas como el joven Marcelo Bonelli, de Clarín, calificaban al plan de recesivo, según recuerda Novaro en su libro.

En las elecciones de renovación parlamentaria de noviembre de 1985 los radicales mantuvieron mayoría con el 43% de los sufragios nacionales. “El Plan”, del que se hablaba como “el milagro argentino”, recibía apoyo de intelectuales y políticos de todo el mundo, y era estudiado por los cuadros técnicos como una de las políticas de shock más agresivas desde la post guerra.

Finalmente, los beneficios iniciales no pudieron mantenerse en el tiempo, y el plan austral comenzó su caída hacia abril de 1986. Uno de los puntos de crisis se dio cuando la principal fuente de dólares necesarios para pagar la deuda – las retenciones a la exportación de commodities – fue afectada por la caída de los precios internacionales. La fuga de capitales y la reticencia a liquidar éstos en el mercado local no ayudaban. A esto se sumaba un aumento mínimo pero sin embargo acumulativo de las tasas de interés privadas que lentamente generaban un retorno de la inflación. En marzo de 1986 la inflación había repuntado a 4.6%, mientras que el equipo de Sorrouille se encontraba con el dilema de mantener el congelamiento de precios, conteniendo los

⁶⁵ Gerchunof y Llach, Op. Cit.

desfasajes que se acumulaban con los meses, o flexibilizar y ajustar los precios públicos (tarifas y tipos de cambio).

Al final, se decidió volver al gradualismo y los precios no recibieron más control desde el Estado. Aunque se había avanzado contra la inflación, la flexibilización que siguió trajo de regreso los conflictos distributivos típicos de la economía nacional. A partir de ese momento – mediados de 1986 - no hay puntos de inflexión o fechas decisivas en el fracaso del plan económico. El gobierno bajó los brazos en sus metas de máxima, y se resignó a estabilizar la inflación, que fue paulatina y acumulativa y que tres años después tendría picos de hiperinflación, con las lecturas más altas de la historia.

El Plan Primavera

Hacia mediados de 1988, el gobierno estaba debilitado y la economía en crisis total. Las metas de largo plazo se habían abandonado en las urgencias de la caja del Estado, que debía tapar faltantes de dinero día a día, semana a semana. No había dólares para pagar siquiera los altísimos intereses de los distintos paquetes de salvataje; a la magra recaudación de los sectores exportadores (con commodities todavía bajos) se sumaba la negación de éstos a liquidarla, especulando a futuro. El gobierno radical decidió probar suerte con un último paquete de medidas que le permitiera llegar a las elecciones de 1989 sin hiperinflación, mientras recuperaba el centro del debate con un planteo de reformas al Estado.

En agosto en 1988 la inflación ya sumaba 400%, la desocupación alcanzaba 6.5% y la deuda externa superaba holgadamente los 58 mil millones de dólares, que se había dejado de pagar en abril. En una situación insostenible, Alfonsín anunció lo que se daría en llamar Plan Primavera, que consistió en un acuerdo desindexatorio con las empresas líderes agrupadas en la UIA y la Cámara de Comercio, a cambio de bajarles el IVA. Como el gobierno no podía sumar voluntades para aplicar una reforma impositiva, se decidió a recaudar dólares por medio del BCRA, aplicando un nuevo régimen cambiario por el cual se compraba dólares a un tipo de cambio oficial a quienes exportaban, para vendérselo a los importadores en el mercado financiero. El Central se quedaba con la diferencia, de alrededor del 20%. Entonces ocurrió lo mismo que en 1978: los capitales especulativos entraban y salían aprovechando la ya alta y creciente tasa de interés.

Mientras el dólar no se disparó, la inflación bajó a un dígito mensual. A finales de año ya nadie creía en las medidas, y todos esperaban la debacle del Austral, que se daría al confirmarse el abandono del Banco Mundial de sus paquetes de ayuda a Argentina. A fines de enero de 1989 se dio la corrida, y a finales de febrero se acentuó la salida de divisas del país. En marzo renunciaron Sourrouille y su equipo, y asumió Jesús Rodríguez. El candidato con más chances en el peronismo, el riojano Carlos Menem, daba menos confianza a los mercados con su discurso nacionalista y campechano, prometiendo una “revolución productiva” en un momento en el que los industriales buscaban la forma de cerrar sus plantas generando el menor pasivo posible.

La desconfianza en la moneda fue total. Todos querían pasar sus australes a dólares, por lo que la depreciación cambiaria fue de 193% en abril y 111% en mayo. En los precios minoristas, la cifra de inflación mensual de cada mes fue duplicando a la del anterior, pasando de 9% en enero hasta 78,4% en mayo. Las deudas se pagaban directamente con emisión monetaria, o con bonos internos a tasas altísimas. Se dejaban de pagar servicios y salarios; eran cotidianos los saqueos en los comercios del gran Buenos Aires. La participación de los asalariados en el ingreso había caído a un 20%, después del 43% de 1976 y el 28% de 1988. (Santarcángelo, y otros, 2010 pág. 61)

La hiperinflación, ese pronóstico tan anunciado y tan temido, hacía que los meses que faltaban hasta el recambio presidencial parecieran una eternidad. El pacto fiscal que debe existir entre el Estado y la sociedad se había partido, el orden social amenazaba con desaparecer; hechos recientes como el asalto al cuartel de La Tablada hacían temer lo peor.

El 14 de mayo Menem ganó las elecciones. Inmediatamente se reunió con Alfonsín para adelantar su asunción, que tuvo lugar el 8 de julio de 1989.

Plan de reforma del Estado (“nada de lo que deba ser estatal...”)

El estado de constante crisis económica que se vivió en los años 80 dio lugar a un debate superficial y con poca participación popular sobre el rol que debía jugar el Estado en la

economía. El déficit público era entonces uno de los principales problemas a la hora de reactivarla, y la necesidad constante de emitir dinero no hacía más que agravarlo. Que el Estado estuviera a cargo de servicios básicos como la provisión de electricidad, agua potable, gas natural, telecomunicaciones, la extracción y refinamiento de petróleo y el transporte ferroviario, entre otras áreas, era visto como una condena por una sociedad que llevaba casi una década viviendo en una economía devastada, y que consideraba que ninguno de esos servicios funcionaba correctamente. La participación del Estado en la economía fue transformándose en el “chivo expiatorio” de una crisis estructural sostenida en el tiempo que, naturalmente, no tenía una única causa sino que dependía de una compleja serie de factores.

Para profundizar en el origen de esta concepción, acudiremos al tratado de historia económica de la Argentina, titulado “El ciclo de la ilusión y el desencanto”, de los autores Pablo Gerchunof y Lucas Llach. En este trabajo destacan tres modelos de Estado a lo largo de la historia argentina del siglo XX, según sus atribuciones y competencias.

*“En primer lugar están las exigencias del “estado gendarme”, de la más pura tradición liberal, que ocupaban un lugar privilegiado en la Constitución de 1853: la provisión de defensa exterior, de seguridad interior, de justicia, de administración general. El Estado de Bienestar, en tanto, puede describirse como una garantía para toda la población de un consumo mínimo de ciertos bienes o servicios, a veces definidos por extensión (en una lista encabezada por la educación, la salud y la vivienda) y a veces comprendidos bajo rótulos menos precisos como “nivel de vida digno”. (...) Los nuevos deberes del Estado se incorporaron al texto de la Constitución peronista de 1949 y fueron lo único que sobrevivió a ella luego de la cuestionada reforma de 1957. La construcción masiva de viviendas y la jerarquización y universalización del sistema de jubilaciones son dos ejemplos del papel social que el estado adquirió en la inmediata posguerra”.*⁶⁶

“Quedan para una tercera categoría más heterogénea aquellas actividades a través de las cuales el Estado busca corregir ineficiencias del mercado libre, entendidas en un sentido amplio. (...) La convicción de que sólo con la participación decisiva del Estado podían generarse altos niveles de actividad, de empleo y de crecimiento

⁶⁶ Gerchunof y Llach, Op. Cit. Pág. 407.

*económico justificó durante medio siglo una extensión gradual de su campo de acción. El Estado manejaba esa influencia de manera directa (...) o indirecta (...). Las empresas estatales de servicios públicos, los subsidios a la instalación de fábricas en ciertas regiones, las exenciones impositivas a determinadas actividades, los préstamos de los bancos oficiales a tasas subsidiadas, todo eso parte de un singular “capitalismo asistido” que a fines de los años 80 entró a su fase crítica”.*⁶⁷

Los autores remarcan que la expansión del Estado productor y del Estado de Bienestar explica el 72% del aumento del gasto estatal entre 1970 y 1985, que había pasado del 19,7% del PBI al 25,3%. Era cierto que, frente a las horrendas expectativas de ingresos y egresos con las que debía lidiar la administración de Alfonsín, en ese contexto el Estado resultaba caro de mantener, aunque se debiera a un problema de recursos.

En todo el mundo existen casos de estados a cargo de una amplia cartera de eficientes empresas estatales. Sin embargo, en el caso argentino de finales de los ochenta, varios desajustes de origen se habían tornado en una situación insalvable. No sólo era el Estado caro de mantener, sino que además debía mucho dinero. La crisis de la deuda agravaba cualquier panorama. Finalmente, la inflación hacía que los ingresos deficitarios del Estado no alcanzaran ni para respaldar la emisión ni para pagar no ya la deuda, sino sus intereses. Los sueldos estatales no valían nada y apenas si se cobraban a fin de mes. Era la ruptura absoluta del contrato fiscal entre el Estado y la sociedad.

Desde el mismo gobierno, luego del fracaso del Plan Austral, se fue proponiendo el debate sobre la necesidad de privatizar las empresas públicas y dejarlas a las leyes del libre mercado para que mejoraran la calidad de los servicios y los acercaran a más argentinos. El proceso dejaría al Estado dinero fresco por la concesión de esos servicios, que podría usarse para pagar las deudas internas y externas. La modernización del Estado parecía a simple vista una promesa perfecta.

En julio de 1987 los ministros de Economía y Obras y Servicios Públicos anunciaron conjuntamente una serie de medidas de reforma integral del sector público argentino. En esa oportunidad, el ministro Sorrouille dijo:

⁶⁷ Gerchunof y Llach, *Ibidem*.

*“Las multiples funciones del estado, funciones que fueron surgiendo en el último medio siglo no por un capricho ideológico, sino al calor de un consenso social más o menos espontáneo, hoy ya no pueden ser abarcadas con la debida eficiencia ni solventadas sin afectar la estabilidad. (...) Para avanzar hacia este crecimiento diferente es preciso actuar sobre una pieza clave en el engranaje de la vida nacional: el estado. El Gobierno Nacional ha iniciado ya un proceso de reformas en el estado, que hoy nos proponemos profundizar. La crisis del viejo modelo no se resuelve en la falsa antinomia de más o menos estado, sino en la construcción de un estado de nuevo tipo”*⁶⁸

Entre otras medidas, se anunció la privatización del 40% de las empresas estatales Entel (teléfonos) y Aerolíneas Argentinas y la privatización total de Somisa (siderurgia). También se levantaron las restricciones a privados en áreas históricamente reservadas para el Estado. Estas medidas no fueron votadas por la oposición peronista en el Congreso, por lo que no llegaron a hacerse realidad durante el gobierno de Alfonsín. El peronismo no tenía ningún interés en prestar su apoyo a reformas que eran ajenas a su tradición estatista, sobre todo si por probarse exitosas le complicaran su camino al poder.

Alfonsín recordaría este proceso en un libro de diálogos con la prensa publicado en 1992:

“La modernización del Estado incluía, claro está, ciertas privatizaciones. Algunas fueron llevadas adelante, otras fueron planteadas con retraso. Debimos hacerlo antes. Y debimos llevarlas adelante con todos los recursos legítimos de que podíamos disponer. Esto era urgente para que se concretaran sin las dilaciones que sufrieron. Se trataba de capitalizar empresas para que fueran más eficientes. No de un asunto político. Por cierto que los posteriores dislates que se hicieron en materia de privatizaciones no son mi responsabilidad personal, pero de haberlas concretado durante mi gobierno no se hubieran producido las consecuencias tremendas que vamos a tener que afrontar. Muy a mi pesar puedo llegar a sentirme en alguna medida responsable por no conseguir privatizar los teléfonos y las aerolíneas cuando

⁶⁸ Gerchunof y Llach, *Ibidem*. Pág. 412.

*lo propusimos. Alivia mi culpa recordar que si no lo hicimos fue por la feroz oposición del justicialismo”.*⁶⁹

Desde las elecciones de 1987 Alfonsín decidió dar su apoyo temprano al candidato radical Eduardo Angeloz, que se mostraba reformista en lo económico. La privatización de vastas áreas del Estado fue uno de los puntos más fuertes de su plataforma política. Otra fuerza política creciente que se mostraba favorable a la idea de las privatizaciones era la UCeDÉ de Alsogaray. En las elecciones de 1989 ambas fórmulas sumarían el 45% de los votos.

A pesar de que Menem no hablaba de la necesidad de privatizar, se hizo evidente una vez ganadas las elecciones que su discurso populista (en el que hablaba de salarizado y revolución productiva) debía convivir ahora con una creciente corriente privatista que era aplaudida desde los sectores de poder económico, había sido votada por las clases medias y era fogoneada por los medios de comunicación.

La persona elegida personalmente por Alfonsín para coordinar el traspaso de mando fue Rodolfo Terragno, su ministro de Obras Públicas, quien había estado a cargo de los primeros procesos de privatización.

*“Para decidir esta delegación tuve en cuenta distintas razones. Durante mi gobierno la provincia de La Rioja fue muy favorecida por obras públicas a cargo del Estado Nacional; el ministro había convenido con el entonces gobernador que estas obras se inauguraban con la presencia de ambos; es decir, que viajaba a menudo a La Rioja. Es más, Terragno y yo nos tratamos de usted, con Menem se tutean”.*⁷⁰

Terragno tuvo un rol central en el adelantamiento de las elecciones a la primera semana de julio. Pocas semanas después de asumir el poder, el 17 de agosto de 1989 se aprobaría en el Senado la Ley 23.696 de Emergencia Administrativa, más conocida como Ley de Reforma del Estado, que daba a Menem la facultad de liquidar los activos estatales.

En su capítulo 1 la ley declaraba en emergencia a todas las empresas públicas y facultaba su intervención por el período de hasta un año, pudiendo transformar la tipicidad jurídica de

⁶⁹ Ricardo Alfonsín, *Alfonsín Responde*. Buenos Aires : Tiempo de Ideas, 1992.

⁷⁰ Alfonsín, *Ibidem*.

todos los entes, empresas y sociedades del Estado. Se facultaba al PEN a escindir, fusionar o extinguir a esas sociedades, según creyera conveniente.

En el capítulo 2, la ley autorizaba a privatizar total o parcialmente a toda empresa que perteneciera en todo o en parte al Estado, incluyendo las radios y los canales de TV, que hubieran sido declaradas “sujetas a privatización” por el presidente de la república. En ese mismo artículo se declaraban como privatizables a una larga lista de empresas estatales entre las que estaban Aerolíneas Argentinas, ELMA, YCF, YPF, ENTEL, Ferrocarriles Argentinos, Vialidad Nacional, Subterráneos de Buenos Aires, el CEAMSE, los canales 11 y 13, las radios Belgrano y Excelsior, la Casa de la Moneda, la Administración General de Puertos y la Junta Nacional de Granos.⁷¹

Durante el acto de anuncio de privatización de siete empresas estatales, el ministro de obras públicas de Menem y “gerente de privatizaciones”, Roberto Dromi, leería el “decálogo menemista de reforma del Estado”, que empezaba diciendo: “Nada de lo que deba ser estatal, permanecerá en manos del Estado”.

Más de 20 años después de ese proceso, la justicia determinó que la privatización de Aerolíneas Argentinas fue ilegal y procesó por peculado, vaciamiento y cohecho a Menem, Cavallo, Dromi y a los ex ministros Erman González y Julio Mera Figueroa⁷². Menem, Dromi y la ex interventora de ENTEL María Julia Alsogaray serían procesados por la venta irregular de un terreno de Radio Nacional a la empresa Telecom. Casi todas las privatizaciones tuvieron su contraparte en la justicia, en la que en vano se denunciaron los casos de corrupción de funcionarios y el vaciamiento en manos de empresas privadas.

Analizando en 1992 el avance del Plan de Convertibilidad, el economista Daniel Muchnik reflexionaba:

“Un aspecto crucial del Plan de Convertibilidad han sido las privatizaciones, verdaderas proveedoras de fondos al Estado que los necesita angustiosamente para “cerrar las cuentas fiscales”. Las privatizaciones son una manifestación de la crisis

⁷¹ Senado y Cámara de Diputados de la Nación, Ley de Reforma del Estado 23.696. Centro de Documentación e Información, Ministerio de Economía y Finanzas Públicas. Disponible en Internet en: <http://infoleg.mecon.gov.ar/infolegInternet/anexos/0-4999/98/texact.htm> . Consultado el 2 de septiembre de 2013.

⁷² Irina Hauser, "Más que privatización, un negociado", Página/12, Noviembre de 2008.

(...): una parte significativa del capital del país debió ser subastado por la insolvencia en que se encontraba el Estado. Las privatizaciones no son, por lo tanto, una inversión sino una transferencia de activos. Tampoco han dado lugar a nuevas inversiones ya que el Estado utilizó los fondos recibidos para arrojarlos a la hoguera del déficit fiscal. En esa ruta el Estado cambió activos por gastos, lo que disminuyó el respaldo sobre sus deudas. Hoy Argentina tiene menos activos para cubrir sus deudas, que básicamente se mantuvieron inalteradas”.⁷³

Además de no resultar útiles en materia fiscal, las privatizaciones probaron ser un pésimo negocio para el Estado, que desde las primeras a las últimas las regaló a precios increíblemente bajos.

“La bandera ideológica de las privatizaciones fue básicamente financiera y dirigida a quemar los activos para financiar el déficit fiscal y pagar a los acreedores extranjeros. Es por eso, precisamente, que no tuvieron un marco regulatorio claro, por ejemplo en cuanto a la valuación de los patrimonios y de las inversiones, a las tarifas bajas, a la calidad del servicio, etc”.⁷⁴

“El nombramiento en los cargos críticos de Obras Públicas de directivos o abogados de los grupos, que luego de debilitar al Estado se disponían a fagocitar sus mejores activos, implicaba la circulación entre el Estado y las empresas que los politólogos norteamericanos bautizaron como “puerta giratoria”.⁷⁵

Al fundamentar la política de privatizaciones, el gobierno se escudaba en una larga lista de males atribuidos a la empresa estatal. Déficit, falta de rentabilidad, decadencia tecnológica, desinversión, debilitamiento del sector prestacional, ineficiencia de los servicios y altos costos operativos. Todos adjudicables a malos administradores, pero forzosamente vinculados en el relato menemista a un problema de diseño de las economías con participación estatal. Se repetía que el paternalismo estatal había engendrado un empresariado minusválido y especulador, fruto de una idea de empresa pública protegida y una empresa privada subsidiada. Según Dromi, se

⁷³ Daniel Muchnik, *Fuegos de Artificio: las zonas erróneas del Plan de Convertibilidad*. Buenos Aires: Planeta, 1992. Pág. 127.

⁷⁴ Muchnik, *Ibidem*. Pág. 131.

⁷⁵ Horacio Verbitsky, *Robo para la corona - Los frutos prohibidos del árbol de la corrupción*, Espejo de la Argentina ed. Buenos Aires: Planeta, 1991.

eligieron para comenzar sectores estratégicos o críticos, en los que se preveía una inmediata respuesta de inversores nacionales y extranjeros. Al supuestamente reducir el déficit fiscal se daba un mensaje a los mercados para atraer inversiones y, a la vez, obtener rápidos ingresos destinados a prestaciones sociales esenciales y a la producción. No sólo el país no se desendeudó, sino que lograron reemplazar el monopolio de servicios públicos por una serie de monopolios privados que no ayudó a los usuarios ya que en todos los casos trajeron fuertes aumentos de tarifas y desregulación del mercado.

Los primeros años del menemismo: indulto a los asesinos y vía libre a los traficantes.

Al momento de escribir este trabajo, existe consenso a la hora de denominar al menemismo como a una serie de políticas particulares y a una larga lista de hechos noticiables (cuando no delictivos). Sin embargo, a comienzos de 1989 el menemismo era la renovación frente al peronismo de los sindicatos y de la vieja derecha justicialista, representado entonces por Antonio Cafiero. La situación de crisis constante que dejaba Alfonsín al presidente electo era de tal magnitud que muchos pensaban, con suficiente asidero, que el menemismo no sería otra cosa que el fin del Partido Justicialista como actor de poder predominante de la Argentina. Menem sería entonces el canto de cisne del peronismo, que dejaría finalmente de dominar las preferencias electorales de los ciudadanos de cara al siglo XXI. En el mejor de los casos, algunos creían en la llegada del post populismo, un acuerdo socialdemócrata entre los partidos dominantes y los acreedores externos. Por su parte, millones habían creído lo contrario y habían votado a Menem esperando encontrar en el caudillo riojano aquellas políticas sociales que habían marcado el sueño peronista de las décadas de 1940 y 1950, diametralmente opuesto a la pesadilla en la que se había convertido el primer gobierno democrático.

La “hiper” había desencadenado la fase terminal de la crisis sistémica que arrastraba el país desde hacía más de 20 años. El ahogo financiero, la insolvencia monetaria, el debilitamiento de la autoridad del Estado y el caos administrativo hacían imperante un cambio de rumbo político, pero a pesar de eso no se tenía en claro al momento del traspaso presidencial cuáles serían las políticas económicas del entrante. Una cosa sí era clara: había un consenso de fuga hacia

adelante, como decían entonces los analistas políticos, que daba a Menem un cheque en blanco para intentar cualquier medida, por arriesgada que fuera, con tal de detener la hiperinflación.

En las circunstancias en las que dejaban el poder los radicales, los únicos actores con poder de veto no eran políticos, sino economistas. Así es como Menem entendió rápidamente que para sobrevivir al primer año de mandato debía estrechar fuertes lazos con el sector financiero y productivo nacional, encarnado en algunos de los grupos empresarios más poderosos. No repetiría el mismo error de Alfonsín, que trató de resistirlos sin intentar nunca doblegarlos, y perdió. Explica Novaro:

*“Menem asumió el poder y postuló que para dejar atrás la decadencia nacional había que seguir a los exitosos, los grandes empresarios. Ellos eran los únicos que podían gobernar la economía y sacar al país de la inestabilidad y el estancamiento. Los grupos que habían resultado vencedores en las pujas distributivas desde 1975 en adelante y se habían apropiado de todo tipo de rentas creadas por el sector público antes, durante y después del Proceso, no eran el problema, sino la solución”.*⁷⁶

Así es como Menem opta por incorporar en los ministerios de economía y en secretarías clave a miembros del establishment. Miguel Ángel Roig, vicepresidente ejecutivo del grupo Bunge & Born, duraría en el cargo sólo 5 días, ya que fallecería el 14 de julio de 1989. Lo sucedería otro hombre de B&B, Néstor Mario Rapanelli. Que un gobierno peronista diera el manejo de los números al grupo Bunge & Born, a quienes Perón había tildado de “vendepatrias”, era una señal contundente a los mercados de todo lo que estaba dispuesto a hacer el nuevo gobierno con tal de fumar la pipa de la paz. La elección del grupo B&B para economía no dejaba a otros grupos fuera del poder, sino que les asignaba áreas de su preferencia que no tenían la impronta simbólica del ministerio de economía. Detalla Horacio Verbitsky en su libro “Robo para la corona”:

“Los otros grupos también tomaron decisiones orgánicas acerca de los hombres que los representarían en el gobierno. El presidente del área de construcciones de la Organización Techint, y su principal operador político desde el alejamiento de Arnaldo Musich, Roberto Sammartino, tenía un acceso tan fácil y frecuente al

⁷⁶ Novaro, Op. Cit. Pág. 220.

*despacho de Dromi, aun cuando se estuvieran desarrollando reuniones reservadas, que personal de la secretaría privada preguntó intrigado por la causas de semejante familiaridad. “Sammartino es el verdadero ministro de Obras y Servicios Públicos de la Argentina desde hace 20 años”, fue la respuesta”.*⁷⁷

El vice ministro de Obras Públicas de Dromi sería Rodolfo Barra, viejo militante del área menos renovadora del PJ, que había hecho una fortuna como abogado de los grupos Techint y Pérez Companc en juicios contra el Estado. El director de asuntos jurídicos sería Juan Carlos Cassagne, quien también se había hecho rico en juicios similares, aunque representando a Carlos Bulgheroni.

*“Junto a Dromi y Cassagne, pero más que ellos, Barra fue el intelectual orgánico de la Patria Contratista. (...) A la hora en que moría Roig, el 14 de julio, ingresaba al Senado la cuarta versión de la ley de emergencia administrativa y restructuración de empresas públicas, elaborada por este temible trío”.*⁷⁸

Todos los grupos que recibieron cargos entre sus directivos habían hecho grandes aportes a la campaña menemista, aunque los otros grandes actores no estaban ausentes en la nómina. Amalia Fortabat, Gregorio Pérez Companc, Franco y Tonino Macri, por nombrar sólo a algunos, serían representados por los otros al frente de las carteras del Estado, mientras que se garantizaban línea directa con el presidente y sus ministros.

Junto a la Ley de Reforma del Estado, Menem envió al Congreso la Ley Tributaria, que le permitió al ejecutivo la generalización del IVA sin escrutinio del Congreso. Durante los tres años siguientes el gobierno se ampararía en esas leyes para gobernar con más de 300 decretos de necesidad y urgencia. El peronismo casi a pleno respaldaría las medidas y el radicalismo, en crisis interna, no las combatiría. Una vez declaradas en venta grandes áreas del Estado, las tarifas de los servicios públicos subieron exponencialmente, haciéndolas rentables antes de terminar 1989. La presencia de los grupos financieros en el poder no evitó que entre enero y marzo de 1990 se diera otro pico inflacionario, que llevó a Menem a poner como ministro a su hombre de confianza Antonio Erman González, con el ex ministro Álvaro Alsogaray como asesor.

⁷⁷ Verbitsky, Robo para la Corona. Pág. 43.

⁷⁸ Verbitsky, Ibídem. Pág. 44.

Una de las primeras medidas de Erman González fue el Plan Bónex, que convirtió automáticamente todos los depósitos a plazo fijo de los ciudadanos argentinos a bonos a diez años flotantes en bolsa, lo que le valió a miles de argentinos la pérdida inmediata de parte de sus ahorros. Una fuerte serie de recortes al presupuesto estatal incluyó la disolución de más de 56 secretarías y la limitación a 32 de las subsecretarías, que junto a una masiva jubilación y pase a disponibilidad forzados debía recortar en un 25% el presupuesto de gastos de ese año. Para el mes de octubre de 1990 ya estaban encauzadas las privatizaciones de la primera etapa (red vial, teléfonos, aeronavegación comercial, áreas petroleras y ferrocarriles), que tendrían un mínimo peso económico pero sí un gran peso simbólico. La caída del bloque soviético y del muro en Berlín no haría otra cosa que reforzar el aire de victoria de los militantes de la supremacía del Mercado sobre el Estado. Ni siquiera los aliados históricos del peronismo se salvarían: los sindicalistas que resistieron fueron combatidos con despidos. Los huelguistas no tendrían muchos reflejos y terminaron adoctrinados por el modelo menemista, primero, y fueron socios de las privatizadas después. Menem cumplió con su promesa de cerrar cada ramal ferroviario que paraba.

Para terminar de desconcertar a los más peronistas, y en una humorada que repetiría más adelante, el 17 de octubre de 1990 firmó un decreto que restringía el derecho a huelga. Otro gesto que marcó su falta de apego a la tradición del peronismo fue su abrazo público con el ex almirante Isaac Rojas, responsable del golpe a Perón en 1955.

Siguiendo con su relativización de la violencia, Menem firmaría dos decretos de indulto. El primero, el 7 de octubre de 1989, indultaría a todos los jefes militares que no habían sido beneficiados por las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, con excepción de Suárez Mason, extraditado desde EE.UU.; también a los comandantes de las armas militares durante la guerra de Malvinas, a los carapintadas y a los condenados por subversión, incluyendo a personas que al momento del decreto se encontraban desaparecidas. La humorada en cuestión tendría lugar durante el segundo acto de indulto, el 28 de diciembre de 1990. En el día de los Santos Inocentes, firmaría el indulto a Videla, Massera, Agosti, Viola y Lambruschini, así como a Firmenich, Martínez de Hoz y, ahora sí, a Suárez Mason. Recién en 2003, luego de una fuerte purga de la Justicia que incluyó jurys a los principales ministros de la corte suprema menemista, el Congreso de la Nación declaró la nulidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final así

como de los indultos. En 2006 la Cámara de Casación Penal fallaría por la inconstitucionalidad de los decretos de Menem. Una nueva Corte Suprema de Justicia ratificaría este fallo en 2010.

En enero de 1991 hubo una nueva corrida especuladora tras el dólar, fogoneada por las masivas deudas entre la Nación y las provincias y los varios escándalos de corrupción con las privatizaciones y los regímenes de excepción impositiva (como el del frigorífico Swift). En esa oportunidad la recesión en la que indudablemente se encontraba la economía evitó que se disparara un nuevo proceso hiper inflacionario, aunque recién entonces se decidió nombrar ministro de Economía al ex presidente del BCRA durante la dictadura. Amigo íntimo de Dromi, el nuevo ministro Domingo Cavallo llegaba desde la cancillería con un equipo de jóvenes asesores y con muchos buenos contactos tanto internos como externos. Pero sobre todo contaba con un plan para detener la inflación y reformular la deuda, que al principio del gobierno menemista acumulaba 60 mil millones de dólares. De paso, a comienzos de 1991 varios ministros renunciaron a sus cargos, envueltos en escándalos de corrupción de mayor o menor medida.

El Plan de Convertibilidad, o Plan Cavallo, establecía la paridad cambiaria fija por ley entre un dólar, 10 mil australes y una nueva moneda, el peso. Estableció también un esquema de caja de conversión que en un principio limitaba la emisión monetaria a la entrada o salida de dólares al mercado, aunque luego dictaba que los títulos de deuda pública podían usarse como garantía del circulante, algo que implicaba asegurar un pagaré “con otro pagaré a más tiempo”⁷⁹. La fijación de un tipo de cambio por ley era también contraria a los principios de la economía de mercado a la que se decía aspirar, y resultaba otra manifestación del fenómeno tan estudiado, el liberalismo “a la argentina”.

Cavallo ejecutó una maniobra de transferencia de fondos circular, una bicicleta financiera, que implicaba flujo de dinero desde el BCRA a las empresas públicas, de las empresas públicas al Banco Nación, del Nación a la seguridad social, y así:

“El cambio fijo establecido por Ley se mantiene gracias al flujo de fondos de las privatizaciones y a un nuevo endeudamiento externo. Títulos y bonos sirven para cubrir los baches que financia el banco Nación, y las maniobras del Banco Central.

⁷⁹ Muchnik, Op. Cit. Pág. 28.

Éste además no se limita a jugar un papel como “caja de conversión”: a fines de 1991 redujo el encaje de los depósitos con el objetivo de liberar liquidez y evitar así que se disparasen las tasas de interés por una suma equivalente a los 100 millones de dólares”.⁸⁰

La reactivación de 1991, aunque menor en comparación a la de 1986-87, dejó contentos a la mayor parte de los argentinos que veían como un milagro el fin de la inflación después de décadas de inestabilidad monetaria, aunque sus salarios reales hubieran perdido valor. Sin embargo, la expansión del circulante se debió a la toma de deuda pública en los mercados de crédito y también a la entrada de capitales especulativos de dudoso origen. La reactivación no se debió a nuevas inversiones, aunque eso no parecía importar demasiado mientras volvía a las clases medias el crédito y con él, el acceso al consumo de bienes importados y servicios, ya importados o en manos privadas.

La entrada a la Argentina de capitales especulativos no era nueva. Lo que sí se afianzó y perfeccionó durante los primeros años del menemismo fue el fenómeno de lavado en bancos locales de dinero extranjero. Lo llamativo del caso no serían las estafas millonarias o el desembarco fastuoso de magnates petroleros, sino la cercanía de éstos al entorno del presidente.

El Swiftgate fue uno de los primeros casos de corrupción de gran impacto mediático. Tuvo lugar cuando el embajador norteamericano Terence Todman denunció en enero de 1991 que Erman González había intentado cobrar unos 400 mil dólares del frigorífico Swift a cambio de autorizar con su firma una excepción impositiva al ingreso de maquinarias a la que tenía derecho.

Apenas tres meses transcurrieron hasta que estalló el Yomagate, también llamado Narcogate. Amira Yoma era hermana de la esposa de Menem, Zulema. Amira trabajaba como secretaria de audiencias de la presidencia. Sus hermanos Emir y Carim Yoma eran asesores del presidente. Su esposo, el ex coronel de inteligencia sirio Ibrahim Al Ibrahim, apenas si chapuceaba el castellano, pero era jefe de aduanas en el aeropuerto de Ezeiza. Mario Caserta⁸¹

⁸⁰ Muchnik, *Ibíd.* Pág. 38.

⁸¹ **Mario Caserta** había sido agente de inteligencia de la Fuerza Aérea durante la dictadura, y durante la campaña de Menem, se había encargado de recaudar dinero de los gobiernos de Libia, Siria y otros países árabes. Tenía buenos nexos con el BCCI (Bank of Credit and Commerce International), del empresario saudí Gaith Pharaon, y también con el cartel de Medellín. Fue condenado por el Yomagate a 5 años de prisión, en 2003.

era titular del Consejo Federal de Agua Potable y Saneamiento, amigo de Menem. En marzo de 1991 se hizo público que Amira Yoma traía dinero negro del narcotráfico desde Nueva York en valijas Samsonite, que Ibrahim hacía pasar por aduanas sin ser revisadas. Luego Caserta llevaba el dinero hasta Montevideo, donde lo depositaba en cajas de seguridad. El origen del dinero eran grandes ventas de cocaína colombiana a Estados Unidos y España. La banda había tenido por base a Panamá hasta el derrocamiento de Manuel Noriega en 1989, momento en el que deciden mudarse desde el país del istmo a Buenos Aires y Montevideo. Toda la red fue desbaratada por el juez español Baltazar Garzón, que consiguió las confesiones de los agentes de enlace de nacionalidad cubana que intercedían entre los Yoma y Caserta y los capos colombianos, apresados en el aeropuerto de Barajas con pasaportes argentinos después de esa confesión. Extrañamente (según como se mire) Garzón no tuvo el apoyo de la DEA, que insistía en proteger a los cubanos, ni del gobierno de su país, que dirigido por el socialista Felipe González pretendía quedarse con gran parte de las empresas de servicios argentinas próximas a nacionalizarse, en una movida de re colonización española⁸².

El Yomagate develó que además de los Yoma, otros miembros del entorno de Menem tenían relaciones con algunos de los peores actores del hampa global. Alberto Kohan, secretario general de la presidencia, sería el hombre encargado del desembarco express en Argentina del BCCI⁸³, banco transnacional que operaba inversiones multimillonarias desde paraísos fiscales⁸⁴. Colaborando con Kohan en estas gestiones también estaba Javier González Fraga, presidente del BCRA y ex asesor del CitiBank. Kohan se aseguró de que Pharaon consiguiera cambiar al 100% bonos de la deuda argentinos por 45 millones de dólares, que invertiría en una estancia en Salta (“para plantar jojoba”) y en el hotel de lujo Park Hyatt de Buenos Aires, ahora Four Seasons, todo un símbolo de la época. El BCCI, que venía siendo investigado por la justicia internacional desde el affaire Iran-Contras, quedó al descubierto a comienzos de 1991, cuando la justicia

⁸² Román Lejtman, *Narcogate: Historia Inédita de las relaciones de la familia del Presidente y sus amigos con el lavado de dólares*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

⁸³ **Bank of Credit and Commerce International**, fundado en 1972 por el financista pakistaní Agha Hasan Abedi, era un banco luxemburgués con oficinas en Karachi y Londres, séptimo en el ranking mundial de depósitos a mediados de los 80, con más de 20 billones. El BCCI llegó a operar en 78 países a través de más de 400 sucursales. Entre sus accionistas estaban las principales fortunas de los distintos reinados árabes, así como inversores de dudosa reputación como el saudí Gaith Pharaon. El BCCI fue la herramienta financiera clave en el affaire Iran-Contra, que implicó el contrabando triangulado por la CIA de armas y heroína entre Iran y los “contras” nicaragüenses. Uno de los intermediarios al servicio de la CIA en este caso fue el amigo en común de Menem y Pharaon, el traficante de armas sirio Monzer Al-Kassar.

⁸⁴ Alejandra Dandan, "Qué es de la vida de Alberto Kohan," *Página/12*, Buenos Aires, 24 de junio 2008. Pág. 13.

norteamericana lo encontró culpable de lavar dinero del terrorismo y del narcotráfico, prestándolo a inversores financieros. En marzo de ese año, la justicia inglesa también deschavaría una red de financiación del terrorismo islamista con base en Londres, que usaba los servicios del BCCI para operar.

Kohan sería también uno de los principales cerebros del contrabando de armas argentinas a Croacia y Ecuador, algunos años más tarde, coordinados por el traficante de armas sirio Al Kassar⁸⁵. Según declararon algunos testigos a la justicia internacional, el encargado de encontrar comprador a las armas de desguace argentinas habría sido el suegro de Kohan, el almirante retirado Rubén Franco, último comandante en jefe de la Armada de la dictadura, después del fracaso en Malvinas⁸⁶.

Un último caso que vale la pena mencionar es el de la mafia del oro, que en 1992 deschavó no sólo operaciones de lavado de dinero, sino también de estafa al fisco. El empresario y banquero Enrique Piana había descubierto una forma de hacer fortunas fácilmente. Explica Marcelo Zlotowiazda en su libro *La Mafia del Oro*:

“No se necesitaba más que comprar a un banco oro monetario por un millón de dólares, gastar veinte o treinta mil dólares en su elaboración, y recibir de la aduana en concepto de reintegro el 12 por ciento del precio de venta, que equivaldría a varias veces los veinte o treinta mil dólares invertidos”⁸⁷.

El oro se compraba libre de impuestos gracias a una resolución de 1992 del BCRA. Además de recibir un reintegro por la exportación del oro manufacturado, cada pieza tenía un sobreprecio que superaba el 1000% de su costo de fabricación. El banco por el cual se movían estas operaciones, el MTB Bank, era señalado por varios involucrados como una de las pantallas

⁸⁵ **Monzer Al Kassar** es un terrorista traficante de armas y drogas conocido como el “Príncipe de Marbella”. Al Kassar nació en el pueblo de Yabroud y fue vecino de los Yoma, con quienes estrecharía largos lazos de amistad. En 1986 se probaría que fue un actor clave en el caso Irán-Contras. En 1988 habría sido el autor intelectual de un atentado a un vuelo de Pan Am que dejaría 270 muertos al explotar sobre la localidad escocesa de Lockerbie. A pesar de esto, obtuvo la radicación argentina en 1990, completando en tiempo récord los trámites del registro civil. Al Kassar tuvo una participación central en la venta de armas argentinas a Croacia y Ecuador. Se lo señaló como cerebro de la mafia gallega en el tráfico de cocaína a Europa y EEUU: la participación de empresas pesqueras de ese origen, una de ellas perteneciente al empresario peronista Jorge Antonio, quedó probada durante la Operación Langostino llevada adelante por la DEA en 1988.

⁸⁶ Juan Salinas, *Narcos, banqueros y criminales: armas, drogas y política en América Latina a partir del Irángate*. Buenos Aires: Punto de Encuentro, 2005. Pág. 145.

⁸⁷ Marcelo Zlotogwiazda, *La Mafia del Oro*. Buenos Aires: Planeta, 1993.

para sus negocios que tenían por entonces Emir Yoma y Alberto Kohan. Luego se supo que hombres del entorno presidencial habían sido socios de Piana en la empresa Refinerías Riojanas, aunque todo salió a la luz por las denuncias del fiscal Pablo Lanusse, que fue amenazado de muerte en varias oportunidades por ello. La logística la facilitaba el empresario sirio argentino Alfredo Yabrán, a través de su empresa Edcadassa.⁸⁸

El avance del poder de Menem se afianzó con victorias electorales en 1991 y en 1993, que le dieron los réditos políticos del Plan de Convertibilidad ideado por Cavallo, a pesar de que la industria argentina se vio golpeada por un modelo que desregulaba frente a la competencia externa. La constricción del ya bastante golpeado sector productivo daba como resultado un aumento nunca antes visto en la desocupación y una transferencia de recursos directa de los sectores fabriles a los de servicios y de la masa asalariada hacia el empresariado. La desregulación laboral tampoco pudo impedir el ascenso de la figura del presidente, que parecía a salvo de los escándalos de corrupción y de las críticas a su entorno, que cambiaba como la piel del camaleón según se complicaran sus situaciones frente a la justicia.

La crisis social fue cubierta por redes de clientelismo, especialmente en la provincia de Buenos Aires, donde su vice Eduardo Duhalde sería gobernador en 1991. Duhalde aprovechó los fondos de reparación histórica del conurbano bonaerense para abarcar a la creciente masa desocupada y solucionar sus exigencias más inmediatas, mientras se quedaba con el aparato que Cafiero había sabido construir. Esa red de clientelismo político le serviría por varias décadas y los problemas de fondo persisten todavía al momento de escribir este trabajo.

Frente al crecimiento de Menem como el único dueño del poder político y como interlocutor del poder económico, el radicalismo aceptó jugar su juego y en 1993, después de una serie de interlocuciones entre el Coti Nosiglia y el ministro del Interior José Luis Manzano, se acordó entre el PJ y la UCR hacer un llamado a elección de convencionales constituyentes que se llevó a cabo el 21 de noviembre de ese año. Más de 300 convencionales fueron electos en todo el país y deliberaron en las ciudades de Santa Fe y Paraná. La Constitución que aún hoy está vigente sería aprobada el 22 de agosto de 1994.

⁸⁸ Santiago O'Donnell, "Yabrán y la mafia del oro", *La Nación*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1999.

La asignación de la explotación de los recursos naturales a las provincias (a cambio de hacerlas responsables de la salud y de la educación) y las serias reformas en el poder judicial fueron algunas de las cuestiones más importantes que trató la reforma. También se hizo un cambio de fondo al poner los tratados internacionales al mismo nivel que la propia carta magna. Pero la incorporación de cuatro bancas más para la Corte Suprema sería quizás una de las garantías más importantes para la ejecución del poder que tuvo Carlos Menem, ya que le aseguró la total inocuidad nada menos que de uno de los poderes del Estado.

En este contexto, no sería fácil para la justicia encauzar las investigaciones que buscaban responsables del ataque a la embajada de Israel, ocurrido en 1992. Una rápida operación de encubrimiento dejaría al descubierto la actividad de servicios de inteligencia locales y extranjeros que pronto dejaron la investigación en vía muerta. La vigilancia por parte de la SIDE de las colectividades árabes en el país a partir de ese momento no pudo evitar el atentado de mayor envergadura contra el edificio donde funcionaban la AMIA y la DAIA, el 18 de julio de 1994. Una vez más las fuerzas ocultas de los estados interesados intervendrían las investigaciones y redirigirían hacia los culpables más convenientes en el panorama de conflicto de Medio Oriente.

Mientras las primeras investigaciones echaban una evidencia apabullante en los hombros de varios ciudadanos argentinos de origen sirio amigos de los Yoma, los Yabrán y los Menem, tanto los servicios secretos israelíes como los norteamericanos desestimaron esos indicios. Rápidamente se decidió que el atentado había sido ejecutado con un vehículo utilitario lleno de explosivos (que no existió más que en la fantasía de una testigo), conducido por un kamikaze identificado como miembro de Hezbollah (que no murió en 1994 sino que lo hizo en Líbano hasta 1998). La “pista iraní” señala al régimen islamista de Irán como responsable de ambos ataques. Más de 10 años después del segundo atentado la justicia argentina probó que esa pista no había sido otra cosa que un burdo encubrimiento que dejó un tendal de falsos testigos pagados por la SIDE y a un juez desaforado, más una serie de causas paralelas a los policías y a los fiscales acusados de plantar las falsas líneas de investigación.

Al momento de escribir este trabajo sigue sin retomarse la pista original que vinculaba a traficantes de drogas y armas de origen sirio con banqueros judíos, como posible móvil de los atentados. Al día de la fecha la relación entre estos ataques y las distintas operaciones de lavado

de dinero no fue tomada en cuenta por los investigadores, que insisten en encontrar motivaciones políticas que puedan reforzar un *casus belli* en un futuro enfrentamiento sobre suelo iraní. Aunque adelantados a su época, los atentados a la embajada de Israel y a la AMIA son atribuidos a Irán; sin pruebas ni definición judicial, estas acusaciones son tomadas como una gran verdad por quienes empuñan las armas, que luego las disparan contra otros, tan tiranos, para evitarles el uso de unas “armas de destrucción masiva” que no son más que niebla en la noche.

Parte 2: Historia de El Porteño

Nacimiento en dictadura

No era fácil hacer una propuesta cultural nueva en enero de 1982. La sociedad argentina estaba sumergida en un espeso aire de prohibición. Hasta los nombres de las canciones de amor de los pocos discos musicales que llegaban desde Europa o Estados Unidos eran susceptibles de censura por parte de las autoridades militares. Periodistas de reconocimiento público eran víctima de aprietes constantes. Los únicos espacios de libertad posibles en los quioscos de revistas eran las publicaciones Humor Registrado y, a su manera, la revista especializada de rock Expresso Imaginario. Humor sería reconocida desde su aparición en 1978 como la única revista que trataba de comunicarse con los lectores resistentes del discurso procesista echando mano a recursos como la caricatura, el cuento o la entrevista. Frente a ese espacio casi vacío apareció El Porteño. Así lo recuerda el periodista Miguel Russo:

*“Mientras en Argentina las ventas de una revista llamada Humor crecen de manera inimaginable, dos tipos tan geniales como chiflados sacan El porteño. Se trata de Jorge Di Paola -un alumno de ese Grombrowicz que disertaba en los cafés de una ciudad conocida como Tandil y que terminó sabiendo más que el maestro- y de Miguel Briante, un escritor de esos que de no haber existido, hubiera que haberlo inventado. Dicen que hacen periodismo, pero están poniendo en marcha lo mejor de la literatura nacional”.*⁸⁹

El dueño de la idea y de la marca sería también el director de la nueva revista. Y al momento de hacer este trabajo, es el único sobreviviente de ese trío fundador. Se trata de Gabriel Levinas, periodista, artista plástico y “marchand”, galerista. En la carta editorial del primer ejemplar de enero de 1982, Levinas no dejó de referirse al momento en el que lanzaba esa propuesta:

“La aparición de una nueva revista en las circunstancias actuales puede parecer insensata. De hecho, lo es. También es cierto que escucho hasta el hartazgo elocuciones y declaraciones que se anuncian a sí mismas como sensatas y cuyos

⁸⁹ Miguel Russo, “Ciento un hechos para evocar. 1981. Arcas perdidas en una de esas curvas”, Asterisco, Buenos Aires, no. 184, 2010.

*resultados están a la vista. Parece alocado, hoy en día, tener un proyecto y correr un riesgo, tanto personal como colectivo. Veo mucha gente paralizada a la espera. De las dos formas de locura posibles, algunas personas y yo hemos preferido la aventura de una tarea y hemos logrado un acuerdo básico que acepta el disenso y por el cual emprendemos el camino contrario al habitual en la mayoría de las revistas, durante los últimos años”.*⁹⁰

La carta editorial presentaba a los nuevos lectores la nota de tapa del primer número. La foto de un habitante del impenetrable chaqueño con expresión cansada no tenía nada que ver con la imagen que el imaginario popular asignaría a un porteño, por entonces representado hasta el hartazgo en las series de ficción televisiva y las películas producidas por los hermanos Sofovich. Aquel porteño no era un avivado individualista atento de la *pilcha*, perdido por las *minas* y marcado por el tango. Desde la portada del primer número, este otro Porteño se ocupaba de la memoria perdida de los aborígenes chaqueños, del psicoanálisis en tiempos de crisis, de la represa del Paraná medio, de la fuga de cerebros y del ataque de los neonazis. Es decir, era un porteño humanista, intelectual y solidario, sensible ante el avance de la intolerancia y de la violencia.

El tema de los aborígenes sería tratado con regularidad en la primera etapa, en parte porque la familia de Levinas tenía tierras en el NEA argentino y por lo tanto, los problemas de los habitantes de la región le eran bien conocidos y tocaban su sensibilidad⁹¹. Refiriéndose a la elección de un indio curtido como imagen de su primera tapa, el periodista Juan José Salinas, más tarde jefe de redacción de El Porteño, diría que “quizás hubiera tanto interés reivindicatorio como snobismo, pero lo cierto es que tendrían que pasar muchos años para que el subcomandante Marcos volviera a ganar, en nombre de los indios, otras tapas”⁹². Hablar de los aborígenes en ese momento era a su vez una forma solapada de recordar a todos los que, de una forma u otra, habían sido borrados de la historia oficial, forzados al exilio.

⁹⁰ Gabriel Levinas, "Carta del director," *El Porteño*, Buenos Aires, no. 2, Febrero 1982.

⁹¹ El corresponsal en la "Nación Kolla", **Asunción Ontiveros Yulkila**, trabajó desde entonces como periodista para ser reconocido más tarde como un gran académico en el estudio de la identidad kolla. Formaría parte de la película **La Misión** (The Mission, Roland Joffé, EE.UU., 1986) en el papel de de un cacique guaraní, aunque para entonces también era coordinador general del **Consejo Indio de Sudamérica**.

⁹² Chacón y Fonderbrider, Op. Cit.

Tiempo antes de debutar como director de una revista y muy lejos del Chaco impenetrable, Levinas había encontrado su inspiración en quioscos de revistas de Washington y Nueva York. La idea de hacer en Buenos Aires algo parecido a *The New Yorker* quedaría dando vueltas en su cabeza. Esa tradicional publicación *yankee* sería para él una de las influencias más grandes a la hora de hacer *El Porteño*, y eso se vería en el formato tabloide que un año después deberá abandonar. Levinas también había sido lector de la vieja revista *Crisis*, del mensual de rock *Expreso Imaginario* y de algunas revistas subterráneas como *Pan Caliente*.

Curiosamente, el tema de tapa del segundo número sería una hipotética Tercera Guerra Mundial, que el director resistió en un principio porque creyó que el tema podía quitarle a los lectores “esa aparente inmunidad que nos da la distancia geográfica, la lejanía de los centros de tensión mundial”. Esa intención, expresada en la nota editorial, se haría carne en el número de mayo, cuando explotara la guerra de Malvinas.

Número 0

Gabriel Levinas, Miguel Briante y Jorge Di Paola habían puesto manos a la obra a mediados de 1981 y finalmente salieron a la calle en enero del año siguiente. Levinas lo recuerda así:

*“La idea de hacer una revista me salió a mí, y después los llamé a ellos para que me ayuden a hacerla. Yo tenía una galería de arte, no era periodista. ¿La verdad? Era para seducir a una fotógrafa (N. del R.: Alejandra Lutteral, autora de la foto de tapa del número 1). Además teníamos toda una historia de que queríamos abrir un poco el juego de la galería de arte, que no funcionaba sólo como eso sino también como un lugar cultural, se daban conferencias, obras de teatro, pero era una cosa más elitista también. La idea era ir con la cultura a una cosa más amplia. Empezamos a hacer la revista. Apenas se enteraron que estábamos con Briante haciendo una revista y que iba a tener contenido cultural, empezaron a aparecer periodistas con notas, con ideas políticas, que terminaron de movida modificando la idea inicial”.*⁹³

⁹³Gabriel Levinas, Nacimiento de *El Porteño*, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 18 de julio de 2012. Entrevista personal.

El proyecto no tuvo lo que se conoce en la jerga periodística como “Número cero” o número de prueba, y en cambio se retrasó el lanzamiento hacia enero del año siguiente (1982) para que la revista llegara a los quioscos con el año nuevo. La producción del primer número ya incluía algunas secciones características que luego se reconocerían fácilmente en los siguientes números: extensas crónicas periodísticas rayanas en la literatura o la no ficción (la sección Territorios), entrevistas a intelectuales de las artes plásticas, el teatro, la música y la sociología, especiales sobre fotógrafos nacionales, cuentos. En un comienzo, la revista no incluyó política de forma directa, sino que expandió el tratamiento de algunos temas que habían sufrido mucha censura en tiempos no tan lejanos a enero de 1982. Era una forma de hacer política, también. “*Era un terreno que había que ir tanteándolo, ver qué se podía hacer; nosotros fuimos corriendo el límite de lo posible*” recordaría Levinas sobre el primer número y los que siguieron en el transcurso de ese año.

Una de las hazañas involuntarias de ese primer número sería la última entrevista a Antonio Berni, que dejaría este mundo cinco días después de hablar con la periodista firmante, Noemí Casset. Ya se podían encontrar las noticias breves en una sección llamada “El gato montés”, dedicada a la mascota de la redacción, un pequeño cachorro felino llamado Zapuy que fue traído del monte chaqueño y que había sido un regalo de un cacique toba a Levinas.

Integrantes de la primera redacción

El Director Editorial de la primera etapa de El Porteño fue su creador y dueño de la marca, Levinas. El jefe de redacción sería Miguel Briante y Di Paola, Secretario de Redacción. Los colaboradores iban rotando número a número. El jefe de arte era Alfredo Baldo. La foto de tapa del primer número sería de Alejandra Lutteral, a quien Levinas dice haber querido seducir. Entre los colaboradores ya figuraban las periodistas María Eugenia Estenssoro y María Moreno, que luego harían aportes frecuentes en la revista.

Miguel Briante⁹⁴ (1944-1995) sería el que sumara la literatura, la mirada profunda y la prosa directa. A pesar de su escueta obra literaria, dejó una extensa obra periodística, que en el

⁹⁴ Autor de obras destacadas de la literatura contemporánea como el libro de cuentos *Las Hamacas Voladoras* (1964), *Hombre en la orilla* (1968), *Ley del juego* (1983) y la novela *Kincón* (1975), Briante también integró las redacciones de las revistas *Confirmado*, *Primera Plana* y *Panorama*, y del diario *La Opinión* en la etapa de Jacobo Timmerman. Estuvo a cargo de la sección de arte plástica de *Página/12* hasta su muerte, en 1995. Justo él, que había

caso de El Porteño puede encontrarse en forma de crónicas. Conoció a Levinas en el mundo de las artes plásticas, de las que era un gran conocedor. Di Paola y Briante eran amigos y habían compartido algunos círculos culturales durante la dictadura, como “la casa de la calle Garibaldi” donde funcionaba el atelier de Alfredo Cedrón. Sabían detenerse allí Osvaldo Soriano y Juan Gelman, una vez que regresaron de sus exilios. El escritor Alejandro Tarruela, que entonces era un joven periodista, recuerda que entre Briante y Di Paola había una bohemia propia de los mejores artistas. *“Eran escritores malditos, eran lanzados. A Miguel creo que deben haberlo salvado las mujeres que tuvo y los amigos. Tanto él como Dipi se agarraban unas curdas de ginebra jodidas, muy común de la época”*⁹⁵.

Ambos paraban en el café La Paz, en la que todos recuerdan como una Avenida Corrientes más mítica y cruda que la actual. El periodista Ricardo Ragendorfer también recuerda la junta del bar La Paz: *“Ahí me hice amigo de Briante, de Dipi, de Osvaldo Lamborghini, de un montón de gente que iba a La Paz”*.⁹⁶ La reconstrucción de relatos deja entrever que tanto Di Paola como Briante estaban muy conectados con gran parte de los intelectuales y artistas que, dentro de sus posibilidades, mantuvieron activa una corriente cultural porteña en pleno Proceso.

Cuánto costaba hacer una revista en 1982

Publicar una revista entonces no era tan caro como técnicamente difícil desde estándares actuales. Cualquier publicación moderna puede ser diagramada por un solo profesional de diseño gráfico en una computadora, pero entonces hacían falta varias personas para diagramar una revista, sobre hojas de diagramación espaciadas al milímetro sobre las cuales se marcaba en lápiz, crayón o marcador la posición que tendrían las columnas, los títulos, las fotos. Las fotografías se tomaban sobre soporte analógico. Los negativos de las películas debían ser revelados, luego se hacían hojas de pruebas, las fotografías seleccionadas se imprimían en

salido airoso de razzias y violentas borracheras, encontraría la muerte al caerse de una escalera mientras cambiaba una lamparita, en su General Belgrano natal, en 1995.

⁹⁵ Alejandro Tarruela, orígenes de El Porteño, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 15 de agosto de 2012. Entrevista personal.

⁹⁶ Ricardo Ragendorfer, Orígenes de El Porteño, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 1 de agosto de 2012. Entrevista personal.

positivo recién en una tercera visita al cuarto oscuro. Cada artículo debía ser plantado en el espacio en blanco teniendo en cuenta la cantidad de líneas y de caracteres por línea.

Por todo esto, el cierre de una revista requería de al menos cuatro personas trabajando sobre la diagramación. Ese era uno de los factores más determinantes de los costos. Otra causa de especial encarecimiento era el formato elegido por Levinas para El Porteño, tabloide y similar a The New Yorker. Un año después de la salida del primer número, pasarían la revista a un formato estándar de revista y dejarían el tabloide anunciando: **“El Porteño no se achica pero cambia de tamaño”**.

Consultado por el aspecto económico de su empresa, Levinas explica:

- ¿Era muy caro hacer una revista?

- No, era más difícil que ahora en lo técnico, tenía trámites más engorrosos. Igual era guita, para nosotros era guita hacerla.

- Carlos Ulanovsky, en su libro Paren las rotativas, dice que tuviste que poner plata familiar...

- Más que plata familiar, cuadros. Vendí mucho en la galería de arte para poder vivir. Fue carísimo. Después ya había más gente, muchos periodistas. Ya no se hacían 5 mil ejemplares, se hacían 40 o 50 mil. Entonces era otra magnitud. Nunca nadie me la bancó, siempre lo puse yo el dinero”.

Sobre los avisos de publicidad presentes durante toda su etapa, Levinas asegura que no sumaban a la contabilidad. “Era mentira todo eso. Eran avisos que yo ponía para que pareciera que teníamos avisos para poder llamar a otras empresas. Eran cuatro o cinco tipos conocidos míos. (La revista) nunca dejó nada de plata, nunca. Mientras yo la manejé, jamás. Por ahí cosas chiquitas de un psicólogo, pero nada más”. Alberto Ferrari, que participó de la etapa cooperativa, recuerda un aviso del laboratorio Bayer que estuvo en los primeros números, y lo atribuye a “un error de algún publicista”.⁹⁷

El primer número vendió tres mil ejemplares de una tirada de cinco. Luego aumentarían considerablemente su tirada hasta llegar a más de 40 mil ejemplares, una cifra alta para entonces. Todas las ganancias serían orientadas a aumentar la tirada y la difusión.

⁹⁷ Una efectiva política comercial seguirá brillando por su ausencia durante la etapa cooperativa, y es quizás uno de los aspectos que más determinó la libertad de los sumarios publicados.

Postura política frente a un proceso dictatorial desgastado

La postura de la revista frente a la etapa de caída del Proceso tiene un punto de inflexión claro, que son los meses posteriores a la derrota en las Malvinas. El “tanteo del terreno” que describe Gabriel Levinas no era ni más ni menos que la progresiva publicación de temas que, sin hablar de política partidaria de forma directa, permitían al mismo tiempo hacer una dura crítica al estado de descomposición social y de empobrecimiento general en todas las áreas de la vida cotidiana. El mensaje implícito era inequívoco: **estamos mal gobernados a punta de pistola**. El número de abril de 1982, que cerró antes del 2 de abril, incluía crónicas sobre indigenismo, críticas a la TV del momento, un duro análisis de la situación económica y una crónica especialmente cruda titulada “La letra con hambre no entra” sobre las consecuencias de la desnutrición infantil en las escuelas del Gran Buenos Aires. Una nota histórica llama la atención por su sospechoso aire de ironía: un informe sobre erotismo en las artes plásticas... del Medioevo.

Las críticas al Proceso y sus protagonistas eran generalizadas y el descontento social nacía en las mesas magras de los hogares argentinos y ardía en la Plaza de Mayo al momento de salir la revista a la calle. Como se describió en la primera parte de este trabajo, dos días más tarde las plazas de todo el país se llenarían de gente que festejaba jubilosamente la toma de las islas Malvinas por parte de los comandos de Alfredo Astiz. Esa situación le plantearía a la revista, y a su director, un dilema difícil de resolver: no se podía renegar de un derecho legítimo de todos los argentinos, ni apoyar a un gobierno criminal que estaba destruyendo el bienestar de sus gobernados de facto. La guerra sería un catalizador para instalar desde las páginas de la revista otra trinchera de lucha por la dignidad ciudadana, la de los derechos humanos. *“En ese sentido El Porteño empezó a ser una propuesta periodística y cultural que empezaba a acompañar ese reclamo de apertura de la sociedad, que estaba cancelado”*, recuerda la periodista María Eugenia Estenssoro⁹⁸.

Guerra de Malvinas

⁹⁸ María Eugenia Estenssoro, orígenes de El Porteño, entrevistada por Nahuel Coca, Buenos Aires, 2 de agosto de 2012. Entrevista personal.

La guerra de Malvinas encontró a la redacción de la revista dividida. “Yo no quería salir a favor de la guerra – recuerda Levinas - Los demás sí, medio se habían copado con la historia y se la habían creído. Éramos muy poquitos los que queríamos ir en contra, pero no podíamos ir en contra de toda la gente que estaba ahí. **(La Tapa)** se la encargué yo a un artista que se llama Pat Andrea, que estaba en Buenos Aires y la hizo. Se hizo muy famosa, la “retwittearon” en todo el mundo.⁹⁹”

Además de la famosa tapa, un óleo de Margaret Thatcher vestida de pirata, el número de mayo sorprendió con una extensa nota a Adolfo Pérez Esquivel, quien a pesar de ya contar con el título de Nobel debía ser presentado como a un total desconcido, aclarando su nacionalidad.

El pacifismo predominaba como postura frente al problema de la guerra, y lo seguiría haciendo. Esta postura distinta no renegaba de ninguno de los derechos argentinos sobre las islas y describía la guerra como otra agresión del norte sobre el sur. En cambio sí criticaba la elección de la vía militar y pedía explicaciones por la falta de diplomacia previa. Excelentes textos históricos sobre los antecedentes de la presencia enemiga en las islas y otros más técnicos sobre los recursos energéticos también destacan en ese número. A diferencia de otros medios gráficos vecinos, El Porteño de mayo de 1982 dedicó casi las mismas páginas a las notas culturales. La guerra no lo era todo.

El número de junio tendría una tapa menos efectiva pero más declaratoria que la del número anterior. Un fragmento de una poesía del poeta español León Felipe diría:

*“Inglaterra /
eres la vieja Raposa avarienta /
que tiene parada la Historia /
de Occidente hace más de tres siglos /
y encadenado a Don Quijote. /
Cuando acabe tu vida /
y vengas ante la Historia grande /
donde te aguardo yo, /
¿qué vas a decir?”*

⁹⁹ Gabriel Levinas, Orígenes de El Porteño, entrevista personal.

En ese número más artículos sobre el origen histórico del reclamo argentino no eran otra cosa que una forma tan evidente como elegante de desentenderse del dilema de reconocer la legitimidad del reclamo sin apoyar al proceso. La editorial, firmada esta vez por Di Paola y Levinas, se dedicaba a criticar la visión que los medios de comunicación extranjeros daban del conflicto. Otro artículo debatía sobre el rol de las agencias informativas y la influencia de los mensajes imperialistas en la opinión pública. Excelentes entrevistas al músico Miguel Abuelo y al escritor Arturo Carrera hacían el aporte cultural. Un largo artículo con reflexiones sociológicas sobre las teorías de la comunicación reforzaba los argumentos de la editorial.

Recién cuando termine la guerra, El Porteño haría explícita su postura contraria al Proceso en forma de denuncias concretas. Una buena parte de los medios y los periodistas harían públicas sus manifestaciones críticas o contrarias al Proceso recién hacia mediados y fines de 1982, cuando fueran saliendo a la luz los horrores de la dictadura y de la guerra de Malvinas¹⁰⁰. Por lo que no debe resultar extraño que una revista cultural hiciera lo mismo.

Estenssoro resume este proceso en su memoria: *“Con la derrota de Malvinas y la apertura democrática, se empieza a politizar un poco más. No sé cuáles serían las discusiones entre Levinas y Briante en ese momento, no sé si fue pausado y qué dijeron “Ahora lo hacemos cultural, ahora lo hacemos militante, o más político”, sino que creo que la revista mostró lo que pasó en la sociedad, en la que no se hablaba de muchas cosas, había gente que tenía afectados directos y lo hablaba en sus grupos, pero era tal la autocensura... a mí me sorprendió que después de la derrota de Malvinas, a mi vuelta al país, encontrarme con gente conocida, amigos, que empezaban a hablar de sus amigos desaparecidos, de los que no habían hablado hasta ese momento”*¹⁰¹.

La denuncia de los crímenes de la dictadura y la bomba a la redacción

Mientras gran parte de los comunicadores daría cabida a las voces a favor de una amnistía, El Porteño pediría desde un comienzo juicio y castigo y acusaría a los que no lo hicieran. En ese sentido, sería uno de los primeros en bajar línea contra los que buscaban una salida elegante de su colaboracionismo con el régimen saliente. El rol que le tocaba asumir a la justicia y el regreso

¹⁰⁰ Una reflexión detallada sobre esto puede encontrarse en la primera parte de este trabajo.

¹⁰¹ María Eugenia Estenssoro, entrevista personal.

del pueblo a las calles de todo el país serían dos cuestiones centrales en los reportajes a distintas personalidades de la academia y la cultura a partir de 1983.

El verano del 83 marca la radicalización de las críticas al proceso, que apenas un año antes eran solapadas en la comunicación de actos culturales. En la contratapa del número de enero se anunciaba el recital de Mercedes Sosa en Ferrocarril Oeste. El número de febrero de ese año tendría por título de tapa “Nación o Nazion” con dos fotografías, una de Mercedes Sosa y otra de la tapa del número 97 de la revista Humor, que había sido censurado por los militares y confiscado de los kioscos de revistas. En la editorial, Levinas festejaría la celebración de los recitales, que sumaron más de 60 mil personas, y condenaría la censura a los colegas dirigidos por Andrés Cascioli y compañía. En el número de marzo también se denunciaría la clausura de Primera Plana.

En abril, la presencia de los DD.HH. en la grilla de la revista sería abrumadora, aunque la tapa se la llevarían otra vez los aborígenes del Chaco. Llama la atención la crudeza y contundencia de los temas tratados, como si ya no hubiera militares en la Casa Rosada. Una nota sobre las Madres de Plaza de Mayo, una entrevista a Monseñor Hesayne hablando de la importancia de no echar un manto de olvido sobre los crímenes militares y finalmente, un informe sobre los efectos psicológicos de la desaparición de las personas. Un informe completo sobre los actos de corrupción en los canales de TV del Proceso sería una de las primeras notas de investigación y denuncia que a partir de ese momento se harían cada vez más visibles en las páginas de la revista.

En mayo, otro reportaje a Adolfo Pérez Esquivel es precedido por una editorial que vuelve a denunciar a los medios que, con coberturas imparciales de las denuncias sobre desapariciones, no hacen más que “perfeccionar el olvido”. La editorial sería muy dura con algunos referentes políticos que callaron en esa ocasión:

*“El Porteño no quiere animar rencores pero sí quiere ser registro de lo que debe terminar, de lo que no debe volver a suceder. Una de las cosas que no debe volver a suceder es que la política se convierta otra vez en el arte de pactar el silencio”.*¹⁰²

¹⁰² Gabriel Levinas, "Borges: la bomba y otros delitos," *El Porteño*, 1983.

Junio traería nuevamente reportajes sobre los desaparecidos y sus familias. Julio, una serie de informes sobre el rol que le tocaría a la Justicia en caso de no hacerse una diferenciación de los niveles de culpabilidad durante la dictadura, titulado “El desorden que se va a armar”, en el que destaca la opinión del juez Eugenio Zaffaroni.

“Hablar de desaparecidos en ese momento no era muy común. Se fue convirtiendo en un lugar donde los organismos de DDHH tenían un lugar para contar sus historias, como en el Herald o el diario de Río Negro, pero en ese momento de apertura El Porteño fue ese lugar”, recuerda María Eugenia Estenssoro¹⁰³.

Cuando se le pregunta a Levinas si sufrió presiones políticas o aprietes de algún tipo por parte de las fuerzas del orden dominante, él lo minimiza diciendo que fueron muy pocas. *“Tuve llamadas telefónicas, amenazas, pero nada significativo. Cosas que le decían a mi mujer desde un Falcon, por la calle. Presiones de las que era bastante inconsciente, pero nada más. **Hasta la bomba**”.*

La bomba en cuestión sucedió al número de agosto de 1983¹⁰⁴, que planteaba por primera vez en un medio de comunicación nacional el tema de los hijos de desaparecidos, presentado como “la permanencia del horror”. En tapa también se anunciaban informes contrarios a la Ley de Amnistía y una investigación sobre las asignaciones ilegales de las licencias de radiodifusión por parte de los militares. La nota de tapa era presentada en la editorial de Levinas, que abría con una cita del libro *Mi Lucha*, de Adolf Hitler. La dura editorial comparaba a los militares argentinos con los nazis, y a la apertura que habría de venir como una etapa similar a los juicios de Nüremberg. La editorial terminaba arengando una defensa urgente de la justicia y de la democracia: “si no lo hacemos nosotros tendrán que hacerlo nuestros hijos – si están vivos – mañana”.

La investigación sobre los niños desaparecidos contaba con las declaraciones de Hebe de Bonafini, que relataba la existencia de casos de torturas a niños para hacer confesar a sus padres, así como la existencia de más de 400 menores que habían sido secuestrados o que habían nacido durante el cautiverio de sus madres. Se contaba particularmente el caso de María Isabel “Chicha”

¹⁰³ María Eugenia Estenssoro, Orígenes de El Porteño. Entrevista personal.

¹⁰⁴ En la misma edición se presentaba por primera vez el suplemento *Cerdos&Peces*, del que se hablará en los próximos capítulos.

Chorodik de Mariani, cuya nieta de 3 meses de edad fue secuestrada en 1977 cuando el Ejército atacó con bombas de fósforo la vivienda de su hijo en La Plata. También se cuenta con muchos detalles la historia de Estela de Carloto, titular de Abuelas de Plaza de Mayo al momento de escribir estas líneas.

Para promocionar esa investigación se pusieron afiches por toda la ciudad y un aviso en Clarín. *“Por experiencia sabemos que los afiches callejeros suelen ser víctimas de los pibes, que los despegan por jugar, simplemente, pero esta vez hubo un detalle interesante: estos afiches estaban arrancados de arriba hacia abajo. O todos los chicos de Buenos Aires crecieron medio metro de golpe o los carteles fueron arrancados por gente adulta, porque los pibes no llegan tan arriba”*, declaró Levinas después de la bomba.¹⁰⁵

“La bomba rompió todo, si hubiéramos estado ahí adentro no hubiéramos quedado (vivos)”. Así lo recuerda Eduardo Rey¹⁰⁶, quien fue coordinador y luego jefe de arte de la revista hasta su cierre. El jueves 11 de agosto de 1983 a las 00:45 AM, un artefacto explosivo con alrededor de un kilo de Trotyl voló la redacción de la calle Cochabamba al 700, en el barrio de San Telmo. En una entrevista en el lugar de los hechos para la revista **La Semana**, Levinas contará cómo fueron los hechos: *“Cerca de la una de la madrugada llegó un coche Ford Falcon con cuatro ocupantes. Uno de ellos depositó la bomba y – siempre según los vecinos – avisaron de qué se trataba el envoltorio. Yo llegué 15 minutos después de la explosión. Un muchacho del bar de enfrente llamó por teléfono al secretario de redacción y él me avisó a mí”*

Inmediatamente después de la explosión, un grupo de militares de civil asistidos por policías federales, allanaron la redacción y se robaron documentos y material necesario para la confección de la revista. Una foto de un agente sacando material de la redacción sería la contratapa del número siguiente.

“Al llegar encontré con que no podíamos entrar a nuestro local – continúa Levinas. - Pero eso sí, toda la policía estaba adentro. Creo, espero, que el juez que interviene, el doctor Martín Anzoátegui, logre explicarme por qué tuvimos que esperar casi

¹⁰⁵ Carlos Fuentes, *“En Estados Unidos, a los periodistas les dan el premio Pulitzer. En la Argentina el premio Trotyl”*, La Semana, no. 349, pp. - , agosto de 1983.

¹⁰⁶ Eduardo Rey, *Orígenes de El Porteño*, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 27 de febrero de 2012. Entrevista personal.

cuarenta y ocho horas para poder acceder a nuestra casa, habida cuenta de que ya habían finalizado todas las pericias del caso”.

Haciendo uso de una ironía muy particular, Levinas diría a la prensa: “*(fue) una bomba muy sofisticada, realmente desconocida hasta ahora. Fíjese que abrió la caja fuerte que se encuentra al fondo y retiró de ella documentación que me pertenecía y que todavía no apareció, secuestró rollos de película, números atrasados de la revista que se encontraban en el archivo, abrió cajones, los revisó, cambió de lugar varias cosas, se llevó dos grabadores, cintas magnetofónicas, dejó intactos los tubitos de película que estaban vacíos y se quedó con aquellos que contenían película, abrió la puerta del laboratorio fotográfico, cuya puerta tiene una clara señal de haber recibido un puntapié. Realmente tiene que tratarse de una bomba con capacidad de allanamiento*”.¹⁰⁷

En la misma entrevista, Levinas no se echaba para atrás sino que arremetía tratando de cobardes a los autores anónimos del crimen y sugiriendo que hubieran sido los comandos de logística del edificio de Inteligencia del Ejército que funcionaba a sólo veinte metros de la redacción. Cuando el periodista de La Semana le pregunta si la bomba se la pusieron por comunista, montonero o por judío, quedaba claro el fenómeno que él mismo había denunciado en su carta editorial pocos meses antes de ese episodio: una parte del periodismo no podía, o no quería, reconocer que un acto criminal y un ataque político eran la misma cosa. Esa idea era la que legitimaba la teoría de los dos demonios, del “algo habrán hecho”, que en 1983 quería renovarse con otro slogan: “No te metás”.

Cuando se le pregunta a Levinas por su definición política no duda en decir: “*Soy de izquierda e independiente. Sé que lo de ser independiente no es bueno, pero lo prefiero antes de verme obligado a subordinar la revista a algún interés partidario*”. Acto seguido, Levinas describe la identificación política de la revista desde su punto de vista: “*Aquí trabajan tres adherentes al Partido Intransigente, hay demócratas cristianos, hay independientes, hay peronistas del MUSO, algún otro que no se afilia por excesivamente marginal, y algún otro por inconstante. Hay un gato llamado Zapuy, que quedó medio sordo por la explosión, y una cotorra, Rosa Luxemburgo, que salió indemne de la misma*”.

¹⁰⁷ La Semana, agosto de 1983, op. cit.

Antes de despedirse del cronista y de tratar a los autores del atentado de sediciosos y cobardes, Levinas hace una defensa de su publicación que a la distancia denota el redoblado compromiso que asumieron a partir de ese momento. Sobre la elección de los aborígenes como tema recurrente de la etapa que había transcurrido hasta ese momento, Levinas diría: *“Nuestro país tiene como prócer al general Roca, que ensanchó el país cometiendo un genocidio. Más o menos como lo que intenta esta bomba y otras bombas: ensanchar el espacio para dárselo a los menos”*.

La solidaridad con El Porteño fue total por parte de sectores comprometidos con los DDHH. A las seis de la tarde del viernes 12, frente al cerco policial que impedía a su director ingresar a lo que quedaba de la revista, se realizó una conferencia de prensa en la que participaron, entre otros, el más tarde diputado Alfredo Bravo, Néstor Vicente por la Democracia Cristiana, los artistas León Gieco, Tarragó Ros y Miguel Ángel Solá, y las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Adolfo Pérez Esquivel tomó asiento junto a Levinas en la improvisada mesa y fue uno de los oradores de la conferencia, a la que asistieron la mayoría de los medios nacionales. Poco después del ataque la esposa de Levinas recibiría amenazas telefónicas de muerte para ella y los hijos de ambos.

La esperada transición: el planteo de ideas en las páginas de El Porteño, buscando un modelo de país

Las adhesiones de solidaridad siguieron llegando desde todo el mundo hasta finales de 1983. Algunas resultan obvias, como la de las Madres de Plaza de Mayo, y otras no tanto, como la de un joven Marcelo Longobardi que firmaba como director de la revista Apertura a pesar de contar con 22 años. Más de 100 adhesiones de periodistas, partidos políticos, ONGs y grupos estudiantiles llegaron a la redacción. Con una redacción devastada, fue difícil poner nuevamente manos a la obra y hasta se consideró no seguir con la revista. Eduardo Rey recuerda que a pesar del impacto, no interrumpieron la actividad, sino todo lo contrario: *“Después de la bomba habíamos hecho una re impresión porque se había vendido a lo loco el número ese. Fue un mes bastante movidito. Ese fue un cierre bastante complicado, pero llegamos a tiempo”*¹⁰⁸. Rey también recuerda que para entonces Miguel Briante ya había manifestado su intención de abrirse,

¹⁰⁸ Eduardo Rey, entrevista personal.

pero que decidió quedarse un tiempo más trabajando “para no quedar como un cagón”, gesto que sus compañeros apreciaron mucho.

En el número que siguió al de agosto, tras el cual vino el bombazo, se publicó en tapa una foto del local de la redacción destrozado y un título llamativo: “Borges habla de la bomba”. Borges había recibido condecoraciones y títulos honoríficos de algunas de las instituciones culturales más importantes del mundo durante toda la década de 1970, y en 1983 había recibido la Legión de Honor, la más importante condecoración otorgada por el estado francés. Su colaboración con Levinas en forma de entrevista sería una garantía de publicidad interna del ataque sufrido por la revista, pero también una forma muy práctica de llamar la atención de la comunidad internacional, que miraba de cerca el proceso de apertura argentino.

En esa entrevista olvidada Borges trata de imbécil a Galtieri, de descerebrados a los militares y critica al diario La Nación por su apoyo “flojo” a la revista después del ataque. El humor de Borges, a pesar de la gravedad de la ocasión que lo convocaba, hace de la entrevista una lectura muy entretenida. Cuando Levinas le sugiere tomarse una foto en el frente de la redacción con otras personas reconocidas, Borges le dice: “Es usted el que elige a esas personas, no yo, (cuente conmigo) siempre que no haya personas como Neustadt”.

Como reflexión final, el escritor decía:

*“Para cualquier cosa que usted necesite yo estoy a sus órdenes. A mí me parece que, ya que yo gozo de cierta impunidad, mi deber es decir las cosas que otros no pueden decir por razones tan obvias como esa bomba. Es horrible, estamos en manos de estas personas. Estas personas hablando continuamente de derecho, nuestro derecho... ¿y quién los ha elegido? El presidente, o uno de los presidentes de turno, jura sobre los Evangelios respetar la Constitución, que está violando en el momento mismo de jurarla”.*¹⁰⁹

El apoyo de Borges efectivamente sirvió de mucho, y mucha gente se acercó a la revista tras la conmoción que trajo la bomba. En los números siguientes se tratarían temas complejos como el rol del periodismo en la dictadura saliente, la corrupción en los medios de comunicación, la relación que se venía entre civiles y militares, entre otros temas. La Ley de

¹⁰⁹ Gabriel Levinas, "Borges: la bomba y otros delitos," *El Porteño*, Buenos Aires, septiembre de 1983.

Autoamnistía era un tema recurrente en las entrevistas a artistas y pensadores. El día 30 de octubre de 1983 tuvieron lugar las primeras elecciones democráticas desde la llegada del Proceso de Reorganización Nacional. El número de octubre salió con una tapa que, a la luz de la historia de la revista y de los periodistas que por ella pasaron, es toda una declaración de principios: una foto de Hebe Pastor de Bonafini, con su mítico pañuelo, y un título mordaz, “Esas viejas molestas”. En ese número destacaban también cuestionarios a periodistas sobre la complicidad de los medios con los gobiernos militares, con la participación de Bernardo Neustadt y Magdalena Ruiz Guiñazú, pero también con los aportes de Bob Cox y Herman Schiller, que habían sido activos denunciantes de la violencia.

A partir del número de enero se da un proceso de experimentación en los temas centrales de la revista, y aparece como tema recurrente el sexo en todas sus variantes. Artículos sobre bisexualidad, entrevistas anónimas a gays noctámbulos, la influencia del miedo y la represión en la intimidad, entre otros enfoques que hasta entonces eran considerados temas malditos, plausibles de censura. Eduardo Rey recuerda la influencia de esos temas de tapa en las ventas: “Era una especie de destape a su manera: en la época de los milicos eran Gente y Siete Días los que más se animaban, ponían una chica en bikini y nada más. No había notas sobre sexo. Era un tema que más o menos en esa época vendía un poco más. No era que nos salváramos con eso pero vendía un poco más”.

Así fue que el número de noviembre trajo por tapa un beso lésbico y una encuesta multi disciplinaria sobre sexualidad y represión, junto con una entrevista a Alfonsín que se había publicado en el número 8. El número de noviembre anuncia el nacimiento de una sección de una página escrita por las Madres de Plaza de Mayo. La presencia de intelectuales y artistas de todas las disciplinas se daba en entrevistas que trataban casi exclusivamente sobre los problemas que el país sufría por culpa de la falta de libertades. No faltaban las míticas experiencias de la época de apertura, como artículos sobre el ciclo Teatro Abierto.

La editorial del número de diciembre de 1983 pedía perdón con fina ironía a todas las personas que habían puesto el grito en el cielo con el beso lésbico del número anterior. Claramente la revista estaba provocando reacciones y generando simpatía entre muchos más lectores, a pesar de que los temas eran poco amistosos y para nada frívolos. En esos años, la denuncia constante de lo que estaba mal podía hacer que la revista fuera vista como un medio de

pesimistas, y sin embargo, su atención a problemas tan olvidados y la calidad de la cobertura periodística de los mismos hacía que fueran irreprochables sus llamados de atención. Temas como salud mental, psicoanálisis, sexo y violencia política serían determinantes en la continuidad, ya en democracia, de El Porteño. La presentación de estos temas en un formato de debate, buscando la colaboración entre voces distintas y no la imposición de una sobre las demás, hacía que la revista destacara como la más abierta y democrática. Estaba cumpliendo con la apuesta que se habían hecho dos años antes: ser un espacio nuevo, más abierto y público, para una cultura que había aprendido a sumergirse.

La Porteña, Cerdos & Peces: la diversidad cultural y la igualdad de género como bandera editorial

Junto con el número anterior a la bomba, en agosto de 1983, empezó a salir con El Porteño la revista Cerdos & Peces, un insert que haría historia al presentar temáticas cada vez más provocadoras, siendo la primera que mezcló el mundo underground y una agenda de temas contracultural con el periodismo tradicional. El responsable de esa nueva sección era el periodista de rock Enrique Symns, quien también oficiaba como poeta y estaba a cargo de abrir los primeros shows de Patricio Rey y sus redonditos de ricota con largos monólogos de crítica al sistema y a la vida burguesa occidental.

A cargo de Cerdos & Peces, Symns no le hacía asco a nada, a pesar de que la transición democrática no salvaba de la más dura represión a los usuarios de drogas o a las minorías sexuales. Las drogas y su despenalización serían un tema casi obligado número a número, aportando argumentos a favor de esta postura allí donde los hallase, algo que recién se volvería a hacer en nuestro país a finales de la década del 2000, cuando la revista de cultura canábica THC diera inicio una vez más a la lucha por la despenalización de la marihuana.

Identificado con sus entrevistados, Symns se detendría en la represión institucional de la locura dedicando varias notas a los locos y al trato inhumano que debían padecer en las instituciones estatales. La crueldad que sufrían entonces era denunciada desde el más profundo humanismo; una postura que clamaba por el fin de las más oscuras formas de represión en los tratamientos médicos, como el electroshock o la lobotomía, tan frecuentes entonces.

Cerdos & Peces fue uno de los primeros espacios donde se reflexionó sobre la relación entre rock e ideología, con interesantísimos aportes – prácticamente manifiestos - de bandas como Los Violadores o Patricio Rey. Por primera vez también se le preguntaría a los artistas por el rol que debía tomar el rock nacional frente a la lucha por los derechos humanos, lo que generó la identificación de un colectivo de artistas trascendentales con la revista y su nueva sección.

Este hijo pródigo de El Porteño saldría a la calle por su cuenta en octubre de 1984, acosado por juicios de todo tipo contra la editorial por culpa de sus artículos. Lo anunciarían diciendo que “luego de pasearse y aburrirse por Tribunales, (C&P) volvía a la batalla contra la moral media”. En esa misma ocasión celebraban el primer LP de Los Redondos y se comunicaba que el centro de reunión para los lectores y el staff dejaba de ser el Café Einstein, de Omar Chabán, para ser su nuevo boliche, con nombre todavía a confirmar: “Asfalto o Cemento”.

Luego de una breve primera etapa independiente, C&P volvería una vez más a ser suplemento de El Porteño. Finalmente se haría independiente en 1986. Ricardo Ragendorfer, que escribió para Cerdos y Peces en sus dos etapas, recuerda el momento de nacimiento de la revista en los siguientes términos:

“tal vez los meses más divertidos de la historia argentina hayan sido los dos o tres meses previos a la caída de la dictadura. Donde las perspectivas de la democracia auguraban poco menos que el paraíso. Entonces esos dos o tres meses fueron la previa del paraíso. Y cuando vino la democracia fue muy intensa, el alfonsinismo no como entidad política sino como época. Yo tenía 25 años en el 84. Y uno probaba con distintas barbaridades y ninguna escandalizaba demasiado”.

En retrospectiva, la experiencia periodística de C&P se le hace distinta a todas las demás.

“Creo que la Cerdos fue la experiencia periodística más revulsiva del periodismo argentino, pero no teníamos conciencia de que estábamos haciendo algo revolucionario. Teníamos una vinculación muy lúdica con lo que estábamos haciendo. Además, en el caso de la Cerdos en particular, el oficio periodístico se prolongaba en otras actividades y situaciones de la cual la escritura de notas era solamente una parte. “

Sin embargo sería por esas notas que C&P traería, además de fama y difusión entre “los unders”, también varios problemas. Como denuncia Levinas en la carta del director de septiembre de 1984, la mayoría de las denuncias eran por obscenidad, algo que podía valerle al periodista o a su editor entre 2 meses y 2 años de prisión. La libertad de expresión era coartada en nombre de la moral media y las buenas costumbres según estándares remanentes del Proceso. Una de las columnas de opinión que acompañaba para esta época cada edición era escrita por el artista plástico Jorge Gumier Maier, y prácticamente se dedicaba a reivindicar la identidad de los homosexuales, así como de otros grupos de lo que hoy se conoce como colectivo GLTB (Gays-Lesbianas-Travestis-Bisexuales).

Este periodismo progresista y liberal tenía una contracara: la denuncia constante a la reacción de los sectores conservadores, oscurantistas en retirada frente a la apertura democrática. Era necesario mantener a raya a cuanto grupo neonazi, filo fascista o defensor del Proceso asomara las narices por los diarios y revistas de la época. La actitud valiente al denunciar los resabios de la represión era tan importante como negarse a callar aquellos temas incómodos para la clase media burguesa. El Porteño inventaba, en cada número, un público muy distinto al que estaban acostumbrados los medios gráficos nacionales.

En noviembre de 1984 empezó a salir en El Porteño un suplemento llamado La Porteña que marcaría el inicio de espacios periodísticos dedicados a los problemas de las mujeres, con temáticas y enfoques bastante parecidos a lo que al momento de escribir este trabajo se conoce como periodismo con perspectiva de género. En ese primer número, La Porteña se dedicaría a hacer una crítica positiva al elogio del imaginario machista que estaba presente en la película recién estrenada de Armando Bo, con Isabel Sarli de protagonista, llamada “Insaciable”. La actriz personificaba a una ninfómana; la periodista María Moreno celebraba la exposición de una heroína liberada que regalaba su amor a todos los hombres, y se preguntaba: “¿Habría una democracia más radical que esa?”. En esa misma ocasión, otra nota firmada por Moira Soto denunciaba la falta de protagonistas mujeres en roles destacables y separados del lugar común de la tonta femme fatale.

Siempre desde una mirada psicoanalítica clásica, María Moreno iría detectando y deteniéndose en los “síntomas” del machismo más arraigado, tanto desde las prácticas sociales y el uso del lenguaje como desde las expresiones artísticas o políticas; así deschavaría al

historiador José María Rosa por haber dicho que una claudicación en la disputa por el Beagle no sería “viril”. Lo acusó de vivir desde su extremo machismo de “gaucho rosista” la doble tragedia de llamarse María y Rosa.

Otros temas frecuentes serían aquellos que pueden englobarse como violencia contra la mujer, específicamente violaciones y violencia doméstica. Desde el feminismo clásico se harían nuevos enfoques para la época, como el del rol de la pornografía y la cosificación de la mujer, el odio a los hombres y sus orígenes en la psique occidental.

Habría un cruce entre ambas secciones cuando Enrique Symns, en uno de sus monólogos en el bar El Depósito, rifara a una chica y a un chico gay entre los presentes. María Moreno también criticaría a otra de las bandas punk del ambiente de entonces, Los Violadores. A partir de junio de 1985 también participaría de la sección la periodista Andrea Ferrari. Las páginas de La Porteña también sumarían argumentos al debate sobre el divorcio, que no fue legal en Argentina hasta 1986.

El Porteño en democracia

Desde la vuelta de la democracia, El Porteño se había dedicado a generar debates que eventualmente sirvieran para sanear las malas herencias institucionales y espantar los malos espíritus que aquejaban a la sociedad. No había especialidad o área del pensamiento a la que sus editores no le hicieran frente. Pero el hecho de haber sido uno de los primeros medios en hacerlo a comienzos de 1982, no significaba que a mediados de 1984 fueran los únicos.

Aunque no se puede dudar de la independencia de la revista en ese tiempo, se entiende que había cierta sintonía con esa primera fase del gobierno radical. Recordando esos tiempos, el periodista Rolando Graña recuerda ¹¹⁰ que “*el alfonsinismo tenía una apertura cultural interesante, con Pacho O’Donell como secretario de cultura*”. La programación de actividades del Centro Cultural San Martín apareció con avisos en la revista durante 1984, así como anuncios con la grilla de las radios Belgrano y Splendid, donde trabajaba, entre otros, Eduardo Aliverti.

¹¹⁰ Rolando Graña, El Porteño en democracia, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 30 de julio de 2013. Entrevista personal.

Una nueva generación de periodistas había aparecido debajo de las baldosas de la intervención militar a radios y canales de TV. La democracia haría del éter radial el medio más dinámico y directo en el que los argentinos se buscarían después de tantos años de silencio. Un sector del alfonsinismo promovió nuevas voces en esos medios. La estatal **Radio Belgrano** sería uno de los paradigmas de la época, donde empezaron a surgir propuestas periodísticas renovadoras. Poco tiempo después, en los estudios de la radio se fundaría la cooperativa de periodistas de El Porteño y se llevarían a cabo las reuniones fundacionales de Página/12.

*“Radio Belgrano fue en sus primeros años la emisora creativa, progre y diversa por excelencia. Trabajaban en ella, con el editor Daniel Divinsky como director, Ariel Delgado, Eduardo Aliverti, Liliana Daunes, Jorge Lanata, Marcelo Zlotogwiazda, Enrique Vázquez, Marta Merkin, Hugo Guerrero Marthineitz, Jorge Dorio, Martín Caparrós, José María Pasquini Durán”.*¹¹¹

Varios de los que estaban en Radio Belgrano formaban parte del staff de El Porteño, y el intercambio de notas entre Belgrano y San Telmo era frecuente. En enero de 1985 Aliverti empezó a escribir en la revista y se encargó de acercar a otro joven periodista que trabajaba bajo su tutela en Radio Belgrano y que estaría encargado de aportar investigaciones y, sobre todo, tapas explosivas. Jorge Lanata se hizo amigo de Levinas rápidamente, a pesar de que sus egos eran dos trenes de frente¹¹². En ese momento también se incorpora como jefe de redacción quien hasta entonces se había desempeñado como corresponsal en México y que generalmente escribía sobre temas de política internacional, Ernesto Tiffenberg. Quedan como secretarios de redacción dos personas de perfiles tan distintos como Estenssoro y Symns.

Pocos meses después, una pelea interna dentro del radicalismo tiene consecuencias en el ámbito cultural y mediático. *“Para 1985 el alfonsinismo se había vuelto muy derecho, muy macartista. Ahora todo el mundo les ha perdonado todo, pero en ese momento tenía un lado siniestro. Después de perder con la ley sindical hace un giro a la derecha y la Coordinadora se vuelve una máquina de justificar lo injustificable. Empiezan a ralear a la gente de Radio Belgrano, quedan estigmatizados como la patota cultural”* recuerda Graña.

¹¹¹ Eduardo Blaustein, *Años de rabia: el periodismo, los medios y las batallas del kirchnerismo*. Buenos Aires: Ediciones B, 2013.

¹¹² Al momento de redactar este trabajo, la relación entre Levinas y Lanata sigue vigente, siento aquel productor del programa televisivo Periodismo para Todos que conduce Lanata como showman opositor al kirchnerismo y que los encuentra, a su manera, tratando de marcar una agenda progresista como lo hicieron entonces desde El Porteño.

Sigue Rolando Graña: *“No sé por qué carajo, si por esto o por qué, un día aparece en la redacción dando órdenes Fogwill, a quien todos celebran como un gran escritor, pero que en una de esas vueltas editoriales se hace redactor de una remake de Primera Plana y escribe una nota puteándolo a Vicente Zito Lema, que era ideólogo de las Madres de Plaza de Mayo, con el título “Ese gustito a muerto”. Eso para putearnos a nosotros. Cuando ví eso, con María Eugenia Estenssoro, que ahora es senadora pero que siempre fue una mina de derecha, en ese momento la revista se empezó a ir al carajo. El único que le pone un poco de cordura es Ernesto Tiffenberg, que era corresponsal en México y un día cae como jefe de redacción. Como Ernesto es una persona conciliadora, tranquila, se fumaba a estos dos no sé cómo... la revista iba en caída libre”*.

Eduardo de la Fuente, que estaba en esa etapa de la revista¹¹³, recuerda lo mismo: *“No lo puedo acusar de fascista (a Levinas), pero hubo un giro a la derecha. Eran épocas en las que todos estaban reposicionándose”*.

Ferrari también coincide¹¹⁴: *“Ese proceso dura de marzo a septiembre. Tiene alguna consecuencia en el ánimo de Levinas, que en ese momento dice que cierra la revista. Se quería ir a cazar yacarés a Formosa”*. *“Levinas se aburre de la revista. No sé qué le pasó, si no ganaba plata o se quería dedicar a criar lagartos en Formosa”*, coincide Salinas, y agrega: *“Mientras estuvo Levinas lo tuvo como una especie de zar, un zar benévolo, pero me acuerdo que cobrarle era difícil. Había muchas otras revistas en esa época, que no las recordamos porque cerraron y no estuvieron en sintonía con el espíritu de la época”*.

En términos concretos, al mismo tiempo que raleaban periodistas de Radio Belgrano éstos buscaban un asilo periodístico en San Telmo, en la redacción de la revista, que a su vez tenía a mediados de 1985 un proceso de ordenamiento interno liderado por Levinas. En ese proceso tomaría protagonismo la figura del joven Jorge Lanata (entonces barbudo y, según él, militante del MAS) y empezaría a tomar forma una idea osada pero que resultó posible poco tiempo después: la de contar con un diario que tuviera el tono de El Porteño, pero que peleara en las grandes ligas.

¹¹³ Eduardo de la Fuente, El Porteño en democracia, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 26 de septiembre de 2012. Entrevista personal.

¹¹⁴ Alberto Ferrari, El Porteño en democracia, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 24 de julio de 2012. Entrevista personal.

Eduardo Aliverti lo recuerda así¹¹⁵: “*En buena medida la disrupción que nosotros empezábamos a sufrir en Belgrano (llevó a) una situación en la que todas las expectativas que bajaban sobre radio al mismo tiempo suben con el trabajo en la revista El Porteño, sobre todo en Jorge Lanata. Porque las etapas son bastante superpuestas. Página/12 nace el 26 de mayo del 87 y El Porteño adquiere una dinámica fuerte entre 1984, 1985 y 1986, casi consecutivo*”.

Cobertura del Juicio a las Juntas

De cara a los juicios, la revista empezó a pasar en limpio algunos casos emblemáticos con nuevas pruebas que iban surgiendo de a poco, a medida que los exiliados y los presos políticos iban volviendo a las calles y a las mesas de los cafés. Al ser mensual la revista no hizo una cobertura minuciosa, día a día, por obvias razones: todos los periódicos y semanarios hacían esa misma cobertura, y era un despropósito tratar de seguir el mismo camino.

El hecho de que hicieran una cobertura más bien selectiva de los juicios a las juntas militares no cambiaba nada: el compromiso con las Madres y las Abuelas en lo particular y con la causa de los DD.HH. en general era indiscutible. La carta del director de abril de 1985 es, sin ir más lejos, la reproducción de un afiche de las Madres: Levinas decidía suscribir a la consigna de las Madres de Plaza de Mayo copiando el afiche en lugar de una carta del director. El afiche decía: “En el año de la juventud... déle (sic) una mano a los desaparecidos. No a la amnistía. Juicio y castigo a los culpables”. La imagen mostraba una mano en medio del afiche, donde podía leerse “El Porteño”.

En ese mismo número la grilla de la revista contaba con un informe sobre la situación que vivían en ese momento los ex líderes guerrilleros de Montoneros y el ERP, y con una entrevista al contralmirante Mayorga, que desde la más alta impunidad decía: “*Para mí habría que haber fusilado en River con Coca-Cola gratis, y televisándolo. Pero eso sí: firmando*”. Su testimonio adelantaba la falta de arrepentimiento que luego exhibirían la mayor parte de los acusados.

El número de mayo tendría una carta solicitada titulada “DEFENDER LA DEMOCRACIA ES DEFENDER LA LIBERTAD” y que hacía referencia a la importancia de que los poderes del Estado actuaran sin condicionamientos externos y siguiendo la voluntad popular. Los firmantes

¹¹⁵ Eduardo Aliverti, *El Porteño en democracia*, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 23 de julio de 2013. Entrevista personal.

eran una buena parte de las figuras públicas de entonces. Ese mismo número traía un informe sobre la “familia judicial” y las tramas de corrupción en el Poder Judicial. Lo seguía una reconstrucción crudísima de Fernando Almirón de los testimonios de varios ex presos desaparecidos en campos de concentración, titulada “El Pozo”.

En junio, otro mes crucial de los juicios, se hizo hincapié en los planes de estudios del Colegio Militar y con una investigación propia se resolvió el robo de documentación probatoria que sufrieron los tribunales de Rosario, haciendo públicos con nombre y apellido a los responsables.

Durante todo 1985 habría más notas sobre los poderes de derecha remanentes en la flamante democracia: la forma que encontró El Porteño de procesar toda la nueva información que traían los alegatos de las víctimas del terrorismo de Estado fue convirtiéndola en investigaciones y relacionarlas con el tiempo presente, no con 1976 y la antesala del Proceso. El eje del relato de las tantas historias de represión y violaciones de los DD.HH. no estaba en el pasado, sino en tiempo presente. Así es como las notas dejaban de centrarse en los militares retirados, empezaban a prestar más atención a todos los verdugos subalternos que seguían en funciones en comisarías y cuarteles de todo el país.

Visto desde una mirada integral de los Derechos Humanos, podría decirse que El Porteño fue el medio gráfico en ese momento que más se ocupó de los derechos humanos; tanto así que su lectura a más de 25 años es totalmente vigente según los criterios actuales de estudio y difusión de la materia.

Periodismo cooperativo como modelo de subsistencia

Los testigos no terminan de coincidir en el por qué. Según cuenta Levinas en la biografía de Lanata escrita por Majul, “*no quería seguir poniendo guita*”, y aunque insista en que fue el peor negocio de su vida, su fundador seguía jactándose de su criatura bien entrado el año 2012 cada vez que un entrevistador se lo permitía.

Promediando 1985, Levinas decidió cerrar El Porteño. En la carta del director de octubre de ese año se despide y anuncia que por una idea suya la revista seguirá saliendo pero administrada por una cooperativa de periodistas. En la Argentina no existían antecedentes de

esto, pero los modelos en el exterior parecían inalcanzables: el diario francés *Le Monde*, la revista *Libération*, las revistas *Uno más uno* y *El Día*. Los miembros del staff y los colaboradores frecuentes fueron invitados a formar parte de la cooperativa. Algunas firmas prestigiosas también serían convidadas al proyecto, como es el caso de Osvaldo Bayer, Tomás Eloy Martínez, Eva Giberti, Homero Alsina Thevenet, Ricardo Piglia o Carlos Ulanovsky, que se encargó de acercar la propuesta a muchos de ellos. La revista estaba vendiendo 8 mil ejemplares: la apuesta era, por lo menos, valiente.

Después de muchas deliberaciones, se decidió que los interesados harían un aporte monetario que sería el capital inicial para el proyecto. Con ese dinero se empezaría a pagar la marca y el fondo de comercio a su fundador, Levinas. El monto acordado fue de 25 mil dólares, aunque hay versiones de que no se terminaron de pagar las cuotas.

Muchos de los entrevistados para este trabajo coinciden en marcar que quien más dedicación puso al nacimiento de la cooperativa fue Jorge Lanata, junto a sus amigos y compañeros de entonces, Eduardo Aliverti y Ernesto Tiffemberg. Finalmente se terminó constituyendo la cooperativa en el auditorio de Radio Belgrano, en octubre de 1985. El número de noviembre ya fue editado por la nueva agrupación, bautizada “Cooperativa de Periodistas Independientes Ltda”.. En su nacimiento, la conformaban Álvaro Abós, Eduardo Aliverti, Osvaldo Bayer, Eduardo Blaustein, Marcelo Cofán, Ariel Delgado, Alberto Ferrari, Andrea Ferrari, Eva Giberti, Marcelo Helfgot, Hernán Invernizzi, Jorge Lanata, Miguel Martelotti, Tomás Eloy Martínez, Daniel Molina, Ricardo Piglia, Ricardo Ragendorfer, Eduardo Rey, Juan José Salinas, Herman Schiller, Enrique Symns, Ernesto Tiffemberg, Carlos Ulanovsky, Jorge Warley, Gerardo Yomal y Marcelo Zlotogwiazda.

La revista no tendría un director, sino un consejo de redacción, compuesto inicialmente por dos jefes de redacción y dos secretarios. En los primeros números figuran como Jefes de Redacción Jorge Lanata y Ernesto Tiffemberg, como secretarios, Daniel Molina y Eduardo Blaustein. La coordinadora editorial sería la pareja de Tiffemberg, la periodista Andrea Ferrari. Como colaboradores del primer número también destacarían Enrique Symns, Miguel Bonasso y Osvaldo Soriano, cuya participación se anunciaba en tapa.

A pesar de que en el día a día era Ernesto Tiffemberg el que aceitaba el gran engranaje cooperativo para que reinara la concordia, Jorge Lanata trataba de hacer de la vieja revista de

Levinas la suya, a fuerza de peleas constantes con el resto de los integrantes. Tenía 24 años. Alberto Ferrari, mayor a Lanata por casi una década, recuerda: *“Lanata fue imponiendo un estilo. Igualmente todo se decidía como si fuera el comité del partido comunista ruso. Los que decidían eran los de la mesa chica de todos los días, que almorzaban juntos en la redacción, tenían una mujer llamada Ofelia que les cocinaba. Pero había participación, vos podías ir y putear si algo no te gustaba. No todo podía ser consultado. En las reuniones de sumario se discutían las líneas gruesas”*.

Coincide con Ferrari el propio Levinas: *“Después, en 1985, cuando ya estaba afuera, me enteré de que Lanata hizo una especie de golpe de estado y se quedó con el manejo de la revista”*.¹¹⁶

Las reuniones de sumario se hacían en un pequeño departamento o en restaurantes, dependiendo del hambre y de la concurrencia. *“Primero se hacía una reunión de sumario de toda la cooperativa – recuerda Eduardo Rey, quien fue jefe de arte y responsable legal de la cooperativa - donde participaba un montón de gente, más o menos 30, todos en el departamento de la calle Perón, pero a veces nos juntábamos a comer en un restaurant o algo así. No siempre venían todos, casi siempre éramos menos. Después de la reunión, con el consejo de redacción que éramos 5 o 6 decidíamos la tapa en función de lo que se había pensado. Los recursos eran muy humildes, podíamos tener ideas maravillosas pero irrealizables, había que bajarlas a tierra y hacer otra cosa”*.

Eduardo Blaustein, quien años después sería secretario de redacción del diario Crítica de la Argentina, recuerda¹¹⁷ que en los primeros meses de la cooperativa los miembros del staff cobraban la mitad de un sueldo bajo, para colaborar así en el saneamiento financiero de la cooperativa. Y coincide con Ferrari en los problemas de organización que traía la experiencia colectiva en una tarea tan poco acostumbrada a la democracia como el periodismo. *“Había rispideces con las asambleas, lo mismo que se planteó en el año 2001-2002: ¿hasta dónde la horizontalidad, democracia y asambleísmo puro, y hasta dónde los derechos de los que llevábamos la revista mes a mes, con un margen de autonomía?”*

¹¹⁶ Luis Majul, *Lanata - Secretos, virtudes y pecados del periodista más amado y más odiado de la Argentina*. Buenos Aires: Margen Izquierdo, 2012.

¹¹⁷ Eduardo Blaustein, *El Porteño en democracia*, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 26 de julio de 2012. Entrevista personal.

Sin embargo, casi ocho años de revista cooperativa es la prueba de que, aún con dificultades, la cooperativa de periodistas pudo funcionar. El periodista Julio Spina recuerda que *“En las asambleas era una voz, un voto. Fue todo muy dinámico y muy divertido mientras las cosas funcionaron bien”*. Ferrari coincide con esto: *“Las asambleas funcionaban, nunca dio para que haya un estado de guerra civil. En general la producción de la revista funcionaba bien en el aspecto periodístico, con las disidencias, las discrepancias. Se analizaba el número anterior, se hacían críticas. La mayoría veía el número final cuando ya estaba impresa”*.

Uno de los motivos de disputa más frecuentes era la frecuencia de las colaboraciones. Mientras algunos cooperativistas tenían una sección fija, otros podían publicar cada dos o tres meses. *“Eso generaba rispideces”*, reconoce Ferrari, que tuvo una asistencia casi perfecta en cada número de la revista. *“Desde que empezó la sección The Posta Post, yo escribía casi todos los meses, y desde que la revista tuvo un perfil más periodístico, me pedían también notas de investigación. Era la época más feliz de mi vida”*.

Juan Salinas explica cómo la limitación del espacio podía ser una de las razones para la calidad de los artículos: *“Como salíamos una vez por mes, y no todos los meses podías meter una nota, entonces para hacer una buena nota estabas luchando durante 40 o 50 días, porque el espacio era limitado, entonces era como un club en alguna medida, íbamos todos los días o casi todos los días”*.

“También es cierto que cuando una nota era aceptada, esa nota no iba a ser censurada” agrega Olga Viglieca, secretaria de redacción de una buena parte de la historia de la revista. *“Tenías que pasar las horcas de la asamblea que te decían sí o no, pero si te decían que sí nadie te iba a meter mano en una nota para redirigirla”*.

A pesar de que la mayoría de los cooperativistas no recibía remuneración, y los que lo hacían debían tener otros ingresos, todos coinciden en que la independencia editorial hacía que todo valiera la pena, al final del mes. Eduardo Rey, uno de los que más tiempo estuvo en la revista, recuerda que *“sobre todo en la etapa cooperativa, no teníamos un jefe que nos dijera de qué teníamos que hablar. Hablábamos de lo que queríamos y no teníamos ningún tipo de temas prohibidos. Y eso era un motorcito para todos, para ir avanzando”*.

“Esa mezcla, donde la única jerarquía que existía era tu prepotencia de laburo, daba muy buen resultado. Los que no iban bien ahí eran los timoratos”, concluye Viglieca.

Postura política frente a un proceso democrático desgastado. Los periodistas y su lectura de los conflictos sociales desde posturas políticas definidas.

Con la salida de Levinas, la postura política de la revista quedó sujeta al acuerdo al que pudieran llegar los cooperativistas en las reuniones de sumario. Todos eran demócratas: había un consenso de origen muy fuerte en la importancia de defender la democracia y la constitución, aunque también había consenso sobre la importancia de dar más libertad a una sociedad represiva y pacata.

Esto no quitaba que desde un primer momento la cooperativa denunciara a las facciones más reaccionarias del radicalismo, especialmente aquellas iniciativas políticas que derivaron en lo que se conoce popularmente como las leyes de obediencia debida y de punto final.

Eduardo Blaustein, que tuvo un rol central en el consejo de redacción de la primera etapa cooperativa, se refiere retroactivamente en los siguientes términos: *“A Alfonsín le dimos tal vez duro y parejo pero está bien, qué se yo....yo a veces me arrepiento de cómo le pegaron Página/12 y El Porteño. Hoy, más grande, más viejo y más prudente, bajaría un poquito”*.

“Nosotros a lo sumo tuvimos una discusión, con Enrique Symns incluido, de si las Madres se zarpaban o con las exigencias hacia el alfonsinismo, al no ser más comprensivas de la debilidad de Alfonsín. (...) En todo caso bastante después podría haber habido una interna entre un sector más izquierdista y hasta más trosko y otros que veníamos del peronismo. Pero básicamente estaban todas las líneas. Peronistas como los de antes, como Aníbal Ford, peronistas que venían de la izquierda. Gabriel (Levinas) tenía alguna relación con el alfonsinismo. Había una diversidad linda”.

Algunos meses después de esa entrevista, en su libro Años de rabia, Blaustein haría la siguiente reflexión: *“Unos cuantos veníamos de la militancia y la sobrepolitización, y en los primeros años de la democracia no había espacios para expresar nuestro modo cáustico o contestatario de ver las cosas, lo que se reflejó en una suerte de crítica generalizada a la*

flamante política democrática, incluyendo a la izquierda oxidada”.

Todos los entrevistados destacan el hecho de que no había compromisos partidarios en El Porteño, como sí los tuvo después Página/12. *“En términos globales digamos que éramos de izquierda, y hoy diría que hasta bastante anarquistas. Pero no había ningún encuadre partidario”,* recuerda Alberto Ferrari. *“No había militancia partidaria y había una visión muy crítica de todos los sectores, ni hablar del peronismo. Si se quiere había ciertas simpatías muy débiles por la juventud radical revolucionaria, la izquierda de la JR que encabezaba Carlos Vicente de la FUA de Córdoba. También algo con (José Luis) Manzano, alguna simpatía, cuando era gordo, antes de ser diputado”.*

Olga Viglieca¹¹⁸ recuerda las coincidencias políticas de varios de los miembros, que se hacían manifiestas en las reuniones pero que también salían a la luz en el sumario y en las propias notas: *“Empieza a haber tensiones por un lado, hay un sector de los cooperativistas que son peronistas de izquierda, y hay otro sector que son de la izquierda más radical, trosquista o filo trosquista, y que van a vivir en una difícil y fructífera convivencia durante casi 10 años. Me acuerdo de reuniones desopilantes donde alguno gritaba “Más Jauretche, menos Lou Reed”, con reuniones de sumario que eran asambleas crueles, y ahí hay un viraje a la izquierda de la revista, con una mirada más crítica y menos embelesada, más de señalar los errores”.*

Rolando Graña, que estuvo en el consejo de redacción desde que Jorge Lanata dejó la revista, en abril de 1987, para hacer Página/12, recuerda las distintas posturas políticas que tenían los miembros de la revista. *“Teníamos varios debates ahí, por un lado Blaustein y Salinas eran el ala peronista, nacional y popular. Yo era el ala izquierda exquisita y a veces coincidía con Caparrós, que era todavía más elitista, le gustaban esas novelas que no se entendían, y las narrativas metaficcionales y todas esas boludeces, y yo estaba en el medio y decía ¡loco, un poco de rock and roll, que los libros se entiendan! ¿Cómo salimos de este entuerto? Peleándonos, como se sale de estas cosas”.*

Recogiendo el guante de Graña, Juan Salinas afirma al respecto: *“El Porteño era una revista nacional y popular, como creo que nunca más va a volver a ser. Porque los que estábamos ahí éramos todos favorables a lo que después el kirchnerismo encarnó. Aunque a*

¹¹⁸ Olga Viglieca, El Porteño cooperativo, entrevistada por Nahuel Coca, Buenos Aires, 4 de octubre de 2012. Entrevista personal.

Caparrós no le guste que se haya encarnado sin purezas, y se pregunte públicamente por qué Kirchner no hizo feriado el 24 de marzo en Santa Cruz mientras era gobernador o cosas por el estilo. En la naturaleza las cosas no se dan así”.

Julio Spina describe¹¹⁹ cómo esas polémicas internas daban forma a una revista bicéfala, según un diseño implícito de Graña: *”La fórmula que seguíamos era la que había inventado Rolando (Graña), la revista era psicobolche, o sea trosco-peronista, en la primera mitad. Porque los peronistas en esa época eran troscos o perucas. La segunda mitad de la revista absolutamente liberal. O sea que había revista para dos tipos de público. Teníamos en claro que había gente que te leía la parte de atrás, y otros la parte de adelante”*, concluye Spina.

Viglieca remarca este punto: *“En ese período El Porteño es una revista esquizofrénica que tiene una primera mitad híper-política, híper politizada donde todo es insoportablemente político, y una segunda mitad mucho más laxa, a favor de la ampliación de las libertades personales. A mí lo que me gustaba de la revista era su capacidad de servir de puente entre dos tipos de lectores totalmente distintos. Me parece una cosa muy interesante”*.

Los entrevistados coinciden en que no había posicionamientos partidarios orgánicos, aunque sí había algunas líneas de comunicación con algunos sectores políticos. En ese sentido, el sector renovador que expresaba dentro del peronismo el dirigente Antonio Cafiero, entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, daba su apoyo a El Porteño con una publicidad mensual del Banco Provincia. Luego perderían la pauta en el escándalo que desató la publicación de un cuento pornográfico de Néstor Perlongher con Eva Duarte de Perón como protagonista.

Hacia 1987 la revista sigue la tendencia de la mayoría de los medios del país, poniendo su mirada crítica sobre el peronismo como alternativa natural al radicalismo, que gobernaba con mucho desgaste. Sin embargo, la postura de la revista frente a las elecciones parlamentarias sería prudente, entendiendo que el viejo peronismo o sus alternativas renovadoras no tenían nada de nuevo, o lo que tenían no alcanzaba para cambiar la grave crisis de fondo que sufría el país.

La relación con el peronismo orgánico se tornaría más complicada con cada acto electoral de la segunda mitad de la década del 80, especialmente con el avance de Carlos

¹¹⁹ Julio Spina, El Porteño cooperativo, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 23 de agosto de 2012. Entrevista personal.

Menem a finales de la década. El Porteño marcaría el riesgo que implicaba a los electores esa opción, algo que poco después le costaría una pérdida de público conforme aumentaba la popularidad del ex presidente. Una vez que desembarca el menemismo en el gobierno nacional El Porteño alertaría rápidamente de algunos de los cambios de paradigma que estaban llegando, y que traerían inevitablemente el final de sus días en los kioscos.

“Digamos que el último año de El Porteño fue un año jodido. Había un tipo de nota que ya se venía viendo venir desde el último año de Alfonsín: cada vez que había elecciones nosotros no vendíamos un carajo”, recuerda Julio Spina.

”Incluso se llegó a discutir si había que hacer tapa con las elecciones o no, porque terminaban siendo totalmente para abajo, “Votar y reventar”, “¿Por quién cazzo votar?”. No podíamos evitar decir que venían elecciones, no podíamos poner una mina en bolas. El número de las elecciones no vendía un carajo, suponíamos nosotros que los lectores esperaban que nosotros les contáramos cuál era la solución, y nosotros no la teníamos. No teníamos la solución al menemismo, entonces contábamos lo mal que venía la cosa. Y nunca supimos salir de ese círculo, entonces una vez cada dos años, en el 89, el 91 y el 93, y alguna más en el medio, esos números no se los vendíamos a nadie realmente”.

Viglieca remarca que la revista, para 1992, quedaba un poco pasada de moda frente a otras revistas nacionales y la influencia de las publicaciones extranjeras. *“Si te fijás, las revistas de ese momento empezaban a leerse de otra manera. Aparece un nuevo sentido común y además aparece un nuevo formato para ese sentido común. Una nueva forma de leer, distinta. A mí me encanta esa revista, pero no puedo dejar de darme cuenta que quedó vieja. Vos no podías pretender que la gente leyera una nota de mil caracteres y al lado otra nota de 17 mil caracteres. No tenían ni un recuadro, te exigían 3 horas de lectura en un bar. Algunos no tenían ese tiempo. Y además está Página, que es una competencia con suplementos de lectura formales. También es cierto que políticamente son temas que están tratando de olvidarse. Cuando fue la privatización de Aerolíneas hicimos muy buenas notas. Cuando fue lo de los ferrocarriles yo me pasé un mes en la ranchada de los ferroviarios, una huelga de 45 días que terminó en una derrota espantosa, en eso del “ramal que para, ramal que cierra”. La cobertura que hicimos era buenísima. El problema era que la gente estaba de acuerdo con privatizar el ferrocarril. Vos escribías una nota de 10 páginas contando la épica de la huelga ferroviaria contada desde lo*

más doméstico, y al final eran pocos los que se adherían. (...) Es un contramano político lo que empieza a haber. Entonces eso no te lo salva nadie, ni las tapas de minas en bolas. Eso es que pasó tu cuarto de hora”.

Una de las pocas salidas que le quedaban a El Porteño era seguir el camino de otras publicaciones de la era menemista, y publicar notas pagas o realizar operaciones de prensa para distintos sectores de la política. Viglieca describe cómo se negaron la mitad más uno de los cooperativistas: *“Nosotros empezamos a correr muy atrás con la revista a partir de una deuda hipotética de dos mil pesos. No fue la convertibilidad la que nos cerró, ni la hiper inflación, sino esa deuda. La casa de Eduardo (Rey) estaba como garantía en el banco, y en ese momento se planteó la discusión de vender una parte de la revista a un sector del peronismo. Primero se le vendió una tapa a Alfonsín, yo perdí esa votación, una tapa horrible que decía “Alfonsín prende el ventilador”. Después estuvo la propuesta de vender una nota de tapa y dos notas interiores a Patricia Bullrich y a un grupo que entonces se llamaba Generación 2000, y yo dije “sobre mi cadáver”. Nos peleamos muy mal, fuimos a una votación y la gané. Era una época en la que si uno quería plata la conseguía, el problema era ver a qué precio. La gané con el voto de los cadetes, de los diagramadores, de los administrativos, de Warley. Raspando. Se la gané y la cerramos”.*

Periodismo de investigación

Como se señaló en capítulos anteriores, el lento pero concreto giro desde una revista netamente cultural a una revista con contenido político se fue dando en El Porteño a partir de la guerra de Malvinas. Con el retorno de la democracia, las crónicas sociales conocidas como “territorios” pasarían a compartir páginas con informes que, si bien no pueden considerarse investigaciones en el sentido clásico, eran densos aportes sobre temas ocultos o que no recibían la atención de los medios tradicionales.

Estos informes estuvieron presentes desde mediados de 1984: Opus Dei en la Argentina (agosto), los planes de estudios militares (septiembre), la situación de los colegios secundarios (octubre) o la situación del crimen después de la dictadura (noviembre) serían algunos. El número de diciembre de 1984 marcaría un cambio con una tapa de impacto que alertaba

“Investigamos la conspiración militar” y al mismo tiempo, un adelanto del informe de la CONADEP. El año 1985 sería un año de cambios definitivos para la revista, en busca de un perfil más periodístico que pudiera estar a la altura de las circunstancias.

Para finales de 1984 El Porteño llevaba varios meses compartiendo las bateas con otra revista que haría mucho ruido, El Periodista de Buenos Aires, donde escribían Osvaldo Soriano y José María Pasquini Durán. Si bien al principio no se parecían en nada más que en sus buenas intenciones, de a poco El Porteño trató de incorporar lo que El Periodista tenía: más información y más investigaciones, fruto del oficio de esos viejos periodistas que se habían forjado en los fuegos de La Razón y La Opinión, allá por los años '60.

“El Periodista tenía una tendencia política más marcada y El Porteño era más cultural, pero por eso no se salvó de que le pusieran la bomba. La calidad de impresión de El Periodista era de papel de revista, El Porteño en cambio tenía papel obra, sólo la tapa color”, recuerda Alberto Ferrari, quien formó parte de ambas aunque luego se quedaría en El Porteño.

La incorporación de Alberto Ferrari a la revista responde a estos cambios, coordinados por Ernesto Tiffenberg y Aliverti, que sentían que la revista necesitaba politizarse explícitamente y dejar de pintar con óleos sus posturas frente a una sociedad ávida de destapes. Así lo recuerda el primero: *“A principios de 1985 coincido en Córdoba con Eduardo Aliverti, que me dice que en El Porteño le habían pedido colaboradores para un “relanzamiento”, algo más político, más vinculado con la realidad. Le dije que sí, Silvia (Valerga, su colega y compañera) le dijo que sí también. Así que a la vuelta de Córdoba nos encontramos en Cochabamba con Tiffenberg”*. Así fue como a partir de enero de 1985 se sucedieron las investigaciones promocionadas en tapa, con total exclusividad de los títulos de la portada con respecto al resto del sumario. Las investigaciones tuvieron un papel vital en la supervivencia de la revista durante ese año y el siguiente.

Más allá de la portada también habría cambios en la estructura de la revista. A partir de enero de 1985 se presentan los temas de tapa y sus dossiers internos, algunos de hasta 20 páginas. En ese caso, la investigación promocionada sería la primera investigación de Jorge Lanata en El Porteño (y una de las primeras como redactor), referida a la corrupción en la Compañía Ítalo Argentina de Electricidad. Más que una investigación era la publicación de unos casetes con grabaciones de las sesiones secretas de una comisión investigadora del Congreso que

juzgaba, entre otros, al ex ministro Martínez de Hoz. Así lo recuerda Levinas en la biografía de Lanata escrita por Majul:

"Lanata vino a la revista con las cintas del caso Ítalo (la compañía de electricidad estatizada fraudulentamente por el ministro José Alfredo Martínez de Hoz, quien antes había sido uno de sus directivos). Las quería pasar en Radio Belgrano, pero por alguna razón, no pudo. Cuando las escuché, me asusté. Le sugerí que las devolviera al Congreso (de donde habían sido sustraídas) porque eran de su propiedad. Discutimos mal. Al final salieron. Se armó un escándalo descomunal".¹²⁰

Una vez que se instaló entre el público más como una revista de interés general con investigaciones que como una revista cultural así quedaría para siempre. El paso a la etapa cooperativa generó un efecto multiplicador en la información, ya que al permitir un debate un poco más amplio sobre el sumario de los números podían encontrarse nuevos datos y fuentes para las investigaciones. En ese sentido, después de la etapa de Lanata las tapas dejaron de ser un recorte simbólico sobre las investigaciones con fuerte presencia de títulos en mayúscula para ser más fieles al contenido explícito de los dossiers que escondían dentro. En ese sentido la interpretación estética de los temas de investigación fue más libre con la salida de Lanata y de Tiffenberg al momento de fundar Página/12. El jefe de arte, Eduardo Rey, que nunca se consideró un hombre de Lanata, manifestó contar con mayor libertad a partir de ese momento, que es también cuando empiezan algunas de las mejores tapas de la historia de la revista.

La corrupción como herencia del Proceso

Con la llegada de Alfonsín a la presidencia, se probó que cumplir las promesas de campaña era un poco más difícil que hacerlas. El voluntarismo político de los dirigentes radicales se encontró con serias estructuras de poder subyacentes, enquistadas en cada rincón del Estado.

Desde todos los rincones del poder político llegaban filtraciones noticiables en un momento en el que muchos ciudadanos perdían el miedo a contar lo que sabían, lo que habían visto, lo que habían escuchado. Aquellos periodistas sin vínculos con la dictadura y aún los más críticos de la misma serían los elegidos por los denunciantes para canalizar sus verdades. El Porteño aprovecharía ese momento de destape para transformarse. Cualquier zona oscura de la

¹²⁰ Majul, Op. Cit.

sociedad argentina quedaría bajo la lupa de sus periodistas, aunque fue la Justicia, el poder del Estado que más debía preocuparse por el correcto funcionamiento de los otros poderes, la que más atención recibió durante los primeros años de la salida democrática. Varios juicios por calumnias iniciados por funcionarios tanto radicales como menemistas por notas en las páginas de la revista tendrían la particularidad de presentar fallos adversos para los periodistas en primera y segunda instancia, en un claro ataque multi corporativo a la libertad de expresión.

A pesar de ello, la revista señaló, constantemente, los vínculos entre actores presentes y pasados. Vale decir: entre grupos empresarios y hombres de paja, entre nuevos actores de la política y miembros retirados de la dictadura militar, entre los grupos guerrilleros o las patotas para estatales y todos los mencionados anteriormente. En ese sentido, se encargaba de hacer memoria en un tiempo en el que el periodismo también servía para lo contrario. Otras publicaciones se dedicaron a blanquear antiguos nexos entre civiles y militares con lavadas de cara y operaciones de prensa. El Porteño, en ese sentido, no tuvo una lectura selectiva del pasado reciente.

Al ir descubriendo los velos de los verdaderos dueños del poder económico quedaba siempre la misma sensación: la corrupción no había llegado con la democracia, sino que se había asegurado permanecer a pesar de ella. Muchas veces las tramas de corrupción en ámbitos estatales apuntaban a empresarios nuevos ricos y a novedosas formas de hacer dinero o de blanquearlo. Casi sin quererlo, y por no dejar pasar la información que llegaba al mensual, El Porteño terminaría haciendo periodismo de anticipación, en el sentido de que sus notas daban como accesorios datos sobre las relaciones de algunos personajes investigados que luego resultarían centrales, en el marco de otros escándalos.

Por dar un ejemplo, fue así como la investigación de Juan José Salinas sobre los comandos argentinos luchando en Centroamérica bajo el tutelaje de la CIA publicada en varias notas durante 1988 resultaría indispensables para conocer, un tiempo después, los flujos de narcotráfico y lavado de dinero de los amigos del poder menemista.

La revista también dejaría en evidencia los vínculos del poder político con militares involucrados en la desaparición de personas, práctica que se hizo bastante frecuente así sea con pequeñas menciones en la sección The Posta Post que llevaban Alberto Ferrari y Marcelo Helfgot.

Una de las más serias acusaciones que hizo la revista tuvo lugar en enero de 1987, cuando denunció el cargo de asesor del bloque de Herminio Iglesias que tenía el ex ladero del ex almirante Massera, Jorge Carlos Radice, miembro del grupo de tareas 3.2.2 de la ESMA y que al momento de escribir estas líneas se encuentra recluído con cadena perpetua en una cárcel común por haber sido responsable en la desaparición de más de 4 mil personas.

En El Porteño salió a la luz, por primera vez, la red de influencias y negocios del dueño de OCASA, Alfredo Yabrán, a fines de 1987. Alberto Ferrari, el primer periodista argentino que investigó al Cartero, lo recuerda así: *“A la cooperativa se le ocurre una nota de color sobre Juncadella y los camiones de caudales, esos camiones acorazados llenos de dinero. Esa era la nota. Cuando empiezo a investigar, me dicen “Juncadella ya fue, es una marca, el personaje es Yabrán”. Empecé a investigar y empezó a aparecer gente que estaba dispuesta a contar cosas de Yabrán, la mayoría off-the-record, y algunos absolutamente cagados. Uno de los que me habla es Andreani. Él tenía una oficina muy modesta, era un empresario joven. Andreani me tira hasta teléfonos de gente para que vaya a ver. Hubo que hacer una segunda nota. A veces iba a ver a alguien con otro periodista, por las dudas. Era una nota muy pesada. La gente de la redacción había pedido que la nota la leyera el abogado. La nota quedó muy bien, y generó que me llamaran a mi casa gente que no conocía, de forma muy misteriosa a ofrecer más información sobre Yabrán. Algunos iban a El Porteño, a la redacción, porque no sabían a dónde ir para proporcionarnos más información. Te abrían la puerta también los delegados de la Bancaria, de la buena Bancaria, delegados de base de varios bancos contando los negociados de Yabrán. Después te llamaban misteriosos y me decían “Vamos a dejar información en tal lugar para que pase a buscarla, no podemos decirle quien habla pero tenemos información que le va a servir, y así” (...) Otra nota que hizo mucho ruido, que fue posterior, la de “La Reina se Alzó con todo”, que eran todos los negociados de Grosso, esa la hice yo”.*

Ferrari escribiría en la revista hasta el final, y hoy es uno de los más nostálgicos defensores de lo que significó esa publicación para el periodismo argentino. *“Tenía más posibilidades de sacar notas de investigación políticas que en otros medios porque finalmente, ése sí era verdadero periodismo independiente”.*

Denuncia de la violencia (para) Estatal.

La violencia para estatal se convirtió en uno de los temas presentes durante el resto de los días de la publicación. El Porteño no tenía una sección de policiales fija, pero le hacía lugar cuando alguno de los cooperativistas tenía entre manos la punta del ovillo con la que empezar una investigación sobre el accionar de la policía o de los servicios en algún incidente policial. Para muestra alcanza la nota publicada en junio de 1986 anunciada en tapa de la siguiente manera: “Fuimos testigos: la cana fusila delincuentes”, en la que se denunciaba la práctica de fusilar delincuentes bajo la figura de un falso enfrentamiento. La crónica es relatada por dos testigos directos, con cuestionamientos posteriores al comisario responsable de la zona y un cuadro estadístico con números sobre los abatidos en enfrentamientos policiales. Toda esta herencia de la dictadura sería un tema recurrente en los años que quedaban hasta el cierre de la revista en 1994.

Algunos informes traerían un enfoque totalmente original para la época advirtiendo sobre fenómenos que serían parte del imaginario popular un tiempo después, repitiéndose el fenómeno de la anticipación sobre profundos conflictos sociales latentes. En octubre de 1986 un informe sobre la la “sensación de inseguridad” tal como se la conoce hoy, titulado “Buenos Aires Ciudad Paranóica”, encaraba las causas del aumento de la criminalidad y de su percepción a través de la prensa. En esos artículos se hacía lo que muchos años después harían los programas de la nueva TV: entrevistarían a los “malvivientes”, a los desplazados, y se buscaría al mismo tiempo una explicación en cuestiones de fondo, en los modelos político económicos que se acarrearaban desde la dictadura y que poco habían hecho por la inclusión de millones sino, por el contrario, los disparaba hacia la periferia del Estado de derecho.

Dentro de la denuncia de la violencia estatal se podría incluir la crisis carapintada y las amenazas al proceso democrático ejecutadas por un sector del ejército en distintos momentos de los gobiernos de Alfonsín y Menem. La primera de ellas, la de Semana Santa de 1987, fue entendida por la revista como una muestra de la unidad popular, en sintonía con una parte del periodismo que eligió tomar parte activa incitando a la población a copar las plazas del país, como fue el caso de Radio Belgrano. Más que denunciar la actitud carapintada – la revista es mensual y no servía competir en esas reflexiones con medios diarios – los cooperativistas se dedicaron a festejar la pueblada, aunque a partir de ahí hicieran un seguimiento muy serio del tema.

El número de junio de 1987 traería un serio informe sobre el estado de la desunión entre sociedad y Ejército a partir de la ley de obediencia debida y una entrevista que quedó para el recuerdo al entonces diputado y jefe de la Coordinadora, Federico Storani, en la que dice que votó esa ley “con náuseas”.

A partir de entonces, con la liberación de culpa y cargo de los responsables operativos de miles de desapariciones y delitos comunes durante la dictadura, la revista correría detrás de las bandas de “mano de obra desocupada”, denunciando en varias oportunidades a ex miembros del batallón 601 de Inteligencia del Ejército, a los partidos filo nazis que pululaban en los años ´80.

Sin embargo, uno de los logros más acabados de la línea editorial cooperativa es la dura crítica a la relación entre crisis económica y social y permanencia de los discursos represivos de extrema derecha, garantes de la impunidad de los crímenes de la década anterior. El aparato represivo, casi intacto, era una garantía de contención frente a la “conmoción interna del Estado” en un contexto de hiper inflación y de permanente desintegración del mismo aparato productivo que alguna vez había garantizado un reparto más equitativo de la riqueza.

También se denuncia a ese aparato represivo como una maquinaria de terror contra la modernidad de cara a los noventa, como una amenaza a la nocturnidad de los jóvenes desempleados. “Más temprano que tarde, cualquier ciudadano, por irreprochables que sean su aspecto o su conducta, se verá enfrentado a esa experiencia, parte ineludible del acervo urbano. Hombres de azul y sin sonrisas lo dejarán a uno mirando las paredes mugrientas del calabozo mientras piensa qué fue lo que no hizo bien y tararea, perplejo, aquella canción que refunfuñaba García: “las heridas son del oficial”. Así arranca un relato de Ricardo Ragendorfer publicado en el ejemplar de diciembre de 1988 que recopila testimonios de trabajadores inocentes que fueron elegidos como perejiles de robos, tortura y confesión de por medio; también historias de detenidos de fin de semana que no cumplían otra función que la de llenar los libros de actas de las comisarías.

El asalto al cuartel de la Tablada

El caso del asalto al cuartel de La Tablada fue tan violento como desconcertante, especialmente en aquellos días de calor de enero de 1989. Se supo después que Enrique Gorriarán Merlo, ex miembro del ERP y dirigente del MTP en ese momento, se había basado en

desinformaciones fabricadas por el Batallón 601 del Ejército para armar y ejecutar el golpe al RIM3. Las versiones que le llegaban al “Pelado” Gorriarán Merlo decían que el Ejército preparaba un golpe que incluía la rápida eliminación de unos 500 personajes de la vida social y política argentina, ya no elegidos al azar sino bien fichados por su participación en los años que llevaba la democracia.

Estas versiones de contra inteligencia preparadas por los militares cumplieron su objetivo. Gorriarán Merlo preparó el ataque y para sorpresa de toda la sociedad, lo ejecutó sin más un 23 de enero de 1989. Dos periodistas de El Porteño subirían sin más preparación que un grabador, todavía en pantalones cortos, a un colectivo interurbano para ir a cubrir in situ los dramáticos acontecimientos.

Recuerda Ragendorfer: *“Fuimos juntos con (Juan) Salinas, estuvimos ahí al toque. Llegamos pensando que era una rebelión militar, un fragote, y ahí nos desayunamos que era un grupo guerrillero. Hacía un calor de cagarse, una incertidumbre total. (...) La conmoción que causó eso era indescriptible, por lo violenta de la represión, por lo que significaba. Además, era muy confuso desde el principio, se adivinaba que atrás de eso había una operación de inteligencia. Había un desconcierto rayano con el pánico, no se sabía qué era lo que había pasado pero sí que era jodido. Significaba un proceso de unidad dentro del Ejército y un resurgimiento contra el discurso de los DD.HH., era muy confuso no solamente para nosotros sino también para la izquierda. (...) Me quedé como dos días ahí. Me fui cuando se fue Alfonsín”.*

Salinas corrobora: *“Estábamos en reunión en la revista cuando pasó, así que salimos con Patán (Ragendorfer) para La Tablada. Yo había hecho la colimba ahí, donde me había hecho pasar por falopero y por loco para que no me mataran por montonero, a finales del '74. Imaginate, me había costado tanto salir de ese cuartel, que ver que otros entraban por su propio pie a morir... estaba muy convulsionado”.* Salinas había sido depositario de los mismos rumores por un informante cercano a los servicios de inteligencia, unos meses antes, tal como lo declaró en el juicio que se siguió a los responsables del ataque. Cuando le fueron con la versión rápidamente la tomó como “pescado podrido”, como se dice en la jerga. Fue uno de los pocos entre los presentes que entendía, en ese momento, dónde había empezado la idea de ese grupo de izquierda de tomar un cuartel en defensa de la democracia: *“Los servicios habían hecho correr*

la bola que se venía otro golpe y una masacre, y lo que se le ocurrió a Gorriarán fue una locura, tomar el cuartel y decir que había sofocado un intento de golpe". Después de esa experiencia, Salinas dedicaría dos años a escribir la obra más acabada sobre ese episodio.

En medio de la balacera, los gritos y el calor abrasador de esas tardes de enero, Salinas y Ragendorfer reportaban a la redacción de la revista, donde el joven Rolando Graña tipeaba contra reloj las notas que reemplazaban aquellas que ya estaban por entrar a imprenta. "Juan se obsesionó con La Tablada e hizo ese mamotreto maravilloso que es uno de los mejores libros de investigación periodística de la Argentina, sin dudas. La primera nota la firmamos los dos, porque ya teníamos la revista terminada", recuerda Graña.

La nota a la que hace mención Graña llevaba por título "La conjura de los necios", tomado del libro de John Kennedy Toole, y traía una crítica muy dura al Movimiento Todos por la Patria, brazo político de antiguos militantes del PRT-ERP, conducida por Enrique Gorriarán Merlo. Sigue Graña: *"En el MTP hacen un giro hacia la teoría del núcleo de acero, que yo lo pongo en esa nota, y que a mí me lo cuenta un tipo de Página. Me dice "Te explico cómo fue", fue así, él había sido preso político, cuando ve este viraje al núcleo de acero, el tipo se abrió. Yo reconstruyo todo esto para esa primera nota, y después para la segunda empiezo a hablar con los del Partido Comunista que los habían invitado a formar parte de la lucha armada. (...) El clima estaba espeso, muy espeso. No era tan loco que alguien, en su teoría local del foquismo, tomara un cuartel y quisiera capitalizar esto. Pero fue un disparate. La legitimidad que nosotros tuvimos desde la revista fue que los puteamos en el primer número y los defendimos en el segundo. O sea, en el primer fue "La Conjura de los necios". En el segundo, fue idea mía jugar con el logo, y quedó "El Porteño contra el silencio". El pozo negro de los DDHH"*.

Graña se refiere a la tapa del número siguiente, que denunciaba lo que pocos medios. Los guerrilleros que se habían entregado con vida eran más que la suma entre los procesados y los muertos. Había personas desaparecidas en un acto legal de represión llevado adelante por las Fuerzas Armadas, en democracia. *"Eso nos lo cuenta Juan Irigaray, corresponsal de TVE, muy amigo de Juan Salinas. Yo consigo por él el video, que nunca apareció por supuesto. Nosotros no teníamos nada que ver con el MTP, yo no tenía nada que ver, Blaustein tampoco, Juan tampoco. ¡Los de Página/12 tenían que ver!"*

Graña se refiere a que Página/12 se había fundado con dinero que en parte fue aportado por Gorriarán Merlo. Por ese motivo, el diario de Lanata evitó referirse a los fusilados desaparecidos de La Tablada, aunque sí descargó la culpa sobre Gorriarán Merlo. El Porteño dejó en evidencia ante todo el país lo que Lanata trataba de ocultar: algunos de los caídos en La Tablada eran personajes centrales en el nacimiento de Página/12, y otros estaban desaparecidos después de entregarse con vida a las fuerzas militares, mientras algunas cámaras tomaban la escena a la distancia.

Sigue Graña: *“Antes de que la revista estuviera en la calle la tenían todas las agencias internacionales con la denuncia de que había habido desaparecidos en democracia. Un escándalo internacional. Fui a FP, TVE, Ansa, EFE, donde trabajaban todos tipos que conocíamos. Yo tenía miedo de que nos secuestraran la edición de la revista, así que me adelanté y le pedí a todas las agencias que escriban el despacho anticipando lo que iba a salir. La revista salió. Entonces lo voy a ver a Lanata, y le digo “Mirá lo que vamos a sacar”. Y Lanata me dice “¿Sabés qué? Que primero lo publique La Nación, yo no lo voy a publicar”. “Pero Jorge, son desaparecidos”. “Yo no lo publico”. Al mes siguiente renunció a la cooperativa. Creo que fue la última vez que hablé con él. Después siempre lo puse por pantalla. Poco después en Página al tipo que promueven para cubrir los juicios y hacer una cobertura es Ernesto Tenenbaum, que nunca dijo nada de los desaparecidos porque por medio de un artilugio pasaron esa causa a una investigación lateral, que nunca se investigó. Después por ese motivo es que la CIDH da vuelta el juicio y terminan todos libres”.*

Con los dos números siguientes al ataque al cuartel de La Tablada, El Porteño cooperativo llega al pico de 18 mil ejemplares. Graña y Rey aprovechan para invertir en la cooperativa y compran la primera computadora Apple de 13 pulgadas con la que harían el diseño de ahí en más. *“Al mes siguiente nos agarra la inflación. Vendemos los ejemplares y la hiper nos chupa la guita. ¡Nos quedamos sin guita para imprimir el siguiente número! Sin embargo, la revista se había convertido en una referencia de honestidad. (...) Así que la Tablada fue el auge y la caída, porque después de eso la hiper nos deja sin un mango”.*

La revista seguirá saliendo por dos años más, pero con graves inconvenientes financieros para salvarse de los altibajos monetarios. No fue sino hasta el 1 de marzo que Página/12 contemplaría, en una breve nota sin firma, la posibilidad de que hubiera habido fusilamientos en la represión del ataque.

Legado de El Porteño

Desde su nacimiento la revista actuó como punto de encuentro. En un comienzo se usaron el arte y las ciencias sociales como una excusa para romper el cerco de oscurantismo; en democracia fue parte de esa primavera de revelaciones y libertades individuales y colectivas. Más adelante, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, la revista fue la cooperación de periodistas que vivían con pasión sus investigaciones y sus crónicas. El país empobrecía su espíritu y la juventud de la primavera alfonsinista veía su rebeldía apagarse bajo una constante y fina garúa neoliberal, que pronto se rebelaría como lluvia ácida.

La mirada de la cooperativa sobre los problemas del país era lúcida y atinada. La revista relataba la degradación esencial del ser nacional y de la cultura popular en manos de las tensiones de un mercado digitalmente convulsionado, que había llevado al gobierno radical contra las cuerdas y que luego articularía a su antojo las políticas del siguiente gobierno peronista. Las transformaciones eran imparables y siempre en función del individualismo, la marginación del otro, la destrucción de lo propio en beneficio de lo importado, el reemplazo de lo nuevo por lo viejo, con la consecuente expulsión del mercado de trabajo de miles de personas que a su vez son incitadas casi compulsivamente a consumir. La exclusión resultante llevaría a millones de argentinos a recluirse en formas fragmentadas de vida social. Condenados a la esquina del barrio, miles de adolescentes se caerían del mapa y sólo serían reconocidos por el Estado a la hora de la represión policial en concentraciones, recitales o en una averiguación de antecedentes, en una noche cualquiera.

El Porteño no sólo tuvo una sensibilidad superior a la del resto de las publicaciones al detectar y relatar la etapa incipiente de las tendencias sociales, sino que sentó las bases de una forma de hacer periodismo social con el desclasado y el olvidado como ejes centrales de un relato visibilizador. Ese periodismo relator de la caída, ese periodismo justiciero, de denuncia permanente, llegaría con el tiempo a la totalidad de los diarios y revistas nacionales. Esa forma de nuevo periodismo parida de la crisis argentina tendría un origen reconocible en El Porteño como en pocas publicaciones. Y esa misma mirada, ese relato humanizante que muchas veces privilegiaba el tono sobre la información, tomaría vuelo propio en otros medios como la televisión.

Uno de los primeros y efímeros periodistas en darle formato televisivo a ese relato fue Fabián Polosecki (Polito, Polo), un joven periodista gráfico que tuvo una experiencia formativa en el diario Sur y la revista de historietas Fierro. Con Gerardo Sofovich como interventor en ATC, Polosecki haría una propuesta diferente: un programa de informes y entrevistas hecho desde la calle, con muy poco presupuesto, que usaba recursos narrativos como la voz en off y una fotografía de cámara subjetiva para solventar la falta de recursos desde la que partía. Durante 1993 y 1994 Polo hizo El Otro Lado, un programa que mostraría los “territorios” de Buenos Aires, al igual que lo habían hecho los periodistas de El Porteño pocos años antes. “**El otro lado**” recibiría el premio Martín Fierro como mejor programa periodístico por los dos años que estuvo al aire. En 1995 Polosecki haría El Visitante, otro programa que dejaría una semilla en el lenguaje audiovisual de los noventa.

Juan Salinas¹²¹, que compartió con él la redacción de Sur, recuerda que *“Polito era lector de El Porteño, muy lector. Me lo dijo él una vez que me entrevistó para uno de sus programas, aparezco deprimidísimo a comienzos del menemismo junto con otros compañeros de la izquierda peronista que habíamos estado en las FAP o en Montoneros. (...) Él no era un gran periodista gráfico, y se había dado cuenta enseguida. Tuvo esa intuición de ir a la televisión, fue el primero. Después fue copiado a morir por todo el mundo. Después incluso tuvo su veta sórdida. Ahora prendés la tele y sabés que van a ir a buscar lo peor de los submundos, siempre buscando cosas espantosas de lugares donde no querés ir, pero van las cámaras y te muestran esas cosas, y te da morbo. (...) Nosotros habíamos empezado con ese tipo de notas, que se llamaban territorios. Miradas oblicuas, laterales, distintas, de cosas que la gente conocía pero que no se había detenido a mirar. Digo, si uno se sienta en el hall de Constitución a mirar, pone cara de nada y se pasa 24 horas, tenés seguro una nota”*.

Ese tipo de periodismo no terminó con Polosecki, que murió prematuramente en 1996, a los 32 años, arrojándose a las vías en la estación de Santos Lugares. Seguiría en ciclos como Ser Urbano, PuntoDoc/2 y Kaos en la ciudad, por nombrar sólo algunos, tomarían su tono y hasta su estética de El Otro Lado y El Visitante, en muchos casos a modo de copia sin homenaje.

Otro periodista que pasó por la redacción de la revista y que luego tuvo una influencia muy distinguible en la televisión es Rolando Graña. Al respecto, explica:

¹²¹ Juan Salinas, Historia de El Porteño, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 14 de febrero de 2012. Entrevista personal.

“(El Porteño) me dejó una matriz editorial. Tengo una mirada hoy en GPS (su actual programa de informes urbanos), que es la que tenía en El Porteño. Yo en CNN aprendí el rigor de no hablar de nada que no tuviera grabado, hice la colimba. Pero la mirada es la misma. En GPS hago los territorios de El Porteño. Es la versión de lo que hacíamos en El Porteño en formato televisivo. Cuando voy a la selva y tomo ayahuasca, eso es una nota de El Porteño. Siempre me puteaban por haber hecho eso, y yo les decía “Es una nota del Porteño”.

Cuando se le pregunta por la camada de colegas que después de pasar por El Porteño saltó a la tele, como Marcelo Zlotogwiazda o Jorge Lanata, Graña reflexiona:

“Creo que fuimos la última generación que tuvo una formación triple. Política, callejera profesional y literaria o cultural. Somos herederos de gente que leía mucho. Yo no admiraba a la gente de la tele, sino que admiraba y sigo admirando a la gente de la cultura, del pensamiento, y estoy seguro que Lanata también, que todos nosotros admiramos a los tipos que tienen densidad de pensamiento. Y nosotros tenemos picardía pa’ contar historias. Me parece que tiene que ver con eso. Somos una generación que supo reconvertirse y entendimos que las revistas tenían un límite, que los diarios también, que había que dar la batalla por dentro de los medios de comunicación, como son todos los procesos de comunicación”.

El Porteño como germen de Página/12.

Todos coinciden en que el estilo que Página/12 presentó al mundo de las publicaciones periódicas tuvo su origen y definición un tiempo antes en una sección de El Porteño llamada The Posta Post. La sección nació en junio de 1986, casi al mismo tiempo en que Lanata, Tiffenberg y Sokolowicz¹²² empezaban a pensar en la posibilidad de llevar la experiencia de El Porteño a un nivel superior, quitándose de encima las complicaciones prácticas que traía la organización cooperativa en su intento de conducirla. *“La idea de la sección fue de Lanata – recuerda Blaustein – pero el nombre, quiero remarcar, lo puse yo. Es la posta y el Washington Post. Yo*

¹²² Hijo de un próspero empresario maderero, Fernando Sokolowicz había militado en el ERP durante los 70. Durante la dictadura se exiliaría en Israel, y al finalizar la misma fundaría en Argentina el Movimiento Judío por los Derechos Humanos.

tengo la posta, Washinton Post, no es una cosa del otro mundo. Pero el rebote histórico que tuvo sí fue muy grande. La hacían Helfgot y Ferrari”.

“(Lanata) Nos llamó a los dos que trabajábamos en agencia y que teníamos contacto con el periodismo”, coincide Ferrari. “Éramos la rama más cercana al periodismo, porque si bien los demás eran periodistas eran de ramas más cercanas a la cultura, de secciones más teóricas... entonces nos llama y nos dice que quiere hacer una sección de chimentos políticos, de informaciones que no aparezcan en los diarios. Yo tuve una charla individual con él, después se sumó Marcelo (Helfgot). Todavía eran tiempos en que circulaban mucha información militar, de internas de los partidos, etc. Me acuerdo que yo por DYN (la agencia donde trabajaba) tenía mucha información que no aparecía en los diarios. En ese momento estaba en deportes, pero había hecho un libro sobre la gente de Alfonsín que se llamó Los hombres del Presidente. Estar en deportes era una cobertura sui generis para poder meterme en otros temas y pasar desapercibido. Hoy se me complicaría mucho más”.

Sigue Ferrari con la historia: *“El Gordo (Lanata) me dijo “Yo quiero que hagas un The Posta Post diario, gigante, para Página”, algo que en la práctica se reveló que era imposible. Él vinculaba la sección de El Porteño con la idea del diario. En su génesis los vinculaba. No quería que yo tuviera horario, ni de quién dependía. En realidad lo que el Gordo quería, porque no podía pagar el servicio de DYN, era que yo le filtrara y le tirara dos o tres temitas por día”.*

Eduardo Aliverti coincide: *“Podría equivocarme por unos meses, pero hacia septiembre u octubre de 1986 las cabezas ya estaban más puestas en el diario que en El Porteño, más allá de que la revista había tenido una zona de re impacto con secciones como The Posta Post. (...) Ahí empiezan a darse las reuniones entre los tres, Tiffemberg, él y yo, de cara al diario. El Gordo Soriano aparece después”*

Juan Salinas comenta un incidente que lo tuvo por protagonista y que fue muy significativo de cara a la composición profesional que tuvo el diario hasta nuestros días. *“Lanata no quería estar en ninguna estructura cooperativa que le pusiera cortapisas a sus deseos y ambiciones. Después de varios combates, la verdad es que El Porteño le quedó chico. Un día voy y le cuento a él y a Tiffemberg que había fracasado un proyecto que tenían (Horacio) Verbitsky y Eduardo Luis Duhalde de hacer un periódico que fuera una hoja sábana, que se llamara la Hoja, con un precio mínimo, irrisorio, una página de izquierda para acompañar a Clarín y La Nación. Este*

proyecto se cayó porque los distribuidores, arreglados seguramente con esos diarios, querían cobrar lo mismo por distribuir esa hoja que lo que cobran a un diario completo. Yo se lo cuento esto a Lanata, que se puso a llamar por teléfono frenéticamente, buscando plata. Y un día me pidieron que los llevara a la oficina de Verbitsky y le ofrecieron sumarse a este proyecto. Pero bueno, los que estábamos enfrentados con Lanata quedamos afuera de Página/12”.

Con parte del know how y un pre proyecto aportado por Verbitsky y Duhalde y con un elenco de periodistas destapando ollas a diario desde El Porteño, a Lanata y a Tiffenberg sólo les quedaba encontrar un empresario que estuviera dispuesto a conseguir fondos para dar vida al proyecto.

Hernán Invernizzi relata¹²³ cómo fueron las reuniones entre los periodistas que buscaban empresario y quién finalmente consiguió los fondos para empezar Página/12: *“Efectivamente, el núcleo de los que forman Página, que a su vez era el núcleo de los que forman El Porteño sacando Sokolowicz, me iban a visitar (a la cárcel). Si vos te fijás quiénes eran, te vas a dar cuenta que tenía que ver con un proyecto que se estaba llevando adelante. Efectivamente, había un proyecto. (...) Efectivamente hubo muchas reuniones. El libro de visitas de Villa Devoto nos mandaría a todos en cana. En esa reunión estuvieron varios de los que hoy hacen medios importantes en la Argentina. Que no siguieron juntos pero que se agruparon ahí. También se hicieron reuniones en casa de mi vieja¹²⁴. El problema cuál era: con ese grupo de gente el diario lo hacías, ya tenías los periodistas y las ideas. Precisabas otra cosa. Un empresario. Un empresario es una cosa, guita es otra cosa. Un empresario es un tipo capaz de encabezar un proyecto y que además tenga plata o sea capaz de conseguirla. (...) Y Sokolowicz era un empresario. Las dudas que él tenía eran lógicas y tenían que ver con el proyecto. La idea no era que fuera un diario de un año que después cerraba. Lo más difícil era juntar la buena idea y hacerla congruente con un modelo de negocios”.*

Aliverti recuerda que Lanata no quería blanquearle el origen del dinero: *“Teníamos discusiones muy enroscadas con Jorge con respecto a de dónde venía la guita para el diario. (...) A mí me jodía porque sentía que Jorge no me estaba siendo claro en algo. (...) En realidad lo primero que me tira Jorge en ese momento es que la guita la iba a poner Osvaldo Sivak, que*

¹²³ Hernán Invernizzi, El Porteño en democracia, entrevistado por Nahuel Coca, Buenos Aires, 14 de septiembre. Entrevista personal.

¹²⁴ Eva Giberti, cooperativista de El Porteño.

después desaparece, continúan las versiones y al final aparece Sokolowicz (...) abruptamente como el inversor cuando yo sabía por otras fuentes que había gaita de los “nica”¹²⁵ y todo lo que se conoció a posteriori”.

Esta historia sobre el origen de Página/12 fue ocultada durante muchos años por sus principales protagonistas. Algunos no querían ser buchones de colegas y compañeros de armas. Otros no querían revolver el pasado inútilmente y que la retrospectiva pudiera arriesgar el prestigio de Página/12 y hasta la continuidad del medio. Durante casi tres décadas esta historia no fue contada en todos sus matices con la excepción del libro “Grandes Hermanos” de Eduardo Anguita, en el que por primera vez se contó cómo nació Página/12 financiado, en parte, por los sandinistas.

En ese libro, Anguita cuenta la parte decisiva del nacimiento de Página/12, que es el momento en el que el empresario consigue financiamiento para que el grupo de periodistas encabezado por Lanata, Aliverti, Tiffenberg y Verbitsky tuviera luz verde y empezaran con las gestiones que terminarían en el lanzamiento de Página, el 25 de mayo de 1987. *“La aparición del sponsor que buscaba Lanata concluyó antes de fines del año 1986 y también hubo una fiesta en lo de Sokolowicz. Provenzano ya había consultado con sus superiores en Managua y encontró eco favorable.”*¹²⁶

Para resumir: uno de los colaboradores de la revista, Hernán Invernizzi, que escribía notas desde su cautiverio, pone en contacto a Jorge Lanata y Ernesto Tiffenberg con Fernando Sokolowicz y Francisco Provenzano¹²⁷, quienes conseguirían el dinero necesario para fundar Página/12 de los sandinistas y de Enrique Gorriarán Merlo, líder del MTP.

Después de negarlo durante años, en una entrevista con la revista Noticias en el año 2009 Lanata reconoció el aporte de fondos de la guerrilla sandinista para la fundación de Página/12: *“Al comienzo del diario yo estaba trabajando en un libro sobre presos políticos en la dictadura. Y empecé a tener relación con algunos tipos que habían sido del ERP. Ellos me presentan a*

¹²⁵ Los “nica” son los sandinistas nicaragüenses del Frente Sandinista de Liberación Nacional, relacionado al Movimiento Todos por la Patria y a su conductor Enrique Gorriarán Merlo.

¹²⁶ Eduardo Anguita, *Grandes hermanos: alianzas y negocios ocultos de los dueños de la información*. Buenos Aires: Colihue, 2003.

¹²⁷ Francisco Provenzano sería uno de los pocos militantes con experiencia de combate en entrar al RIM3 de La Tablada pocos años más tarde. Sería uno de los fusilados que aparecen a la hora de la rendición con vida en las filmaciones de la TVE a las que hace alusión Graña en el capítulo anterior.

*Sokolowicz, que venía del Movimiento Judío por los Derechos Humanos. Sinceramente, si me preguntan si lo vi a Sokolowicz con la valija con la plata, no. Tanto él como yo tuvimos relación con ellos, pero nunca me metí en la guita”.*¹²⁸

Conclusiones

Al presentar este trabajo se propuso como hipótesis que la revista El Porteño había marcado a una generación de periodistas que pasaron por su redacción, y que una forma de hacer periodismo germinada en esa experiencia sigue vigente, de alguna forma, en otras experiencias. Sin embargo, no es tan fácil como contrastar los testimonios de los integrantes de las distintas etapas de la revista con el peso actual de sus firmas en los grandes medios nacionales; ese podría ser el caso de Gabriel Levinas, Jorge Lanata, Eduardo Blaustein, Eduardo Aliverti o Rolando Graña, conocidos por un público vasto gracias a sus frecuentes participaciones en prensa, radio y televisión.

A la luz de los estudios de newsmaking, el caso de El Porteño resulta muy interesante ya que, a diferencia de las rutinas de trabajo que se pueden apreciar en la mayoría de los medios gráficos (pensadas en función de la maximización de ingresos), en el caso de esta publicación la lógica comercial no logra coexistir con la propiedad cooperativa. Como bien reconocen varios entrevistados, la revista no tenía política comercial y le alcanzaba con pagar sus gastos. Una buena parte de los puntos de interés de los estudios de newsmaking – los valores/noticia, los elementos productivos - pierden sentido en una publicación que no tenía política comercial ni pretendía tenerla.

En cambio, el financiamiento del proyecto dependió de una variada y amplia masa de lectores devotos que mes a mes pagaba el precio de tapa. La única condición a la que se ceñían los integrantes de la cooperativa – según sus propias palabras – era a proveer una mirada fresca y descontracturada, independiente, de la tragedia cotidiana.

Otra noticiabilidad

¹²⁸ Alejandra Daiha y Franco Lindner, "El francotirador solitario," *NOTICIAS*, Buenos Aires, Abril 2009. Pág. 86-94

Esa mirada era la que ponía atención en temas relegados por el universo de publicaciones de entonces. En ese sentido, uno de los fenómenos que los entrevistados rescataron en su recuerdo tiene que ver con una de las premisas teóricas usadas como marco y presentadas oportunamente en la introducción: es el *newsworthiness* o criterio de noticiabilidad. Según coincidieron varios de los consultados, la construcción de noticias de El Porteño fue rupturista desde sus orígenes, encontrando hechos noticiables o temas de análisis donde antes no había. En su etapa cooperativa continuó encontrando temas dignos de un dossier donde sólo había fenómenos sociológicos, de difícil llegada a un público general.

Sobre los requisitos de noticiabilidad de Gaye Tuchman desarrollados en la introducción, quizás el más interesante a los fines de explicar qué cambios introdujo la revista en la definición de noticias de su época sea el segundo criterio, que dice que para ser noticiable un hecho debe elaborar formas de producir los acontecimientos que no tengan en cuenta una pretensión de tratamiento idiosincrático¹²⁹.

En ese sentido, uno de los valores presentes a lo largo de la historia de El Porteño es el de celebración de la diversidad y el entendimiento de cultura como un concepto amplísimo, ajeno a cualquier recorte del público bajo la definición de “colectividad”, derivado de la idea de idiosincrasia. El requisito de Tuchman, presentado en un contexto de producción de noticias hacia públicos más generales y uniformes, quizás quede corto en este contexto. ¿Cuál era la idiosincrasia de los lectores de una revista tan variada, hecha por tantas personas con perfiles tan distintos? ¿Hacia – y desde - cuántas idiosincrasias informaba El Porteño?

Así como no se dirigía a un público general y masivo, tampoco tocaba acontecimientos deportivos o vaivenes del mundo de la farándula. Sin embargo, eso no la convertía en una revista cultural especializada y de nicho, que abundaban. En una comparación lado a lado con otras revistas de su época como Gente o Siete Días, la diferencia impacta rápidamente, dando la impresión de que fueron producidas desde lugares y tiempos diferentes. Mientras Gente pintaba con colores las nimiedades de la farándula y reforzaba valores de una supuesta clase media, El Porteño presentaba sumarios más parecidos a los que hoy predominan en la mayoría de las publicaciones periódicas, rescatando lo emergente y enfocando en lo remanente.

¹²⁹ Según la Real Academia Española, se entiende por idiosincrasia los “rasgos, temperamento, carácter, etc., distintivos y propios de un individuo o de una colectividad”.

En lugar de dar palmadas en el hombro del argentino medio, por entonces definido en función de un incipiente consumismo globalizado, la publicación que impulsaron Levinas, Briante y Di Paola iba a mantener a la mismísima contracultura en un constante proceso de crítica constructiva o de celebración, según el caso.

Este fenómeno de noticiabilidad arriesgada, poco convencional para la época, se hace presente en las crónicas sociales, conocidas como territorios, que podían ser una forma de nuevo periodismo común en otros países pero que en el nuestro resultaba todavía novedosa hacia principios de los '80. En esos textos, los desclasados eran protagonistas en un contexto cultural que los había excluido. Las prostitutas de Plaza Once se transformaban en musas de sus historias noctámbulas, mientras los habitantes de los rincones más profundos de la patria eran personajes de tapa. En ese sentido, hablar de tratamientos idiosincráticos díscolos u anómalos en un contexto de durísima persecución política y social deja un interrogante, quizás para otro momento. ¿Es noticiable, con un tratamiento positivo, un hecho que desafía la moral media de su época?

Quizás el error esté en pensar que había una moral compartida por una mayoría de clase media. En todo caso, tendríamos que tratar de definir al público al que iba dirigida El Porteño. ¿Quiénes la leían, para ser depositarios de hechos noticiables tan distintos a los que para entonces predominaban en los diarios, las revistas, la radio y la TV?

Todos los públicos, el público

No alcanza con decir que El Porteño era para una clase media educada, politizada, tolerante, resistente del discurso dominante durante la dictadura, con nexos con la comunidad de exiliados. Porque también le hablaba en su idioma a los públicos culturales subterráneos, remanentes de procesos de revolución cultural de las décadas del '60 y del '70; ex beatniks, ex hippies. Y también podía caer en manos de sus hijos, la segunda camada de oyentes de rock que hasta ese momento sólo podían encontrar un nicho específico de la materia en la revista El Expreso Imaginario, que quizás ya eran fanáticos de los Sex Pistols y a los que la guerra de Malvinas les planteaba un dilema de identidad terrible de sostener. También podía ser comprada y leída por académicos de las ciencias sociales y los campos de la salud mental, que de manera latente resistieron en el país la prohibición explícita de muchos de sus tópicos de estudio preferidos. O por ex militantes políticos involucrados en la lucha armada, que de repente

encontraban revisionismo de izquierda nacional o marxismo mezclado con ensayos sobre la psicología del militante derrotado. Podían ser tanto adolescentes, que todavía no habían hecho la colimba, como hijos adultos de la resistencia peronista. Las minorías sexuales y las militantes del feminismo encontraban aquí sus columnas. ¿Y qué pasaba con el arte? La bandera de los derechos humanos tomada por el teatro y el cine encontraba en la revista su mejor agitador. Y no por eso se puede simplificar el perfil de la revista, diciendo que sólo estuvo dedicada a la difusión de la causa de los derechos humanos, porque tampoco fue así.

En este sentido, el gran logro de la publicación fue que pudo hablarle al subsuelo de la patria torturada, a los que habían sido obligados a callar durante la dictadura, que habían perdido sus afectos en manos del terrorismo de Estado y sus espacios en el otro terror, el cotidiano, el de pensar que alguien podía escuchar lo que se hablaba y denunciarlo. La revista hablaba de esos temas y con esas palabras que durante casi una década no pudieron decirse, que seguían el rumbo de las cosas olvidadas olvidadas. Todas esas consciencias reprimidas no habían tenido, en materia de prensa gráfica, más escape que la revista Humor Registrado, que disputaba la creación de sentidos al régimen con otras armas, que ya fueron estudiadas en incontables trabajos.

El Porteño ofreció un espacio de profunda reflexión, de catarsis y de celebración de las propias identidades a todo un país al que se le había negado desde la posibilidad de ser diferente hasta la cristiana sepultura, en la tragedia social que implican hasta el día de hoy los desaparecidos. Aquellos que en su forma colectiva fueron definidos como enemigos subversivos plausibles de exterminio por un régimen genocida fueron, en toda su diversidad y con todas sus prácticas sociales, merecedores de la solidaridad de un grupo de profesionales de prensa que vieron hechos noticiables donde otros medios sólo veían una amenaza de bomba y una salida fácil al dilema ético: “No te metás”.

Por ser el primer medio en hablar de los hijos robados a los militantes desaparecidos, todavía en dictadura, El Porteño logró evadir la auto censura de la época y generar conciencia social. El precio que pagó fue terrible: un grupo de tareas puso una bomba de trotyl en la redacción. Seguramente este tipo de contratiempos o *pasivos* no son contempladas por los estudios de newsmaking tradicionales, aunque tampoco hablamos de los contextos más ideales para la práctica de un periodismo comprometido.

Quizás la cuestión de la idiosincrasia a la hora de no excluir un hecho como noticiable puede explicarse mejor si se tiene en cuenta que muchos de los profesionales que llevaron adelante estos cambios lo hacían desde identidades políticas que eran (y que siempre habían sido y que luego siguieron siendo) públicas. La disociación entre militancia política y la elección del periodismo como medio de vida no era posible. La participación en agrupaciones colectivas con objetivos políticos definidos y el gusto por la lectura y la escritura podrían disimularse durante algún tiempo pero no quedar anuladas para siempre, si es en nombre de procesos de producción de noticias conceptualizados según algún criterio productivista.

En todo caso, por el contrario de lo que asegura Tuchman, el gran fuerte de El Porteño residió allí: su noticiabilidad, tanto en la etapa inicial como durante la cooperativa, se diferenció por la afirmación de las luchas políticas y de las identidades sociales disímiles de quienes hacían la revista. Y fue por este motivo que pudo interpelar a un público que vivía situaciones similares a flor de piel. Esa interpelación constante en una idiosincrasia múltiple de colectivos coexistentes pudo dejar como resultado una publicación que interpretaba correctamente los temas de interés de los sectores más intranquilos de la sociedad. Y esa relación – a decir de los propios protagonistas – fue exitosa mientras duró.

Periodistas idealistas frente a periodistas militantes

Del grupo de profesionales que integraban El Porteño sólo una parte lo hacía de forma más activa, mientras que el resto acercaba colaboraciones y participaba de las asambleas. El funcionamiento se asimilaba al de cualquier cooperativa, con la diferencia de que la mirada periodística de cada uno de los miembros que proponía una nota quedaba expuesta a la mirada del colectivo. En ese sentido, era inevitable que la experiencia resultara enriquecedora.

Por otra parte, las reuniones con todos los cooperativistas complicaban la mecánica de trabajo. ¿Cómo negar que enormes discusiones, en una reunión de sumario cooperativa, son un hecho contraproducente si lo que se quiere es definir una rutina de trabajo, en busca de un producto exitoso? En ese sentido, muchas pequeñas decisiones que en cualquier medio privado quedan en manos de una o dos personas, en una cooperativa deben ser tomadas por votación de sus miembros, con mayoría simple, y eso complica las cosas.

Más allá de las dificultades propias de la experiencia cooperativa, queda claro que la independencia alcanzada por estos periodistas durante el tiempo que duró El Porteño fue absoluta, y es quizás el factor más importante a la hora de explicar su trascendencia. Por no contar con compromisos comerciales o partidarios, fue el ámbito perfecto para que crecieran en su capacidad y en sus ambiciones esos periodistas, reconocidos y no tanto, que luego ocuparon un lugar protagónico en el periodismo argentino. La posibilidad de publicar artículos sin la mirada censora de un jefe comercial o un editor bien adiestrado les permitió, en muchos casos, instalarse como referentes frente al público, que luego los seguiría por muchos años.

La única consecuencia posterior a la publicación de sus artículos la tendrían en sede judicial, al hacer frente a todo tipo de juicios por parte de los involucrados en sus investigaciones. Las demandas que tuvieron que soportar estos profesionales es un excelente punto de comparación con la situación actual de la práctica periodística, en un momento en el que la figura de calumnias e injurias ya no implica para los comunicadores la pena de cárcel siempre que el acto refiera a funcionarios estatales o a temas de interés público.¹³⁰ ¿Manifestaron la misma solidaridad con sus colegas de la cooperativa El Porteño los afamados periodistas que hoy se muestran alertados por supuestos ataques a la libertad de expresión?

Para seguir con ejercicios de memoria, se puede decir que con muy pocas excepciones fueron personas idealistas las que pasaron por El Porteño. A juicio personal, la mayoría de los entrevistados sigue siéndolo y la pasión con la que se refirieron a esa etapa de sus vidas así lo demuestra; sólo uno de los entrevistados relativizó la importancia que tuvo la revista en su contexto histórico. Otros, en cambio, ejercen el periodismo desde el cinismo total, como es el caso de Jorge Lanata, quien se negó a ser entrevistado para este trabajo en dos oportunidades, quizás para no responder acerca de anécdotas referidas por sus ex compañeros.

En ese sentido, la identidad de los periodistas supo conversar con la de sus lectores. La baja en las ventas que experimentó la revista de forma progresiva a partir de 1992 quizás sea un síntoma de la interrupción paulatina de este mismo fenómeno. Las grietas que introdujo el neoliberalismo en el campo de las ideas no se pasó por alto a los lectores de El Porteño, que desde cierta soledad siguió haciendo denuncias sociales durante el primer menemismo. El estado de ánimo social, lo que otros llaman “espíritu de época”, cambió rápidamente, y los lectores de la

¹³⁰ Es ley la eliminación de calumnias e injurias, La Nación, Buenos Aires, 19 de noviembre de 2009.

revista no quedaron ajenos a ese fenómeno. Frente a ese cambio, la revista no logró concientizar a tiempo sobre la importancia que tenía para la clase media evitar el desclasamiento de los sectores populares. La tragedia social argentina de finales del siglo XX no fue evidente para muchos sino hasta los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001, cuando los hechos le dieron la razón a los escépticos del “milagro argentino”.

Vuelta de Página

Fue en ese contexto de independencia casi total en el que la revista sirvió de parada intermedia para que una parte de sus periodistas se animaran a más al fundar el diario Página/12, que transformó con su aparición la prensa gráfica argentina. Con las exigencias de un periódico, Página se vio obligada a tener una política comercial. Como pudimos ver en el último capítulo, en sus inicios Página/12 también tuvo compromisos partidarios con el Movimiento Todos por la Patria, aunque sus directivos siempre hicieron lo posible para evitar referirse al tema.

A partir del nacimiento de Página/12, la relación entre el nuevo diario y la revista cooperativa sería estrecha: muchos periodistas terminaban escribiendo para El Porteño lo que por alguno de los condicionamientos descritos o por algún criterio editorial desfavorable no podían publicar en Página/12 o en otros medios masivos. A modo de canje El Porteño llevó durante muchos años un aviso de Página/12 en su contra tapa, a cambio de un aviso menor de la revista en el cuerpo del diario tres veces por semana, lo que llamaba la atención de un público que se parecía mucho. Si bien no rivalizaban, ambos medios compartían el mismo espacio entre sus lectores.

Al desaparecer El Porteño, muchos de sus periodistas pasaron por Página/12, aunque otros fueron incorporados por otros medios más tradicionales y corporativos. Algunos de los que migraron contaban con el know-how de las nuevas experiencias editoriales, o tenían alguna práctica en renovar el espíritu en redacciones que habían quedado viejas. Así es como muchos terminaron en Clarín y La Nación o probando nuevas experiencias en televisión, como fue el caso de Rolando Graña, que fue corresponsal en Buenos Aires para la CNN desde 1993.

En 1996 algunos ex integrantes de la etapa cooperativa decidieron relanzar la revista con el nombre de Nuevo Porteño. Con un precio de tapa de 9 pesos-dólares, tuvo una breve existencia.

A finales de la década, el fundador Gabriel Levinas quiso probar suerte con su ex criatura, y así nació El Porteño Generación 2000. La revista, que salió en marzo de 2000, no llegó a fin de año.

¿Por qué no pudo renacer El Porteño? Quizás el espíritu de la revista, tanto el de su primera etapa como el de la cooperativa, no pudo replicarse. La competencia con la que tuvieron que lidiar estos fallidos relanzamientos no era la misma que en 1982. Poco después de su desaparición en 1994 entraron en escena muchas publicaciones que disputaban los distintos públicos que habían sostenido las ventas de El Porteño.

La Maga, hecha en la escuela de periodismo Taller Escuela Agencia (TEA), se especializó en cultura y espectáculos pero usó cualquier excusa para hablar de política. Tres Puntos, publicada por la editorial Capital Intelectual, traía un enfoque “progresista” y una constante denuncia del modelo menemista y sus escándalos de corrupción. Era la primera revista con una línea política identificable que apostaba por el cooperativismo, el desarrollismo y la unidad latinoamericana. En 2003, Tres Puntos cedió su lugar en el grupo Capital Intelectual a otra revista que a juicio personal sí recuperaba parte del espíritu original de El Porteño, y que fue la revista TXT, dirigida por Adolfo Castelo. Con un diseño revolucionario y portadas de fuerte impacto visual, TXT fue una de las pocas experiencias superadoras de El Porteño. La inesperada muerte de su director un año más tarde dejaría el proyecto trunco a fines de 2004.

Después de unos años de luna de miel, la editorial Perfil también apostó a la denuncia sistemática de los casos de corrupción con la revista Noticias como buque insignia y la breve experiencia del diario Perfil, en 1998. Otra publicación que se haría cargo de cubrir los casos policiales más resonantes fue la revista Pistas, dirigida por Enrique Sdrech, donde seguirían escribiendo otros ex porteños como Ragendorfer o Salinas.

En 1994 Jorge Lanata renunció a la dirección de Página/12. Desde 1990 también era director de la revista Página/30, que se discontinuó en 1995. Después de dar algunas vueltas por la radio y con el éxito en TV con Día D, Lanata concretó a mediados de 1998 el proyecto de una nueva revista llamada XXI, que a diferencia de Noticias sumaba buenas investigaciones a las denuncias de corrupción. En XXI escribieron varios ex miembros del staff de El Porteño y de Página/12, como Marcelo Zlotogwiazda, Ernesto Tenenbaum o Eduardo Blaustein.¹³¹ Un año

¹³¹ “Lanata se anticipa al siglo que viene y lanzará su revista XXI”, La Nación, Buenos Aires, 2 de junio de 1998.

después de su lanzamiento la revista se llamó XXII y luego XXIII, nombre que mantuvo después de su venta al grupo Szpolski.

La desaparición de El Porteño coincidió con la aparición de la revista VIVA, la dominical del grupo Clarín, que introdujo grandes avances al diseño digital de las publicaciones periódicas y que innovó en el uso de los paratextos en su diagramación.

La oferta de publicaciones a mediados de los noventa se incrementó y esa tendencia aumentó hacia el final de la década. La independencia de esos nuevos medios nunca sería superior a la que gozó El Porteño ni la aproximación a temas vedados sería la misma, pero no quedan dudas de que ofrecieron enfoques más novedosos.

“Su influencia está por todas partes”

En un excelente libro de reciente publicación¹³² en España, el periodista norteamericano Marc Weingarten relata la historia de la generación de periodistas que crearon y difundieron el New Journalism, o nuevo periodismo, desde mediados de los años sesenta hasta comienzos de los ochenta. En el epílogo, el autor refiere al destino final de esa experiencia, que contó con personajes como Tom Wolfe o Hunter Thompson en medios como Playboy, Esquire o Rolling Stone. Dice el autor:

“Había además una sensación de cansancio mental, daba la impresión de que todas las historias ya habían sido contadas y que ya no quedaba nada sobre lo que escribir. Las últimas tropas estadounidenses salieron de Saigón en 1975; los medios más importantes se habían apoderado completamente de la contracultura y la liberación de la mujer ya no era lo suficientemente sexy como para que los periodistas masculinos cubrieran aquel movimiento con el mismo rigor y la misma pasión que le reservaban a las guerras.

El Nuevo Periodismo tal y como Wolfe lo concibió – como el gran movimiento literario de la época posbélica – murió mucho tiempo atrás, pero su influencia está por todas partes. Si antaño fue una rebelión de la retaguardia, ahora sus principios son tan aceptados que resultan literalmente invisibles. El arte de la narración de

¹³² Marc Weingarten, “La Banda que escribía torcido: una historia del nuevo periodismo”, Libros del K.O., Madrid, 2013.

historias está vivo y coleando, solo que ahora es más difuso y está diseminado en libros, revistas, periódicos y en la web”.

En el caso de El Porteño podríamos agregar que su influencia trascendió también a la televisión, con la incursión de varios ex miembros de la revista en las nuevas formas de periodismo televisivo. No sería sólo el cambio en la forma de informar y relatar sucesos, sino también la selección de otro tipo de noticiabilidad donde ya no es más noticiable la causa que el efecto, el rico que el pobre, el poderoso que el excluido.

En algún punto del camino pudo perderse el rumbo y hoy varios referentes del periodismo de la etapa democrática privilegian los intereses corporativos de los multimedios que los emplean por sobre la información. Otros *espectacularizan* con nuevos formatos visuales a las víctimas del vaciamiento, mostrando una pobreza siempre violenta y ajena al confort de los hogares. Otros, en cambio, lucen orgullosos su identidad política desde nuevos medios igualmente comprometidos con ideas políticas.

La independencia quizás no sea la misma. Tampoco lo son los riesgos. En una sociedad que madura lentamente hacia una democracia sólida, resulta casi imposible definir una práctica periodística libre y al servicio de la sociedad sin discutir su historia y sus prácticas. Recordar la historia de la revista El Porteño es un ejercicio de memoria urgente, en estos tiempos en los que se privilegia el rating a la información.

Bibliografía

Alfonsín, Ricardo, *Alfonsín Responde*, Buenos Aires, Tiempo de Ideas, 1992.

Andrada, Orlando, "*Videla vinculó a Balbín con el golpe*", Diario La Nación, 22 de diciembre de 2010. Disponible en Internet en: <http://www.lanacion.com.ar/1335607-videla-vinculo-a-balbin-con-el-golpe> . Consultado el 20 de mayo de 2014.

Anguita, Eduardo, *Grandes hermanos: alianzas y negocios ocultos de los dueños de la información*, Buenos Aires, Colihue, 2003.

AUNO (Agencia Universitaria de Noticias y opinión - Universidad de Lomas de Zamora), "*Listado de los periodistas desaparecidos y asesinados por la dictadura*" – Disponible en: <http://www.auno.org.ar/article/listado-de-los-periodistas-desaparecidos-y-asesina/>. Consultado el 20 de mayo de 2014.

Basualdo, Eduardo; Nahón, Cecilia y Nochteff, Hugo, *Trayectoria y naturaleza de la deuda externa privada en la Argentina. La década del noventa, antes y después*, Buenos Aires, FLACSO, 2005.

Blaustein, Eduardo, *Años de rabia: el periodismo, los medios y las batallas del kirchnerismo*, Buenos Aires, Ediciones B, 2013.

Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín, *Decíamos Ayer: la prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

Calvo, Pablo, *El oro de Malvinas: cómo se esfumó la mayor colecta de la historia argentina*, Clarín, Buenos Aires, 3 de abril de 2005.

Chacón, Pablo y Fonderbrider, Jorge, *La paja en el ojo ajeno - El periodismo cultural argentino (1983 - 1998)*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

Clarín, *El Estado asumió el total de la deuda externa privada*, 2 de Julio de 1985.

Comisión Interamericana de Derechos Humanos, *Informe sobre la situación de los derechos humanos en Argentina*, Organización de Estados Americanos, Washington, 1980. Disponible en <http://www.cidh.org/countryrep/Argentina80p/indice.htm>. Consultado el 20 de mayo de 2014.

Conferencia Episcopal Argentina, Iglesia y Comunidad Nacional, PLENARIA XLII ASAMBLEA, 4-9 de Mayo de 1981. Consultado el 20 de mayo de 2014. Disponible en http://www.cea.org.ar/07-prensa/iglesia_y_comunidad_nacional_1.htm.

Daiha, Alejandra y Lindner, Franco, El francotirador solitario, NOTICIAS, -, Buenos Aires, Perfil, 18 de Abril de 2009.

Dandan, Alejandra, Qué es de la vida de... Alberto Kohan, Página/12, Buenos Aires, 24 de junio de 2008.

Argentina, Ley de facto, Ley de "Autoamnistía", Buenos Aires, Desaparecidos.org. Disponible en <http://www.desaparecidos.org/arg/doc/secretos/autoam02.htm>. Consultado el 20 de mayo de 2014.

Diario La Nación, Nueva política para las islas Malvinas, Buenos Aires, 2 de marzo de 1982.

Fuentes, Carlos, En Estados Unidos, a los periodistas les dan el premio Pulitzer. En la Argentina el premio Trotyl, La Semana, -, Buenos Aires, Perfil, agosto de 1983.

Gallo, Darío y Álvarez Guerrero, Gonzalo, El Coti - Biografía no autorizada de Enrique Nosiglia, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Gerchunof, Pablo y Llach, Lucas, El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas, Buenos Aires, Ariel Sociedad económica, 1998.

Hauser, Irina, Más que privatización, un negociado, Página/12, Buenos Aires, 21 de Noviembre de 2008.

Kornblit, Ana Lía, Metodologías cualitativas en Ciencias Sociales: modelos y procedimientos de análisis, Buenos Aires, Biblos, 2007.

La Semana, Cuatro hombres, La Semana, -, Buenos Aires, Perfil, marzo de 1982.

La Semana, La deuda externa según Domingo Cavallo, La Semana, -, Buenos Aires, Perfil, mayo de 1984.

La Semana, Roberto, el otro Alemann, La Semana, Nro. 387, Buenos Aires, Perfil, Mayo de 1984.

Lanata, Jorge, *"En la Armada hay 300 Astiz"*, El Porteño, Buenos Aires, 1985.

Lanata, Jorge, *Argentinos (tomo 2)*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003.

Lejtman, Román, *Narcogate: Historia Inédita de las relaciones de la familia del Presidente y sus amigos con el lavado de dólares*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Levinas, Gabriel, *Borges: la bomba y otros delitos*, El Porteño, Buenos Aires, 1983.

Levinas, Gabriel, *Carta del director*, El Porteño, Buenos Aires, 1982.

Levinas, Gabriel, *Carta del director*, El Porteño, Buenos Aires, mayo de 1983.

Majul, Luis, *Lanata - Secretos, virtudes y pecados del periodista más amado y más odiado de la Argentina*, Buenos Aires, Margen Izquierdo, 2012.

McLuhan, Marshall, *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, México, Diana, 1969.

Montes de Oca, Ignacio, *Tierra de Nadie: los mitos sobre Malvinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

Muchnik, Daniel, *Fuegos de Artificio: las zonas erróneas del Plan de Convertibilidad*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

Neustadt, Bernardo, *"Somos pie y tenemos el as de espadas"*, Extra, Nro XV, Buenos Aires, -, abril de 1980.

Novaro, Pablo, *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

O'Donnell, Santiago, *Yabrán y la mafia del oro*, La Nación, 10 de diciembre de 1999.

Olmos, Alejandro, *Todo lo que usted quiso saber sobre la deuda externa y siempre se lo ocultaron*, Buenos Aires, Peña Lillo Ediciones Continente, 1989.

Revista Gente y la actualidad, *Argentinos a vencer*, Gente, -, Buenos Aires, Atlántida, 1982.

Russo, Miguel, *Ciento un hechos para evocar*, Buenos Aires, Asterisco, 2010.

Salinas, Juan, F, *invasión terrestre*, El Porteño, Nro. 86, Buenos Aires, Febrero de 1989.

Salinas, Juan, *Narcos, banqueros y criminales: Armas, drogas y política en América Latina a partir del Irangate*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2005.

Salinas, Juan y Villalonga, Julio, *Gorriarán: la Tablada y las "guerras de inteligencia en América Latina"*, Buenos Aires, Mangin, 1993.

Santarcángelo, Juan Eduardo y Fal, Juan, *La política financiera y su impacto en la acumulación: el caso argentino, 1977-2006*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, Editorial Prometeo, 2010.

Sartori, Luis, *Aquella otra Plaza con protesta, represión y muerte, hace 20 años*, Clarín, Buenos Aires, 16 de diciembre de 2002.

Argentina, Ley de Reforma del Estado, Buenos Aires, Senado y Cámara de Diputados de la Nación, 17 de agosto de 1989. Consultado el 20 de mayo de 2014. Disponible en <http://infoleg.mecon.gov.ar/infolegInternet/anexos/0-4999/98/texact.htm>. - 23696.

Seoane, María y Muleiro, Vicente, *El Dictador, historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Verbitsky, Horacio, *El Vuelo*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Verbitsky, Horacio, *Malvinas: la última batalla de la Tercera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.

Verbitsky, Horacio, *Robo para la corona - Los frutos prohibidos del árbol de la corrupción*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

Walsh, Rodolfo, *Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar*, Buenos Aires, 1977.

Weber, Gaby, *La conexión alemana: el lavado de dinero nazi en Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

Weingarten, Marc, *La Banda que escribía torcido: una historia del nuevo periodismo*, Madrid, Libros del K.O., 2013.

Wolf, Mauro, *La investigación de la comunicación de masas: crítica y perspectivas,* Barcelona, Paidós, 1987.

Zlotogwiazda, Marcelo, *La Mafia del Oro,* Buenos Aires, Planeta, 1993.

Reseña

Para contar la historia de la revista El Porteño, que se editó en Buenos Aires entre 1982 y 1994 se debía empezar por contextualizar correctamente el momento de su nacimiento y desarrollo, en un clima social muy diferente al actual. Por este motivo, se consideró prudente la confección de un resumen histórico que comprende la primera parte del trabajo.

La segunda parte está sub dividida según algunas categorías ordenadoras para destacar los mayores aportes de la revista al periodismo de su época y su legado en el presente. A lo largo de la segunda parte se podrán encontrar citados los testimonios de los distintos protagonistas de la historia. Las entrevistas completas pueden encontrarse en formato completo en el apéndice.

Hipótesis y objetivos

El Porteño fue determinante para una generación de profesionales que tendría un rol central en el periodismo en democracia, y dejaría en ellos un legado identificable pasada la transición. El espacio donde esta generación se agruparía y desde el cual fluiría, más tarde, hacia otros medios y espacios de comunicación sería el diario Página/12, aparecido en 1987.

A los fines de confirmar la hipótesis, algunos de los interrogantes a los que se les buscará respuesta en este trabajo serán los siguientes:

- ¿Cómo surgió en tiempos de una dictadura genocida?
- ¿Quiénes la conformaron y de dónde provenían?
- ¿Cómo se financiaba y producía? ¿Por qué etapas pasó?
- ¿Qué cambios vivió con la apertura democrática?
- ¿Qué temas y personajes salían en sus tapas?
- ¿Qué sucesos históricos cubrió la revista?
- ¿Cómo se comportó frente al gobierno de Carlos Menem?

- ¿Por qué dejó de publicarse?

- ¿Cuál era la dinámica productiva en una revista con fuerte contenido político que era, además, cooperativa?

- ¿Qué recuerdo tienen de El Porteño los periodistas que trabajaron en ella?

Marco teórico

El resumen histórico desarrollado en la primera parte del presente trabajo comprende el periodo entre 1976 y 1994. La elección fue hecha según el recorte historiográfico del libro *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*, del historiador Marcos Novaro .

Para definir la importancia de las revistas dentro de los medios de comunicación se recurrió a conceptos del investigador Marshall McLuhan, quien observó que, ya instaurada la TV como medio masivo de entretenimiento, las pequeñas revistas culturales duplicaban sus ventas por dar información y tratamientos que ni las revistas de variedades, ni los diarios, las radios o los breves telediarios daban.

A la hora de describir y analizar el funcionamiento de la revista *El Porteño* y comentar las dificultades con las que se encontraban sus miembros, se tuvo en cuenta el concepto de “Newsmaking” descrito por Mauro Wolf, que por un lado contempla la cultura profesional de los periodistas y, por el otro, la organización del trabajo y de los procesos productivos. Según esos conceptos, la relación entre cultura y organización del trabajo es determinante a la hora de definir la noticiabilidad de un medio, o sea su capacidad de tornar en noticiable un hecho determinado. “Desde esta perspectiva – explica Wolf - es “noticia” lo que – hecho pertinente por la cultura profesional de los periodistas – es susceptible de ser “trabajado” por el aparato sin excesivas alteraciones y subversiones del normal ciclo productivo”.

Estos conceptos fueron tomados como eje central del análisis, considerando que una de las novedades que la revista introdujo al panorama de medios gráficos de su época fue justamente su criterio de noticiabilidad, fruto de una compleja serie de factores humanos y materiales.

Finalmente, para no caer en interpretaciones paralelas, se entenderá por “legado” de la revista la definición que da el diccionario de la Real Academia Española, “aquello que se deja o transmite, sea cosa material o inmaterial”.

Metodología

La metodología empleada para este trabajo consiste particularmente en el uso de entrevistas en profundidad a 19 periodistas de una selección inicial de 30 contactados en un primer momento. Las entrevistas fueron personales, realizadas casi siempre en espacios públicos de la ciudad de Buenos Aires y el audio de las mismas fue grabado en formato digital. El temario de las entrevistas varió en cada caso, privilegiando el relato propio de cada entrevistado y el orden cronológico que indicaba su memoria. En algunos casos fueron guiadas hacia temas concretos para recuperar información sobre algunos momentos puntuales en la historia de la revista.

A la hora de recabar y analizar las entrevistas se utilizó el concepto de método biográfico tal como fue desarrollado por Ana Lía Kornblit para identificar dimensiones comunes en el relato histórico de un relato de vida. El método biográfico es el conjunto de técnicas metodológicas basadas en la indagación no estructurada sobre las historias de vida tal como son relatadas por los propios sujetos. Dentro del método existen dos tipos de relatos posibles: las historias de vida y los relatos de vida. Las primeras implican por lo general un rastreo detallado de la trayectoria vital de una persona, al modo de un estudio de caso. Se elige a una o a varias personas que se consideran prototípicas del tema a estudiar y se le hacen varias entrevistas. En este trabajo se buscó recabar relatos de vida, centrados alrededor del tiempo que duró la revista El Porteño.

Estos relatos fueron usados en una etapa de análisis, siempre buscando una dimensión etnosociológica-hermenéutica al análisis. Ésta consiste en acceder mediante los relatos a los referentes contenidos en ellos, y así conocer las relaciones, normas y procesos que estructuran la vida social, develando así las instituciones sociales a través de las voces individuales.

De las posibles dimensiones del relato siempre se privilegiará la histórico empírica, que además de rastrear la sucesión de hechos históricos también se detiene en el modo como han sido vividos por el sujeto-relator, relacionando el tiempo colectivo histórico y el biográfico, para llegar a conocer los saberes particulares surgidos de experiencias colectivas.

Nacimiento de El Porteño

Terminaba 1981 y al Proceso de Reorganización Nacional le quedaba poco tiempo. Mientras esperaban una apertura democrática que inevitablemente llegaría, el marchand Gabriel Levinas y los escritores y periodistas Miguel Briante y Jorge Di Paola crearon en enero de 1982 El Porteño. Lejos del glamour de las revistas de sociedad, la tapa del primer número mostraba el rostro ajado de un toba, anunciando un informe especial sobre la situación de los aborígenes en la Argentina.

Desde esa primera tapa, todos los temas sensibles de la realidad nacional encontrarían en la revista un canal hacia un creciente lectorado que no se contentaba con pensar que la historia se había terminado con el destierro y la muerte de unos y la victoria de otros. Al comienzo, la revista no incluyó política de forma directa, sino que expandió el tratamiento de algunos temas que habían sufrido mucha censura en tiempos no tan lejanos a enero de 1982. Era una forma de hacer política, también. “Era un terreno que había que ir tanteándolo, ver qué se podía hacer; nosotros fuimos corriendo el límite de lo posible” recordaría Levinas sobre el primer número y los que siguieron en el transcurso de ese año.

La postura de la revista frente a la etapa de caída del Proceso tiene un punto de inflexión claro en los meses posteriores a la derrota en las Malvinas. El “tanteo del terreno” que describe Gabriel Levinas no era ni más ni menos que la progresiva publicación de temas que, sin hablar de política partidaria de forma directa, permitían al mismo tiempo hacer una dura crítica al estado de descomposición social y de empobrecimiento general en todas las áreas de la vida cotidiana.

Las críticas al Proceso y sus protagonistas eran generalizadas y el descontento social nacía en los hogares argentinos y ardía en la Plaza de Mayo al momento de salir la revista a la calle. La

guerra sería un catalizador para instalar desde las páginas de la revista otra trinchera de lucha por la dignidad ciudadana, la de los derechos humanos. “En ese sentido El Porteño empezó a ser una propuesta periodística y cultural que empezaba a acompañar ese reclamo de apertura de la sociedad, que estaba cancelado”, recuerda la periodista María Eugenia Estenssoro.

El pacifismo predominaba frente al problema de la guerra, y lo seguiría haciendo. Esta postura distinta no renegaba de ninguno de los derechos argentinos sobre las islas y describía el conflicto como otra agresión del norte sobre el sur. En cambio sí criticaba la elección de la vía militar y pedía explicaciones por la falta de diplomacia previa.

El verano del 83 marcó la radicalización de las críticas al proceso, que apenas un año antes eran solapadas en la comunicación de actos culturales. En agosto de 1983 se publicó, por primera vez en un medio de comunicación nacional, el tema de los hijos de desaparecidos, presentado como “la permanencia del horror”. La nota de tapa era presentada en la carta editorial de Levinas, que abría con una cita del libro *Mi Lucha*, de Adolf Hitler, y comparaba a los militares argentinos con los nazis. En esa misma línea, Levinas comparaba el proceso de apertura que habría de venir como una etapa similar a los juicios de Nüremberg. Terminaba pidiendo una defensa urgente de la Justicia y de la democracia: “si no lo hacemos nosotros tendrán que hacerlo nuestros hijos – si están vivos – mañana”.

La investigación sobre los niños desaparecidos contaba con las declaraciones de Hebe de Bonafini, que relataba la existencia de casos de torturas a niños para hacer confesar a sus padres, así como la existencia de más de 400 menores que habían sido secuestrados o que habían nacido durante el cautiverio de sus madres. Se contaba particularmente el caso de María Isabel “Chicha” Chorodik de Mariani, cuya nieta de 3 meses de edad fue secuestrada en 1977 cuando el Ejército atacó con bombas de fósforo la vivienda de su hijo en La Plata. También se cuenta con muchos detalles la historia de Estela de Carloto, titular de Abuelas de Plaza de Mayo al momento de escribir estas líneas. Para promocionar esa investigación se pusieron afiches por toda la ciudad y un aviso en Clarín.

Poco después de la salida de la revista a la calle, el jueves 11 de agosto de 1983 a las 00:45 AM, un artefacto explosivo con alrededor de un kilo de Trotyl voló la redacción de la calle Cochabamba al 700, en el barrio de San Telmo. Inmediatamente después de la explosión, un

grupo de militares de civil asistidos por policías federales, allanó la redacción y robó documentos y material necesario para la confección de la revista.

Con una sutil ironía, Levinas relataría el hecho a la revista La Semana: “Se trató de una bomba muy sofisticada, realmente desconocida hasta ahora. Fíjese que abrió la caja fuerte que se encuentra al fondo y retiró de ella documentación que me pertenecía y que todavía no apareció, secuestró rollos de película, números atrasados de la revista que se encontraban en el archivo, abrió cajones, los revisó, cambió de lugar varias cosas, se llevó dos grabadores, cintas magnetofónicas, dejó intactos los tubitos de película que estaban vacíos y se quedó con aquellos que contenían película, abrió la puerta del laboratorio fotográfico, cuya puerta tiene una clara señal de haber recibido un puntapié. Realmente tiene que tratarse de una bomba con capacidad de allanamiento”.

La solidaridad con El Porteño fue total por parte de sectores comprometidos con los DDHH. A las seis de la tarde del viernes 12, frente al cerco policial que impedía a su director ingresar a lo que quedaba de la revista, se realizó una conferencia de prensa en la que participaron, entre otros, el más tarde diputado Alfredo Bravo, Néstor Vicente por la Democracia Cristiana, los artistas León Gioco, Tarragó Ros y Miguel Ángel Solá, y las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Adolfo Pérez Esquivel tomó asiento junto a Levinas en la improvisada mesa y fue uno de los oradores de la conferencia, a la que asistieron la mayoría de los medios nacionales. En el número siguiente se publicó una entrevista a Jorge Luis Borges en la que denostraba las prácticas de los militares, visibilizando el ataque en el ámbito de la cultura nacional e internacional.

En los números siguientes se tratarían temas complejos como el rol del periodismo en la dictadura saliente, la corrupción en los medios de comunicación, la relación que se venía entre civiles y militares, entre otros. La Ley de Autoamnistía era un tema recurrente en las entrevistas a artistas y a pensadores.

En el mes de las elecciones de octubre de 1983, la tapa salió con una foto de Hebe Pastor de Bonafini con su mítico pañuelo, y un título mordaz: “Esas viejas molestas”. El compromiso de la revista con las agrupaciones de derechos humanos era total. El hecho de que hicieran una cobertura más bien selectiva de los juicios a los militares se debía a la frecuencia con la que salía la revista. Podría decirse que El Porteño fue el medio gráfico que más atención brindó a los

organismos de DDHH en ese momento en particular; tanto así que su lectura a más de 25 años es totalmente vigente según los criterios actuales de estudio y difusión de la materia.

Ya en democracia, la apertura temática de los primeros meses se volvería experimentación. A partir del número de enero de 1984 se juega con nuevos temas centrales para la revista, y aparece como tema recurrente el sexo en todas sus variantes. Artículos sobre bisexualidad, entrevistas anónimas a gays noctámbulos, la influencia del miedo y la represión en la intimidad, entre otros enfoques que hasta entonces eran considerados temas malditos, plausibles de censura.

Algunos de estos tópicos, como salud mental, psicoanálisis, sexo y violencia política, serían determinantes en la continuidad de la revista. Su presentación en un formato de debate, buscando la colaboración entre voces distintas y no la imposición de una sobre las demás, hacía que la revista destacara como la más abierta y democrática. La idea de esa comunicación de ideas era que eventualmente sirviera para sanear las malas herencias institucionales y espantar los malos espíritus que aquejaban a la sociedad: siempre se privilegiaba el relato colectivo sobre el individual. No había especialidad o área del pensamiento a la que sus editores no le hicieran frente, especialmente si alguien tenía algo, nuevo o silenciado, para decir.

Con el mismo espíritu surgieron proyectos periodísticos que compartieron el mismo público y la misma sintonía que El Porteño. La estatal Radio Belgrano sería uno de los paradigmas de la época, donde empezaron a surgir propuestas periodísticas renovadoras. Varios de los que estaban en esa radio formaban parte del staff de El Porteño, como Eduardo Aliverti y más tarde, Jorge Lanata. En ese momento también se incorpora como jefe de redacción Ernesto Tiffenberg, quien hasta entonces se había desempeñado como corresponsal en México.

Sin embargo, este proyecto que era tan exitoso en lo cultural no lo era tanto en lo económico. Promediando 1985, Levinas decidió cerrar El Porteño alegando pérdidas monetarias. En la carta del director del número de octubre de ese año se despide y anuncia que por una idea suya la revista seguirá saliendo pero administrada por una cooperativa de periodistas. En la Argentina no existían antecedentes de esto, pero los modelos en el exterior podían ser imitados a la distancia: el diario francés Le Monde, la revista Libération, las revistas Uno más uno y El Día. Los miembros del staff y los colaboradores frecuentes fueron invitados a formar parte de la cooperativa. Algunas firmas prestigiosas también serían convidadas al proyecto, como es el caso

de Osvaldo Bayer, Tomás Eloy Martínez, Eva Giberti, Homero Alsina Thevenet, Ricardo Piglia o Carlos Ulanovsky, quien se encargó de acercar la propuesta a muchos de ellos.

Muchos de los entrevistados para este trabajo coinciden en marcar que quien más dedicación puso al nacimiento de la cooperativa fue Jorge Lanata, junto a sus amigos y compañeros de entonces, Aliverti y Tiffenberg. Finalmente se terminó constituyendo la cooperativa en el auditorio de Radio Belgrano, en octubre de 1985. El número de noviembre ya fue editado por la nueva agrupación, bautizada “Cooperativa de Periodistas Independientes Ltda”.. En su nacimiento, la conformaban Álvaro Abós, Eduardo Aliverti, Osvaldo Bayer, Eduardo Blaustein, Marcelo Cofán, Ariel Delgado, Alberto Ferrari, Andrea Ferrari, Eva Giberti, Marcelo Helfgot, Hernán Invernizzi, Jorge Lanata, Miguel Martelotti, Tomás Eloy Martínez, Daniel Molina, Ricardo Piglia, Ricardo Ragendorfer, Eduardo Rey, Juan José Salinas, Herman Schiller, Enrique Symns, Ernesto Tiffenberg, Carlos Ulanovsky, Jorge Warley, Gerardo Yomal y Marcelo Zlotogwiazda.

La revista no tendría un director, sino un consejo de redacción, compuesto inicialmente por dos jefes de redacción y dos secretarios. En los primeros números figuran como Jefes de Redacción Jorge Lanata y Ernesto Tiffenberg, como secretarios, Daniel Molina y Eduardo Blaustein. A pesar de que era Ernesto Tiffenberg el que aceptaba el gran engranaje cooperativo para que reinara la concordia, Jorge Lanata trataba de hacer de la vieja revista de Levinas la suya, a fuerza de peleas constantes con el resto de los integrantes.

Con la salida de Levinas, la postura política de la revista quedó sujeta al consenso de los cooperativistas en las reuniones de sumario, algo que podía ser fácil de alcanzar en las grandes cuestiones, pero no tanto en las pequeñas. Todos eran demócratas: nadie dudaba de la importancia de defender la democracia y la constitución.

Por eso la cooperativa denunció como pocos medios las leyes de obediencia debida y de punto final, que algunos legisladores radicales votaron “con nauseas”, tal como lo contaron a El Porteño, donde no había posicionamientos partidarios orgánicos.

Hacia 1987 la revista siguió la tendencia de la mayoría de los medios del país, poniendo su mirada crítica sobre el peronismo como alternativa natural al radicalismo, que gobernaba con mucho desgaste. Sin embargo, la postura de la revista frente a las elecciones parlamentarias sería

prudente, entendiendo que el viejo peronismo o sus alternativas renovadoras no tenían nada de nuevo, o lo que tenían no alcanzaba para cambiar la grave crisis de fondo que sufría el país.

La victoria de Carlos Menem en las internas del 10 de julio de 1988 frente al candidato Antonio Cafiero encontró a la revista en la vereda de enfrente. El Porteño marcaría el riesgo que implicaba a los electores esa opción, algo que poco después le costaría una pérdida de público conforme aumentaba la popularidad del ex presidente.

Periodismo de investigación

El lento pero concreto giro desde una revista netamente cultural a una revista con contenido político se fue dando en El Porteño a partir de la guerra de Malvinas. Con el retorno de la democracia, las crónicas sociales conocidas como “territorios” pasarían a compartir páginas con informes que, si bien no pueden considerarse investigaciones en el sentido clásico, eran densos aportes sobre temas ocultos o que no recibían la atención de los medios tradicionales.

Estos informes estuvieron presentes desde mediados de 1984, aunque durante el año que siguió los cambios se harían definitivos para la revista, en busca de un perfil más periodístico que pudiera estar a la altura de las circunstancias. Así fue como a partir de enero de 1985 se sucedieron las investigaciones promocionadas en tapa, con total exclusividad de los títulos de la portada con respecto al resto del sumario, y dossiers de investigación de hasta 20 páginas. Las investigaciones tuvieron un papel vital en la supervivencia de la revista durante ese año y el siguiente.

Una vez que se instaló entre el público más como una revista de interés general con investigaciones que como una revista cultural así quedaría para siempre. El paso a la etapa cooperativa generó un efecto multiplicador en la información, ya que al permitir un debate un poco más amplio sobre el sumario de los números podían encontrarse nuevos datos y fuentes para las investigaciones.

Desde todos los rincones del poder político llegaban filtraciones noticiables en un momento en el que muchos ciudadanos perdían el miedo a contar lo que sabían. El Porteño aprovecharía ese momento de destape para transformarse. Cualquier zona oscura de la sociedad

argentina quedaría bajo la lupa de sus periodistas, aunque fue la Justicia, el poder del Estado que más debía preocuparse por el correcto funcionamiento de los otros poderes, la que más atención recibió durante los primeros años de la salida democrática.

En ese sentido, se encargaba de hacer memoria en un tiempo en el que el periodismo también servía para lo contrario. Otras publicaciones se dedicaron a blanquear antiguos nexos entre civiles y militares con lavadas de cara y operaciones de prensa. El Porteño, en ese sentido, no tuvo una lectura selectiva del pasado reciente. Casi sin quererlo, y por no dejar pasar la información que llegaba al mensuario, El Porteño terminaría haciendo periodismo de anticipación, en el sentido de que sus notas daban como accesorios datos sobre las relaciones de algunos personajes investigados que luego resultarían centrales, en el marco de otros escándalos, como fue el caso de Alfredo Yabrán.

Denuncia de la violencia institucional

El Porteño no tenía una sección de policiales fija, pero le hacía lugar cuando alguno de los cooperativistas tenía entre manos la punta del ovillo con la que empezar una investigación sobre el accionar de la policía o de los servicios en algún incidente policial.

Algunos informes traerían un enfoque totalmente original para la época advirtiendo sobre fenómenos que serían parte del imaginario popular un tiempo después, repitiéndose el fenómeno de la anticipación sobre profundos conflictos sociales latentes. En octubre de 1986 un informe sobre la “sensación de inseguridad” tal como se la conoce hoy, titulado “Buenos Aires Ciudad Paranoica”, encaraba las causas del aumento de la criminalidad y de su percepción a través de la prensa.

Esos artículos contaban lo que muchos años después se vería por TV: entrevistarían a los “malvivientes”, a los desplazados, y se buscaría al mismo tiempo una explicación en cuestiones de fondo, en los modelos político-económicos que se acarreaban desde la dictadura y que poco habían hecho por la inclusión de millones sino, por el contrario, los disparaba hacia la periferia del Estado de derecho.

En esa misma línea se denunció al aparato represivo como una maquinaria de terror contra la modernidad de cara a los noventa, como una amenaza a la nocturnidad de los jóvenes desempleados. Uno de los logros más acabados de la cooperativa fue la dura crítica a la relación entre crisis económica y social y permanencia de los discursos represivos de extrema derecha, garantes de la impunidad de los crímenes de la década anterior. El aparato represivo, casi intacto, era una garantía de contención frente a la “conmoción interna del Estado” en un contexto de hiper inflación y de permanente desintegración del mismo aparato productivo que alguna vez había garantizado un reparto más equitativo de la riqueza.

El Porteño como germen de Página/12

A comienzos de 1986 El Porteño tenía vida propia. La partida de Levinas trajo oxígeno a la redacción, lejos de quitárselo, y la conducción cooperativa generó una incomodidad en el consejo de redacción que luego daría sus frutos.

Ernesto Tiffenberg, Eduardo Aliverti y Jorge Lanata venían dándole vueltas a la idea de fundar un diario de izquierdas que pudiera resumir una agenda noticiosa alternativa a la de los grandes medios y que los acompañara sin competir directamente. Con la fundación de la cooperativa de El Porteño pusieron en práctica sus capacidades como equipo de trabajo y empezaron a encarnar ese proyecto.

El periodista Juan Salinas estaba al tanto de un proyecto similar por parte de Horacio Verbitsky y Eduardo Luis Duhalde. Ambos proyectos estaban estancados por idénticas razones: ninguno encontraba una fuente de financiamiento. Cuando Salinas supo que Lanata y Tiffenberg querían hacer algo parecido a lo de Verbitsky y Duhalde, los puso en contacto.

El contacto los hizo unir fuerzas. Finalmente el financista apareció poco después, cuando en una de las visitas a la cárcel de Caseros que Tiffenberg y Lanata hacían al colaborador Hernán Invernizzi, éste les presentó a Fernando Sokolowicz, miembro del Movimiento Judío por los Derechos Humanos y con algunos nexos con el Movimiento Todos por la Patria, evolución política del viejo ERP. El proyecto también recibió un aporte monetario del movimiento sandinista de Nicaragua.

Durante casi tres décadas esta historia no fue contada en todos sus matices con la excepción del libro “Grandes Hermanos” de Eduardo Anguita , en el que por primera vez se contó cómo nació Página/12 financiado, en parte, por los sandinistas. Página/12 salió a la calle el 25 de mayo de 1987 con varios integrantes de la cooperativa de El Porteño en su staff y con su mismo tono periodístico, una estética muy parecida y lo más importante: un criterio de noticiabilidad alternativo al de los diarios dominantes, que sólo había visto la luz con El Porteño.

Legado de El Porteño

El Porteño no sólo tuvo una sensibilidad superior a la del resto de las publicaciones al detectar y relatar la etapa incipiente de las tendencias sociales, sino que sentó las bases de una forma de hacer periodismo social con el desclasado y el olvidado como ejes centrales de un relato visibilizador. Ese periodismo relator de la caída, ese periodismo justiciero, de denuncia permanente, llegaría con el tiempo a la totalidad de los diarios y revistas nacionales. Esa forma de nuevo periodismo parida de la crisis argentina tendría un origen reconocible en El Porteño como en pocas publicaciones. Finalmente, ese relato humanizante que muchas veces privilegiaba el tono sobre la información, tomaría vuelo propio en otros medios como la televisión. Uno de los primeros y efímeros periodistas en darle formato televisivo a ese relato fue Fabián Polosecki (Polito, Polo), ganador de dos premios Martín Fierro por sus programas “El otro lado” (1993) y “El Visitante” (1994).

Otro periodista que pasó por la redacción de la revista y que luego tuvo una influencia muy distinguible en la televisión es Rolando Graña. Al respecto, explica: “(El Porteño) me dejó una matriz editorial. Tengo una mirada hoy en GPS (su actual programa de informes urbanos), que es la que tenía en El Porteño. Yo en CNN aprendí el rigor de no hablar de nada que no tuviera grabado, hice la colimba. Pero la mirada es la misma. En GPS hago los territorios de El Porteño. Es la versión de lo que hacíamos en El Porteño en formato televisivo. Cuando voy a la selva y tomo ayahuasca, eso es una nota de El Porteño. Siempre me puteaban por haber hecho eso, y yo les decía “Es una nota del Porteño”.

Conclusiones

Al presentar este trabajo se propuso como hipótesis que la revista El Porteño marcó a una generación de periodistas que pasaron por su redacción, y que parte de esa forma de hacer periodismo sigue vigente, de alguna forma.

La mirada de la revista a la hora de encarar la realidad era rupturista para su época, al encontrar noticias o temas dignos de atención en donde otros medios no veían nada. Presentó otra noticiabilidad alternativa a la que imperaba por entonces. Según los estudios de newsmaking de Mauro Wolf y Gaye Tuchman, uno de los requisitos para que un hecho sea noticiable - en manos de un medio - es que no reciba un tratamiento idiosincrático, entendiendo por idiosincrasia “rasgos, temperamento o carácter de un individuo o una colectividad”.

El Porteño presentaba sumarios más parecidos a los que hoy predominan en la mayoría de las publicaciones periódicas, rescatando lo emergente y enfocando en lo remanente, manteniendo a la mismísima contra cultura en un constante proceso de crítica constructiva o de celebración, según el caso.

Quizás el error esté en pensar que había una moral compartida por una mayoría de clase media. En todo caso, tendríamos que tratar de definir al público al que iba dirigida El Porteño. Ese público era una clase media educada, politizada, tolerante, resistente del discurso dominante durante la dictadura, con nexos con la comunidad de exiliados. También lo eran los públicos culturales subterráneos, remanentes de procesos de revolución cultural de las décadas del '60 y del '70; ex beatniks, ex hippies. También podía ser comprada y leída por académicos de las ciencias sociales y los campos de la salud mental, que de manera latente resistieron en el país la prohibición explícita de muchos de sus tópicos de estudio preferidos. Podían ser tanto adolescentes que no habían hecho la colimba como hijos adultos de la resistencia peronista. Las minorías sexuales y las militantes del feminismo encontraban aquí sus columnas.

En este sentido, el gran logro de la revista fue que pudo hablarle al subsuelo de la patria torturada, a los que habían sido obligados a callar durante la dictadura, que habían perdido sus afectos en manos del terrorismo de Estado y sus espacios en el otro terror, el cotidiano, el de pensar que alguien podía escuchar lo que se hablaba y denunciarlo. La revista hablaba de esos temas y con esas palabras que durante casi una década no pudieron decirse, que hasta habían sido

olvidadas. El Porteño ofreció un espacio de profunda reflexión, de catarsis y de celebración de las propias identidades a todo un país al que se le había negado desde la posibilidad de ser diferente hasta la muerte digna, en la tragedia social que implican hasta el día de hoy los desaparecidos.

La cuestión de la idiosincrasia a la hora de no excluir un hecho como noticiable puede explicarse mejor si se tiene en cuenta que muchos de los profesionales que llevaron adelante estos cambios lo hacían desde identidades políticas que eran públicas. La disociación entre militancia política y la elección del periodismo como medio de vida no era posible.

En todo caso, por el contrario de lo que asegura Tuchman, el gran fuerte de El Porteño residió allí: su noticiabilidad, tanto en la etapa inicial como durante la cooperativa, se diferenció por la afirmación de las luchas políticas y de las identidades sociales disímiles de quienes hacían la revista. Y fue por este motivo que pudo interpelar a un público que vivía situaciones similares a flor de piel.

Esa interpelación constante en una idiosincrasia múltiple de colectivos coexistentes pudo dejar como resultado una publicación que interpretaba correctamente los temas de interés de los sectores más intranquilos de la sociedad.

Más allá de las dificultades propias de la experiencia cooperativa, queda claro que la independencia alcanzada por estos periodistas durante el tiempo que duró El Porteño fue absoluta, y es quizás el factor más importante a la hora de explicar su trascendencia. Por no contar con compromisos comerciales o partidarios, fue el ámbito perfecto para que crecieran en su capacidad y en sus ambiciones esos periodistas, reconocidos y no tanto, que luego ocuparon un lugar protagónico en el periodismo argentino.

La única consecuencia posterior a la publicación de sus artículos la tendrían en sede judicial, al hacer frente a todo tipo de juicios por parte de los involucrados en sus investigaciones.

Fue en ese contexto de independencia casi total en el que la revista sirvió de parada intermedia para que una parte de sus periodistas se animaran a más al fundar el diario Página/12, que transformó con su aparición a la prensa gráfica argentina.

A partir del nacimiento de Página/12, la relación entre el nuevo diario y la revista cooperativa sería estrecha: muchos periodistas terminaban escribiendo al mismo tiempo en El Porteño y en el nuevo periódico.

La revista cerró en 1994, después de una caída paulatina pero sostenida en sus ventas. En 1996 algunos ex integrantes de la etapa cooperativa decidieron relanzar la revista con el nombre de Nuevo Porteño. A finales de la década, el fundador Gabriel Levinas quiso probar suerte con su ex criatura, y así nació El Porteño Generación 2000, que duró 6 meses.

¿Por qué no pudo renacer El Porteño? Quizás el espíritu de la revista, tanto el de su primera etapa como el de la cooperativa, no pudo replicarse. La competencia con la que tuvieron que lidiar estos fallidos relanzamientos no era la misma que en 1982. Poco después de su desaparición en 1994 entraron en escena muchas publicaciones que disputaban los distintos públicos que habían sostenido las ventas de El Porteño. La oferta de publicaciones a mediados de los 90 se incrementó y esa tendencia aumentó hacia el final de la década. La independencia de esos nuevos medios nunca sería superior a la que gozó El Porteño ni la aproximación a temas vedados sería la misma, pero no quedan dudas de que ofrecieron enfoques más novedosos.

La influencia de El Porteño trascendió también a la televisión, con la incursión de varios ex miembros de la revista en las nuevas formas de periodismo televisivo. No sería sólo el cambio en la forma de informar y relatar sucesos, sino también la selección de otro tipo de noticiabilidad donde ya no es más noticiable la causa que el efecto, el rico que el pobre, el poderoso que el excluido.

La independencia quizás no sea la misma. Tampoco lo son los riesgos. En una sociedad que madura lentamente hacia una democracia sólida, resulta casi imposible definir una práctica periodística libre y al servicio de la sociedad sin discutir su historia y sus prácticas. Recordar la historia de la revista El Porteño es un ejercicio de memoria urgente, en estos tiempos en los que se privilegia el rating a la información.

Apéndice

Entrevista a Eduardo Aliverti

23 de julio de 2013

- **¿Cómo te acercaste a revista?**
- En realidad más que acercarme, me convoca Jorge Lanata porque laboraba conmigo en Radio Belgrano. Cuando yo me mudo de Continental a Belgrano, entre el 83 y el 84, porque Sin Anestesia arranca en marzo del 84, me llevo a la mayoría del equipo desde Continental, la productora, la locutora, a Liliana Daunes, a alguna otra gente y cuando llego a Radio Belgrano lo conozco a Lanata porque él era movilero, era parte del staff. Empieza en “Sin Anestesia” como movilero, y efectivamente yo le veo alguna pasta y después lo incorporo al piso. Y empieza a hacer unos trabajos de investigación.
- **Dirigido por vos.**
- Sí, exactamente. Después también, porque tiene que ver con la historia, se incorpora Marcelo Zlotogwiazda. Viene un día del 84 a verme, me traía unos cassettes que él había hecho para El Periodista de Buenos Aires, de editorial La Urraca, sobre la Cooperativa de Campo Herrera en Tucumán. Marcelo se incorpora también al equipo que a su vez también hace buenas migas con Jorge. Y el programa se establece de esa manera con ese equipo, con otra gente que estaba también exiliada y había vuelto con el retorno democrático.
- **Radio Belgrano tenía varios programas que eran inéditos**
- Radio Belgrano fue, y en esto yo casi siempre coincido con Pergolini muchas veces con la definición de que esto fue el antes y después de la radio en la Argentina lo marca la Rock&Pop, en cuanto a lo que es criterio estético, ruptura narrativa, a la radio marcada como estructura de trabajo per se, sin depender de la agenda gráfica. La Belgrano de Divinsky (interventor del Estado en la radio), Rubén Zanoni era un funcionario radical que obraba de sub director, después hay una gerencia de noticias con Jorge Palacio y Ricardo Horbatt como sub jefe de noticias. Que son los que me convocan para hacer “Sin Anestesia”, yo no había llegado a un acuerdo con Continental y por lo tanto me mudo a Belgrano.

- **Y vos llegaste al Poteño alrededor del 86... ¿puede ser que coincida con un momento en que hubo una interna en las radios?**
- Terrible. Sí...Sin Anestesia se extiende del 1 de marzo del 84 y finales del 85, cuando se va. No tiene mucho que ver concretamente con la salida de El Porteño, pero sí es una relación en diagonal si querés. También con Página/12. Hacia finales del 85 hay dos episodios en marcha. En el 84 es el boom de radio Belgrano, había pasado a estar primera en audiencia. Incluso hasta recuerdo que hablaban de cómo habíamos pasado a Larrea en las cifras de rating. En marzo del 85, yo en un hecho muy llamativo si se quiere, soy convocado desde Casa Rosada para cubrir el viaje de Alfonsín por Estados Unidos. Es el viaje del famoso Plan Houston en marzo del 85, largo, de como 2 semanas por Houston, Nueva York, Washington, Texas, México, era la presentación internacional del gobierno de Alfonsín. Yo lo cubro y Lanata queda en la conducción del programa, para que veas cuánto había avanzado en su presencia en piso. Cuando volvemos de ese viaje ponen la bomba en la planta transmisora de radio Belgrano. Eso provoca un quiebre porque mucha gente se asusta, se va. Y ya después hacia mediados del 85 Alfonsín larga el Plan Austral del cambio de moneda. La visión y ejecución mucho más ortodoxa después de todo lo que había sido la etapa gris. Un gobierno que se derechiza claramente, más allá de que todavía restaba el proceso del Juicio a las Juntas.
- **Ahí es cuando la Coordinadora pierde la interna dentro de la UCR...**
- Exactamente. No es exactamente una interna lo que hay en las radios. Yo más bien hablaría de un gobierno radical que se asusta de lo que era esa radio.
- **Sin la política de medios podríamos decir que cambian los personajes.**
- Al frente de la Secretaría de Medios había un tipo muy considerado que era Emilio Givaja, que me consta que fue el tipo que se bancó todas las presiones de la Iglesia contra Radio Belgrano. Lo sé de fuente directa. La cuestión es que en el 85 entre la bomba y la interna, la radio empieza a caerse y hacia diciembre asume Julia Constenla, la esposa de Pablo Giusani, que había sido un tipo, el autor de “Montoneros, la soberbia armada”, el best seller de aquel tiempo. Cuando asume no se manifiesta de acuerdo, obviamente la orden viene de arriba en que siga Sin Anestesia, con lo cual el programa se transforma en un semanal de los domingos de 10 a 13 al que denominamos Anticipos 2, era el programa que yo conducía en radio continental durante la dictadura los fines de semana, y yo sigo con el mismo equipo, incluyendo al propio Jorge. Era el año del mundial de México

además. Ahí es donde yo te digo que la cosa es si querés en diagonal porque en buena medida la disrupción que nosotros empezábamos a sufrir en Belgrano, que nunca había sido puntualmente un proyecto sino la acumulación de energías de la primavera democrática, pero hay una situación en la que todas las expectativas que bajaban sobre radio Belgrano al mismo tiempo suben con el trabajo en la revista El Porteño, sobre todo Jorge. Porque las etapas son bastante superpuestas. Página nace el 26 de mayo del 87 y El Porteño adquiere una dinámica fuerte entre 1984, 1985 y 1986, casi consecutivo.

- **Ahí es cuando empezás a escribir en la revista, que incluso se anuncia en tapa.**
- Sí, a finales del 85.
- **¿En ese momento lo convocas a Alberto Ferrari?**
- Sí, a Alberto ya lo conocía, era amigo mío.
- **¿Había una idea de pasar investigaciones del programa de radio a la revista?**
- Había una sinergia. En realidad Sin Anestesia no se entiende bien sin radio Belgrano. Y sin Belgrano no entendés Página/12. Las primeras reuniones constitutivas de Página/12 son en el auditorio de radio Belgrano entre Lanata, Tiffenberg y yo. Recuerdo reuniones con Jorge en el café Varela Vareleta, discusiones muy enroscadas de Jorge con respecto a de dónde venía la guita para el diario.
- **¿Le jodía a Jorge Lanata el origen del dinero?**
- A mí me jodía, porque sentía que Jorge no me estaba siendo claro en algo.
- **¿Lanata sabía y te estaba ocultando algo?**
- Esa puede ser una respuesta. Sokolowicz aparece abruptamente como el inversor cuando yo sabía por otras fuentes que había guita de los “nica” (los nicaragüenses) y todo lo que se conoció a posteriori y todo lo que el propio Blaustein cuenta también.
- **Eva Giberti y su hijo, Hernán Invernizzi, me contaron que Lanata, Tiffenberg y Sokolowicz se conocen en su casa, mientras Hernán estaba preso.**
- Sokolowicz en ese momento formaba parte del movimiento judío por los derechos humanos. En realidad lo primero que me tira Jorge en ese momento es que la guita la iba a poner Osvaldo Sivak, que después desaparece, continúan las versiones y al final aparece Sokolowicz. Las primeras reuniones en Radio Belgrano de las que participábamos Tiffenberg, Lanata y yo tenían más que ver con El Porteño, esta es una historia poco conocida ya que Belgrano, aunque ya no existía Sin Anestesia, era nuestro bunker de reunión porque Jorge trabajaba ahí, yo también, Tiffenberg se acercaba.

- **¿Puede ser que la cooperativa se firma en Radio Belgrano? Así lo recuerda Alberto Ferrari.**
- No lo recuerdo, pero puede ser. No lo descartaría, sabés por qué? No me acuerdo yo si se firmó ahí pero hay un tema interesante y es que cuando se cae Sin Anestesia se arma una movida de los oyentes para que no cierren el programa, se hacen reuniones y se organiza hasta una marcha a Plaza de Mayo con más de 3 mil personas. Los oyentes estaban en asamblea en el Bambi, un bar enfrente de Radio Belgrano. Yo no recuerdo que se firme la cooperativa en la radio, pero Alberto tiene muy buena memoria. No lo descartaría, porque en torno de Radio Belgrano había como una suerte de núcleo de todos estos cambios. Puede ser que se haya firmado estando yo de viaje, pero no lo recuerdo con seguridad.
- **En ese momento Levinas ya estaba cansado de la revista y decía que quería criar yacarés en Formosa.**
- Sí, se quería ir a Formosa. También como cuenta Blaustein en su libro se hace un acuerdo para ir pagándole y se le paga religiosamente la cuota por la marca El Porteño. No me acuerdo cuánta guita pero sí lo que cuenta Blaustein. También ahí aparece The Posta Post, que en alguna medida es el germen de lo que después sería Página/12. Uno de los datos interesantes es que al mismo tiempo en que yo empiezo a escribir en El Porteño había mucho interés puesto en la revista pero es el momento en el que Jorge empieza a hincharse las bolas de la cosa asamblearia. Es cierto que empezaba a tornarse molesta la cosa, como después ocurrió también en el diario Sur, que apareció a la izquierda de Página bancado por el PC, en el 89-90. Es cierto que no podés hacer una asamblea hasta para discutir un epígrafe. El Porteño era una mezcla de romanticismo y mugre, gays, punks, exiliados que volvían, radicales progres, por un lado under y por el otro profesional. Había notas muy bien escritas y Blaustein relata bien cómo hay un cambio entre las postrimerías de la dictadura y la apertura democrática, cuando la revista empieza a politizarse más.

Con la desaparición de mi programa de radio Jorge Lanata empieza a pensar en esto del diario y hay una relación inversamente proporcional entre las ganas que deja de ponerle a El Porteño y las ganas que le pone al proyecto del diario. Ahí empiezan a darse las reuniones entre los tres, Tiffenberg, él y yo, de cara al diario. El Gordo Soriano aparece después, lo contacta Jorge y el Gordo aporta algún grado de creatividad en término de

ironías y causticidad, a fines del 86, sobre todo por la experiencia del diario El Canario Amarillo de Francia. Podría equivocarme por unos meses, pero hacia septiembre u octubre de 1986 las cabezas ya estaban más puestas en el diario que en El Porteño, más allá de que la revista había tenido una zona de re impacto con secciones como The Posta Post. Esa sección me valió un dolor de cabeza con un juicio de 14 años. Yo leo al aire un recuadro de The Posta Post referido a un funcionario radical del ministerio de bienestar social, Juan José Ramos, y lo que se tira como dato es que Ramos había pedido una comisión por pautar publicidad en LR8. Lo leo el domingo en Anticipos 2, textual, con un único agregado: yo digo al aire “La nota no lleva por título el cometa Halley pero bien podría llevarlo”, jugué con que por esos días pasaba el cometa cerca de la tierra. Ramos comienza juicio a El Porteño, a Radio Belgrano y a mí. El caso es que El Porteño y Radio Belgrano como solidarios en la presunción de injurio. Julia Consenla se abre, dice que soy contratado y que ella no tiene responsabilidad en el tema. Me consta por gente que se lo oyó decir que Ramos lo que quería era sacarme guita a mí. El juicio sigue contra El Porteño y contra mí, me citan, me hacen reconocer mi voz y yo como un boludo digo que sí, podría haber dicho que no. Digo “sí, lo dije yo”. Me condenan en primera instancia, en segunda instancia, recurso en queja a la Corte, hasta que gané. Pasaron 14 años. Gané en la Corte 4 a 3, estuve ahí. Empezó en 1986 y terminó en 1999.

- **El Porteño dio muchos casos típicos de persecución judicial a periodistas.**
- Exactamente. En mi caso, además, tengo la tremenda suerte de que el juez de primera instancia era un juez que no se bancaba a los periodistas ya que había sido muy señalado por la prensa por una causa en la que él falla a favor de los practicantes de mala praxis que dejan sordo a un pibe en una operación en el Hospital de Clínicas. Y en segunda instancia caigo en un juez de la revista Cabildo, que me condena mal. Tuve que cambiar de abogado, mi defensa pasa a Monner Sanz, con quien tenía muy buena relación. Eso termina en 1999 pero El Porteño tenía una pila de juicios además del mío. En mi caso fue más grave porque me condenaban a una suma de dinero más grande por considerarme un periodista prospectivo, es decir un formador de periodistas, por lo que el daño por haber leído esa nota de la sección The Posta Post era mucho más grave que el daño de la publicación original.
- **Me pregunto qué pasaría si aplicáramos esa misma lógica al periodismo actual, como lo que hace Lanata los domingos.**

- Ni hablar. Acordate que entonces regía calumnias e injurias y demás. Cuando me condenan en segunda instancia se porta muy bien el gremio, los colegas salen a defenderme muy bien.
- **Cuando empieza Página seguís en El Porteño un tiempito, no?**
- Sí, un tiempo sí. Después me voy. Empiezo en Página/12 desde el primer número, tres veces por semana en columna chorizo. En una nota del año pasado titulada “¿Qué te pasó, Jorge?” él admite esto que te voy a contar. Él jugaba con eso de “el diario de Aliverti”, Jorge dice que me ofrece laburo en el diario porque necesitaba mi firma. La verdad de la milanesa, y pocas veces lo he contado, es que a los 3 o 4 meses yo no estaba muy bien de ánimo, porque me había quedado sin radio en Buenos Aires, y es cuando empiezo a viajar una vez por semana para hacer radio en Rosario. Fue el único momento de carrera en que me quedé sin radio, por fuera de una columna telefónica dos veces por semana, por teléfono, sin micrófono. Página/12 en ese momento me permitió anclar periodísticamente. En mayo del 87 sale Página, esto pudo ser en octubre o noviembre. Nos reunimos con Lanata y Sololowicz. Yo tenía una postura muy adversa al gobierno radical. En ese almuerzo en la esquina de Belgrano y Perú Jorge me dijo que le parecía que algunas columnas no estaban bien escritas, algo medio raro. Yo le dije “Me parece que no me estás siendo sincero”. Y me dice “la verdad es que tenemos rebote negativo de publicidades por el hecho de que escribís vos”. Si es así, decímelo directamente, no me hables de la calidad de mis columnas. Estamos hablando concretamente de empresas que no querían anunciar en el diario. Jorge me dice que los costos se le iban, que necesitaban vender más publicidad. “Queremos bajar un cambio – me dice – y la verdad es que hay temas en los que tampoco estoy de acuerdo con vos”. Muy interesante el planteo. Alfonsín había llamado al diálogo político con las fuerzas del espectro, y yo había dicho que eso era una puesta en escena que no conducía a un carajo, que Alfonsín quería apañarse en una cantidad de fuerzas para darle algún sustento institucional a su gobierno.
- **Después de Semana Santa del 87...**
- Exactamente. El almuerzo terminó en que escribía una columna los sábados, pero que no aceptaba que me tocara la guita, porque el acuerdo era otro. Jorge realmente ya no era, ni por asomo, el tipo ideológicamente rebelde que era o que se quiso construir respecto de la etapa de El Porteño.
- **Llevaba al diario como un empresario.**

- Sí, claramente.
- **En qué medida creés que Página surge del talento u oficio de Lanata y no de un grupo de personas.**
- El que lo milita al diario, el laburante realmente es Tiffemberg y en buena medida lo fue también en El Porteño, más allá de las ingeniosidades de Jorge en los títulos de tapa. El que milita el diario es Tiffemberg, que había hecho lo mismo en El Porteño. En los primeros tiempos Jorge se mete bastante en la redacción, pero en la revista Jorge laburaba en los títulos de tapa y de la nota central. El resto lo hacían Alberto Ferrari, Tiffemberg, Blaustein, Di Paola, el conjunto de gente que estaba ahí. Graña, Ragendorfer... por lo tanto yo diría que Jorge es el tipo que provee de gancho estético e ingenioso a los títulos y notas centrales. Tanto es así que cuando Jorge se va del diario, él cree que el diario no va a subsistir y sin embargo, gracias a Tiffemberg el diario sigue muchos años más.
- **Invernizzi me lo dejó bastante claro. El grupo duro de gerentes de Página, incluido Tiffemberg, es un grupo de camaradas. Nadie te va a contar nada.**
- Sí. Particularmente Tiffemberg respecto de Lanata. No han hablado de Lanata.
- **Si ellos hubieran querido desacreditarlo, lo podrían haber acusado de cosas que en el periodismo no están bien vistas.**
- Así es, cosas muy jodidas. Haciendo un agregado, está toda la cosa de si fue cierto o no que el diario perteneció a Clarín.
- **Lanata contó en 2009 en una entrevista con Noticias que él se reunió durante 6 meses con Magoni.**
- Sí, pero no es lo que te cuentan Tiffemberg y Soriani en privado. Hay dos cosas por las cuales son reacios a dar notas, una es el origen original valga la redundancia de los fondos de Página, y el otro aspecto es la venta o no venta a Clarín. Otro tema es el respeto a la camaradería romántica de los años de trabajo en la revista, no quieren revolver. Yo también soy un poco así, soy reacio a hablar de colegas por fuera de algún momento de calentura como me pasó con el propio Lanata.
- **El tan de moda “periodismo de periodistas”.**
- Claro, esta entrevista es para tu trabajo de tesis, pero si fuera una entrevista sobre Lanata te diría que no.
- (...) ¿Vos eras amigo de Levinas?

- No, yo lo conozco por Jorge. (...) Después de la etapa de El Porteño hablo con él por su investigación del tema AMIA. (...) Sí te puedo decir que nunca me enteré de que él censurara a nadie en El Porteño. El tipo iba y de ninguna manera que me conste a mí jamás bochó una nota ni nada que se le parezca. Estaba Tiffenberg de jefe de redacción y estaba Fogwill coordinando las notas. Como dice Blaustein algunos eran más prestanombres que otra cosa. Yo tampoco era un habitué, iba a reuniones más que nada, también a choricéadas y empanadas a las que íbamos todos. Pero realmente merece la categoría de revista de culto. Es interesante lo que señalas de que no haya una memoria oral y escrita en torno de El Porteño, supongo que deben haber confluído muchos factores. El propio Lanata lo tiene borrado de sus registros explicativos. Levinas se va a criar yacarés y desaparece de los lugares que solía frecuentar.
- **Él reivindica solamente su etapa, cuando en realidad la revista es bastante buena durante casi una década, hasta que se va diluyendo en el menemismo.**
- Tiene una etapa de lenta desaparición, un fade out, hasta febrero del 94.

Entrevista a Eduardo Blaustein

26 de julio de 2012

- **¿Cuándo entraste a la revista? ¿En la primera etapa de los primeros números de Levinas o en la etapa cooperativa?**
- Ambas dos. La ventaja de esto es que se cuenta rápido porque hay poca cosa. Entré en la etapa Levinas, yo venía del exilio en España. Creo que mi primera nota salió en diciembre del 82'. O sea que la revista ya llevaba dos años, y ya la conocí con su formato chico. Estuve un año y medio, dos, todavía con Levinas. Yo entré en un período oscuro, Levinas me despidió con justa causa, pero yo seguí ligado...
- **Como dicen los chicos ahora ¿estabas en cualquiera?**
- No, estaba bajón. Es como que la vuelta del exilio me pegó un poco tarde.
- **¿Dónde habías estado exiliado?**
- Empecé en México 6 meses y después me fui a Barcelona.
- **¿Ahí estuviste con Salinas?**

- Al Beto Salinas, Pajarraco, lo conocí, sí... Es muy emblemática la primera parte del exilio porque íbamos a la casa. Su actual pareja vivía en un departamentito de uno o dos ambientes y en el mismo complejito vivían dos parejas más de exiliados. Entonces compartíamos los fideos...lo conozco de esa época, y nos tenemos cariño. Es un tipo inteligente pero descontrolado.
- **Entonces agarraste ya la etapa de la revista chica.**
- A la etapa de la revista grande yo le tengo mucha admiración. Es lo que más me parece que puede aportar sobre la revista El Porteño. Con Levinas entré en confianza rápido al punto que yo le reescribía... Gabriel escribía medio mal en esa época, y yo le reescribía los editoriales y esas cosas. Y me encargó al poco de llegar esa edición que compila lo mejor de los primeros años del Porteño. Ese laburo lo hice yo. Después medio rajé, seguí de lado. Gabriel conmigo afuera me planteó que la revista tenía que cerrar, y Lanata que venía colaborando en la etapa no cooperativa, y mostrando esa cosa impetuosa, esa capacidad de laburo, fue quien tuvo la idea salvadora de hacerla cooperativa. Entonces yo reingresé en la etapa cooperativa, hasta unos meses después de la fundación de Página/12.
- **Y te fuiste a Página...**
- Claro. Por un tiempito sostuve El Porteño y Página, pero tuve que largar la revista.
- **Tu hermano sí se quedó en la etapa cooperativa, no?**
- Yo lo veo súper desdibujado a mi hermano. Puede que sea una negación. Me acuerdo vagamente de cuánto estuvo. No sé si siguió.
- **¿A vos realmente te consta que la idea de la revista era de Levinas? ¿Que la mayor cantidad de las notas y producciones era de Levinas?**
- No, nunca es un cien por cien. No puedo jugarme la vida porque yo no conocía el nacimiento de la revista porque yo estaba afuera. El que había hecho periodismo y el escritor, obviamente era Miguel Briante. Había pasado por los típicos seminarios cool de los 60. Había intervenido en la filmación de Operación Masacre. Di Paola era un tipo de un talento extraordinario. La dupla y la amistad era Di Paola-Miguel, que yo sepa.
- **Ellos eran un poco más grandes que Levinas, que tenía 32 años...**
- A mi Gabriel me llevará...8 años ponele.
- **Claro, cuando fue la bomba en el 83, tenía 32.**

- Miguel le llevaría a Gabriel otros 8 o 10 años. A mí me convoca Miguel Briante. A ver, yo voy espontáneamente, mis amigos me dijeron “che, hay una revista copada, es El Porteño”. Voy, les digo vengo de España, estudié periodismo. Me dicen: “bueno, probemos”. Mi primera nota me la mira, me la encarga, me cuenta de qué se trata y la titula Miguel. Y me dice en ese estilo entre hosco y tanguero: “bueno, por fin uno que escribe en castellano”. Y a la segunda nota me llama Miguel y me dice “Necesitás laburo? Vení para acá”. Hay aspectos de la diversidad y aspectos de la modernidad de El Porteño que se puede decir que son de Gabriel Levinas: medio ambiente, plástica, tener un corresponsal mandando cosas bananas de Nueva York. Después esa cosa antropológica indigenista debe ser un fifty-fifty. Cosas de ciencia un fifty fifty con Dipi (Di Paola) que también debe ser un tipo muy copado. Discutir la ciencia posta, muy serio, desde un lado de vanguardia.
- **¿Cuál era más o menos la identidad política de los que estaban ahí?**
- Yo había sido un pendejo de la UES, como tantos. Miguel era un nacional popular... el resto era buena gente, que no sé si ahora tiene alguna militancia. Por esta cosa social antropológica más desde un problema de apertura cultural que desde un tema de lectura política chica, que eso es lo que más me importa de El Porteño. Era una revista capaz de permear a diferentes pensamientos pero no por este pluralismo liberal pelotudo superficial políticamente correcto, sino por potencia. Por eso se mete con los indígenas, o los trata, que eso sí debe ser una cosa de Gabriel, lo de los primeros desaparecidos.
- **Se nota que no hay una discusión hacia adentro...**
- Se discutía mucho hacia adentro, con mucha lealtad.
- **Pero no se ve en las notas. Y ni siquiera en la memoria de los que voy entrevistando. Hoy el gremio está muy politizado, pero por lo que voy hablando, nadie te habla mal de las diferencias que tuvieron entonces.**
- Por ejemplo, hacemos un paralelo con la revista contemporánea HUMOR... sí tuvo una discusión más agria entre una mayoría alfonsinista más que radical, y un núcleo peronista chico, con Sasturain, José Pablo Feinmann. Fue una discusión más dolorosa. Nosotros a lo sumo tuvimos una discusión con Enrique Symns incluído de si las Madres se zarpaban con las exigencias hacia el alfonsinismo, al no ser más comprensivas de la debilidad de Alfonsín. Pero básicamente estaban todas las líneas. Peronistas como los de antes, como Aníbal Ford, también peronistas que venían de la izquierda. Gabriel tenía alguna relación

con el alfonsinismo. Había una diversidad linda. Había modernos, tipos como... pero cuál era la pregunta original?

- **Si las diferencias políticas eran graves.**
- Entre nosotros eran tal vez una boludez. Pero también hay que verlo en otro contexto.
- **Como decías vos, el exilio me parece que también los había aunado a todos, no? En el sentido de que no importaba demasiado ponerse a medir las diferencias.**
- Suponete, ya estaba la etapa privada y ya venía la cooperativa. A Alfonsín le dimos tal vez duro y parejo pero está bien, qué se yo...yo a veces me arrepiento de cómo le pegaron Página/12 y El Porteño. Hoy, siendo más grande, más viejo y más prudente, bajaría un poquito. Y después con Menem era un festival y todo el mundo estaba de acuerdo con pegarle y era facilísimo pegarle. Entonces en todo caso bastante después podría haber habido una interna entre un sector más izquierdista y hasta más troSCO y otros que veníamos del peronismo. Pero que yo recuerde, nunca una discusión política.
- **¿En el número de la bomba vos estabas?**
- No. Estaba en el avión prácticamente, estaba viniendo. Sí, fue el mes que volví, y creo que el Pájaro (Salinas) manda una carta en solidaridad, no?
- **Así es.**
- No, cuando yo voy...había un bombazo ahí en la puerta del boliche. Hay que incorporar esas cosas para sumarlo a la fisonomía de la primera redacción. Era un lugar colgado, piojoso, asqueroso, como si te dijera...viste esos teatritos de la calle Humahuaca o así? Pero éramos enteramente felices, en una oficina de adelante...una especie de depósito, no sé cómo llamarlo. Todavía lo tengo desdibujado.
- **Encontré una nota muy buena en donde le hacen una entrevista a Levinas y le preguntan por qué le pusieron la bomba.**
- Siempre fue ingenioso (Levinas). Era un símil Lanata...A veces está bueno para hacer una nota, pero a veces el personaje se impone a la seriedad con la que labura. Siempre fue un tipo ansioso. Lo que te quería decir es que vos compartías esa relación en un espacio medio bohemio como cualquier otro, pero aquello era totalmente antiprofesional. Nosotros cocinábamos ahí, uno era músico, otro dejaba la guitarra, Hilda Lizarazu llegó a hacer fotos para nosotros.
- **Me contaba Eduardo Rey que en los cierres jugaban a la pelota.**

- Claro. Era un lugar de encuentro y de joda. No se puede hacer un lindo producto sin alegría y sin idas y vueltas, sin charlas. Y aun cuando la revista era bastante poco profesional y según qué nota, medio mal escrita, latían las miradas singulares de El Porteño. Por eso te digo que yo rescato incluso más los dos primeros años de Levinas estando yo afuera... eran todos temas desconocidos: derechos humanos, medio ambiente. Después, con la llegada de Alfonsín se politiza la revista. Es mucho más previsible el periodismo político, lo cual era inevitable. No había otros medios.
- **Se parecía más a El Periodista**
- Salvo por un dossier interno que habrás visto que lo coordinó Aníbal Ford que es ahí donde lo conocí, con José Rivera y entonces ahí había temas de discusión profunda en unas 6/8 páginas.
- **¿Laburaste en El Periodista también?**
- No. Habré metido por ahí una colaboración.
- **De ahí, además de El Porteño, ¿dónde estabas?**
- No, yo estaba soltero, vivía en un ambiente y me alcanzaba con esa guita. Y otro dato de color simpático, no sé si te lo ha contado otro, es que cuando se hizo la revista, como no había un mango, arrancábamos Tiffenberg, Lanata, Andrea Ferrari y yo con medio sueldo de sueldito. Esto era militante.
- **¿Se les pidió a los que podían que colaboraran con algo?**
- Sí, pero no era una gran guita. Se supone que sí, aunque si no podías, no pasaba nada, un integrante de la cooperativa ponía cien mangos, no sé.
- **¿La cooperativa se arma oficialmente en el auditorio de radio Belgrano, no?**
- ¿Ah sí?
- **Así lo recuerda Alberto Ferrari, al menos. Dice que se acuerda de Lanata anotando los nombres arriba del piano de Radio Belgrano.**
- Me re olvidé de eso. Y eso que yo vivía a 3 cuadras de Radio Belgrano. Bueno, el gran mérito de Lanata es ese: aunque yo ahora esté muy peleado con su postura. Puede que la idea haya sido también de Aliverti, siguen teniendo una competencia estúpida al día de hoy. Puede que Ernesto Tiffenberg haya tenido la idea también, no sé. Pucha, cómo me olvido de todo. Empieza con un grupo de no me acuerdo cuánta gente, a alguna de esas reuniones yo fui, armadas por Ulanovsky a la vuelta del San Martín.
- **¿Ulanovsky tuvo un rol principal en el armado de la cooperativa?**

- No, él era uno de los cooperativistas. Fue un poco como la etapa de Página en la que iban juntando firmas. Se juntaban algunas firmas de prestigio para relanzar el producto y después era un problema porque algunas de esas firmas, como éramos pendejos bastante cancheros, no nos gustaba lo que escribían y bueno, es un compañero de la cooperativa. En otros casos no escribían nunca, a (Osvaldo) Soriano para arrancarle una nota había que hacer malabares.
- **¿Había rispideces porque algunos escribían todos los números y otros no?**
- Sí, había problemas con eso. También había rispideces con las asambleas, lo mismo que se planteó en el año 2001-2002: ¿hasta dónde la horizontalidad, democracia y asambleísmo puro, y hasta dónde los derechos de los que llevábamos la revista mes a mes, con un margen de autonomía?
- **¿En qué momento pasaste al consejo de redacción?**
- De entrada, con el primer número cooperativo. Habría que fijarse en el staff.
- **Hasta que sale Página/12.**
- Lanata ya se había ido con Ernesto, y me llama, me dice “Venite para acá”. Duré pocos meses en los dos lados. Había una discusión entre los que éramos más hippies... Lanata era el más normal. Un muchacho de barrio pese a todo más capitalista y pragmático de las cosas. Nosotros, de ácratas que éramos, queríamos abolir las jerarquías. Hubo una primera discusión con Lanata sobre eso, se resolvió con Tiffenberg.
- **¿Hubo un momento en que Lanata quiso ser director sí o sí, puede ser?**
- Algo por el estilo, sí. Lanata no te cedía lugar. Después se agarró con el Pájaro (Salinas) por este tema. En un momento decidimos que la decisión de oro sea de Ernesto Tiffenberg para dirimir esta discusión, una cosa así.
- **¿La parte económica, la llevaste en algún momento?**
- La llevaba Andrea Ferrari, aunque todos sabíamos que no había un mango. Alcanzaba para un sueldo o un medio sueldo, las colaboraciones y para nada más. En algún momento íbamos a pedir algún apoyo al gobierno o algún político progre para que nos tirara unos mangos, esas cosas. Una vez, Lanata quiso ir a Bolivia a cubrir la llegada de unos Rangers norteamericanos, y le dijimos “¿Con qué guita?”, no teníamos un mango.
- **¿Se armó quilombo con Lanata por una nota sobre los intelectuales alfonsinistas, no?**

- Una nota chota de las típicas que yo no haría hoy y que podría ser parecida a cuando la derecha hoy hace una nota sobre los “intelectuales K”, porque Lanata siempre tuvo ese periodismo a mi gusto un poco cínico y de mala leche, los intelectuales del poder, como hablar hoy de Carta Abierta. Lo que yo quiero rescatar acá es que había un temperamento más capitalista e individualista en Lanata, más por su forma de ser, que se reflejaba en esto. Él decía “ustedes y sus conceptos de jerarquía y cooperativa me tienen hartos, yo me mando, yo hago lo mío” y nosotros, como veníamos de la izquierda, teníamos un concepto más discutidor. Una frase buena de Lanata, por más que a veces los fundamentalistas del cooperativismo nos rayaban a nosotros también, era “No podemos discutir hasta el epígrafe de una foto en cooperativa”. Una parte de razón tenía.
- **¿Estuviste en el número 0 de Página?**
- No, conté la historia hace poco en una nota en Perfil, que todavía no pasé a cobrar. Lanata decía que quería hacer el diario inspirado en Walsh, porque en ese momento tenía una cosa así walshista e izquierdista, votaba al MAS, era muy cuadrado, cualquier cosa para él era fascista. Era un oxidado. Sentido del humor no tenía, lo adquirió con el tiempo. Así que inspirado en Ancla y en Walsh dijo, quiero sacar un boletín de contra información. Era eso Página/12. Después Lanata conoce a un flaco que era ex preso del ERP (Pancho Provenzano) y consiguió gaita para Página, el proyecto creció y ya no fue el bolentincito de contra información sino que fue un diario.
- **¿Él quería hacer un The Posta Post diario?**
- Claro. Cuyo nombre, quiero remarcar, lo puse yo. La idea como sección fue de Lanata. Es la posta y el Washington Post. Yo tengo la posta, Washinton Post, no es una cosa del otro mundo. Pero el rebote histórico que tuvo sí fue muy grande. La hacían Helfgot y Ferrari. Es la discusión sobre cómo Narciso mata al periodismo. Tenés que estar figurando todo el tiempo con Twitter. Levinas, como Lanata con Página, caen en una teoría medio psicoanalítica berreta que tengo. El proyecto periodístico de Lanata, más exitoso y más hermoso y donde él fue más feliz, fue Página. Yo creo que desde que él se fue, sabe en algún lugar que no estuvo a la altura de aquello, más allá de cómo puedas vos repartir los méritos de Página. Y Levinas fue un pibe feliz con El Porteño. Y es muy difícil dejar la famita, o la fama, que te traen esos momentos. Yo lo viví muy modestamente y lo entendí cuando saqué mi primera novela. Por un mes y medio me llamaron de distintos medios, pero cuando dejaron de llamarme me sentí vacío.

- **¿Qué anécdotas recordás vos de la revista, de qué momentos de la revista te jactás?**
- Yo entré cuando la revista ya estaba en marcha. Tendría que pensar un rato. Notas que hicieron quilombo, hubo una que consiguió Lanata con los documentos secretos de los aprietes del FMI, totalmente paradigmática. Otra tapa era el escándalo de la privatización de la Ítalo. Eran políticas todas las tapas que hicieron quilombo. Hubo un título que hizo mucho ruido y que fue muy doloroso, y que todavía resuena vagamente, que fue una entrevista a Fredy Storani cuando fue el Punto Final, que fue “Voté con nauseas”. Yo creo que no eran tanto las tapas como la cosa cultural, cuestionadora, que transmitía, esa cosa desestructurada que después se transmite a Página. Había una cosa hiposa, linda. Yo metía volantas totalmente ridículas. Recuerdo una nota de discotecas, hice un juego de volantas que parecía una publicidad de FM yankee, era muy divertido. Las notas sobre rock nacional, con una mirada nacional y popular piola, pero a la vez con algo de nuevo periodismo yankee. Que estaba presente en las notas de Symns también. Fuimos muy vanguardistas con la homosexualidad, la droga, el SIDA, todo eso en la revista Cerdos y Peces. Aun cuando yo tenía discusiones de frente con Symns, donde yo le decía que era una contracultura panfletaria, donde él mismo decía “Soy el más malo, el más provocador”. No lo digo de mala onda, pero todos terminan presa del personaje que se crean, así como Lanata es el fiscal, ese *panfletarismo* cuando nos pasamos a Página se transfiere también.
- **¿Cómo era la junta? ¿Iban a recitales, esas cosas?**
- Íbamos a los recitales de Los Redondos. Enrique (Symns) era monologuista de la vieja época de los Redondos cuando hacían una especie de performance multimediatca. Con lo cual íbamos seguido al Paracultural, incluso creo que hicimos algo ahí para el primer aniversario de la cooperativa. Había una cosa así bonita casi cholula de mi parte, en que (León) Gieco dejaba su guitarra en la revista y yo un día la abrí y se la toqué un rato.
- **¿Gieco dejaba la guitarra en la redacción?**
- Sí, una de las guitarras. Pasaba a tomar mate. Se tocaba folclore también, que era uno de los temas incorporados. Era una parte nac & pop por antropología. Yo mismo hacía muchas notas de música que iban desde el Indio hasta Lito Vitale y esa época. Me acuerdo de otra época en la que estaba Solita Silveyra, que creo que salió un tiempo con Levinas y yo bailaba con su hija. ¿Qué se yo? Esas boludeces. Abominábamos un poco de cancheridad y de reírnos de algunas cosas fosilizadas como la izquierda clásica.

Entonces me acuerdo de dos cosas: una tapa que me gustó mucho y que decía “¿Existe la izquierda?” con una típica foto del Che con trama roja, y un huevazo. Muchos militantes de izquierda se rayaron. Así como se rayó cierta parte del peronismo cuando sacamos un cuento de Perlongher (Evita vive), que nos criticaron bastante. Así mismo se rayaban dos tías más que eran del Partido Comunista, ya fallecidas, porque yo escribía una nota sobre villas con todo mi amor pero con un lenguaje más ácido, y ellas se escandalizaban por ese lenguaje. Nos pasábamos un poco de rosca. Ayudamos a instalar un poco el término psicobolche, a consolidarlo y a legitimarlo, de lo que tengo un leve arrepentimiento. Todo el imaginario del pulóver peruano y qué se yo. Todo eso lo vivíamos con la intensidad con la que los jóvenes viven su laburo, pensando que la estás inventando, que sos un vivo bárbaro.

- **Con respecto al cuento de Perlongher, en qué momento se les ocurrió que no iban a tener problemas al sacarlo?**
- No, como decía Cascioli de Humor, son cosas que uno hace con inconsciencia, sin saber que te vas a meter en quilombo. Del mismo modo, creo que Enrique Medina escribió una nota medio literaria sobre los porteros de edificios tratándolos de fascistas. Inmediatamente vino la crítica del Suterh¹³³.
- **¿Hiciste alguna nota de investigación en la revista?**
- Siempre fui un mal periodista de investigación, puedo hacer una buena nota de investigación pero no soy un buen periodista de esos que busca expedientes, toma café. Esos eran Lanata, Ferrari, Salinas... Tiffenberg hacía internacionales. Zloto empezó a meter sus primeras notas ahí. Una vez lo tuvimos como 3 meses haciendo una nota sobre una cooperativa de discapacitados en sillas de ruedas. Cuando vino con la nota era un bajón, y jodíamos con el título obvio, “una cooperativa sobre ruedas”. Me acuerdo de esa nota suya, supongo que se la publicamos al final.
- **¿Cuando la revista empezó a decaer, vos ya te habías ido?**
- Ya la veía de lejos, iba con mucha dificultad a alguna reunión, la dejé de leer. Sí metí algunas notas, pero sueltas. Una tapa que dio que hablar, en un momento en que yo todavía estaba cerca, fue cuando pasó lo de la Tablada. Estaban Graña, Olga... yo ya estaba en Página. Escribí una nota bastante paranoica. La primera tapa decía “La conjura de los necios”, como el título de la novela. Y la siguiente fue un descubrimiento creo que

¹³³ Sindicato Único de Porteros de Edificios de Renta Horizontal.

del Beto con otros, y es que faltaba gente de la foto. Esa habrá sido una de las últimas tapas impactantes de El Porteño. Al mismo tiempo Página/12, por su vinculación con el ERP y el MTP, incluido yo que había llegado a colaborar en una revista del MTP, le resultaba más complicado abordar ese tema.

- **¿Para vos era evidente la relación de dinero del MTP en Página?**

- Son esas cosas que te enterás de a poco. No me acuerdo con qué consciencia lo viví en ese momento, pero hoy me resulta muy claro y muy natural. Más me acuerdo, eso fue lo terrible, de gente re tranqui que murió ahí, como dos muchachos que eran amigos de Página y que murieron ahí. Me acuerdo con mucho cariño de estos dos compañeros, del Tito Burgos y del otro pibe, que no me acuerdo el nombre. Igual eso no le quita mérito al diario.

- **Hay gente que piensa que sí se lo quita. Igual es un buen diario.**

- Es un buen diario, pero viene bien recordarlo para que Lanata no se haga tanto el cristiano y no diga “Yo no hubiera matado gente en los 70”. Él dice, sobre todo frente al discurso kirchnerista, “yo no hubiera sido guerrillero ni hubiera matado gente”. Pero te financiaste con el ERP. Y a mí me parece perfecto, pero sé un poco más maduro.

- **Él lo negó durante décadas, hasta que en 2009 lo blanqueó en una entrevista en Noticias. Se reinventa todo el tiempo.**

- Sé un poco más maduro, no seas ingrato. (...) Me acuerdo de una tapa que hicimos con el título “Todos somos Alfonsín”, siempre la recordamos con el Patán (Ragendorfer). Estabamos todos con caretas de Alfonsín, Patán llevó a su hija que hoy tiene 25 años. La hicimos en la casa de mi vieja. Tiffenberg estaba disfrazado de abuelita. Lanata no vino, en todo lo que era colectivo el gordo no se prendía. El gordo se la creía la de director, era un futuro Citizen Kane, y nosotros con toda la mística culposa de la militancia, de lo colectivo. Esa gran diferencia es muy divertida para proyectarla. El gran Henry Ford individualista fue Lanata. El Gordo, por creérsela, era capaz y fue capaz de hacer la cooperativa, Página 12 y todo lo demás. Después le podés sacar la proyección ideológica: Gordo te convertirse en un individualista que te cagás en todos.

- **Como periodista, Lanata metió la pata en notas grandes, que lo dejaron en evidencia.**

- Tiene una mirada muy poco rigurosa, es la mirada televisiva. “Tal es corrupto” y tiene un título. En Crítica él tenía un grupo de muchos seguidores. Los pibes en un momento, a

pesar de que no eran kirchneristas, decían “Pará un poco, estamos haciendo tapas inconsistentes”. El gordo es la venta de la nota, no es el rigor, es el gancho.

Entrevista a Eduardo de la Fuente

26 de septiembre de 2012

- **Empecemos por tu llegada a la revista, si te parece.**
- Yo era el único que no tenía relación anterior con Levinas, ellos me lo presentaron. Te confieso que no me causó una buena impresión, me dio la sensación de que íbamos a tener diferencias, y de hecho las tuvimos. No supe por qué, son cosas de intuición. Yo veía en Gabriel a un buen tipo pero con mucha preocupación comercial. Él decía que la guita se la daba el padre y que él debía cuidársela. Está bien, planteada la cosa así, era una responsabilidad fea, porque además jugábamos a perder, estaba claro eso. ¿Cómo se podía ganar con eso? Y bueno, así empezó la cosa.
- **¿La preocupación comercial tenía que ver con asuntos editoriales?**
- Sí, yo prácticamente quedé desvinculado desde el primer número porque Gabriel me censuró una nota. Yo trataba de reflejar lo reaccionaria que era la burguesía nacional argentina. Le había hecho un reportaje a la gente de Las Marías, a los Navajas Artaza. Estos tipos habían hecho un viaje a Alemania en plena dictadura porque necesitaban una caldera para un secadero de yerba mate o algo así. Los tipos estaban horrorizados porque cuando discuten con la fábrica alemana, les dicen que sí, que pueden hacer la caldera, pero que el tema de los plazos lo tenían que discutir con la comisión obrera, con el sindicato. La comisión obrera vetó el proyecto porque no les daba el plazo que quería Las Marías. El tipo que me relataba esto estaba indignado, decía que el comunismo había copado todo. Eso reflejaba yo en la nota, no sé si era buena o mala, pero se acercaba la vuelta de la democracia y la burguesía nacional iba a jugar un papel importante. Me parecía interesante contarle. Gabriel me dijo “esta nota no, a mi viejo y a los amigos de mi viejo que me bancan no les va a gustar”. Yo le dije “Vine a trabajar acá porque no estaba condicionado”. Seguí por mi gran amistad con Miguel (Briante) y con Dipi (Di

Paola). Muchas veces no escribía nada pero colaboraba en todo lo que podía, hacía correcciones, esas cosas. Era muy interesante, aún con la limitación que me marcaba Gabriel, que era una limitación de guita pero también ideológica. Pero no me ofendí ni nada.

- **¿Eran tan amigos Briante y Levinas?**

- Había una distancia, Briante y Di Paola eran iguales, eran pares. Levinas era otra cosa. Un poco más joven y además era el socio comercial.

- **¿Tenía pasta para dirigir la revista?**

- Sí, indudablemente la tenía, más que nosotros. Pero era muy juvenil de todas maneras. Tenía más criterio de patrón, pero sin usarlo en término jodido. Eran dos clases de tipos distintos. Dipi y Miguel eran dos bohemios y Levinas tenía los pies sobre el piso, era más calculador.

- **¿Briante tenía el estigma del escritor maldito?**

- Sí, sí, poco publicado y con poca producción. Efectivamente. Dipi lo pinchaba para que escribiera. Miguel era así, no había forma de convencerlo, era un tanque de guerra. Era un personaje interesante.

- **¿Vos estabas en el número de la bomba, no?**

- Sí señor, es más, yo fui el que dijo “nos volaron la redacción”. Estábamos en Tiempo Argentino, trabajábamos con Miguel ahí. Mi forma de ganarme la vida era Tiempo. Había una cosa muy linda, tenía un comedor el diario, una concesión privada donde había un asturiano re macanudo que cocinaba bien y era un gran bebedor. Por lo tanto con Miguel hacíamos unas transnoches espectaculares ahí, había una camaradería muy linda, nos quedábamos en el diario chupando, contando boludeces. En una de esas estábamos ahí y sentimos un estallido. La redacción era un depósito enorme, una cuadra como de 100 metros, nunca ví una redacción tan linda como esa. Yo en eso me paré y dije “la explosión vino de allá”. Estábamos en Barracas. Me quedé pensando y me di cuenta que venía en sentido de la redacción de El Porteño, en San Telmo. Y le dije a Briante, “Miguel, nos volaron el Porteño”. No sé por qué lo supe, en esa época estábamos amenazados, habíamos recibido varias amenazas. Nos tomamos un taxi y ahí lo encontramos a Comte Macdonald, un abogado que le habían secuestrado el hijo y que se había puesto a militar y se había hecho amigo de Miguel y de Levinas. Estaba muy mal con la desaparición de su hijo.

- **Firmaba Comte solamente.**
- Sí, además era abogado de Levinas. Él ya había llegado ahí. Nos encontramos las ruinas. La mayor preocupación de Miguel era su gato montés, que no le hubiera pasado nada. Estaba ahí aterrorizado pobre gato, pero no se había escapado ni había sufrido daño alguno. La bomba no destruyó el edificio pero no quedó nada adentro. Si había alguien adentro no la contaba, que no te quepa duda. Por lo menos te quemaba. Así recuerdo esa noche. Y no sé por qué carajo no apareció Gabriel esa noche.
- **¿Se quedaron esa noche ahí?**
- Sí, porque hubo que hacer trámites. Además una cosa maravillosa, estaba tan claro que lo habían hecho los servicios, que no vino la policía. Si hoy estalla algo, cae la policía de oficio. Miguel tuvo que ir con Comte a hacer la denuncia. Fue muy caótica esa noche.
- **¿Les quedó claro qué sector les puso la bomba? ¿Si el batallón 601?**
- No, porque además había una interna entre ellos. Era un quilombo. Tenías que tener un cuidado. Se tiraban cadáveres entre ellos. Los periodistas éramos en general prenda de los quilombos entre ellos. Una locura. Sobre todo colegas que se sentían totalmente seguros porque habían hecho un arreglo con alguna rama militar, era lo peor que podían hacer. Si yo tuviera que definirte cómo fue el principio de El Porteño, te diría que era una cueva de amigos. En un momento en el que esperábamos un cambio pero que no sabíamos por dónde ni cuándo iba a venir. La guerra de Malvinas no la imaginábamos, Alfonsín menos que menos. Yo me burlaba mucho en Confirmando de los compañeros radicales de la Coordinadora, muy cercanos a Alfonsín. Alfonsín no existía como dirigente en esa etapa. ¿En el 80, quién carajo lo conocía? Fue una banda de amigos, en una etapa de amigos. Todos éramos conscientes de que algo había que hacer. Todos queríamos encontrar un rinconcito para decir algo, eso ya te sanaba espiritualmente.
- **¿La idea era sumarse a Humor?**
- Sí, era sumarse a Humor desde un lado cultural y político. Humor era una gran brecha que se había producido. Mi hermana trabajaba en Humor y yo tenía por ella una idea de lo difícil que era. Le amenazaban a los anunciantes, por ejemplo. Lograban conquistar un anuncio y al mes siguiente no lo tenían más porque le habían apretado al anunciante.
- **¿Te fuiste antes de la etapa cooperativa?**

- Sí, creo que no lo hubiera soportado (risas). Tiempo Argentino empezó a salir todos los días, me eligieron delegado de personal, fue un compromiso mayor. Y ya me empezó a disgustar algunas cosas de El Porteño.
- **¿Hay un momento en el que Levinas hace un giro a la derecha?**
- Exactamente. Levinas estaba muy derechizado. Esa era mi opinión. Y mis peleas con mis amigos cuál era, “Muchachos, le hacen muchas concesiones”, y me respondían que no podían evitarlo porque finalmente era el patrón.
- **Briante quería irse antes de la bomba y por la bomba se quedó, puede ser?**
- Estaba muy peleado. Había una pelea muy grande en ese momento. En general fue una etapa de mucha puteada, había mucho desconcierto. Empezaba a verse un poco más claro el panorama. Poco después Comte fue diputado por la Democracia Cristiana, pero fue su peor época. Es la época que lo lleva al suicidio. (...)
- **Igual con ese giro a la derecha seguían estando las Madres, los gays...**
- Sí, era muy contestatario. No lo puedo acusar de fascista, pero hubo un giro a la derecha. Eran épocas en las que todos estaban reposicionándose. No lo considero un enemigo a Levinas. En realidad la mayor pelea que teníamos era que cuando empezamos la revista, él tenía una novia jovencita y a mí me gustaba...
- **¿Cómo era la relación de trabajo entre Di Paola y Briante? ¿La dinámica diaria? ¿Uno escribía y el otro editaba o qué?**
- Mirá, Briante tenía un grave problema. Escribía de lo que le gustaba. Si tenía que escribir de lo que no quería, había que perseguirlo durante meses. Además chupaba mucho y generalmente había que terminarle los materiales. Dipi le ponía el broche final cuando Briante estaba que no se podía levantar. Una vez en Confirmado tuve que terminarle una nota que había dejado a medias, y era difícil porque además de escribir bien, Miguel tenía las ideas claras. Una nota sobre arte recuerdo, sobre un pintor que yo no manejaba.
- **¿Eras como Miguel, de moverte por circuitos artísticos?**
- No, él me llevaba de paseo y me presentaba. Sabía mucho. (...) Miguel tenía un problema. Cuando se mamaba, pasaba por un estado belicoso. Y el problema era con la cana. Puteaba a los oficiales. Siempre terminaba en la quinta, la de Lavalle y Junin. Yo vivía a la vuelta, entonces siempre tenía que ir a buscarlo. Lo llevaba a la casa en un estado lamentable, la vergüenza que me daba con la mujer. Que nunca sabía en qué

estado estaba esa pareja, porque un día se separaban, después volvían... un día la odiaba, otro día la amaba, era terrible.

- **Patán se acordaba de lo mismo, que lo recuerda peleándose con 4 canas en la puerta de La Paz.**
- Mi historia era esa: a él lo encanaban en Montevideo y Corrientes, lo llevaban a Lavalle y Junín, a la vuelta de mi casa. Él vivía por el Palacio de los Patos, por Scalabrini Ortiz y Las Heras. Yo tenía las pelotas por el piso. Además, los canas se cagaban de risa. “¿Viene a buscar a su jefe?”, me decían. Todos sabían que era el secretario de redacción de Confirmado.
- **Pobre, murió de una forma ridícula.**
- Absolutamente ridícula, estaba arreglando el techo en su casa de Gral. Belgrano y se cayó de la escalera. Yo lo vi con dos comas alcohólicas, pensaba que no salía, y muchos años después cuando ya estaba limpio se cae de una escalera. Todo el mundo pensaba que iba a morir a causa de la bebida, y no. Arrastraba una historia terrible con el padre, una historia trágica. Merecía mejor suerte. Era de esos genios que había pocos. Viajó poco, por ejemplo. Si hubiera viajado hubiera hecho unos estragos. Pero no consiguió sponsor.
- **Claro. Soriano, que era contemporáneo de Miguel, por rajar de la dictadura viajó inevitablemente. Pero también le queda la obra medio trunca.**
- No te quepa duda.
- **¿Con Soriano se juntaban, no?**
- Sí, pero mucho más con Fogwill, tenían una relación amor-odio porque se tiraban con granadas de mano. Fogwill le enseñó a Miguel a usar la computadora. Fogwill le dijo “no escribas más a máquina”. Ese fue el arte que le enseñó Fogwill, que Miguel estaba chocho.

Entrevista a María Eugenia Estenssoro

2 de agosto de 2012

- **¿Vos qué formación tenés?**
- Yo estudié letras y después hice una maestría en periodismo, no en comunicación, en la época en la que no se estudiaba mucho el periodismo tampoco. Creo que había una carrera tradicional en la UNLP, pero las carreras de periodismo aparecieron en los 80. Después de estudiar literatura hice una maestría en periodismo en la universidad de Columbia, en EEUU. Ellos tienen la teoría de que vos tenías que tener una formación universitaria en alguna disciplina, no importaba cuál. Después lo que la maestría te daba era un año de taller en técnicas de comunicación. A mí me parecía interesante porque me parece que cuando vos profundizas en cualquier carrera ya tenés un método del abordaje para profundizar y entender la realidad, y después lo que necesitas es poder contar historias. El periodismo en ese momento era básicamente escrito. Me parecía bueno ese enfoque, mejor que en las carreras de comunicación donde quizás no profundizas demasiado en nada y no tenés el bagaje de otras carreras. (...) Por otra parte, mi pasión es el periodismo, y me parecía que aprender comunicación no iba. Me parecía que en las carreras de comunicación aprendías comunicación, periodismo, publicidad, RRPP, todo junto, al final el periodista terminaba siendo un teórico de la comunicación, con una visión muy conspirativa del rol de los medios. Entonces yo tengo otra formación, y a veces me fijo qué es lo que se estudia ahora.
- **¿Eras un bicho raro en ese momento por irte a estudiar afuera?**
- Éramos pocos: estaba Andrés Oppenheimer, que había ido antes que yo, alguien de la Nueva Provincia, éramos muy pocos los argentinos en periodismo. Otros iban a estudiar Derecho o carreras más rentables.
- **¿Enfrentaste algún prejuicio por haberte ido a estudiar afuera? No era tan común entonces. Sé que con Levinas no lo tuviste, pero quizás en otro lugar sí.**
- Yo fui en el '82, '83. Me fui en plena guerra de Malvinas y la rendición fue cuando estaba en EEUU. A mi vuelta fue la apertura democrática, a los pocos meses fueron las elecciones. Entonces fue como que el periodismo y los medios empezaban a recuperarse y trabajar en libertad. No quise trabajar en La Nación o en Clarín, porque me parecía que estaban demasiado comprometidos con la dictadura. Sí fui a La Prensa, porque si bien era

un diario muy tradicional había tenido periodistas como (Manfred) Schönfeld que había denunciado los negociados de la dictadura, justo en los últimos años. Al poco tiempo me fui.

- **¿El Porteño fue el primer medio donde escribiste?**
- El primero fue una revista de arte que se llamaba Artimp. Esto fue en el '79 como graduada en Letras y en cultura, estaba en el área más cultural. Y en el mundo de las galerías fue donde conocí a Miguel Briante, que en ese momento yo no sabía bien quién era, porque él estaba más en crítico de arte que en periodista, que era lo que había sido siempre, porque la verdad es que no se podía escribir normalmente. Había como un exilio interior, del que no se hablaba, porque él te decía que escribía cuentos pero hasta ahí. No se hablaba de eso. Él era simplemente un escritor que estaba en el mundo de las artes. Y a Levinas lo conocí como galerista en Arte Múltiple. Ahí es donde hacia el '81, no sé en qué año, se creó El Porteño...
- **A mediados del 81 empezó a formarse la idea...**
- Me parece que fue al mismo tiempo que Teatro Abierto. El Porteño y Teatro Abierto para mí fueron hitos donde empezó a haber un debate y un pedido de apertura. En ese sentido El Porteño empezó a ser una propuesta periodística y cultural que empezaba a acompañar ese reclamo de apertura de la sociedad, que estaba cancelado. Yo no había sido militante en los 70, había estado viviendo y estudiando afuera, y cuando vengo en 1979 la verdad es que no había un debate público porque había miedo. Yo había estudiado en EEUU, hice el secundario acá y me fui en el 75. Mis padres dicen que me dejaron ir a los 16 años y alentaron la idea porque no querían que me metiera en la universidad y terminara metida en algo raro, yo no era consciente de eso todavía. En el invierno del '77 había hecho una pasantía en la revista Somos, donde conocí a Norma Morandini, que trabajaba ahí, a Enrique Vázquez, Osvaldo Quiroga, estaba Héctor Damico de Jefe de Redacción. En ese momento no se hablaba de desaparecidos, ni con personas de las que me hice muy amiga y que eran más grandes que yo jamás se hablaba de derechos humanos. Siempre nos íbamos a la salida del trabajo a tomar un café ahí cerca y jamás se hablaba. La gente tenía miedo de hablar. No se sabía con quién te podías sincerar. Con El Porteño empieza a haber un espacio de discusión.
- **¿Recordás haber estado en alguna reunión previa al lanzamiento de la revista, discutiendo cómo iba a ser?**

- Recuerdo mi paso por la revista por las tapas. Empecé al principio, con el formato grande, después me fui a estudiar el máster a EEUU y después a mi vuelta seguí trabajando ahí.
- **Durante tu ausencia figurás como corresponsal en Nueva York y el hermano de Levinas en Washington.**
- Claro, no me acordaba de eso. Y sí me acuerdo una reunión en la casa de Levinas, porque se habían ido al Chaco, y contaban lo que había sido y eso. Pero era una propuesta desde lo cultural. La revista tenía mucho diseño, con tapas grandes, era más estético. Con el formato chico y la derrota de Malvinas y la apertura democrática, se empieza a politizar un poco más. No sé cuáles serían las discusiones entre Levinas y Briante en ese momento, no sé si fue pausado y que dijeron “Ahora lo hacemos cultural, ahora lo hacemos militante, o más político”, sino que creo que la revista mostró lo que pasó en la sociedad, en la que no se hablaba de muchas cosas, había gente que tenía afectados directos y lo hablaba en sus grupos, pero sino era tal la autocensura... a mí me sorprendió que después de la derrota de Malvinas, a mi vuelta al país, encontrarme con gente conocida, amigos, que empezaban a hablar de sus amigos desaparecidos, de los que no habían hablado hasta ese momento.
- **¿Te llevabas bien con Levinas? ¿O te llevabas más con Briante?**
- Sí, fui muy amiga de Briante, creo que el que me lleva a la revista es Briante. Creo que el que me dice que vaya es él. Yo estaba en la parte más cultural, de teatro, libros, plástica, al principio. Después de mi vuelta como periodista empecé a trabajar como secretaria de redacción, escribiendo y editando.
- **En la primera redacción no estuviste con cargo, después sí. ¿Qué te acordás de esa redacción?**
- Era genial, porque era una especie de garaje en la calle Cochabamba, me acuerdo de Enrique Symns que era un personaje.
- **Sigue siéndolo.**
- No lo he vuelto a ver (risas). Él estaba en un escritorio cerca de mí. Me acuerdo que almorzábamos en una cocinita, con una olla, eran muy graciosas las charlas. Había dos cadetes que eran totalmente punk con los pelos parados y cadenas, y eran los que iban a las reparticiones públicas a buscar y recibir correspondencia, yo me preguntaba cómo los

dejaban entrar con esa pinta. Era un ambiente muy lindo, muy diverso. Con gente muy diversa. Y con Levinas que siempre fue bastante delirante.

- **¿Eras la única chica en el staff?**

- Estaba Andrea Ferrari, la mujer de Tiffemberg. No sé si seguirán casados. Después me acuerdo de los problemas de dinero, que eran una constante, y de los cierres, en los que trabajábamos bastante con Ernesto Tiffemberg.

- **Antes de que llegara Tiffemberg tuvo un breve paso por la revista Fogwill, no?**

- Sí, me acuerdo que teníamos diálogos muy delirantes. Sobre arte, cultura, literatura. Él iba bastante, tenía una columna. Lo que tenía de interesante eso era que circulaba todo tipo de gente y pensamiento y lo hacía algo bastante rico. Levinas tenía eso. No sé qué pasó con Briante y Levinas.

- **Briante en un momento se va, y queda por un tiempito Fogwill de jefe de redacción. El otro día hablando con Rolando Graña me recordaba su alivio cuando entró Tiffemberg, porque era mucho más ameno trabajar con él que con Fogwill.**

- Tiffemberg era un organizado, con una capacidad de poner orden en el desorden. Yo colaboraba con él para hacer que todo eso que era bastante under se convirtiera en una revista, que las notas se entregaran, se corrigieran. Era un ambiente de mucha creatividad, y la verdad es que la pasé muy bien, aprendí mucho. Todavía en ese momento faltaba mucho para las computadoras, era todo pegar y cortar a mano. Me acuerdo de Alfie, Alfredo...

- **Alfredo Baldo.**

- Baldo, el diseñador.

- **Y Eduardo Rey, lo entrevisté también.**

- Ah mirá, sí. Eduardo. Me acuerdo de ellos en la oficina de Levinas cuando hacían los diseños.

- **Eduardo se acuerda que jugaban a la pelota en los cierres. ¿Te acordás de eso?**

- No, porque yo cerraba textos y ellos se quedaban toda la noche diagramando. Yo me quedaría hasta las pruebas de galera y cuando llevaban todo a composición, yo ya me iba. Yo me aseguraba que entrara todo bien, que no hubiera errores en los textos, ese tipo de cosas. Pero bueno, lo recuerdo como una linda época.

- **¿Estabas acá cuando fue la bomba?**

- Yo creo que en alguna bomba estuve...

- **¿En agosto del '83? ¿Después de la tapa de niños desaparecidos?**
- Ah sí, pero todavía no estaba fija, había vuelto hacía muy poquito, me acuerdo que fui a Cochabamba y mandé algunas gacetillas.
- **¿No tenés algún recuerdo de ese momento para el grupo?**
- Sólo me acuerdo que con Levinas y Briante, puede ser poco fidedigno el recuerdo, escribimos la gacetilla para repartir. Pero no estaba en la redacción en ese momento, me incorporé después.
- **Fue muy fuerte para una revista tan chica, porque en todo caso se los amenazaba de palabra a los periodistas.**
- Es que pensá que hablar de desaparecidos en ese momento no era muy común. Se fue convirtiendo en un lugar donde los organismos de DDHH tenían un lugar para contar sus historias, como en el Herald o el diario de Río Negro, pero en ese momento de apertura El Porteño fue ese lugar. Estaba también El Periodista, que era nuestra competencia.
- **¿Lo sentían como competencia?**
- Claro, pero ellos tenían más dinero, lo nuestro era más under. Nosotros habíamos salido antes, pero ellos tenían una impresión más linda, tenían más presupuesto. Lo nuestro era más under, más a pulmón, más experimental. Y creo que no todos teníamos tanta experiencia. Era más under, era una revista under.
- **Ayer hablando con Ragendorfer, se acordaba de vos, decía que eras muy jovencita, aunque tienen la misma edad. En todo caso te veían más joven que ellos.**
- Claro, vos pensá que yo era bien distinta. Era de San Isidro, me decían que me vestía raro, con un look bastante especial.
- **Levinas dice que se inspiraba para hacer la revista en The New Yorker. Vos estudiabas en EEUU y seguramente la leías. ¿Encontrás puntos en común entre las dos revistas?**
- No. Creo que el tema de "El Porteño", el nombre, la revista del habitante de Buenos Aires, era un poco como The New Yorker, el habitante de Nueva York. Pero TNY es una revista intelectual de clase alta, puede ser de izquierda o de derecha, conservadora o liberal como dicen allá. El Porteño era más under, era contracultural, lo otro era el faro de la cultura, te marcaba la última cosa de la que se hablaba en los círculos intelectuales. Acá era una revista de vanguardia pero under.
- **¿Puede ser que el formato grande viniera de TNY?**

- No, era una revista normal, tamaño A4. Creo que tal vez lo que él quería era una revista de notas largas, bien escritas, comprometida con la cultura. Pero hay diferencias de desde dónde se hacía: TNY es una revista del establishment cultural, para llegar a escribir ahí tenés que hacer como un curso, sólo llegan los elegidos. El Porteño era muy abierto y hecho en un garaje como se podía.
- **¿Qué leías en ese momento? ¿A qué medios gráficos aspirabas? ¿Seguías alguna revista de esa época?**
- Ahí empecé a leer mucho a Tomás Eloy Martínez, que la sacaba nuestra competencia El Periodista, que fue un suceso para la época. También empecé a leer mucho una revista de Rodolfo Terragno (no recuerda el nombre).
- **¿Qué inquietudes tenías como estudiante de periodismo? Profesionales, académicas...**
- Mi tesis para la facultad había sido “la censura durante la guerra de Malvinas”. Y lo que te decían muchos periodistas era que la autocensura había empezado en los 70, antes del golpe, que entre tanta violencia lo primero que había desaparecido era la información. Eso se agudizó mucho más con los militares. En ese momento no existía el fenómeno de los multimedios, importaba la prensa escrita. Y La Nación y Clarín que eran los diarios principales para mí tenían un pecado muy grande que es haber sido socios del gobierno en Papel Prensa, con lo cual uno puede entender, no justificar pero sí entender, que durante una dictadura los principales diarios no pudieran informar como hubieran querido. El pecado para mí que habían tenido esos diarios fue el de haberse hecho socios con un gobierno que los censuraba, mientras que la Prensa, a pesar de que se perjudicaba, dijo que no a esa sociedad. Una cosa es que no puedas decir lo que querés porque te están censurando, y otra es que estés en un lugar más cómplice. Como periodista joven esa era mi aprensión con diarios como La Nación y Clarín en ese momento”. (...) “Entonces los diarios eran muy aburridos, era muy burocrática la información. Me acuerdo con Ernesto Tiffenberg decíamos que no iríamos nunca a trabajar a La Nación. Algunos años después, Página 12 y Noticias sacudieron ese entumecimiento que venía de la dictadura.
- **¿Vos te fuiste de El Porteño antes de su etapa cooperativa?**
- Sí, me fui antes, a trabajar como corresponsal de la revista Time, trabajaba más para medios extranjeros, ahí dejé el trabajo fijo para El Porteño. Después me acuerdo que

estaba trabajando en el extranjero cuando me llamó Ernesto Tiffenberg para formar parte de Página/12 y yo le dije “No Ernesto, otra vez no”, acostumbrada a la precariedad de El Porteño. ¿Qué es eso de sacar un diario de 12 páginas que se ponía adentro? Después me arrepentí siempre, porque cuando contaban cómo había sido la gestación y el éxito que tuvo Página, esa fue la genialidad de Lanata que con ese espíritu transgresor y contra cultural pudo hacer ese diario. (...) Yo encontré en El Porteño ese entusiasmo de la apertura democrática para hacer periodismo. Al poco tiempo me di cuenta de que no era para siempre, y después trabajé hasta el '92 para medios extranjeros. Después cuando empezó Noticias me dieron más ganas de trabajar localmente, hubo una recuperación muy grande del periodismo con el paso de las radios y los canales a manos privadas, que durante el alfonsinismo estaban en manos del Estado. A finales de los 80 y principios de los 90 empieza el periodismo argentino a cobrar vigor.

Si El Porteño hubiera dependido de la publicidad oficial, no hubiera tenido la libertad que tuvo. La militancia era con el periodismo, con los DDHH, informaba y tenía un compromiso pero la militancia era con el buen periodismo. Algo que decía Tomás Eloy Martínez y que leí el otro día: la duda y el hacer preguntas es la esencia del periodista, una vocación, una pasión, que no consiste en tener certezas, sino en dudar y animarse a preguntar. Si El Porteño saliera ahora, con el tema de la publicidad oficial, yo no sé si tendría la misma libertad.

Entrevista a Alberto Ferrari

24 de julio de 2012

- **Antes de entrar a El Porteño, ¿recordás cuándo viste por primera vez la revista, qué impresión te causó?**
- En realidad ya trabajaba de periodista en la época de la dictadura, en el '76. El material de lectura crítico que teníamos en ese momento era Humor. Vuelve la democracia y yo me incorporo en El Periodista. Justamente en aquellos años estaba Carlos Ares. El medio de referencia mío en ese momento era El Periodista. Confieso que no leía mucho la primera tapa de El Porteño, de tamaño diario, del cual supe cuando le ponen una bomba después de una nota sobre niños desaparecidos. En esa nota no sé si no estuvo Majul, que ya estaba por ahí. Después se pasa al Periodista. Trabajaba en DYN él, yo también, trabajábamos los dos ahí. Yo era colaborador de El Periodista y no era lector de El Porteño.
- **El Periodista era más político, hace un tiempo revisando unos números viejos me sorprendí un poco con algunas notas, pero bueno esto de escribir la historia con el diario del lunes es fácil. Era para otro público. Se podían leer los dos. En esa primera etapa, El Porteño era una revista cultural con una leve tendencia política.**
- Claro, El Periodista tenía una tendencia política más marcada y El Porteño era más cultural, pero por eso no se salvó de que le pusieran la bomba. La calidad de impresión de El Periodista era de papel de revista, El Porteño en cambio tenía papel obra, sólo la tapa color. A principios de 1985 coincidí en Córdoba con Eduardo Aliverti de casualidad. Eduardo me dice que en El Porteño le habían pedido colaboradores para un “relanzamiento”, de qué tipo no me acuerdo, pero sí un relanzamiento. Algo más político, más vinculado con la realidad. Le dije que sí, Silvia (Valerga, mi mujer) le dijo que sí también. Así que a la vuelta de Córdoba nos encontramos en la redacción de la calle Cochabamba con Tiffemberg. Estoy tratando de hacer memoria de quienes otros podrían estar ahí. Ése proceso dura de marzo a septiembre, en un momento Levinas dice que cierra la revista. Se quería ir a cazar yacarés a Formosa. Acá hay otra historia, eso del criadero de yacarés era una cobertura para el contrabando de pieles y otros, nunca nada ilegal, pero no era así que tenía un criadero en el río, en Formosa.
- **Les vende la marca, no?**

- Sí, en principio el acuerdo eran 25 mil... Sí, 25 mil dólares. Esto se blanqueó, no era nada del otro mundo. Ya nos habíamos mudado a la calle Sarmiento frente al CCGSM. Ahí estuvimos poco en realidad. Después nos mudamos a la cuadra de la calle Perón donde está el templo masónico. Las cifras se blanquearon. Se hizo una convocatoria a todos los que quisiera participar con algo de guita, que era con lo que arrancábamos para pagarle a Levinas. Según Levinas es lo único que se le pagó. Ponele que se le pagaron 5 mil y después se incumplió el resto. Yo en esa parte de los números no me metía.
- **¿Lo manejaba Tiffenberg?**
- Estaban él, Andrea Ferrari, su mujer, Lanata... tendría que buscar en una revista para ver bien. Blaustein estaba, pero quizás David, el Coco, el hermano de Eduardo.
- **Alguien me sugirió que Levinas no tenía la marca registrada, y les cobró por una marca que no era suya.**
- Nunca hubo este planteo, ni esta duda. Alguna vez sí la tuvo registrada, porque cuando Mario Moldován y el Beto Salinas quisieron relanzar la revista tuvieron que ponerle “El Nuevo Porteño”. Si la vendió y no la tenía registrada... Si vas a sacar una revista, vas a la calle Talcahuano y la registrás.
- **¿Había entrecruces por las posturas políticas? En la primera etapa Levinas se jacta de que era una redacción pluralista, con gente peronista, gente de la DC, marxistas.**
- Mirá, en términos globales digamos que éramos de izquierda, y hoy diría que hasta bastante anarquistas. Pero no había ningún encuadre partidario. Es más: hubo un solo incidente que recuerde, o dos, cuando Cafiero era gobernador de la provincia, cuando Coco Blaustein tenía alguna vinculación con el Cafierismo. El aviso se cayó cuando salió un cuento de Perlongher titulado “Evita vive en cada hotel organizado”, una idea del Beto Salinas. Fue un desastre.
- **¿Militaban en partidos formales?**
- No había militancia partidaria y había una visión muy crítica de todos los sectores, ni hablar del peronismo. Si se quiere había ciertas simpatías muy débiles por la juventud radical revolucionaria, la izquierda de la JR que encabezaba Carlos Vicente de la FUA de Córdoba. También algo con Manzano, alguna simpatía, cuando era gordo, antes de ser diputado. Eso le costó la cabeza a Caparrós, que después se fue. Una nota que era un engendro, un reportaje de 7 u 8 páginas con unas fotos onda artísticas. La nota era “Yo

subo en el ascensor con Manzano, me bajo, camino con él por un pasillo”, se copó con el nuevo periodismo. Se fue al carajo. Después se habrá enojado y no escribió más.

- **¿En qué momento se hizo notar la presencia de Lanata?**

- Lanata fue imponiendo un estilo. Igualmente todo se decidía como si fuera el comité del partido comunista ruso. Los que decidían eran los de la mesa chica de todos los días, que almorzaban juntos en la redacción, tenían una mujer llamada Ofelia que les cocinaba. Pero había participación, vos podías ir y putear si algo no te gustaba. No todo podía ser consultado. En las reuniones de sumario se discutían las líneas gruesas. Hay una nota que cuando sale le molesta profundamente a Ulanovsky, y él se va. Hay en otro momento otra nota que le molestó, o que lo llevó a borrarse, a Tomás Eloy Martínez. De Ulanovsky creo que fue la nota de los pensadores de Alfonsín, la misma que enfureció a Divinsky. Después, no sé, el hermano del Beto Salinas escribió una nota con una chicana a Verbitsky, y Verbitsky es el día de hoy que lo mataría – se murió el hermano del Beto – pero nunca más volvió a hablar de El Porteño. Verbitsky me citó varias veces a raíz de una nota sobre un lavador de dinero de la época de Menem allá en la triple frontera, llamado Jazán. Yo lo seguía el tema y él me levantaba a mí, y me citaba como que la nota había salido en Sur; una vez que saqué en El Porteño el tema, me citó pero puso “una revista underground”. Otra vez que El Porteño había desaparecido, cuando hablaba del juicio que tuvimos con Marcelo Helfgot ponía “una revista underground”.

- **¿La idea de hacer The Posta Post de quién fue? ¿Cuál era la idea original?**

- De Lanata. Tuvo que haber sido en 1986. Nos llamó a los dos que trabajábamos en agencia y que teníamos contacto con el periodismo, éramos la rama más cercana al periodismo porque si bien los demás eran periodistas eran más de ramas de la cultura, de elaboración, de secciones más teóricas... entonces nos llama y nos dice que quiere hacer una sección de chimentos políticos, de informaciones que no aparezcan en los diarios. Yo tuve una charla individual con él, después se sumó Marcelo (Helfgot). Todavía eran tiempos en que circulaban mucha información militar, de internas de los partidos, etc. Me acuerdo que yo por DYN tenía mucha información que no aparecía en los diarios. En ese momento estaba en deportes, pero había hecho un libro sobre la gente de Alfonsín que se llamó Los hombres del Presidente. Estar en deportes era una cobertura sui generis para poder meterme en otros temas y pasar desapercibido. Hoy se me complicaría mucho más.

- **¿Vos creés que esa sección tuvo que ver con lo que después fue Página/12?**

- Creo que Lanata actualmente lo plantea en esos términos. Lanata estaba adentro de la revista pero no era toda la revista. El cerebro, el capitán del barco, el que organizaba, era Tiffemberg. Lanata figuraba como presidente del consejo de redacción. En esos años había una virtud, se llamaba a una asamblea mensual con parámetros bastante democráticos, de los 25 miembros de la cooperativa. Se armaba una grilla, o se encargaban notas, o se intercambiaba información. Uno decía “Voy a hacer una nota sobre tal tema”, entonces se acercaba otro y decís “Yo tengo este dato”, o “Yo conozco tal cosa”, entonces se enlazaba todo. No me acuerdo bien quién otro estaba en otros medios, antes de la existencia de Página/12. Pero había gente en diarios, agencias, radios, todos se juntaban ahí.
- **¿Cómo fue el nacimiento de Página?**
- El nacimiento de Página/12 se produce en la oficinita donde hacíamos The Posta Post. Voy un día a hacer la sección con Lanata y me dice que había un proyecto de un diario y que necesitaba un diagramador, si conocía alguno. Conocía al Sordo Iglesias de la militancia, del sindicalismo. Estábamos en una agrupación de prensa. La primera vez que habla del diario fue en una reunión de The Posta Post. Le tiro el nombre del Sordo Iglesias. El Sordo vivía en Padua, no tenía teléfono. Había que esperar que llegara y se pusiera en contacto. Todas las mañanas Lanata me llamaba, tres veces era capaz de llamarme. Hasta que al final lo enganché. Conectate con Lanata. Se conecta y empezaron a trabajar en un diseño. Y el proyecto se pincha. La historia de quién iba a poner la guita, si Sivak, la viuda de Sivak, Oyhanarte. El proyecto, a mediados del '86, se pincha. Se hunde y más adelante vuelve a aparecer como los ríos subterráneos. Al rato vuelve a aparecer. El gordo empieza con las contradicciones a ver quién pone la guita. Él había hablado de Sivak, de la Oyhanarte. Nunca nos enteramos de dónde había salido la guita. El Gordo me dijo “Yo quiero que hagas un Posta Post diario, gigante, para Página”, algo que en la práctica se reveló que era imposible. Él vinculaba The Posta Post del Porteño con la idea del diario. En su génesis los vinculaba. No quería que yo tuviera horario, ni que dependiera del diario. En realidad lo que el Gordo quería, porque no podía pagar el servicio de DYN, era que yo le filtrara y le tirara dos o tres temitas por día.
- **¿El que lo presenta a Lanata con el MTP fue Hernán Invernizzi, no?**
- No sé, pero Tiffemberg e Invernizzi en ese momento me llamaron para que haga una nota de investigación sobre el Coti Nosiglia. Invernizzi ya estaba libre. En la vieja redacción,

que ahora no me acuerdo si era la de Sarmiento o la de Perón, porque yo tenía la posibilidad de sacar datos de la agencia de noticias o porque tenía algunos contactos, y me cuentan la historia de la hermana de Nosiglia. Yo no conocía la historia, apenas lo conocía a Nosiglia, pero tenía gente conocida en Desarrollo Social. Ahí estaba Invernizzi. No me acuerdo quién editó la nota pero estoy casi seguro que fue Tiffemberg.

- **¿Lanata hablaba del proyecto de Página/12 a todos o sólo a los que se llevaba bien?**
- No, quizás se lo había contado a Tiffemberg, no sé, pero en asamblea no lo tiró. Desde que me pide el diagramador hasta que sale el diario pasa un año. Te estoy hablando de mediados del 86 y el diario, en el que yo estuve, nace el 25 de mayo de 1987. A pesar de que Verbitsky diga que él escribió la nota de tapa, el que les pasa el dato del conato de rebeldía en la base militar de Santa Cruz fui yo, que estaba en DYN a la vuelta de Página/12. Los llamé por teléfono y les di el dato. Día la vuelta a manzana, entré a la redacción y les di el dato.
- **¿Formaste parte de las reuniones previas al lanzamiento del diario?**
- Sí, sí. Los famosos números 0 en la oficinita de la calle Montevideo. Osvaldo De Arriba, Andrea Schettini, que venía de El Porteño. Después se fue incorporando Blaustein. Hubo un trasvasamiento desde El Porteño a Página/12.
- **¿Alguna anécdota de Lanata?**
- En la etapa cooperativa, Lanata escribe una nota sobre la fundación Plural y la Esmeralda, los dos grupos de estudio del alfonsinismo. Entonces un día escribe, mezcla a Divinski de la fundación Plural, y a los de la Esmeralda en la Plural. Para todo esto lo había consultado a Marcelo Zlotogwiazda. Marcelo le dice que no era así. Cuando sale la nota se arma un escándalo, lo desmienten, nos putean. Zloto le dice “Gordo, no te dije que no era así, que Divinski no era de esta fundación sino de la otra”, y la contestación de Lanata fue: “Ante la duda lo puse”. Divinski mandó una carta a El Porteño diciendo que Lanata era un periodista perezoso. Si Lanata se hubiera tomado el trabajo de ir hasta la fundación y fijarse en la nómina, o de levantar el teléfono. No chequeó. Divinski estaba en radio Belgrano, donde había estado Lanata. Entonces puso “Aquellos que trabajamos en Radio Belgrano sabemos que Lanata es un periodista perezoso, incapaz de esto y de lo otro”, una carta de lectores matándolo.
- **En un artículo conmemorativo sobre El Porteño dijiste que fue el momento más feliz de tu vida. Contame por qué.**

- Porque podía hacer periodismo de investigación. Te pagaban dos mangos con 50, no? Pero eran otros tiempos. No te censuraban y sobre todo, hacía periodismo de investigación. El libro que hago, “Los hombres del presidente”, surge cuando leen la nota que publiqué en El Porteño sobre Nosiglia.
- **En ese momento empezás a investigar a Yabrán, si no me equivoco fuiste el primero. ¿Verdad?**
- Fue así. Olga Viglieca me llama, estaba Spina, el Beto Salinas, Warley. Se le ocurre una nota de color sobre Juncadella y los camiones de caudales, esos camiones acorazados llenos de dinero. Esa era la nota. Cuando empiezo a investigar, esa es la ventaja de trabajar en una agencia como DYN, y me dicen “Juncadella ya fue, es una marca, el personaje es Yabrán”. Empecé a investigar y empezó a aparecer gente que estaba dispuesta a contar de Yabrán, la mayoría off-the-record, y algunos absolutamente cagados. Uno de los que me habla es Andreani. Él tenía una oficina muy modesta frente al departamento central de policía, por Sáenz Peña, el otro día pasé por Panamericana tiene galpones de 20 hectáreas. Era un empresario joven, resultó ser amigo de un gerente de Credicoop amigo mío, yo no sé si venía del PC o qué. Andreani me tira hasta teléfonos de gente para que vaya a ver. Surgió así el tema de Yabrán. Hubo que hacer una segunda nota. A veces iba a ver a alguien con otro periodista, era una nota muy pesada. Fue una de las pocas notas que pasó por la mirada del abogado, uno que no me acuerdo quién era, que después asumió un cargo, no era Ibarra. La gente de la redacción había pedido que la nota la leyera el abogado. Lo ví un domingo después de salir de DYN, y me dijo “está brillante”. Hipótesis de conflicto, hay miles. Se publica así o no se publica. Sacá nomás la mención que hacés a la elefantosis de Yabrán, para que no se agarren del daño moral”. La nota generó que me llamaran a mi casa, gente que no conocía, muy misteriosa a ofrecer más información sobre Yabrán. “Trabajo en Banco Ciudad, tengo información”. Algunos iban a El Porteño, a la redacción, porque no sabían a dónde ir para proporcionarnos más información. Te abrían la puerta también los delegados de la Bancaria, de la buena Bancaria, el negocio de Zanolla no iba por Yabrán, sino que aparecían delegados de base de varios bancos contando los negociados de Yabrán. Después te llamaban misteriosos y me decían “Vamos a dejar información en tal lugar para que pase a buscarla, no podemos decirle quien habla pero tenemos información que le va a servir, y así”.

Otra nota que hizo mucho ruido, que fue posterior, la de “La Reina se Alzó con todo”, que eran todos los negociados de Grosso, esa la hice yo. Ya no estaba en DYN pero estaba en Sur, en alguna medida uno mantenía el contacto.

- **¿Te hicieron juicio?**

- Juicio nos hicieron a montones pero no por notas de investigación, sino por The Posta Post. El único juicio que tuvimos por una nota de investigación nos lo hizo Corach, que la ligué yo también, por una nota que escribió el Beto Salinas de (Enrique Omar) Suárez, el portuario, sobre el papel del sindicato de portuarios SOMU en el tráfico de drogas por el puerto de Mar del Plata. Corach nos hizo juicio a todos. Me acuerdo de Corach sentado con su abogado, nosotros con Aníbal Ibarra, sentados, charlando. La estrategia era que entrábamos todos los que habíamos aportado a la nota (que era un recuadro) y decíamos “Yo no fui, fue el Beto”, y entraba el Beto y decía “Fui yo”. Él se la bancaba, después tuvo que sacar una solicitada en algún lugar y pedir disculpas o algo así. No me acuerdo bien. Era una nota del Beto, obsesionado con el tráfico de drogas y el SOMU y el “Caballo” Suárez. De hecho, en el 2000 me estaba por ir a Australia y no me dan el pasaporte en la Policía por esa causa.

Sacando eso, en lo personal tuve juicios a montones pero por notas publicadas en The Posta Post. En uno estuvimos enganchados Lanata, Aliverti, Helfgot y yo diciendo que había un tal Ramos, un funcionario del Ministerio de Desarrollo Social de Storanni, que pedía un porcentaje. Ese juicio fue larguísimo, con fallos contradictorios. Lanata leyó esto por Radio Belgrano, con Aliverti. Entonces nos cae Ramos a nosotros por un lado y a Aliverti y Lanata por el otro. Cuando Lanata se va a Página/12 cambia de abogado, lo que era razonable. Nosotros tuvimos varios abogados, tuvimos uno especialista en accidentes y choques, un desastre. Ibarra llegó después, fue lo mejorcito.

Después, otro juicio: Ventura, el de los servicios, por una nota del Posta Post. A todos nos hace juicio. La habíamos escrito Marcelo Helfgot y yo. Ventura era un servi que vivía en Argentina y había infiltrado el MTP. Supuestamente era un terrorista de la Brigada Roja y se vino al país en plena dictadura... nosotros pusimos en la nota que él era un servi, y él decía que no, que era un terrorista. Nosotros teníamos elementos. Después del juicio se va a Italia, y durante un allanamiento a la casa del jefe de los servicios de inteligencia italianos lo encuentran a Ventura. El hecho concreto era que el

tipo era servi. De hecho murió en Buenos Aires no hace mucho tiempo, era el dueño del bar Filo.

- **¿Tuvieron aprietos?**

- No, que yo recuerde no.

- **¿Qué investigaciones recordás que salieron en El Porteño y que hicieron ruido en su momento? ¿O en términos de libertad estaban a la par de otros medios?**

- Tenía más posibilidades de sacar notas de investigación políticas que en otros medios porque finalmente, ése sí era verdadero periodismo independiente. Uno de los números que más se vendió, en los últimos años con el menemismo, era “La represión que se viene”, un plano con un dibujo extraño, con un tipo que mira desde abajo al otro lado, que respondía a la sensación de que podía venir una represión bárbara, nada que ver con lo que vino. La idea de jugar con la represión que se venía fue uno de los números que más vendió. Igualmente yo siempre digo que El Porteño se murió no por abandonar las notas políticas, se había dado cuenta que por ahí no iba, sino porque aportaba más a la nota social, al aborto, la píldora, los pibes chupados en la vereda, etc. En primer lugar, se murió porque nuestros lectores envejecieron, y segundo porque esos lectores cambiaron la pública por el shopping. Nos fuimos al carajo... justamente la represión que se viene, no vino esa represión, pero hubo un cambio de paradigma, un aburguesamiento y un cambio de la plaza pública por el shopping. No vas a leer El Porteño en el shopping, íbamos con una nota sobre el entorno de Menem titulada “Alí Babá y los 40” cuando Erman González va como candidato para diputado en la ciudad de Buenos Aires, que no conocía y de la que no era oriundo, y gana. Era riojano, jamás había pisado Buenos Aires, la conocía entre el Congreso y su departamento en Recoleta. Era todo lo que conocía, no necesitó hacer campaña, y gana. Uno de los comentarios que se hicieron sobre el final de El Porteño; que éramos demasiado densos, demasiado trágicos. Es lo que te decía antes: la gente, los lectores, a los 40 años más o menos y los pibes ni hablar, pero nuestros lectores con más consciencia, que habían vivido la dictadura o el exilio, esa generación en los ´90 descubre el shopping y cambia el espacio público por el shopping, cambia Villa Gesell por Brasil, cambia la carpa por un hotel en Camboriú, se olvida de lo mal que la había pasado en los ´70 y ´80, porque en los ´90 empieza a disfrutar del capitalismo, que a fin de cuentas no era tan malo, con una revista que dice “La represión que se viene”. Que vendió bien esa tapa, pero fue la última que vendió bien...

- **Eduardo Rey dice que a mucha gente le parecía bárbaro el menemismo, y El Porteño estaba en falta.**
- Claro. Nosotros estábamos en lo correcto. En un momento empezamos a organizar debates en el CCGSM para levantar la audiencia, porque venía cayendo todos los meses la venta. Habíamos llegado a los 13 mil, 15 mil. Pero todos los meses se iba vendiendo menos
- **La medida justa de la tirada, cuál era?**
- Más bien 10 mil ejemplares, de 8 a 10 mil muy justo, de 10 para arriba, era ganancia. Pero se iban acumulando deudas. Fue ahí que la quiso comprar (Carlos) Benítez. El Beto lo trajo a Benítez, estaban en un local político en la calle Agrelo, detrás del Ramos Mejía. La última reunión fue en la que se debatió vendérsela a Benítez, y no la quisieron vender. Él quería la revista para hacerla muy peronista, y ahí había un sector que nada. El Beto traía a Benítez. Obviamente se tenían que ir todos menos el Beto. El resto no se la quería vender a Benítez. En esa asamblea no se arregló nada, se pasó a un cuarto intermedio y finalmente no hubo cuarto intermedio. Alguien iba a acercar otra oferta, y finalmente no hubo. Y se muere la revista.
- **¿Cuál creés que es la continuidad que tuvo El Porteño en los periodistas que pasaron por ahí?**
- No veo ninguna, pero en realidad a veces me pregunto cuál es la posibilidad que tendría hoy El Porteño de existir. Debo decir que no están dadas las condiciones. Casi una discusión empírica, de laboratorio. ¿Qué pasaría si hoy en lugar de investigar a Yabrán lo investigas a Cristóbal López? ¿O si investigás a Boudou? De hecho, te tendrías que meter con De Narváez, con Biolcatti, sería muy duro. El periodismo está muy bipolar. También el grado de subsistencia, nosotros dependíamos de la venta. Nosotros no tuvimos pauta privada. Sólo un apoyo de Cafiero, en su momento, del peronismo renovador. ¿Hoy quién te puede ayudar a subsistir? Ahí tenés la experiencia de La Maga, la última. Imaginate un Porteño en tiempo actual: la revista no podría ser macrista, pero te ponen un aviso de Macri y no podés hablar mal de Macri. Los otros ven un aviso amarillo y no te ponen ningún aviso. Hay muchos preconceptos, están muy polarizados.
- **Por el lado de los lectores, no estamos más en el '81.**
- En los únicos temas en los que podríamos tener un debate y un espacio es sobre aborto y sobre despenalización. De hecho ya tenés la revista de los marihuaneros, especializada.

En estos temas El Porteño sí tendría algo que decir, para debatir. Los medios han cambiado mucho, los medios electrónicos te han obligado a cambiar. Podés subsistir cuando tenés un medio que hace periodismo de investigación y aporta al debate. Desde lo político sería difícil, muy difícil, encontrar un punto de equilibrio pegándole a Macri y a Boudou al mismo tiempo. En ese momento no nos decían peronistas por escribir en contra de la Coordinadora, o alfonsinistas por escribir sobre el entorno de Menem. Igualmente creo que ninguna revista se le asemeja, quizás durante un tiempo la revista XXIII se pudo haber parecido, pero se bandea mucho. No sé si hay lectores para nosotros. Se ha perdido eso, no lo percibo con mis alumnos de periodismo o con mis colegas, ya no tienen a El Porteño como un punto de referencia, tampoco a El Periodista. Eran otros tiempos, la salida de la dictadura, la transición democrática. (...) Hoy tenemos mucho más para leer, mucho más específico. Podemos vivir sin leer los diarios. Yo ya ni los leo para no contaminarme. Clarín ni lo abro. Si estoy buscando una información urgente, la busco en Infobae, después busco más. Hoy tenés tanta información, tantos canales de información, que ya no precisas de los diarios.

- **¿Vos estuviste en esa asamblea en la que se pelean Salinas y Lanata?**
- En una de esas asambleas Salinas le grita a Lanata “Vos sos un gordo facho”, en una oficinita de 2 ambientes donde había 20 personas. A los dos días va a pedirle disculpas diciéndole que se excedió. Y Lanata le responde “Lo de facho te lo perdono, lo de gordo no”. En otra de esas asambleas hubo una gran discusión para que entrara Ragendorfer. Había que reemplazar uno en el consejo de redacción y nosotros queríamos a Ragendorfer, y Warley y Viglieca no lo querían. No sé por qué, no me acuerdo sus argumentos. Ellos dirían que él no encajaba en el consejo. No me acuerdo a quien pusieron en su lugar. Graña se había ido, posiblemente Ragendorfer iba a reemplazarlo a Graña. Ragendorfer al final no entró. Hubo una asamblea muy dura, Warley y Viglieca no lo querían, hubo una discusión extensa, cuarto intermedio. Un mes después se llama a otra asamblea, y yo ahí por lo menos hablo en nombre propio, de alguna manera resigno la candidatura de Ragendorfer porque si no iba a haber una ruptura. Yo digo que era justo que Ragendorfer entrara, por su pertenencia a la revista, pero era resistido y eran capaces de romper la revista con tal de que él no entrara. Le dije hasta acá te banco pero estos tipos van a romper la revista. En definitiva, creo que no entró en ese momento”.

Entrevista a Rolando Graña

30 de julio de 2012

- Yo tenía 27 cuando quedé a cargo de El Porteño. No había cargos, porque éramos una cooperativa, pero cuando se van Lanata, Tiffenberg y Andrea Ferrari a hacer Página/12, yo me quedo como el que más se ponía la revista al hombro.
- **¿Fue tu primer proyecto periodístico de trascendencia?**
- Yo venía de laburar en una revista. Te hago un poco de historia más atrás porque se encadena bastante bien. Mi primer laburo, del cual se cumplen 30 años ahora en agosto, era en una revista del centro de estudios sobre el estado de las administraciones – el CICEA – que era un think tank del radicalismo. (...) Yo estaba en una revista que se llamaba El Bimestre, era estudiante de Letras, no existían las carreras de Comunicación, y me contratan para laburar ahí. Laburé ahí dos años y medio, hasta que nos echaron a todos porque nos sindicalizamos. Esto empezó en el '82. En el verano del '84 estaba un poco aburrido, porque tenía ese laburo de redacción de 4 horas, estudiaba letras y quería escribir en otro lado. Yo tenía desde el número 1 la revista El Porteño y la leía desde el comienzo hasta el pie de imprenta. Era un lector fanático, sistemático y casi estudioso de El Porteño. Yo estaba casado con Claudia Pasquini, hija de José María Pasquini Durán. El Negro Pasquini había vuelto del exilio. En una cena familiar le pregunto “Che conocés a alguien de El Porteño” y me dice “Sí, lo conozco al director, cómo se llama”, no lo tenía tan presente porque eran de distinta generación, él era de los viejos próceres del periodismo, había sido jefe de política de La Opinión. Lo miraba a Levinas como a un muchacho simpático. Me dice “Ahí vino a verme Levinas para que escriba, andá a verlo de parte mía”. Me voy a la vieja redacción de la calle Cochabamba, la misma a la que le habían puesto la bomba, me presento y me dicen “¿A qué te dedicás?” y le digo “mi especialidad es el periodismo sindical, no sé si te servirá mucho”, y me dicen “Andá a verlo a Fernando Almirón”. Fernando Almirón era secretario de redacción y a su vez se había quedado como un engendro que saca Levinas, porque con la vuelta de la democracia Ediciones de la Urraca estaba sacando El Periodista, una revista muy buena de aquella época. Almirón me dice que haga una entrevista a Guillán, un dirigente telefónico, cuando empezaba a discutirse la ley sindical que luego fracasa en el Congreso por un voto de los neuquinos, el mayor intento de reordenamiento de la burocracia

sindical que fracasa, y son los mismos que están ahora. Pierde en el senado por un voto y hace un pacto sindical. Como parte de esta efervescencia había una cantidad de sindicalistas que puteaban, una discusión muy interesante, la burocracia sindical, los sindicatos colaboracionistas, todavía estaba Jorge Triacca dando vueltas, un tipo que defendía a los milicos. Hago mi primera nota: una vergüenza, un cachivache. Pero bueno, parece que le gustó. Hice un par de notas más, y un día estamos en la redacción... la redacción del Porteño era muy simpática porque tenía como una cuadra, las máquinas estaban en una mesa como de asado, gigante, y bancos sin respaldos, largos. Justo en ese momento había habido un quilombo en el alfonsinismo, que tenía una apertura cultural interesante. Pacho O'Donnell secretario de cultura... y traen a Darío Fo, dramaturgo anarquista, con una obra que puteaba a los curas, a las monjas... los grupos fascistas de la revista Cabildo van a atacar al teatro, rompen el teatro San Martín. Para todos nosotros fue como la irrupción de los neonazis o de algo parecido. Viene Almirón y me dice "Te animás a hacer una nota sobre los neonazis?" "yo le digo que sí. Me fui y empecé a hablar con los tipos. No había cámara oculta ni había nada: había que tomar nota y contar. Me paso una semana laburando. Cuando voy me dice "¿Está la nota?", le digo "Sí". Bueno, sentate y escribila. Me senté en la maquina de escribir, estuve 5 horas escribiendo, me levanté y la entregué. A los tipos les impresionó mucho, porque me senté y la entregué. Y fue la nota de tapa.

- **¿La de Hitler en tapa?**

- No, esa es muy posterior, yo te estoy hablando de 1984. La que vos decís es una de Biondini. Entonces hice un par de notas más, y en ese momento pasa algo raro en la redacción de El Porteño... Levinas, andá a saber por qué (...) pega un brinco ideológico inexplicable, echa a Almirón y Briante y convierte en jefes de redacción a Fogwill y a María Eugenia Estenssoro. Estoy hablándote de 1985. El alfonsinismo se había vuelto muy derecho, muy macartista. Ahora todo el mundo les ha perdonado todo, pero en ese momento tenía un lado siniestro. Después de perder con la ley sindical hace un giro a la derecha y la coordinadora se vuelve una máquina de justificar lo injustificable. Empiezan a ralear a la gente de Radio Belgrano, quedan estigmatizados como la patota cultural. No sé por qué carajo, si por esto o por qué, un día aparece en la redacción dando órdenes Fogwill. Si no lo sabés, qué era Fogwill? Todos los celebran como un gran escritor, pero en una de esas vueltas editoriales Fogwill se hace redactor de una remake de Primera

Plana y escribe una nota puteándolo a Vicente Zito Lema, que era ideólogo de las Madres de Plaza de Mayo, con el título “Ese gustito a muerto”, burlándose de la necrofilia. Eso para putearnos a nosotros. Cuando ví eso, con María Eugenia Estenssoro, que ahora es senadora pero que siempre fue una mina de derecha, en ese momento la revista se empezó a ir al carajo. El único que le pone un poco de cordura es Ernesto Tiffemberg, que era corresponsal en México y un día cae como jefe de redacción. Como Ernesto es una persona conciliadora, tranquila, se fumaba a estos dos no sé cómo... la revista iba en caída libre. Yo ya no colaboraba en El Porteño, me había ido, laburaba en una librería y la pasaba fatal. Ahí el que me rescata es Osvaldo Soriano, que era amigo de los de El Periodista y amigo de mi familia, viene y me dice “Estás laburando en una librería, dejate de joder” y me empieza a dar ideas de nota para que le lleve a los de El Periodista. Y mi mujer en ese momento estaba trabajando en la que era una competencia fugaz de El Porteño, que fue la revista Crisis. La secuencia completa es así: Crisis tiene por un número dos directores, Zito Lema y Soriano. Soriano funda El Periodista y se va, y después funda Crisis y también se va. Yo quedo laburando en Crisis. Tenía una relación tan difícil con Zito Lema, era un señor tan políticamente correcto, tan dogmático... yo era un redactor disciplinado ahí. Entonces laburaba en Crisis, colaboraba en El Periodista, agarro una cátedra en la UBA en comunicación, a pesar de que no tenía formación en comunicación sí tenía formación semiótica por Letras, y tenía práctica profesional. Cuestión: pasa el tiempo, El Porteño se hace cooperativa, yo no estaba ahí. Estaban Blaustein, Lanata, Ferrari... yo ahí no estaba, recién a fines del '86, no me acuerdo cómo, creo que Tiffemberg me pide una nota. Creo que ahí lo conozco a Juan Salinas. Juan, que es como mi hermano mayor.

- **¿Por qué?**
- Qué se yo... Nada, como mi hermano mayor. Te peleás, lo querés. Aprendí muchísimo de él. ¿Lo conocés?
- **Soy amigo. Me prestó la colección de la revista.**
- Desbordado, barroco, quilombero, divertido. Nos cagamos de risa. Ahora lo recuerdo: nos habíamos conocido en una revista inimputable, nos encontramos Salinas, Ragendorfer, él y yo. Nunca nos pagaron un mango ahí. De ahí nos conocemos. Juan me decía “Vos no te vas a pelear, tenés que venir a El Porteño como redactor, porque a mí Lanata no me quiere dejar entrar, pero entra vos porque si no van a meter a cualquier

tarado”. Y en diciembre del ’86 yo entro como el último redactor de El Porteño, y me enganchan la distribución, todas las cosas que nadie quería hacer las hacía yo. La cuestión es que en esos meses se hace Página/12 y se van todos. Buena parte de la redacción cooperativa se van y no pasaban ni a saludar! Zlotowiazgda, Aliverti, Soriano mismo, se van todos.

- **¿Alguien te tira onda para que vayas a Página? ¿Te llevabas bien con Lanata?**
- No, yo siempre fui de Tiffemberg. Yo me llevaba bien con Ernesto. Bueno cuestión que se van todos. Con Juan estaba esta cosa que no lo querían adentro, no lo querían, se peleaban. Juan tiene esto que es desbordado, obsesivo, no para nunca de discutir, la cuestión es que no me acuerdo bien cómo fue, creo que entra ahí Juan. Algunos entran y otros se van. (...) La verdad es que lo interesante de todo esto es que no era una cuestión de nombres, sino de proyectos y de gustos. Esto es lo que yo más rescato de esa época. Los primeros porteños, un poco por la impronta de Levinas, otro poco por el clima de época, eran la caricatura de lo que nosotros jodíamos que era la revista psico bolche, no? Entonces venían y me traían una nota a un folclorista de protesta y yo decía “ma´ qué folclorista de protesta, yo escucho *rock and roll*, no me rompas los huevos con el folclorista de protesta”. Además como era cooperativa, todo el mundo se pensaba que tenía derecho a meter baza, y yo me había convertido en una especie de Robespierre y trataba con todo el mundo. Teníamos varios debates ahí, por un lado Blaustein y Salinas eran el ala peronista, nacional y popular. Yo era el ala izquierda exquisita y a veces coincidía con Caparrós, que era todavía más elitista, le gustaban esas novelas que no se entendían, y la narrativa metaficcional y todas esas boludeces, y yo estaba en el medio y decía “loco, un poco de rock and roll, que los libros se entiendan viejo”. ¿Cómo salíamos de este entuerto? Peleándonos, como se sale de estas cosas.
- **Además, como decías recién, debía haber algunos que querían llamar a asamblea para todo, y otros como Lanata que puteaban con eso, y decían que no se puede hacer asamblea por cada epígrafe.**
- Sí, pero ya para cuando Lanata se va nosotros tomamos una política distinta, el primer número que hacemos con Blaustein a partir de 1987 ya es distinto. Con Eduardo nos peleábamos mucho, pero sin embargo nunca laburé con nadie tan bien como con él, podíamos escribir a 4 manos, estaba todo bien. Pero Eduardo tenía una cosa que se deprimía, le daba psoriasis y me clavaba en los cierres, no había celular ni nada y la gente

desaparecía, no la encontrabas... y yo estaba todo el día laburando, una máquina. A Caparrós no le gustaba mucho poner el culo en la silla y yo era una máquina. Al rato Caparrós y Eduardo se van a Página, y nos habíamos peleado porque en ese momento sale la revista Babel, que dicho sea de paso fue una idea mía.

- **Pensaba que la idea había sido de Dorio.**
- Ellos la llevaban. Yo les dije “La cooperativa tiene unos mangos”, había una idea de hacer una revista así. Ellos dos eran los que mejor la podían dirigir. Pero el tema es que era una revista cíclope, no podés hacer una reseña de 100 líneas? Todo era imposible de cortar, desgastante. Salieron una cantidad de números y se estrellaron, yo les dije de cortarla y me acusaron de una cantidad de cosas espantosas. Era tan difícil... nunca me mostraron un sumario, nunca me invitaron a escribir. Consideraban que era territorio liberado para sus amigos. La verdad es que puede ser así pero lo tenías que demostrar en las ventas. Y no vendía, perdíamos plata. En definitiva parece que lo único que querían era quedar como un episodio mítico de revista maldita. Además, esto era una cooperativa, si ellos se hundían nos arrastraban a nosotros, porque la guita era una sola. Después se van Dorio, Caparrós, Babel... Ahí entran Juan Salinas, Ragendorfer, Warley. En ese momento yo propuse hacer un viraje cultural, hacer una revista urbana de Buenos Aires, uno hace las notas y la revista según uno es. ¿Por qué tengo que hacer una nota de unos indios que no me interesan o de un folclore que no escucho cuando los estadios están llenos de gente que va a ver rock?
- **A mí me da la impresión de que algunos temas recurrentes de la etapa de Levinas eran una pose. No lo veo a Levinas en una peña.**
- No, vos tenés que pensar que en esa época, cualquier cosa que había sido maltratada por la dictadura era nuestra amiga, empezando por los indios. Ahí nosotros empezamos a hacer entrevistas a los rockers, con muy buenas fotos de Eduardo Rey, y entrevistamos a Los Redondos, a Pappo, estaba Eduardo Berti que era un periodista de rock del carajo, ahí ya nos llevábamos mejor, había menos egos, era todo más llevadero. Hicimos una serie de entrevistas a rockeros todas muy bien escritas que creo que deberían estar en una antología de rock por lo menos. Juan había traído de España la colección de El Viejo Topo, de la que sacamos muy buenas ideas. Y yo ahí tengo una especie de encuentro extraño con Silvina Walger, me había hecho muy amigo. La Silvina Walger de entonces no era en nada como la de hoy, había sido montonera, la primera socióloga de la

Argentina, sigue siendo como mi tía, así como Juan es un hermano perdido. Silvina tenía como amiga muy amiga a Maruja Torres, una gran periodista y cronista de la época de oro del diario El País. Maruja, que era una tía muy maja, y que venía de la movida madrileña, viene un día y me muestra un libro de tapas blancas, sin la portada. Me dice “Coño, esto es el futuro”. Un libro, una prueba de galera, pero ya encuadernado. Un libro de Anagrama. Me dice “Sácale una fotocopia y léelo”. Era Menos que cero, una novela de Bret Easton Ellis. Era una novela que parecía un nouveau romance francés, donde había un montón de pelotudos que tomaban cocaína y miraban videos musicales, y era el vacío mismo de estos pelotudos de Los Ángeles, pero vos leías la novela y era una potencia, un vacío de estos pelotudos sin historia y sin nada para contar, nada que ver con el realismo mágico latinoamericano, la novela bien intencionada, y al mismo tiempo era una especie de denuncia de la vida *al pedo*.

- **Era como Trainspotting.**

- Sí, pero diez años antes. De hecho se hizo una película horrible pero la novela sigue siendo excelente. La leo... y me digo “¡Joder!”. Nosotros siempre en las últimas páginas poníamos un adelanto de un libro. En la redacción me putearon todos, pero explotaron los comentarios de la gente. 500 ejemplares más hicimos. Al otro número empiezo a laburar más este tipo de literatura, y empiezo a cambiar más la revista de atrás para adelante. Poemas en la última página, de mi cosecha personal, mis obsesiones. Ahí saque y te lo recomiendo, las palabras de un tipo a la muerte de Arguedas, publiqué Gente que no, de Todos tus Muertos. Esas cosas y el psicoanálisis.

- **¿Eras del palo del psicoanálisis?**

- No, pero en el '86 conozco en una discusión de vecinos a un psicoanalista que resultó siendo Juan Carlos Volnovich, hasta el día de hoy somos muy amigos. También es el analista de Juan, en una época, y de Ulanovski. En una época en que estaba sin guita me ganaba la vida reescribiendo psicoanalistas, en el año '85, antes de entrar a El Porteño. Juan Carlos me empezaba a abrir la cabeza en función del psicoanálisis, pero yo le decía que había cosas que no se entendían, y en función de eso empecé a encontrar más data interesante para convertirla en notas. Empezamos a cambiar la revista de atrás para adelante. El Porteño era una revista que se vendía la primera semana como un semanario, y las siguientes 3 como un mensual. Pero nuestra venta fuerte estaba en la primera semana. Siempre buscábamos una nota de tapa que nos garantizara las ventas, éramos

una revista cooperativa y teníamos el eterno drama del papel. Nunca hubo una revista tan bien escrita en un papel tan horrible. Porque Papel Prensa no nos vendían el papel... los que se hacen ahora los democráticos, bien que nos cagaban. Teníamos que pagar el papel al doble porque no nos querían vender una bobina de papel. Cuando armamos la cooperativa la revista estaba más ajustadita, con el tiempo fuimos saneando las finanzas, no se hacían las cosas por la guita. El Porteño vendía entre 9 y 11 mil ejemplares. Cuando yo la agarré vendía 5, 6 mil ejemplares. Lanata la agarra más abajo todavía, cuando la hacen cooperativa. Yo la agarro en 6 mil, con estos cambios que te decía empieza a subir.

- **¿Para estos cambios que fuiste metiendo te inspiraste en alguna publicación?**
- El Ajo Blanco. En el año '87, el ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericana), que no sé si seguirá existiendo, hace un congreso de revistas argentinas y españolas. Traen al tipo de La Luna, de la movida madrileña, traen a Pepe Rivas, director de El Ajo Blanco, una revista anarquista catalana, y trae a la que a mí me gustaba más que era la Futuro Express. Yo pego mucha onda con Pepe Rivas y empezamos a intercambiar secretos editoriales. Yo le robaba mucho, porque ellos compraban derechos de revistas francesas y yo le afanaba las notas. Ahí le robé una nota brillante que le hace la revista The Face a Charles Manson. La cuestión es que para mí esto fue fundamental, conocerlo a Pepe, porque me corrobora que el camino cultural que estaba haciendo era el correcto. Él lo que me enseña es una cuestión entre ideológica y cultural, tolerancia a las drogas y diferenciación entre las duras y las blandas, el uso recreacional, la libertad sexual. Yo todo eso lo tenía más por el lado de la transgresión política, y él me lo corrobora desde un punto de vista más anarquista. Y sobre todo con un nivel más sofisticado, con sofisticación, con autores, con la música. Entonces ahí aprendo de El Ajo Blanco la cuestión de los dossiers para tapa. Esa revista tenía o una entrevista de tapa, o un dossier. A nosotros las entrevistas no nos garpaban. Ahí también empiezo a leer mucho l'observatoire littéraire, la revista Globe. No le dábamos mucha bola a la Rolling Stone. Pero yo le daba sí mucha bola a la Esquire. La Esquire de los '90 era buenísima. Yo incluso robo una nota maravillosa que es una pieza de teatro de Sam Sheppard, con una entrevista a Bob Dylan maravillosa, larguísima, y yo me la afano y se la doy a traducir a Caparrós, y Caparrós me puteaba porque la traducción era maravillosa, pero me decía "Este tipo dice boludeces, estás seguro que la querés poner?" Y yo le decía "Callate y traducí, no entendés nada, está bárbara". Sobre todo, yo había aprendido en la facultad

que todo proyecto cultural antes de tener una voz propia, siempre tiene una voz de traducción. Beatriz Sarlo, cuando era menos gorila que ahora, tenía una mirada muy inteligente de la revista Sur, y decía: “Sur era ante todo una gran revista de traducción y modernización del campo intelectual”, y yo con eso decía “hay que traducir y poner sobre la mesa materiales que nos van a aumentar la venta”, y así fue. Ahí me cae lo de los dossiers. Había una revista que se llamaba UTNE Reader, una revista que no me acuerdo bien cómo carajo me cayó en las manos, que era una especie de compilado de lo mejor de la prensa alternativa de EEUU, “*the best of the alternative press*”, en ese momento no había Internet, cómo carajo leías eso si no te lo presentaba alguien? Y de ahí es que saco la idea de los dossiers, y una nota de tapa que era “Quién está conforme con su cuerpo”, que de título decía “Bancate ese defecto”.

- **¿Tu ímpetu estaba en marcar el rumbo editorial?**
- Yo estaba en todo. Hasta en la última coma. Me puteaba con Ferrari porque le describía hasta la última línea, sin cambiarle el contenido, y él me puteaba.
- **Con respecto a lo que decís de traducir lo que pasaba afuera, algo parecido le había pasado a Levinas. Él quería hacer un New Yorker.**
- Sí pero eso tiene que ver con el olfato editorial. Un editor de revistas es como un curador, de 100 cosas dice “Es esa”. No es como nosotros en el noticiero que decimos “Esto está bueno, esto está malo” pero tenemos tanto espacio para llenar que metemos todo. El editor mensual dice “Es esto”. Para leer una, tenés que poner 5. Eso te da la sensación de que no pagaste la plata en vano. Si vos comprás un mensual, lo lees y lo guardás. La segunda vez, si no te gusta, lo dejás de comprar. Por eso yo jodía con que tenía que tener una nota de tapa que te hiciera abrir la revista ahí mismo. Ese era nuestro rumbo en las postrimerías del alfonsinismo, hasta que viene nuestro peor y mejor momento, que fue el asalto a La Tablada. En esto Juan y yo laburamos muchísimo juntos. Juan se obsesionó con La Tablada e hizo ese mamotreto maravilloso que es uno de los mejores libros de investigación periodística de la Argentina, sin dudas. La primera nota, “La Conjura de los Necios”, la firmamos los dos. Porque ya teníamos la revista terminada y ahí está la cosa.
- **¿Quién se dio cuenta que faltaba gente entre las víctimas?**
- Esa fue “El Porteño contra el silencio”, la segunda edición. Eso nos lo cuenta Juan Irigaray, corresponsal de TVE, muy amigo de Juan Salinas. Yo consigo por él el video, que nunca apareció por supuesto. Nosotros no teníamos nada que ver con el MTP, yo no

tenía nada que ver, Blaustein tampoco, Juan tampoco. ¡Los de Página/12 tenían que ver! Si leíste el libro de Juan lo sabés, la relación entre Manzanita, el MTP, la guita de Página, etc.

- **¿En ese momento ya sabían que la guita para fundar Página/12 la había puesto el MTP?**
- Sí, pero no toda. Habían hecho como “una vaquita” entre todos. Ellos querían volver a hacer la experiencia del diario El Mundo del ’74. Para mí era una pelotudez, la militancia light, tenían un gesto troско y para mí eran una banda de pelotudos. Era gente rara, militancia blanda, no discutamos nada, vamos por las reivindicaciones barriales... la verdad es que si uno lo mira en perspectiva, había algo en el ambiente. Estos pelotudos hacen un giro hacia la teoría del núcleo de acero, que yo lo pongo en esa nota, y que a mí me lo cuenta un tipo de Página. Me dice “Te explico cómo fue”, fue así, él había sido preso político, cuando ve este viraje al núcleo de acero, el tipo se abrió.
- **¿Fue Hernán Invernizzi?**
- Nunca revelo las fuentes, aun cuando haya prescripto. Y yo además reconstruyo todo esto para esa primera nota, y después para la segunda empiezo a hablar con los del PC que los habían invitado a formar parte de la lucha armada... la verdad es que había habido varios intentos de golpe de Estado carapintadas, pero hubo uno que quedó completamente olvidado que es el intento de 11 o 12 de diciembre del ’88. Uno que arranca... creo que en Monte Caseros, pero que tiene un coletazo acá. Y que hubo un tiroteo en el lugar donde está ahora Tecnópolis (Villa Martelli), ahí se arma una represión. (...) El clima estaba espeso, muy espeso. No era tan loco que alguien, en su teoría local del foquismo, tomara un cuartel y quisiera capitalizar esto. Pero fue un disparate. La legitimidad que nosotros tuvimos desde la revista fue que los puteamos en el primer número y los defendimos en el segundo. O sea, en el primer fue “La Conjura de los necios”. En el segundo, fue idea mía jugar con el logo, y quedó “El Porteño contra el silencio”. El pozo negro de los DDHH. Con esa visión que yo tengo para los negocios, me pongo a discutir en una polémica con El Ciudadano, que defendía al alfonsinismo, cuyo jefe de redacción era Jorge Ezequiel Sánchez, que luego sería jefe de redacción de Clarín. ¡Nunca conseguí laburo en Clarín! Todos los que estaban en Página desfilaban para Clarín, pero a mí no me iban a llamar nunca, me había puteado con Sánchez, además lo gasté. Escribí la nota editorial diciendo “Qué se hacen los democráticos, si Alfonsín pasaba entre los

cadáveres, lo llevaban dormido, había desaparecidos”. Esto fue el auge de nuestras ventas. Veníamos vendiendo 8, 9 o 10 mil ejemplares, pasamos a vender 18 mil ejemplares. Al otro número, creo que llegamos a 20 mil. Con esa guita Eduardo Rey y yo dijimos “Tenemos plata, somos una cooperativa, la vamos a reinvertir”. Y fuimos la primera redacción que compró una Apple para diseñar y suprimir el proceso de fotocomposición. Al contado. Eso quedó para toda la vida. Al mes siguiente nos agarra la inflación. Vendemos los ejemplares y la hiper nos chupa la guita. ¡Nos quedamos sin guita para imprimir el siguiente número! Ibas a buscar la devolución a la distribuidora y te decían “Pibe vení el mes que viene” y le decías “Se me va el valor”. Ahí la revista estaba en crisis. Pero la revista se había convertido en una referencia de honestidad, con lo de la Tablada. En eso por medio de Pasquini Durán le hago llegar al vocero presidencial José Ignacio López la revista, y le mando decir que íbamos a salir con el número de “El Porteño contra el silencio”. Antes de que estuviera en la calle la tenían todas las agencias internacionales con la denuncia de que había habido desaparecidos en democracia. Un escándalo internacional. Fui a FP, TVE, Ansa, EFE, donde trabajaban todos tipos que conocíamos. Yo tenía miedo de que nos secuestraran la edición de la revista, así que me adelanté y le pedí a todas las agencias que escriban el despacho anticipando lo que iba a salir. La revista salió. Entonces lo voy a ver a Lanata, y le digo “Mirá lo que vamos a sacar”. Y Lanata me dice “¿Sabés qué? Que primero lo publique La Nación, yo no lo voy a publicar”. “Pero Jorge, son desaparecidos”. “Yo no lo publico”. Al mes siguiente renunció a la cooperativa. Creo que fue la última vez que hablé con él. Después siempre lo putié por pantalla. Poco después en Página al tipo que promueven para cubrir los juicios y hacer una cobertura es Ernesto Tenenbaum, que nunca dijo nada de los desaparecidos porque por medio de un artilugio pasaron esa causa a una investigación lateral, que nunca se investigó. Después por ese motivo es la CIDH da vuelta el juicio y terminan todos libres. Así que la Tablada fue el auge y la caída, porque después de eso la hiper nos deja sin un mango.

- **¿Y cómo vuelven a salir?**

- Salir salimos igual después, dejamos de cobrar, no me acuerdo qué hicimos. Como la revista había sido un lugar de referencia. En Página había un clima medio asfixiante, había habido purgas, peleas, echaron gente, toda un ala de la redacción que había querido conspirar contra Lanata. La cuestión es que yo tomo una decisión. Yo estaba muy irritado

por el clima de asamblea permanente, de quilombo. Yo dejaba el pellejo por esa revista. Y en un momento me hinchaban todos los días, no cobraba el sueldo. Y justo yo que nunca había hecho televisión, soy contratado en CNN. Y soy corresponsal de CNN durante todo el menemismo. Empiezo con los saqueos de la época de Alfonsín y cubro hasta la caída de Menem. En ese momento dije “Si no me dan un poco más de margen de maniobra, me voy”. Si no podemos relajar un poco la colegiatura, yo no puedo más. Aparte estaba por ser padre en ese momento, tenía quilombo en casa. Patricia Gringberg me pedía que no me fuera. Y me dijeron que no.

- **Pero tu mujer se quedó, no había mala onda entonces.**
- No, yo seguí escribiendo un tiempo. Eduardo Rey tampoco quería que me fuera, teníamos buena onda. Yo sentí que tenía que terminar la carrera, también. Yo no sabía ni qué era CNN, porque no llegaba acá. Además en ese momento me ascienden a pro secretario de redacción en Página/12, y tenía 30 páginas por semana para llenar con cultura, espectáculos, ciencia, sumadas a El Porteño. Además, la corresponsalía de CNN y de Brecha. Más un hijo. Lo que más me enfermaba la cabeza eran las discusiones de El Porteño. Y me saturó. Como balance, lo interesante es que ninguno de nosotros discutía por plata. No existía la idea de que alguno quería meter una nota porque otro te había garpado. Eso viene después con el menemismo, o existía en otros medios de derecha. Nosotros lo hacíamos porque queríamos, podíamos discutir seis horas sobre si eran o no burócratas los dirigentes sindicales. Una sola vez a Coco Blaustein lo eché porque estaba cobrando las comisiones por una publicidad de Cafiero por detrás de la cooperativa. Yo con eso era Robespierre.
- **¿Nunca más escribiste? No lo hacías nada mal.**
- No. Nunca nadie me pagó más por escribir. Después escribí lo que modestamente creo que es un buen laburo y que son los guiones. Yo traje guiones largos a la tele argentina. Así me gano el premio Rey de España a la televisión, me premian por tres guiones de Punto Doc. Uno por desaparecidos, otro sobre ladrones – mirá vos, todo lo que me putearon acá por esos documentales – y otro que se llamó Mafia y prostitución en Moscú. En Europa fue un escándalo.
- **¿Qué te dejó El Porteño?**
- Una matriz editorial me dejó. Tengo una mirada hoy en GPS, que es la que tenía en El Porteño. Yo en CNN aprendí el rigor, de no hablar de nada que no tenga grabado, hice la

colimba. Pero la mirada... En GPS hago los Territorios de El Porteño. Es la versión de lo que hacíamos en El Porteño en formato televisivo. Cuando voy a la selva y tomo ayahuasca, eso es una nota de El Porteño. Siempre me puteaban por haber hecho eso, y yo les decía "Es una nota del Porteño".

- **¿Vos creés que es una casualidad que los tipos que más han marcado la tele actual hayan pasado por El Porteño? Zloto, vos, Lanata...**
- Creo que fuimos la última generación que tuvo una formación triple. Política, callejera profesional y literaria o cultural. Somos herederos de gente que leía mucho. Yo no admiraba la gente de la tele, sino que admiraba y sigo admirando a la gente de la cultura, del pensamiento, y estoy seguro que Lanata también, que todos nosotros admiramos a los tipos que tienen densidad de pensamiento. Y nosotros tenemos picardía pa' contar historias. Me parece que tiene que ver con eso. Somos una generación que supo reconvertirse y entendimos que las revistas tenían un límite, que los diarios también, que había que dar la batalla por dentro de los medios de comunicación, como son todos los procesos de comunicación.
- **¿Cuando el Porteño deja de salir ya estabas desentendido?**
- Sí. El Porteño es el único caso de una revista que cerró sin un despido, que pagó todas sus deudas. Y un día se fue. "Nosotros no nos quemamos, sino que nos desvanecemos".

Entrevista a Marcelo Helfgot

25 de septiembre de 2012

- **¿Cuál pensás que fue el aporte de El Porteño al periodismo actual?**
- Creo que hay una visión, no sé si idealizada, pero sí con lo que generó la revista como época, pionera en instalar temas y estilo que fueron transcurriendo con el devenir de la democracia. Al principio se presentaron con temor, y a medida que la gente fue pidiendo más democracia se fue incorporando a medios masivos, algunas cosas y algunos temas. Por un lado está esto de que puede estar en el límite de la idealización, pero que uno viendo la gente que era lectora o que estudió el tema, podemos decir que generó un signo de época. Por otro lado hay que entender que era un mensual, y que había poca gente que podía ganar un sueldo ahí. Para muchos era más un hobby, porque en la parte profesional había que ganarse el pan en otro lado el sustento, y por otro lado aún el que trabajaba full time tampoco llegaba. Así que hay que verlo con una cuota de realismo, de hasta dónde ese periodismo puede servir como base de lo que es un profesional, que es el periodista que tiene que vivir del periodismo. Si no fuera por esto, que el ingreso era sólo una parte del sustento de los que ahí aportábamos, tampoco estás viendo la cosa completa. Si tuviéramos todos que vivir de El Porteño, quizás no hubiéramos podido hacer algo tan idílico o tan independiente.
- **¿Mientras trabajabas en El Porteño, donde más trabajabas?**
- Más o menos a los 25 años empecé a escribir en El Porteño, poco antes de la etapa cooperativa de la que fui uno de los fundadores, más o menos en el '85, yo ya trabajaba hacía años en Clarín. Tenía mi sueldo y para la época era un sueldo bastante importante, y tener todos los meses un salario, con lo cual estaba teñido con esa visión. De hecho en esa época éramos pocos los que teníamos un trabajo fijo, siendo incluso inicios de la democracia, donde se abrieron muchos medios. Pero no todos tenían un salario fijo como periodistas. Algunos quizás eran profesores en la universidad o periodistas freelance. Así que la visión del medio se medía en cada uno, de acuerdo a cómo lo vivía.
- **Vos me decías recién que para vos era un hobby... María Eugenia Estenssoro cuando la entrevisté me dijo que ella hacía militancia en El Porteño.**
- Yo tomé la segunda etapa, que es la etapa de la cooperativa. Yo tenía una militancia gremial y tenía una identificación con la primera etapa de El Porteño. Hablé de hobby en

el sentido de hacerlo más por voluntad, por amor al laburo y por hacer algo independiente que por el sueldo o lo que podías ganar. Había un grupo muy chico que era el staff permanente. Te diría que yo tuve una militancia, más que política, de la cooperativa y de la autogestión. Me tocó un par de veces repartir volantes de algunos números, sobre todo porque había laburado más y hacíamos unos volantes. En otra época los colaboradores cobrábamos muy poco, algo simbólico, a mí no me significaba casi nada. Y por momentos no cobré por casi un año, así que lo tomo como una suerte de militancia a una causa que yo creía que era posible de sostener de manera autogestionada, y eso creo que fue la pata floja de El Porteño. Tenía un lado favorable, y era que nos unía a pesar de las diferencias, esta cosa de ser independientes y de que nadie nos imponía las cosas de afuera. Cuando quisimos hacer algo más serio, más sustentable como empresa autogestionada, es cuando no se pudo acordar y terminó. En el fondo, la idea era que por ser una cooperativa de periodistas no dejáramos de ser una empresa, de cómo se captaba publicidad, había muy poca, Babel fue una mal inversión...

Entrevista a Hernán Invernizzi

14 de septiembre de 2012

- **Contame por qué estabas preso cuando empezaste a escribir en El Porteño.**
- Cuando Alfonsín asume, asume también cientos de presos políticos, la mayoría sale a principios de 1984. Casi todos eran civiles juzgados por sistemas de guerra, lo cual en la república liberal burguesa era un disparate. Eso se caía solo. Salieron cientos de compañeros en muy poco tiempo. Quedamos los que ya era más difícil. Muchos compañeros que habían sido juzgados por la justicia civil, y yo, que era como el caso aparte. Porque yo era colimba.
- **¿En qué año caíste?**
- En el '73.
- **¿Estuviste en cana desde el 73 hasta el 85?**
- Estás hablando con el récord argentino, estuve preso 12 años, 7 meses y diez días. De un solo tirón, tengo el récord. Hay compañeros que estuvieron un poco más que yo pero en dos caídas. De un solo tirón llevo el récord por ahora.
- **¿Dónde hacías la colimba?**
- En el comando de sanidad. Yo caigo en cana con el asalto al comando de sanidad que hace el ERP el 10 de diciembre de 1973 con esta estrategia. Yo era un hombre del PRT-ERP adentro del cuartel. Desde meses antes veníamos preparando el operativo. Un pequeño detalle del operativo salió lo suficientemente mal como para que cayéramos todos en cana. Ese comando era muy interesante porque tenía muchas armas y yo estaba adentro. Y como el partido había votado la política – no la analicemos porque es un disparate – se había aprobado la política de tregua al gobierno, pero no a las fuerzas ni a la policía, lo cual es un disparate porque el Estado es uno. Eso fue lo que creímos correcto en ese momento, entonces como el PRT ERP siempre tuvo la característica de que lo que dice es lo que hace y lo que hace es lo que dice, fuimos y tomamos el cuartel con todo planificado para que estuviera todo tranqui, sin tiroteos, sin muertos, pero lamentablemente no fue así. Cuando ya teníamos reducidos a los oficiales, a los soldados, teníamos el camión cargado de armas y qué se yo, un soldado se escapó, llegó la Federal, después el Ejército y la decisión política que había era que no íbamos a salir a los tiros del cuartel porque estaba rodeado de casas, eso es pleno Parque Patricios, y estábamos

muy armados.. No teníamos pistolitas 9mm, estábamos con FAL. Podríamos haber roto el cerco de la Federal cuando los vimos pero era una locura. Los que caen conmigo, muchos habían salido en la amnistía de mayo del '73 y muchos eran cuadros político-militares del PRT-ETP.

- **¿Vos eras uno de los más jovencitos?**

- Acababa de cumplir 21 años. Yo caigo en cana ahí. Entonces con la vuelta de la democracia no podía defenderme con el mismo argumento de juricidad liberal y decir “yo soy inocente”. Era conscripto, me correspondía la justicia militar con las reglas de los '70, no la de los '80 que es distinta, entonces yo estuve todo el tiempo en una cárcel militar, siete años. Después estuve en Caseros, en Rawson y en Devoto. Me juzga el tribunal permanente para suboficiales y tropa y me dan reclusión perpetua. En el código militar eso quiere decir de por vida. A los 20 años tenés derecho a pedir libertad, y el tribunal evalúa según cómo te portaste en esos 20 años. A mediados del '85 se vota la ley 23070 o algo así, la ley Nápoli, que computaba 2x1 el tiempo que estuvimos presos durante la dictadura, entonces los 7 años de dictadura se hicieron 14, más el tramo antes de la dictadura y el tramo después. Fui a pedir mi libertad. Los tipos desestimaron mi pedido, nada, de plano lo desestimaron. Te imaginarás que los militares nunca me tuvieron mucha simpatía. La bronca de hecho era por qué no me mataron cuando pudieron. Por la reforma de Alfonsín yo podía apelar a la cámara penal de la Capital, la que juzgó a los comandantes. La misma del juicio a las juntas es la misma que me da la libertad. Apelo siguiendo la ley, mis fiscales eran Strassera y Moreno Ocampo, que dijeron “Este tipo tiene razón, si no lo soltamos lo estamos secuestrando”. El cálculo ya me daba más de 20 años. En la misma audiencia se dispuso la inmediata libertad y salí y me fui a mi casa. Yo te lo cuento así, pero fue toda una movida, con mucha gente. Imaginate... hacía 20 años que estaba preso. A la salida había una banda importante de militantes, funcionarios, periodistas.

- **Antes de que salieras tu vieja estaba en contacto con varios periodistas y te los lleva de visita, ¿no fue así?**

- Eso fue así. Yo ahora no me acuerdo cómo fue pero Rodolfo Fogwill, un tipo brillante, te adelanto por las dudas por si no tenías onda con él que era muy amigo mío, un tipo brillante. Llego a Devoto y a la semana, ponele, mi vieja me trae los Pichiciegos dedicado por Fogwill. Me dice “Mirá nene, me vino a ver Fogwill que trabaja en la

facultad”, que era sociólogo. Me dice “Él quiere que leas la novela y me des una devolución”. Me lo había pedido muy enfáticamente. Me pasa la novela, pasa la censura de la cárcel y me la devoro. ¿Leíste los Pichiciegos? Cuando salgas cómpratelo. Me rompe la cabeza ese libro. Le escribo una carta. La saco por izquierda la carta, estaba tan ansioso por responderle porque era una genialidad su libro, totalmente perturbador. El tipo lee lo que le escribo, lo va a ver a Levinas y le dice, “Vamos a hacer una sección nueva en El Porteño”. No te olvides que en la primera etapa de El Porteño Fogwill era de una tremenda influencia.

- **Sí, a pesar de no tener un cargo fijo...**

- A pesar de no tener un cargo fijo, pero el tipo que le hacía la cabeza a Levinas, era Fogwill. Levinas sin Fogwill... Miguel (Briante) manejando la redacción desde adentro, y Fogwill la explosión creativa, digamos, y el atrevimiento, un tipo muy corajudo intelectualmente. “Vamos a hacer una sección a doble página, de un lado Hernán Invernizzi, guerrillero setentista y la otra página, un combatiente de Malvinas. Las dos generaciones. A Levinas le encanta la idea, vamos a hacerla, y no encuentran al toque un ex combatiente. Entonces Fogwill vacilaba, lo habla con mi vieja, y mi vieja me hacía propaganda, le decía “No importa métnle pata”. Sabía que, aun estando preso, trabajar en prensa me iba a hacer bien. Habló con Levinas, con Fogwill y no sé con quién más, “Hernán tiene que escribir” le decía a todos, y con todo eso me dicen “mandate una nota”. Varias páginas con una fotito.

- **Esa foto en la que sos casi un niño, no parece la foto de un tipo que está en cana.**

- Sí, 16 años. No había fotos mías, no había. Después recuperé fotos, pero en ese momento nadie tenía una foto mía reciente, salvo que se la pidieras a los milicos y al servicio penitenciario, que no te la iban a dar. Entonces mi vieja le da la foto, en la que parece que estoy leyendo un libro. Estoy mirando la tapa de Sargento Pepers de Los Beatles, era una joda interna entre mi vieja y yo, un reconocimiento a mi adolescencia.

- Entonces sale mi primera nota, que la saco por izquierda. La primera nota la sacó mi vieja, disimulada, no importa. Otras notas las sacaron visitas políticas que teníamos. En aquellos años nos visitaban diputados, senadores, dirigentes, sindicalistas, gente de DDHH, y yo cuando veía que uno era gaucho le pedía que me sacara algo. Los milicos no iban a palpar a un diputado... una vez Fogwill se sacó una. Fogwill me venía a visitar todos los meses. Las visitas de Fogwill eran un delirio, se peleaba con los

guardiacárceles, se quería cagar a trompadas. Y así fue como empecé a escribir en El Porteño. Yo trataba de ser un periodista preso, digamos, desde las columnas. Tanto que yo hasta preguntaba qué podía sugerir para un sumario, y me decían “escribí de lo que quieras”. Claro, cómo iba a hacer sumarios si estaba preso? No teníamos teléfono, no podía llamar y decir “Cómo armamos esta semana”, estaba atrás de la reja, preso, en cana. Si me querías ir a ver y no eras un familiar directo tenías que gestionarlo y la entrevista te llegaba un mes después. Nunca nadie me dijo “escribí de esto”. Mientras, seguía en cana con otros compañeros, cada vez menos. No fui el último en salir porque por el computo del 2x1, los que no cumplían todavía la equivalencia contable. El que más tardó en salir tardó un año más que yo. Cuando salgo en libertad éramos 10 o 12, no me acuerdo bien. Entonces la última nota, yo salgo en mayo del '86, entonces la última la publicamos en abril del '86 y la siguiente, de mayo, es esa que escribo en la casa de Sokolowicz, en la que no entendía nada.

- **Claro, no habías tenido ni transitorias ni nada de eso.**
- Yo nunca había visto un fax. No sabía lo que era una computadora. Yo pisaba todos los soretes de perro que había en las calles. Claro, después de 12 años y siete meses caminando por los pasillos de las cárceles, por los patios, son 12 años donde no hay soretes de perro en las calles. Tuve que readquirir el hábito de ir mirando de no pisar una baldosa floja o no tropezarme con un pozo, porque en la cárcel no había. Me tropezaba con las alfombras. A los pocos días te acomodás, pero esa noche en que escribo la nota estaba así, encima hacía mucho tiempo que no tomaba una gota de alcohol, tenía el hígado más sano del mundo, a toda prueba. Esa noche habíamos brindado muchas veces por muchas cosas, me entendés? Con el perro Verbitsky no sé cuántas veces habíamos brindado, con Sokolowicz lo mismo, con Huguito Soriani, que es el gerente general de Página, lo mismo. Estaba Lanata también dado vuelta, el Gordo, encima había que cuidarlo porque Lanata nunca tuvo una buena salud, había que cuidarlo de que no se zarpara. Yo no lo conocía tanto, pero me decían “Che guarda con el Gordo”. Tiffemberg, Blaustein, no sé si Salinas estaba esa noche. Alguno de los Salinas debía estar. Había una banda. Andrea Rodríguez, que después fue la esposa de Jorge. Entonces esa noche escribo esa nota, y fue la única vez que recibí una crítica de Lanata, porque para esa época se había hecho la cooperativa, la revista ya no era de Levinas. Entonces Jorge estaba como Jefe de Redacción junto con Tiffemberg, Blaus´ y Andrea como secretarios

de redacción, yo todavía no era secretario de redacción, y después de que se publica la nota, la única crítica que me hace Lanata es “Flaco, esa nota la escribiste con el oficio”. “¿Por qué Gordo?”, le digo. “Yo esperaba que fuera la nota más grande del mundo, esperaba que fuera el núcleo de la revista. Es una nota correcta, está bien, pero no podés escribir notas correctas. Tus notas siempre son distintas, y la que tenía que ser la más distinta de todas, era la de tu libertad”. Él como jefe de redacción tenía razón, yo tenía un pequeño club de fans, la gente no compraba la revista por mis notas ni mucho menos pero había gente que se interesaban, guardaban las notas, las discutían. Había buen feeling con el público. Entonces como jefe de redacción lo que él me señalaba era correcto. Pero era inhumano, no me podía pedir que escribiera la mejor nota de mi vida 48 horas después de salir en libertad. No sé si fue la segunda o tercera noche en libertad, y encima borracho. ¿Qué querés, que haga una nota espectacular? Y no, no pude ni corregir! Mientras todos bailaban y gritaban a mi alrededor, yo estaba escribiendo en un entepiso con una portátil, subí al entepiso con la que era mi ex mujer, el entepiso balconeaba al living... Aliverti me ayudó a darme cuenta que no había parado la pelota ni un segundo. Un día me voy a almorzar con Eduardo por el Once, y me hace un comentario, me dice “Flaco, estás pasado”. Yo era la estrellita del momento, salía en TV, radio, en los diarios, yo quería aprovechar la espuma para hablar de los compañeros que habían quedado adentro, diciendo que conmigo no se cerraba el problema, tenía que aprovechar que estaba en los diarios para militar eso, iba a hablar con ministros, asesores, viste? A todos lados avisaban. Los medios me hicieron banca y los famosos 30 segundos de fama los aproveche. Aliverti me dice “Flaco, hace 10 días que saliste en libertad después de 12 años de cárcel, pará la máquina, estás pasado”. Tenía razón Eduardo. Entonces ahí me fui, Sokolowicz me da la llave de un departamento en Villa Gesell, me dice “Andá una semana, no te va a ver nadie, no te va a conocer nadie, yo le aviso al portero que vas para allá”. Así que me fui a Retiro, saqué los pasajes y me fui una semana a Gesell, que me acomodó. La gente igual me marcaba por la calle. Era muy incómodo. (...)

Vuelvo de Villa Gesell y digo, qué hago con mi vida. ¿Y yo qué sé hacer? Sabía hacer periodismo, otra cosa no sabía hacer. Tenía que ganarme la vida de buena manera. Y no lo iba a llamar a Neustadt, que tenía una audiencia muy grande. El día después de que salí Bernardo me quería sacar al aire, y yo le dije “nos vamos a pelear”.

Honestamente, a mí no se me ocurría ir a trabajar al Porteño. Pensaba en hacer mi columna todos los meses y ya está. Yo nunca había cobrado, imagínate que estando en cana... un día suena el teléfono y era Tiffemberg. “Che flaco cuando vas a venir por la revista” Entonces me voy al día siguiente a la oficina de Sarmiento, un tugurio de 3 ambientes, lindo pero decrepito, pobre, muy pobre. 3 ambientes con 5 escritorios, eso era el porteño. Y me estaban esperando con una actuada solemnidad, una puesta en escena para hacerme un chiste. Blaustein, Tiffemberg, Andrea. “Te queríamos decir que tenemos una propuesta, que seas el secretario de redacción de la revista, junto con Blaustein y Andrea”. Para mí fue tan grande la sorpresa que ellos deben seguir todavía hoy enojados conmigo, porque ni atiné a agradecerlos. Me quedé paralizado, creo que no dije ni que sí. Yo tenía la cara más dura que ahora, venía de estar preso, de no mirar a la policía. Me acuerdo que puse la cara estudiada de preso que pone cara de nada, porque la emoción que sentía me daba mucha vergüenza, entonces como los actores puse cara 4B. Creo que lo que les dije era “Qué hay que hacer”. Deben estar todavía esperando que les diga gracias, y tienen razón. Me estaban dando laburo en la revista más linda de aquellos años! El Porteño debe estar entre los primeros 3 grandes fenómenos periodísticos argentinos de los 80. Página/12, El Porteño... y cuál otro? Humor había empezado antes. Y además no dejó escuela. Eso es verdad. El porteño dejó escuela. Si hoy me pasaran factura tendrían razón. Y nada, nos fuimos a la pieza de al lado y nos pusimos a trabajar. Hice un par de números y como la derecha me hinchaba mucho pero mucho las pelotas en Buenos Aires, porque había salido vivo y porque me iba bien, porque si hubiera sobrevivido con bajo perfil todavía, pero además de haber salido yo era un referente. Y estaba activo, entero, iba a las marchas de las Madres. Y estaba rehaciendo mi vida, y eso era imperdonable. Y además tenía la ventaja del ex combatiente que sale de la cárcel y lo recibe todo el mundo, yo levantaba el teléfono y me atendían todos. Entonces me jodían, me tocaban el portero eléctrico, me puteaban, me ponían el auto al lado, presionaban a mi mujer, a mis amigos. Con mis compañeros de militancia, no importaba. Son las reglas del juego. Con los muchachos de El Porteño, lo mismo. Pero al portero de mi edificio no, no es lo mismo. Nunca pasó a mayores, ni nadie lastimado. Pero bueno, qué se yo. Tengo derecho de echarme un polvo en paz. Entonces le pedía a un amigo la llave de su departamento para ir con mi ex mujer, y una hora después me estaban tocando el timbre para joderme. Entonces me dije, Argentina es un país con mala memoria, me voy un par de meses,

vuelvo y está todo tranquilo. Y eso es lo que decidí, me fui un par de meses y me quedé 4 años afuera. Me fui con varias corresponsalías, parando por varios países latinoamericanos, hasta llegar a México, donde tenía amigos de toda la vida como Bonasso, estaba María Seoane. Cuando estoy haciendo unas notas en Nicaragua. Ahí hago contacto con los compañeros en la embajada de Cuba que se enteran que estaba en Managua. Me dicen “qué hace usted acá, nosotros tenemos informes de que está muy golpeado”. Les digo que sí pero que tengo que trabajar. Me dicen “Compañero, de ninguna manera, venga para Cuba que lo vamos a curar”. “Véngase para Cuba que sabemos que está muy mal”. Estaba todo roto, mi cara toda rota. No era Freddy Krueger, pero no podía respirar por la nariz, tenía la nariz horizontal y cruzada por los muchos golpes en la cara. Estuve 4 horas en manos del maxilofacial de Fidel, en el quirófano donde se opera Fidel. No sabés lo que hicieron conmigo. Me reconstruyeron la cara, la mitad de los huesos los tuvieron que tirar porque no servían para nada. Yo era un tipo narigón, así que tuvieron material para sacar. Hace poco fui por unas molestias a Swiss Medical, y la primera vez desde diciembre de 1986 que me operé me sacaron placas. Los médicos mirando mis placas hicieron un ateneo, no lo podían creer. ¿Quién te operó?, me decían. Entonces me operan los cubanos. Hoy gracias a los cubanos yo nado 45 minutos todas las mañanas. Me tenían en un hotel 5 estrellas del partido comunista, como si yo fuera el hijo de Fidel. Lo que hicieron conmigo... lo conocí a Fidel, charlé varias veces con él, hasta me peleé. Y no pasó nada, eso que dicen... no pasa nada. Le discutís y no pasa nada. Un día estoy almorzando en la casa del gran poeta cubano Eliseo Diego y llega Fernando Birri. Estaba de director de la escuela internacional de cine y televisión de San Antonio de los Baños, en Cuba. Entonces lo veo al viejo y me dice: yo te conozco. ¿Vos quién sos? Cuando yo tenía 10 años él había hecho un proyecto de programas de TV con mi vieja. Nos pusimos a charlar y me dice “Tengo un cargo vacante, te tenés que quedar conmigo”. Tengo el cargo de “Jefe de RRII y prensa”. Le digo “No, Fernando, en Argentina soy un comunista famoso, no podés ponerme en la cancillería de semejante cargo”. Me responde “Yo soy el director de la escuela y García Márquez el presidente de la fundación. Vos venís”. Yo había ido con un bolsito, tuve que volver a Managua a buscar mis cosas. Cuando vuelvo me instalé en Cuba y trabajé 4 años ahí, así que mis dos hijos mayores nacieron en Cuba.

- **Agarraste los 4 años antes del periodo especial.**

- La mejor época, la mejor. Cuando yo me voy empezaba el periodo especial. Así fue como rompí con El Porteño.
- **Contame cómo se da esta relación entre Tiffenberg, Sokolowicz, Lanata, de cara a Página/12.**
- Primero te cuento lo que estaba pendiente. Cómo entro en la cooperativa. La revista era una marca de Levinas. Gran bronca con Levinas. Levinas te va a decir que la idea de la cooperativa fue suya. En realidad había diferencias editoriales, el equipo más dinámico de la revista tenía diferencias conceptuales e ideológicas con Levinas. Podríamos decir que estaban “a la izquierda” de Levinas. Aquel Lanata que nunca fue un hombre de izquierda, Jorge siempre fue un liberal en el sentido norteamericano de la palabra. Hay un mito de que pasó de la izquierda a la derecha, y la verdad es que nunca fue un hombre de izquierda.
- **Él reconoce que en el '83 votó a Lúder.**
- Él no decía que era de izquierda, incluso hacía jodas todo el tiempo diciendo que nosotros éramos de izquierda y él no. Cuando se da este proceso yo estaba preso, pero conozco la interna porque me la contaron los que se quedaron con la revista. Si simplifico como me lo contaron, había diferencias político ideológicas, diferencias sobre el desarrollo de la revista, y además según me contaban, para Levinas la revista ya no tenía sentido, no funcionaba comercialmente, era pura pérdida, y del otro lado los que decían que la revista estaba lejos de su techo, que tenía mucho por delante, y que era una revista que podía funcionar si se la gestionaba mejor que Levinas. Después de muchas discusiones Levinas dice que la cierra, y le dicen que no. El conflicto era que los que hacían la revista eran unos y el que tenía la marca era otro. La cooperativa se arma como una solución de oportunidad entre los que hacían la revista y marcaban la línea y el que había tenido la idea de hacer la revista con ese nombre. Ahí surge de ellos, comprémosle la marca a Levinas. “Hagamos una cooperativa”. Estaba el grupo chico, pero faltaba más plata. Empezaron a llamar firmas y en eso llamaron a mi vieja. Mi vieja además era la más conocida de todos ahí, en realidad, que en ese momento tenía 40 años de trayectoria. Todavía hoy Lanata no tiene el rating que tuvo alguna vez mi vieja en TV, con Tribunal de apelaciones y tribunal para mayores, le ganaba a las telenovelas. Mi vieja sigue siendo la autora con más ediciones vendidas de un libro, Escuela para padres. Entonces la llamaron a mi vieja y ella dice que entra en la cooperativa pero pregunta, “¿Qué hacemos

con Hernán?”. Yo estaba en Devoto! Se hizo un poder trucho que uno de los muchachos lo firma por mí, delante de todos y del escribano, todos querían que yo estuviera. Además era una forma de afirmar una línea editorial. No era solamente buena onda conmigo, sino una toma de posición. Si lo pensás bien, es un grupo de gente bárbara, más allá de los caminos posteriores. Además muchos prestaron la firma porque la prestaron. Cuando se arma la cooperativa mi vieja pone guita por ella y por mí.

- **Pensando en el alcance de la revista, cuál era la tirada real? El número que mencionan varios es de 20 mil ejemplares en el mejor momento. ¿Era así?**
- A mí me parece imposible verificarlo, pero es un número legítimo. A mí me pasaron cosas desconcertantes con El Porteño. A mí me llevan mucho a hablar al interior, dar charlas, participar de jornadas, y me pasó en Rosario, en Chaco y en Córdoba. Se me acercaba gente a hablarme de El Porteño. La mayor sorpresa fue para mí en Resistencia, porque no sabía que la revista había llegado ahí. Entonces me encuentro a la segunda visita a Resistencia, hace 4 o 5 años, con que se me acercan tres o cuatro tipos de más o menos mi edad, de unos 55 años. Se me acercaban para preguntarme si yo les hacía el favor de firmarles ejemplares de El Porteño. En serio. ¿Firmar ejemplares? Pensé que me estaban cargando, les digo que los ejemplares de El Porteño están en las bibliotecas. Me dicen “nosotros los coleccionamos, tenemos varias colecciones completas y nos reuníamos a leerlas”. Me explica que eran 3 de los varios que se juntaban todos los meses a leer la revista, cuando salía. En eso se corren un poquito y arriba de una silla había una pilita de ejemplares con notas más que se habían llevado para que se las firmara. Con taquicardia se las firmé. Yo les decía “Ustedes leían esto en los 80 en Resistencia? Y me dicen “No sabés lo que era, cuando llegaba, era el gran momento”. Eso me pasó igualito en Rosario, que es más comprensible, y en Córdoba. Cuando hacía la revista, nunca sospeché siquiera que se leía en Córdoba o en Resistencia. Se leía en el interior”.
- **La última pregunta que me queda. ¿Te acordás cómo fue la relación entre Provenzano, Sokolowicz, Tiffemberg, Lanata, al momento de buscar plata para hacer Página/12?**
- Provenzano no tuvo nada que ver, nada. Una de las personas que sabe eso soy yo. Vos calculá, Soriani (tesorero de Página) fue padrino de mi casamiento.
- **En Buenos Hermanos, el libro de Anguita, se cuenta que Tiffemberg y Lanata eran llevados por Sokolowicz a la cárcel, calculo que a verte a vos, y que tu vieja**

organizaba cenas para que se acordaran de vos, para mantenerlos unidos fuera de la cárcel y que no se dispersaran. Eso es más o menos lo que cuenta el libro. Que Tiffenberg y Sokolowicz se conocen en una de esas cenas.

- A ver. Hay cosas que no se cuentan. Pero es bueno entender por qué no se cuentan. No te preocupes por el grabador porque no las voy a contar. Por esto que te decía antes de que mis relaciones no tienen que ver con mi identidad política sino con el vínculo personal, y hay cosas que no se cuentan porque hacen a las lealtades personales. Si un tipo es amigo, es amigo y se acabó. Por eso a veces hay libros armados en base a testimonios que a mí no me gustan porque a veces a los entrevistados se les va la lengua, y porque además la memoria es un proceso del presente. El colmo de la subjetividad humana es la memoria, no hay nada más subjetivo que la memoria, y está compuesta de recuerdos pero también de olvidos. Y por lo tanto por deformaciones. Todas las deformaciones son un género del presente. Entonces qué pasa: efectivamente, el núcleo de los que forman Página, que a su vez era el núcleo de los que forman El Porteño sacando Sokolowicz, me iban a visitar. Si vos te fijás quienes eran, te vas a dar cuenta que tenía que ver con un proyecto que se estaba llevando adelante. Efectivamente, había un proyecto. Había dos ideas centrales. Una que yo sigo reivindicando, era la de un diario progre de notas cortas y un par de columnas de opinión y títulos de buena onda. Notas cortas, cortas. 3 párrafos. Para leer en el subte. Pero un diario así, que el progresismo tuviera un diario de lectura rápida y convicciones fuertes. Y estaba la idea de Página, más o menos tal como salió. Que recoge un poco de esta idea mía que tenía coincidencias con muchas cosas que decía Verbitsky, que él y yo nunca habíamos hablado y que eran coincidencias profesionales, nacidas a la distancia porque no nos conocíamos entonces. Había como dos ideas, de modelo de medios. Que a su vez es un modelo de negocios. Verbitsky quería hacer un diario que era muy parecido al diario que yo creía que se debía hacer. Yo tenía una convicción muy parecida. Que no saliera a competir con los grandes medios. Mucha de esa idea está en Página. Mucho de la línea editorial de El Porteño está en Página, eso es medio obvio. Y después esta cosa medio juguetona la terminó de armar Lanata, que fue un gran aporte, no vayas a creer que es poca cosa, es un gran aporte, porque le da identidad y eso para un medio es elemental. Efectivamente hubo muchas reuniones. El libro de visitas de Villa Devoto nos mandaría a todos en cana, efectivamente. En esa reunión estuvieron varios de los que hoy hacen medios importantes en la Argentina. Que no siguieron juntos pero que

se agruparon ahí. También se hicieron reuniones en casa de mi vieja. El problema cuál era: con ese grupo de gente el diario lo hacías, ya tenías los periodistas y las ideas. Precisabas otra cosa. Un empresario. Un empresario es una cosa, guita es otra cosa. Un empresario es un tipo capaz de encabezar un proyecto y que además tenga plata o sea capaz de conseguirla. La forma más fácil y más estúpida de hacer un medio es robarle a un rico, tenés medio para un año. Como los tipos que quieren hacer una película, se consiguen un financista y lo funden. Buenas ideas hay muchas, pero buenos proyectos hay pocos. Para que esto fuera un buen proyecto le hacía falta un empresario. Y Sokolowicz era un empresario. Las dudas que él tenía eran lógicas y tenían que ver con el proyecto. La idea no era que fuera un diario de un año que después cerraba. Lo más difícil era juntar la buena idea y hacerla congruente con un modelo de negocios. Lo más importante en esta historia es que el empresario es un buen tipo. Un buen tipo. Joven, con buena espalda financiera, es buena gente. En lo personal un tipo un poco complicado, por un tema de personalidad, pero es un tipo ético. Tiffenberg también, un tipo excelente. Los 4 que manejan Página son buena gente. La prueba la tenés en que Jorge Lanata está con un éxito terrible y ellos no lo paran. ¿Sabés cuánto les cuenta a ellos parar a Lanata? Hacen “Así”, y Lanata va y se exilia en Ceilán, se mete en una cueva en Sri Lanka. Si cuentan la mitad de la tercera parte de una anécdota, se termina Lanata. Pero son gente con código. La fiesta de mi casamiento fue en casa de Sokolowicz. Con Soriani juego al fútbol desde los 13 años. Estuvimos presos juntos 8 años y es padrino de mi primer casamiento, es mi hermano. Si yo tuviera que elegir un hermano lo elijo a él. Yo sé quién es Hugo, y lo sé de cosas muy duras de la vida. Cuando se tuvo que decidir Página, Huguito fue un gran articulador en la segunda línea, lo mismo que yo. Con bajo perfil. Viste que de él no se habla, y es el gerente general desde que se fundó el diario. El diario tuvo desde entonces dos líderes, por muchos años. Uno hacia adentro y otro hacia afuera. El jetón, Lanata, y Soriani, que le manejaba el diario. Un diario es logística, sindicato, papel, impresión todas las noches, una redacción que te hace asamblea todos los días. ¿Quién te maneja eso? Un líder. Hugo es un líder del cual nunca vas a oír hablar. Pero Página funciona porque tenés un empresario que es Sokolowicz que tiene un gerente general, que es el líder, que desde hace 20 años hace que el diario salga todos los días. ¿Quién apostaba hace 20 años a que Página iba a seguir saliendo? (...) lo difícil en aquellas reuniones era juntar a estos periodistas progres y que venían del exilio, que

tenían quizás familiares desaparecidos, que tenían experiencias militantes, etc. Vincularlos con un empresario que no tenía ese perfil y que no tenía experiencia anterior. Había una desconfianza enorme. Juntarlos fue una historia y ahí yo jugué un papel. Hasta ahí llegué. (...) cuando el diario surgió, el problema más grave que tenía era por un lado una interna sindical de una redacción que petardeaba mucho al diario, y el otro problema era Lanata. El gran problema era Lanata. Porque el gordo tiene una gran capacidad de trabajo, es un gran capacidad, tiene talento para la comunicación, tiene el don de la comunicación, pero no es un periodista riguroso. Vos podés estudiar periodismo y no tener el don de la comunicación. Neustadt tenía el don de la comunicación. Lanata tiene el don de la comunicación. Chiche Gelblung tiene el don de la comunicación. Es lo que hace que un tipo sea un honesto y responsable trabajador del fútbol y otro sea Messi, Maradona, el Loco Houseman, Esteban Corbata. Son tipos distintos. Nosotros somos gente que trabaja en comunicación, y hay otros que tienen el don, como lo tiene Lanata, Gelblung. Si vos lees las notas de Lanata en los primeros años de Página, están mal escritas, sin estructura, son innecesariamente largas. Pero fascinantes para los lectores. Yo editor a Lanata le cortarían la mitad de sus artículos, pero el público se engancha con lo que él escribe. Vos te rompés el culo estudiando y este tipo viene y te dice “Tomá”. Embocó algo en la sensibilidad de la clase media universitaria argentina que los demás no embocan. Yo tengo anécdotas horribles con él. Dos economistas sacan un libro sobre la estructura económica argentina en el año 85. Me lo llevan a Devoto y yo me quedo fascinado con el libro, fascinado. Sobre la base del libro escribo una nota de doble página. Digo en la visita “avísenles que voy a mandar una doble página”. Tomando datos de este libro hacemos una foto de la economía argentina, mando la nota. Me dicen que no llegó a tiempo. Entonces ese mes se publicó solamente un recuadrillo mío. Para el mes siguiente no preparo nada total ya estaba esa nota, que servía para varios meses más. Y la nota no salió. Mando otra nota y digo “Che, qué pasó con la nota”. Ah sí, dijo alguien. No aparecía, no aparecía. En la cárcel no tenías papel carbónico, apenas una máquina de escribir que la prestábamos. Yo tenía que pensar la nota, tomar apuntes y cuando venía la máquina escribirla en unas horas, los compañeros se iban y yo escribía rápido. Era un milagro que me salieran más o menos bien, debía ser el stress. Esa nota me había costado un montón, la había escrito en 3 veces, escondiendo la nota. Lanata dice “Decile a Hernán que no se preocupe, que escriba otra que debe estar trasapelada por ahí”. ¿Sabés

qué hizo? La cocinó y la publicó como que era de él. Como la persona a la que yo le pedí que la sacara de la cárcel se la había dado a él en mano, nadie la había visto la nota, la publicó como propia. ¡Yo estaba en cana! Me quería pegar un tiro en los huevos. Ahora, cuando estás preso tu sistema de valores es muy distinto. A la semana me olvidé. Estás preso, está la reja. Todo cambia. Cuando salgo, una vuelta, tomando un café en el bar que estaba por Sarmiento al lado de la redacción de El Porteño, yo entro a tomarme un cafecito y estaba el Gordo tomándose un café con leche y 3 medialunas, que era lo que peor le hacía. Le digo “Gordo, no seas boludo, eso te hace mal”, y él no me daba bola, seguía fumando. Habrá sido en agosto del ’86, entre que salí de la cárcel y me fui. Él estaba con un saco a cuadros, un pulóver y la corbata suelta, como estaba siempre. Y ahí le digo “Che gordo, ahora que me acuerdo, qué pasó al final con esa nota?” “¿Qué nota?”. “La nota que te mandé que vos publicaste como tuya. Está todo bien, somos todos amigos. ¿Pero por qué lo hiciste así?” Me lo negó. Me dijo: “Pasa que yo tengo el mismo libro”. “Me seleccionaste las mismas citas, las mismas referencias que había hecho yo”. Se puso a tomar el café con leche y a mojar la media luna y no me habló más. ¿qué iba a hacer yo, me iba a pelear? Ese día le dije a mi ex, que iba a tener que aprender que en la calle se habían acabado los códigos de la cárcel, que en la cárcel los códigos eran rígidos y en la calle no. Soriani siempre me decía, Flaco es la ley de la selva acá, volví a los 20 años, estuviste mucho adentro. Y nada, no me quería confrontar. Tanto que cuando Lanata después viajó a Cuba se quedó en mi casa, después yo tuve buena relación. Pero eso me quedó acá (se toca la garganta).

- **¿Nunca se comió una piña? Se mandó varias.**
- Nunca se comió una piña porque los que tienen motivos para dársela temen que se les muera entre las manos. Por su debilidad física. Es grandote inflado, como un globo. Me acuerdo cuando estuvo en Cuba, en mi casa. Ponele en el ’88, ’89. No era el verano, el momento demás calor, pero caminando por la Habana vieja Jorge tenía que parar cada dos cuadras y siempre por la sombra. Dos cuadras y paraba. Fumaba 3 paquetes por día, entendés? Se tomaba un par de botellas de alcohol por día, nunca lo ibas a ver borracho. Una cosa es un alcohólico y otra un borracho. Tanto que en Página más de una vez tuvieron miedo de que el Gordo se les muriera dentro del diario de lo pasado que estaba, pasado en el sentido más amplio. Esto no te lo van a decir de decentes que son. Él tiene una energía admirable, pero estaba pasado. Se ayudaba con distintas cosas. Y llegaron a

tener miedo que se muriera dentro del diario, por qué te creés que se va? A cambio de una muy buena y generosa indemnización y porque el diario no precisaba un director que no solamente era un problema sino que además podía volverse una tragedia ahí adentro. Otros empresarios y otros periodistas tal vez sí, pero la gente que hace Página no está dispuesta a cargar con su consciencia con la vida de un compañero de trabajo. No tenían miedo de que se muriera para evitar un quilombo adentro del diario, sino por un problema ético. Jorge prendía un pucho con el que terminaba.

Lo mejor que le pudo haber pasado a Página es sacarse a Lanata de encima y haber conservado su equipo base. Y lamentablemente a El Porteño no le pasó lo mismo, desgraciadamente. Porque el Porteño con Tiffenberg y con Blaustein seguía, y con Fogwill revoloteando por ahí.

- **Recuerdan los que se quedaron que el final fue agónico porque hubo un vacío generacional y la revista se quedó sin lectores.**
- Sí, hubo un vacío ahí, un agujero. Era muy difícil. Cuando yo volví de Cuba, en el 90 vuelvo, la gente que conocía se me cruzaba de vereda. Para algunos fue muy difícil vivir en la argentina, la gente que conocías se cruzaba de vereda loco. Para algunos de los Página fue durísimo vivir acá en los 90. En mi caso particular, a los 3 días de llegar, alquilo un departamento y ya había ido la cana a ficharme con el portero. Para conseguir trabajo llegué a mentir mi apellido. Puse una escuela con mi ex mujer que es la única escuela de guion para cine y TV que existe en la Argentina, que se llama guionarte y que cuando me separé se la dejé a ella. Es una escuela de cine, de guión, que funcionó bien.
- **¿En Página/12 no trabajaste?**
- No, les llevaba un problema, y son mis amigos. ¿Sabés lo que fue La Tablada adentro de Página? Si yo estaba en el país en ese momento, me llevaban preso por portación de apellido. Hubo chicos de Página que tuvieron que irse varios días a dormir a casa de amigos. Decí que yo estaba en Cuba y que el cónsul y el embajador daban fe de ello, yo era público en Cuba, si no me iban a buscar. Yo no tenía nada que ver con el MTP, tenía algunos amigos pero nada más. Los noventa para algunos fueron complicadísimos. Los mismos que decían que el mejor columnista del país era yo, se cruzaban de vereda. ¿Sabés cuántos timbres toqué en los 90? con la escuela igual me fue bien, no me quejo. Después se empezó a acomodar la cosa, empecé a producir medios audiovisuales, produje para Estados Unidos, ahí me fue bien. Después empecé a escribir otra vez pero

no en medios. En el 99 empecé a trabajar en la Defensoría, después en 2001 escribí mi primer libro. “Un golpe a los libros” y “Los libros son tuyos”, de Eudeba, “Sin dictadura” de Capital Intelectual y el último es Hijos del Rock de Losada. Todos agotados. Ahora estoy buscando editor para un libro que escribí sobre la historia de la censura al cine desde 1896 hasta 1984.

Entrevista a Gabriel Levinas

18 de julio de 2012

- **¿Cuándo decidiste hacer una revista cultural?**
- Eso debe haber sido en agosto, julio de 1981, con Briante y Jorge Di Paola. La idea de hacer una revista me salió a mí, y después los llamé a ellos para que me ayuden a hacerla. Yo tenía una galería de arte, no era periodista. ¿La verdad? Era para seducir a una fotógrafa.
- **¿La que hizo la foto de tapa?**
- Sí, eso me dio más ganas de hacer la revista. Además teníamos toda una historia de que queríamos abrir un poco el juego de la galería de arte, que no funcionaba sólo como eso sino también como un lugar cultural, se daban conferencias, obras de teatro, pero era una cosa más elitista también. La idea era ir con la cultura a una cosa más amplia. Empezamos a hacer la revista. Apenas se enteraron que estábamos con Briante haciendo una revista y que iba a tener contenido cultural, empezaron a aparecer periodistas con notas, con ideas políticas, que terminaron de movida modificando la idea inicial.
- **Claro, los primeros cuatro o cinco números no tienen mucho que ver con lo que vino después.**
- Al mismo tiempo era un terreno que había que ir tanteándolo. Ver qué se podía hacer. Nosotros fuimos corriendo el límite de lo posible, lo fuimos corriendo...
- **Vos no tenías en la cabeza la idea de llenar un lugar que otras revistas, como Humor, no estaban llenando en ese momento. ¿O sí?**

- Yo nunca tuve ese problema de hacer las cosas para ocupar tal lugar o para ser distinto a... Leía Humor, sí, pero había una revista que me gustaba más que era el New Yorker. Una revista que tenía mucho contenido cultural, político más analizado, muchas investigaciones. Era más una mezcla entre el Village Boys y el New Yorker.
- **¿Viajabas mucho en esa época?**
- Sí, viajaba mucho.
- **¿Y alguna revista anterior? ¿Panorama, Primera Plana?**
- La vieja Crisis quizás. Expreso Imaginario, Pan caliente.
- **¿Era muy caro hacer una revista?**
- No, era más difícil que ahora en lo técnico, tenía trámites más engorrosos. Igual era guita, para nosotros era guita hacerla.
- **Ulanovsky en Paren las rotativas dice que tuviste que poner plata familiar...**
- Más que plata familiar, cuadros. Vendí mucho en la galería de arte para poder vivir. Fue carísimo. Después ya había más gente, muchos periodistas. Ya no se hacían 5 mil ejemplares, se hacían 40 mil o 50 mil. Entonces era otra magnitud. Nunca nadie me la bancó, siempre lo puse yo el dinero.
- **¿Cuándo se empezó a correr la bola de que ibas a hacer una revista, empezaste a tener alguna presión? ¿Hasta la bomba no pasó nada?**
- Nunca me pasó nada. Tuve llamadas telefónicas, amenazas, pero nada significativo. Cosas que le decían a mi mujer desde un Falcon, por la calle. Presiones de las que era bastante inconsciente, pero nada más. Hasta la bomba.
- **¿Hubo número 0?**
- No, salimos derecho. Lo retrasamos un poco para salir los primeros días de enero.
- **¿Cómo los encuentra Malvinas?**
- Hecho un quilombo. Yo no quería salir a favor de la guerra. Los demás sí, medio se habían copado con la historia y se la habían creído. Éramos muy poquitos los que queríamos ir en contra, pero no podíamos ir en contra de toda la gente que estaba ahí.
- **¿Y la tapa?**
- Se la encargué yo a un artista que se llama Pat Andrea, que estaba en Buenos Aires y la hizo. Se hizo muy famosa, la “retwittearon” en todo el mundo.
- **¿La gente del primer staff quién la convocó?**

- La gente venía más por el lado de Briante, que era más del periodismo, pero llegaba mucha gente y elegíamos, quedaba el que quedaba.
- **¿Esperaban que las crónicas de Briante marcaran ese espacio en la revista donde se trataban en extensión temas que no tenían lugar en otras revistas?**
- Claro, eso era lo que yo proponía.
- **Contame del gato montés.**
- Era un gato que me había regalado un cacique, vivía en la redacción. Quedó medio mal con la bomba, quedó más arisco. Pero era como un gato normal.
- **¿Cómo se sustentaba la redacción? Tenían por ejemplo avisos de Faber, iban a canje por materiales o qué?**
- No, era mentira todo eso. Eran avisos que yo ponía para que pareciera que teníamos avisos para poder llamar a otras empresas. Eran cuatro o cinco tipos conocidos míos. Nunca dejó nada de plata, nunca. Mientras yo la manejé, jamás. Por ahí cosas chiquitas de un psicólogo, pero nada más.
- **¿Hicieron alguna fiesta de lanzamiento?**
- Al año, en el momento del lanzamiento no.
- **¿Hiciste 5000 y vendiste 3000 puede ser?**
- De 5 mil vendimos 3 mil, 4 mil. De la segunda vendimos todo.
- **¿La distribución era sólo en capital, nacional?**
- Al principio llegaba a lo que alcanzaba.

Entrevista a Omar Quiroga

15 de febrero de 2012

- **Contame cuándo estuviste en El Porteño, entre qué años.**
- Empecé a trabajar en El Porteño en 1987, creo que ya había pasado Monte Caseros, el primer levantamiento carapintada. Estoy relacionando con las tapas que hacíamos en ese momento.
- **¿Qué edad tenías?**
- Tenía 23 años. Entre a trabajar como cadete, yo había hecho lo mismo para empresas comerciales y era la primera vez en un medio de comunicación. En una revista, que era

algo que me interesaba muchísimo, ya que yo escribía desde chico, leía mucho, tenía mucho interés, y leía la revista El Porteño, desde la época de Levinas. Así que cuando salió la oportunidad me metí de cabeza.

- **¿Qué era para vos como joven interesado encontrarte con esa revista?**

- Entre mis anhelos estaba ser periodista. A pesar de que habiendo estado 3 años en la revista, nunca escribí ni una línea. Mi avance dentro de la revista fue aprender cómo se hacía, y avanzar en todas las áreas, la búsqueda de fotos...

- **¿Era ordenada la redacción?**

- Era muy simple: hasta el día 15 o 20 no pasaba nada, yo ordenaba todo el quilombo del cierre anterior. Cuando decimos la redacción, decimos el área de diagramación, que era lo único cierto, y un rincón del área de diagramación que era el archivo fotográfico. Las notas venían escritas, en los últimos días venía gente a terminar de escribir las notas, a corregir, a hacer alguna cosa especial.

- **No tenían computadora, no? Se seguía haciendo a mano.**

- Se hacía a mano, en un momento se empezaron a hacer las pruebas y el armado a un estudio que era de Eduardo Luis Duhalde, que tenían una computadora donde diagramaban todo en Quark imagino, y tiraban las páginas armadas. Eduardo Rey después volvía a diagramar con Julieta Ulanovsky la revista, que era su ayudante, y yo llevaba todo a un taller en Barracas, y de ahí iba a un depósito en Pompeya.

- **¿Qué pasaba en la redacción? ¿Había internas, puteadas? ¿Qué aire había?**

- Ya no había disputas, porque ya habían ocurrido esas disputas. Cuando Levinas larga la revista y se hace la cooperativa, había muchos periodistas de gran actividad en ese momento. La revista tenía una llegada limitada pero una repercusión importante: fue mucho más importante la repercusión que la tirada. La repercusión era mayor. Cuando yo entré había nacido Página/12, y varios periodistas que escribían en la revista tenían su base de operaciones en Página, o en otros lugares, y no en la redacción. Lanata ya no estaba. La revista giraba por las cabezas de Eduardo Blaustein, Juan Salinas, Alberto Ferrari, de Marcelo Helfgot, de Ed Warley, y de muchísimos colaboradores. Yo me divertía muchísimo. Me acuerdo de colaboradores concretos que siempre tenían su página. Y me acuerdo que siempre comíamos churrascos. Cosas por el estilo.

- **¿Entraste cuando estaban en la calle Cochabamba?**

- No, ya estábamos en la calle Cangallo, frente al templo de los masones. Era un departamentito. Todos los periodistas que trabajaban ahí trabajaban también en un diario importante o en alguna agencia, así que estaban en contacto con la noticia todo el tiempo. Por supuesto que por la revista pasaba mucha información que no pasaba por ningún otro lado. Era más que nada periodismo de investigación.
- **Al ser mensual, no tenía esa idea de ir comentando lo que iba pasando.**
- Claro, era un periodismo de anticipación si querés, porque en la revista salían temas que después terminaban en tapas de diarios.
- **¿Qué consecuencias traían las investigaciones en la redacción? Antes de que vos entraras habían puesto una bomba en la redacción vieja. ¿No te encontraste nada de eso?**
- No, porque el país estaba cambiando. Esas cosas ya no se veían porque ya estábamos en la etapa de que todo es negociable, y el periodismo cambió mucho, la información se volvió negociable. Y una cantidad de situaciones de las que el periodismo y los periodistas eran pasibles dejaron de suceder, salvo contadísimos hechos donde los periodistas sufrieran apremios... los apremios pasaron a ser corporativos. Por supuesto que este periodismo empezaba a ser avasallado por el periodismo actual. Me acordé de gente como Alfredo Alsina Thevenet, gente que era grandiosa.
- **¿Ya existía un recelo hacia Lanata en ese momento?**
- No, existía entre quienes lo conocían íntimamente de haber trabajado con él.
- **Pero igual leían todos Página.**
- Claro. Las cosas no estaban tan claras como el tiempo y algunas circunstancias del país las pusieron después. Estamos hablando del final del gobierno de Alfonsín. El país empezaba un camino que iba a terminar en el año 2001. Eso iba a ir definiendo las personalidades de los periodistas. Me incluyo después trabajando en medios. Recuerdo con mucha alegría esa época porque además yo no tenía ninguna responsabilidad, y lo único que hacía era aprender. Y tenía ese privilegio de poder estar compartiendo esas charlas con periodistas que pasaban por la revista y poder enterarme de primera mano de detalles de las investigaciones, no siquiera de las investigaciones, sino de los detalles. Aprendí a investigar ahí, viendo eso.
- **¿Qué tapa te acordás que te quedó grabada de esa época?**

- Las tapas eran terriblemente editoriales, pero con un sentido claro y concreto. A diferencia de lo que pasó después con la revista Noticias, en la que sus grandes investigaciones en realidad eran carpetas que llegaban armadas desde determinados sectores de poder que querían influir sobre tal cosa o pegarle a tal o cual; eso no sucedía en El Porteño, nunca pasó. Las tapas que hablaban de aspectos determinados de la sociedad nacían por el mero hecho de llevarle información al público, y esto merece ser investigado, esto debe ser investigado. Hay un evento que se da en el arte, en el periodismo o en cualquier comunicación masiva, y es que el propósito, la forma de llegar al público, la manera de comunicarse y el objetivo a cumplir, que se pueden enumerar en un par de variantes. Le digo al público que lo que piensa está bien, corroboro su pensamiento general, lo que llamamos la opinión pública. ¿Hago una tapa que corrobore ese pensamiento o lo cuestiono? El Porteño se ocupaba específicamente de cuestionar porque entendía que esa era su función.
- **¿Varios de los periodistas habían estado en el exilio, esa función crítica estaba influenciada por ideas más modernas, de países con más libertad?**
- No, salvo contados casos se trataba de gente que había tenido una historia, y que había sido coherente con esa historia y que habían sido llevados y traídos por esa historia. Había muchos que habían estado en el exilio, porque todo periodismo de investigación hecho a partir de los 70 había sido pasible de exilio, de destierro. Entre los periodistas había un compromiso con el público. Eso se perdió: ahora hay un compromiso con el patrón, y se dejó de lado el compromiso con el público.
- **Y la repercusión de las notas dejó de medirse con la tirada, ahora importa más la pauta que la venta.**
- Claro, cambió la forma de hacerlo. Cambió el comportamiento social, de los medios, de sus dueños y de los que trabajan en los medios.
- **¿Creés que El Porteño fue decisivo para el periodismo que vino después?**
- Muchos tenían una historia antes de la revista, como Lanata, Aliverti, pero muchos la consolidaron en la revista. Enriquecieron esa trayectoria, les permitió fabricar un medio y comunicarse con el público sin un financista o un publicista, estaban meramente a la realidad.
- **¿Para vos eso se dio en Página?**

- Sí, creo que se dio hasta la Tablada. Cuando el diario tuvo que acusar recibo que había pasado algo. Gente del diario se había visto involucrada en eventos que habían trascendido. Y no eventos favorables.
- **¿Para ustedes era evidente cuando fue la Tablada que el diario dependía del PRT?**
- No, pero lo que todo el mundo notó es que las tapas cambiaron y la relación con los gobiernos también. Hasta llegar a la relación que el diario tiene hoy. (...)
- **Volviendo a El Porteño, te acordás de alguna presión gubernamental o de algún poder?**
- No, me acuerdo que había juicios o cartas documento, eso siempre, sobre la revista o sobre los periodistas que hacían las notas. Y los pibes lo tomaban como algo natural. Cualquiera que haga periodismo en serio y que trabaje o transite el periodismo comprende rápidamente que eso es parte del trabajo. Informar tiene riesgos y es natural que así sea, y lo raro es que eso no suceda y que uno se convierta en un pequeño magnate, y se haga rico haciendo periodismo. Es rarísimo.
- **¿Para cerrar te acordás de alguna anécdota graciosa?**
- Me acuerdo cuando de la propia redacción salió la revista Babel, con discusiones eternas entre Graña y Caparrós. Había muchas discusiones fatuas, fútiles. Me acuerdo de gente que venía y se quedaba a dormir en la redacción, que era un departamentito, como Dipi Di Paola. Había de todo. A mí me maravilló haber conocido tanta gente importante, grandes periodistas pero también gente muy humana.

Entrevista a Ricardo Ragendorfer

1 de agosto de 2012

- **¿En qué año entrás en El Porteño, quién te invita?**
- Habrá sido a finales del 84, principios del 85. Si bien yo era muy amigo de Briante, de Dipi, de Almirón, empecé después, ellos ya no estaban mucho ahí. Mi primer nota fue que en EEUU habían hecho un transplante cardíaco implantándole al hombre un corazón mecánico. A mí me pareció un experimento tipo Menguele, y al tipo lo pasaban por televisión. El creador del aparato para mostrar las maravillas de su invento movía una perilla del aparato y el pobre hombre se iba agitando, no? Entonces se me ocurrió hacer

una nota al respecto que se llamaba “Frankenstein tiene pena del corazón”. Yo tenía un amigo en la calle Anchorena. Un día lo voy a ver y me lo encuentro a Symns corrigiendo una nota en el bar de la esquina. Me pongo a charlar con él y así surge este tema y así surge esta nota. Esa nota fue la primera que publiqué en El Porteño y a partir de ese número me quedé.

- **¿Tenías relación desde antes con Levinas?**
- Lo conocí ahí. Nos hicimos muy amigos, es un gran amigo.
- **La redacción tenía gente muy distinta, como Estenssoro y Symns.**
- Esa redacción era una mezcla de masitas finas, empanadas y cocaína.
- **¿Había bastante cocaína, no?**
- Fundamentalmente alcohol, tanto Briante como Di Paola eran fuertes bebedores. Incluso me acuerdo en años anteriores, yo había vuelto de México y lo veía siempre a Briante tomando whisky en La Paz. Un día iba caminando con una noviecita y veo a un señor, totalmente ebrio, luchando a brazo partido y con cierta eficacia contra la dotación completa de un patrullero. Lo metían entre cinco, sacaba un puño y reventaba a uno, lo volvían a meter. Era Briante. Voy a La Paz donde estaban los que solían estar con él, y les digo lo que pasó. Así me hice amigo de Briante, de Dipi, de Osvaldo Lamborghini, de un montón de gente que iba a La Paz. Me acuerdo una vez iba tipo 3 de la mañana con Briante de un brazo y con Dipi del otro, los dos totalmente borrachos, y cuando pasamos por la puerta de la heladería Cadore, Briante dice “¿Y si nos tomamos un Don Pedro?”. Drogas, casi no tomaban. A veces fumábamos porro, pero ellos eran más del palo del alcohol.
- **Rolando Graña me decía que en su caso, no se prendía mucho en los vicios porque ya estaba casado y tenía una hija, pero que circulaban bastante.**
- Me acuerdo una vez que le vamos a hacer un reportaje a los Redondos, que éramos medio amigotes, y empezamos a tomar unos pases. Yo había prendido el grabador, y además de mi persona tenían que llegar Jorge Warley y Rolando Graña. Prendo el grabador, y empezamos a tomar. En eso suena el timbre y le digo a Warley “Guarda el platito que no sé si este pibe toma, es medio careta este”, y no me equivoqué. Y después le dimos el cassette a grabar a Rolando. (Risas)
- **¿Lo tendrás el cassette todavía?**
- No, no. Si alguien lo debe tener es Graña.

- **¿O sea que eras muy amigo de Dipi y de Briante?**
- Claro, pero cuando yo llegué ellos ya se estaban yendo. Estaba Lanata, que era un redactor más, estaba Tiffemberg, Daniel Molina.
- **En una época estuvo Fogwill de secretario de redacción, no?**
- No lo recuerdo. Él formaba parte de una banda. Se fue medio enojado. Sabés que Andrea Ferrari había salido con Levinas, y después empezó a salir con Tiffemberg, cuando se convierte en jefe de redacción. Y un día se lo cruzan a Fogwill, que lo saluda con cierta cordialidad a Tiffemberg, pero no a Andrea. Ella le dice “¿Qué, a mí no me saludás?” y él le dice, “No porque saludo a las personas, y no a las cosas. Y vos fuiste primero la cosa de Levinas, ahora sos la cosa de Tiffemberg, siempre fuiste, sos y serás la cosa de alguien”. Se comió un cachetazo y siguió caminando como si nada.
- **¿Siempre fue un tipo difícil, no?**
- Sí, la jugaba de malo Quique. Para mí siempre fue un buen tipo, un escritor brillante, muy divertido.
- **Hay una entrevista a Fogwill en El Porteño, del año 91, donde acusa a la revista de ser menemista. Un crispador.**
- Sí, yo no me acuerdo de esa. Pero cuando empecé a escribir ahí, él escribía y siguió escribiendo. No sé cuándo se fue. Yo entré muy poco tiempo antes de que se hiciera cooperativa.
- **¿Estuviste entre los 25?**
- Sí, sí.
- **¿Puede ser que en algún momento se armó una discusión sobre tu incorporación al consejo de redacción?**
- ¿Una discusión? No me acuerdo.
- **El Beto Ferrari me dice que recordaba muy pocos temas de tensión en la cooperativa, y que uno de ellos te tenía como centro. Que él te apoyaba pero tuvo que aflojar.**
- La cosa era así. Como que había dos bandos: uno eran Lanata, Tiffemberg, esa gente. Yo estaba más identificado con Enrique Symns, el Beto Salinas, no por mí sino tal vez por ellos. Había una territorialidad separada. Mi ingreso rompía el monopolio que había armado Lanata.
- **Pero no era nada personal, no?**

- No, no. Pero lo que pasaba era que me llevaba medio mal con Lanata, con varios. Y al toque Lanata se fue.
- **¿Participaste en el germen de Página/12, te invitaron a escribir?**
- Sí, sí, escribía notas.
- **¿Para vos El Porteño cumplió una función importante en el nacimiento de Página?**
- Sí, Página surge de una sección de El Porteño que se llamaba The Posta Post, que hacían Helfgot y Ferrari, pocas páginas con cosas cortas y pegadoras. Las redacciones iniciales de Página surgen de El Porteño.
- **¿Cambia el ambiente de la revista con la salida de Lanata?**
- A mí me gustó un poco más la revista, sí. No sé si me divertía más la Cerdos y Peces, que después se independiza, o El Porteño. Siempre me gustaban más las notas que escribía en Cerdos y Peces y la gente de la Cerdos y Peces.
- **¿En qué año se abre Cerdos y Peces? Sale en agosto de 1983.**
- No sé si la Cerdos y Peces estaba dentro de la cooperativa, pero más o menos para esa época.
- **¿Te acordás de la revista Babel?**
- Babel la dirigían Guillermo Saavedra y Jorge Dorio. Era una revista sobre libros, la editaba la cooperativa. La tenía totalmente olvidada.
- **Era muy de libros.**
- Sí, ni siquiera sobre literatura. Eran reseñas de libros. Caparrós también estaba ahí. En esa época había una gran rivalidad entre Caparrós y Graña, discutían acaloradamente. Era cosa del momento. Una vez no sé por qué razón en una carta de lectores de Página/12, Caparrós escribe una carta que decía así: “Señor director, ustedes tienen en la redacción a un muchacho Graña”, así empezaba.
- **Pero debía ser un chiste entre ellos.**
- Sí claro.
- (Anécdotas de la infancia con Jorge Dorio, años de militancia en el colegio Buenos Aires, el documental ParaPolicial Negro)
- **¿Te quedaste hasta el final de la revista?**
- Yo estaba en el consejo de redacción o como se llame, hasta que entré en el diario Sur, ahí seguí colaborando. Al final era una pena la revista, era espantosa. Las ventas caían, parecía el Titanic.

- **¿Por qué creés que una revista que ofrecía buenas investigaciones y no estaba comprada, como tantas de su época, se iba al tacho así?**
- Era una época difícil: económicamente era el fin de las revistas independientes. Debido a una constelación de factores, una revista solo podía sobrevivir perteneciendo a un holding, amortizando sus gastos con otros productos de la empresa, o metiendo avisos. Que El Porteño no tenía. Periodísticamente había decaído, como que empezaba una nueva época política en el país que tal vez nosotros no supimos cabalmente cómo leerla. Yo me había ido a Sur y después a otros medios. La gente más interesante de El Porteño se había retirado activamente de ese medio y hacían colaboraciones de oficio. Cuando yo tenía una investigación interesante en marcha la hacía para el medio en el que trabajaba. El Porteño se convirtió en un lugar en el que los editores tenían una especie de trabajo burocrático y las plumas escribían para otros lados. Al principio creíamos que estábamos en una revolución periodística, y lo fue, pero después se fue desgastando. Además el papel empezó a ser espantoso. La diagramación era espantosa, las notas también. La situación económica era espantosa.
- **Alberto Ferrari me decía, en relación al fin de la revista, que no supieron leer la situación. Salían con una tapa que alertaba sobre la represión que se venía en 1992, y no se vino ninguna represión. Me daba a entender que no llegaron a la posta de una nueva generación de lectores enojados con el sistema: los jóvenes de los 80 se aburguesaron y los del 2000 no llegaron.**
- Claro, en los 90 no hubo una generación de pibes calientes con el sistema. El Porteño abarca la transición de la dictadura a la democracia y el alfonsinismo. Para levantar la venta hacemos una nota con la que esperábamos vender mucho que se titulaba “Alfonsín prende el ventilador”. Y habíamos hecho un trato con los radicales. Fue en los primeros meses de Menem. Nosotros hacíamos esa tapa y un reportaje a Alfonsín a cambio de que los radicales tapizaran la ciudad con afiches. Lo llevamos a Alfonsín a un estudio de fotos y lo sentamos al lado de un ventilador, con una especie de Drácula que tenía una máscara de Menem, que era yo. Yo estaba disfrazado de Dracu-Menem al lado de Alfonsín. Me compré la máscara, me la puse antes de entrar a mi casa y mi hijita creo que todavía está en el psicólogo por culpa de esa careta.
- **Alfonsín tenía la imagen por el piso en ese momento, no?**

- Claro, encima para colmo él había desaparecido por dos semanas porque se había estirado la piel, así que teníamos un Alfonsín todo duro. Esto fue en el 90, fue una maniobra desesperada para levantar, porque debíamos guita por todos lados. Ese era el clima del hundimiento. Una situación dramática, entre desesperada y agónica. Tenía la crispación de la desesperación y la calma de la agonía.
- **A partir de ese momento empiezan a meter muy buenas notas de cultura de rock, hubo notas más frescas.**
- Sí, pero ninguna te hacía vender 200 mil ejemplares.
- **¿Empezaste a hacer policiales ahí?**
- Claro, mi primera nota policial la escribí en El Porteño, que se llamaba “De profesión, delincuente”, un reportaje a un dealer, a un rocho, a una mechera y no sé a quién más. Policiales me gustaba hacer. Mi barrio estaba lleno de delincuentes y empiezo a hacer notas, entrevistas y eso. A partir de eso me contratan en Sur para hacer policiales. Me estandarizo como periodista de policiales. Me gustaba mucho hacer los territorios, crónicas sobre determinados mundillos, escribí de todo. Notas de cine, cualquier cosa. En los últimos tiempos, a partir del 87, empiezo a hacer policiales con cierta frecuencia.
- **Me imagino que podías escribir como quisieras esas notas de policiales, sin que ningún editor te jodiera.**
- Era lindo, además de que éramos todos dueños. Era lindo. Éramos todos amigos o enemigos, pero con respeto. Era una buena época, de aprendizaje. Tal vez el único periodista profesional que había ahí, además de algunos que colaboraban de vez en cuando y que estaban en la cooperativa, era el flaco Ferrari. El resto éramos pibes de aprendíamos y que no habíamos pasado por TEA.
- **¿Tu primer trabajo formal como periodista fue ahí?**
- No, fue como corresponsal en México de la revista española Interviú.
- **Las notas de territorios, tus crónicas policiales, lo sentías como nuevo periodismo?**
- Sí, lo entendíamos así, pero tampoco lo tomábamos a Walsh como un modelo ni tomábamos modelos. Con las expresiones “nuevo periodismo, nuevo cine o nueva literatura” se hace cualquier cosa. Algunos se la creían con esas expresiones. Caparrós era un pavo real, Graña también era muy vanidoso. (...) Creo que la Cerdos fue la experiencia periodística más revulsiva del periodismo argentino, pero no teníamos conciencia de que estábamos haciendo algo revolucionario. Teníamos una vinculación

muy lúdica con lo que estábamos haciendo. Además, en el caso de la Cerdos en particular, el oficio periodístico se prolongaba en otras actividades y situaciones de la cual la escritura de notas era solamente una parte.

- **¿Llegaban al cierre?**

- Me acuerdo un cierre de la Cerdos cuando todavía estaba en Chacabuco y Cochabamba, era el día de cierre, eran las 5 de la tarde y no había nada. Caigo yo con mi nota. Se armaban situaciones surrealistas, como en una ocasión en que no sabíamos qué hacer. Teníamos una página vacía y no teníamos nota. Entonces aprovechando que venía el Papa, hicimos un manifiesto. Para darle cierto sentido de realidad a ese manifiesto, convocamos a una marcha. Y se armó un quilombo, reprimió la policía, un quilombo que nosotros no podíamos creer. Fuimos pero lo vimos todo desde un bar, francamente. Hace un tiempo salió en la revista XXIII una nota sobre la Cerdos y Peces y yo escribí un recuadro. Ahí conté esa anécdota.

- **Además me imagino a Symns desapareciendo, quizás no todos tenían teléfono y le perdían el rastro por unos días.**

- Claro, yo el primer teléfono celular que ví en mi vida era propiedad del señor Levinas. Era una de esas valijas inmensas con un auricular. Sería en el 89 eso. Era la cosa más incómoda del mundo.

- **¿Qué cargo llegaste a tener en Cerdos?**

- Ninguno, siempre escribía.

- **Imagino que ser responsable de que Symns entregue una nota no debe ser muy lindo.**

- Una vez Symns ya no estaba en El Porteño. Pero le pedimos que escribiera una nota, un territorio sobre la Recoleta. Y era el día del cierre y Symns estaba inbancable. Y no se podía levantar la nota porque la tapa estaba impresa y esa nota estaba anunciada. Entonces lo ubico y le digo “Me tenés que entregar la nota ya”, y me dice “no puedo, estoy absolutamente fisurado”. Y bueno, se la escribí yo con el estilo de él, y lo cagaron a puteadas. A cambio de eso, yo tenía una novia en España, entonces Enrique – que era muy poético - en nombre mío le escribía las cartas.

- **¿Estuviste en el primer número de Cerdos y Peces?**

- No me acuerdo, no, todavía no pero iba mucho ahí por Dipi y por Briante. Hace poco encontré en una revista Siete Días un reportaje que le hacen a Levinas en ocasión de la

- bomba. Ahora es un supermercado chino esa redacción. Era un lugar muy loco porque parecía un diario chico, un diario en miniatura. En vez de haber 20 meses había dos, me entendés?
- **Claro. Cambiando de tema, te acordás de algún tipo de apriete o de amenaza por alguna nota que hicieran?**
 - No, boludeces. Una vez hicimos una nota... tampoco sabíamos qué poner, y hacíamos una nota de jardinería que se llamaba “El sueño de la plantita propia” y la firmaba un tal Roberto Marley. Nos llegó un oficio judicial para que se presente Roberto Marley. Le dijimos que no vivía acá. Que era un marinero.
 - **Sí, la nota es muy buena.**
 - Sí, era una pre-THC.
 - **¿Ese tipo de apuestas era muy bajo o después la sociedad se apacató?**
 - No, pasa que tal vez los meses más divertidos de la historia argentina hayan sido los dos o tres meses previos a la caída de la dictadura. Donde las perspectivas de la democracia auguraban poco menos que el paraíso. Entonces esos dos o tres meses fueron la previa del paraíso. Y cuando vino la democracia fue muy intensa, el alfonsinismo no como entidad política sino como época. Yo tenía 25 años en el 84. Y uno probaba con distintas barbaridades y ninguna escandalizaba demasiado. Una vuelta yo hago una nota sobre las organizaciones fascistas que había en la Argentina y me hice pasar por corresponsal en Argentina de una revista fascista española Signal, de la juventud falangista, y voy a ver a un facho del movimiento nacionalista argentino, Rivaneida Carlés, que me trató con mucho respeto. Hacíamos esas cosas, pero la verdad es que no nos comimos ningún apriete. Salvo la bomba esa, que yo no la viví. El gato montés quedó medio sordito.
 - **Contame de la Tablada, vos estuviste en la cobertura?**
 - Sí, yo y Salinas fuimos juntos. Con una mujer que tenía entonces. Estuvimos ahí, al toque. Era muy loco porque ese mismo día se incendió la cárcel vip que estaba frente al Colón. López Rega caminaba engeguedido pidiendo insulina por la calle. Guglielminetti que era botón hasta estando preso gritaba “se escapan, se escapan”. Llegamos a la Tablada pensando que era una rebelión militar, un fragote.
 - **Un mes antes había sido Monte Caseros.**
 - Sí, claro, ahí nos desayunamos que era un grupo guerrillero. Me acuerdo que había uno que grababa intercambio de disparos y después con toda tranquilidad agarraba un

teléfono público – no había celulares – y prendía la grabación de los tiros y transmitía con tono catástrofe como si estuviera en vivo en medio de un tiroteo. Lo bautizamos “El movilero valiente”. No me acuerdo de qué medio era. Me acuerdo que habíamos ido con Salinas, hacía un calor de cagarse, una incertidumbre total. Me quedé como dos días ahí. Me fui cuando se fue Alfonsín.

- **Cuando te das cuenta que eran los del MTP, imagino que debían estar bastante asustados.**
- Sí, la conmoción que causó eso era indescriptible, por lo violenta de la represión, por lo que significaba. Además era muy confuso desde el principio, se adivinaba que atrás de eso había una operación de inteligencia. Había un desconcierto rayano con el pánico, no se sabía qué era lo que había pasado pero sí que era jodido. Significaba un proceso de unidad dentro del ejército y un resurgimiento contra el discurso de los DDHH, era muy confuso no solamente para nosotros sino también para la izquierda.
- **¿En qué momento se dan cuenta de que faltaba gente entre los capturados y los muertos?**
- Desde el principio. La cifra no cerraba y además estábamos en contacto con el MTP. Yo a Baños lo había visto una semana antes. Me caían muy simpáticos, eran lo más simpático de la izquierda. Había 3 grupos ahí, ex militantes del ERP, más grandes, otra gente que tenía cierto prestigio dentro de los DDHH como Baños, de unos 30 años, y tipos más jovencitos.
- **En ese momento la revista vende bien y levanta un poco, no?**
- Claro, porque nuestra cobertura fue bastante buena. No me acuerdo bien qué pusimos. Fuimos un poco más audaces que los otros medios de izquierda. Vendimos un poquito más.
- **¿En ese entonces escribías notas políticas? ¿Habías empezado con La Bonaerense?**
- No, escribía casi exclusivamente sobre temas del hampa. Después empecé a trabajar más sobre la criminalidad dentro de las fuerzas de seguridad y del Estado, en esa época también pero distinto. En ese momento germinó lo que desarrollaría muchos años después. Me acuerdo que le hacemos un reportaje a Brunatti en El Porteño, que era el ministro de gobierno de Cafiero, que quiso hacer una reforma policial y casi lo vuelan, y me acuerdo que titulé “Tirando canas al aire”, y Brunatti se enojó porque lo perjudicaba políticamente.

- **Sí, también le hicieron una nota a Patti. No sé si tuya o de Ferrari.**
- Debe ser de Ferrari, no recuerdo haberlo entrevistado en esa época.

Entrevista a Eduardo Rey

27 de febrero de 2012

- **¿En qué año entraste a El Porteño?**
- Trabajé en El Porteño desde fines de 1982, entré en el número 11 con la tapa de Guillermo O'Donnell, entré como armador, pegaba papelitos y eso. ¿Te cuento ese cierre? Fue bastante interesante. Me llamó Levinas por intermedio de un artista amigo un sábado a la noche, para preguntarme si podía ir a trabajar a un cierre del porteño. Estaba estudiando diseño gráfico. Le dije “No, de ninguna manera, es sábado a la noche”. Y me dice “Bueno, mañana a la mañana podés estar acá en San Telmo?”. Cuando fui éramos más o menos unos 12 o 13 armadores. Tenían toda la revista en fotocomposición toda junta, para cerrar las 64 páginas en un día. Estuve trabajando desde las 11 de la mañana del domingo hasta las 10 de la mañana del lunes siguiente. Al final la cerramos. Después no pasó más, pero hacer el cierre de un mensual en un día fue como un gran despedote. Bueno, ahí empecé a laburar para los otros cierres, y a los cuatro meses se fue el coordinador general que era Jorge Ilvek, se volvió para sus pagos de Mar del Plata, y Levinas me llamó para ver si quería agarrar la coordinación, y ahí quedé como coordinador general hasta el 85 que pasé como jefe de Arte. Seguía manteniendo la coordinación pero además era Jefe de Arte. Cuando se hizo la cooperativa fue eso.
- **Todos se acuerdan de que la revista salía a la calle el día 28 de cada mes gracias a vos.**
- Había armado un método que funcionaba: unos días de colchón de laburo que me aseguraban que la revista estuviera en imprenta cuando tenía que estar. Además tenía muy apalabrada a la imprenta, cosa de que no se retrasaran ni nada. Creo que no nos atrasamos nunca.
- **¿La diagramación se hacía en otro lado?**
- No, se hacía todo ahí. Hubo varios lugares igual, cuando entré ya se habían mudado de la calle M.T. de Alvear a la redacción de la calle Chacabuco y Cochabamba, que era un loft

enorme que había alquilado Briante. Levinas le dijo “para vos es demasiado grande, esto es mejor para hacer una revista que para que vos vivas acá, así que búscate un departamento y yo te pago el alquiler”.

Ahí se armó la revista que era un lugar hermoso, había una sala de arte grande, atrás había un laboratorio de fotografía con piletones, todo armado. La sala de arte esa tenía cinco o seis mesas donde se laburaba de dos o de a tres, cuando había cierres complicados. Después se empezó a amainar, con 3 armadores se armaba la revista. Tenía un poco de grito telefónico con los proveedores para poder tener la revista en fecha. El Beto siempre cuenta la misma anécdota, de los gritos que le pegaba al imprentero.

El número más complicado fue el de la bomba. Fue después que salió la tapa de niños desaparecidos, fueron del (batallón) 601 los que metieron la bomba en el local, no había nadie. Pero nos quedamos sin redacción ni nada. La terminamos haciendo en el departamento de un ambiente que era de (Alfredo) Baldo, que era el jefe de arte de ese momento. Y fue como un compromiso de parte de la gente, nos juntamos y dijimos ¿Qué hacemos? ¿La hacemos, no la hacemos? ¿La cortamos acá? Era un clima pesado, teníamos los Falcons que nos seguían cada vez que salíamos...

- **¿Qué poder tenía la bomba?**

- La bomba rompió todo. Si hubiéramos estado ahí adentro no hubiéramos quedado. Pero bueno la pudimos terminar a tiempo y en el medio habíamos hecho una re impresión porque se había vendido a lo loco el número ese. Fue un mes bastante movidito. Ese fue un cierre bastante complicado.

- **¿Habían sufrido amenazas?**

- Sí, había amenazas telefónicas. A Gabriel (Levinas) lo llamaban a la casa, a la revista. Briante se estaba yendo en ese momento. Y justo ponen la bomba, así que fue y le dijo a Levinas “Gaby, yo me quiero quedar porque no quiero que piensen que soy un cagón, me voy a quedar un tiempo hasta que pase esto”. Y bueno, estaban Fernando Almirón y otros que la siguieron. Estaba Estenssoro.

- **¿Estenssoro era periodista?**

- Era muy jovencita, una morocha muy linda. En realidad no tenía mucho que ver con el resto de la gente, era de otra estirpe. Ella había llegado vía Levinas, empezó a trabajar en El Porteño. Hacía notas de internacionales.

- **¿Y Hilda Lizarazu?**

- Ella estaba como fotógrafa, cuando yo llegué se estaba yendo. Había dos fotógrafas, otra piba que no era fotógrafa que atendía un bar ahí en San Telmo, que había hecho la tapa del primer número que se llama Alejandra Luterral, que después se fue a Francia. Después estaban Enrique Cervera, fotógrafo publicitario que hacía todas las fotos con Levinas en la galería Artemúltiple antes, y Daniel Jurjo que era su ayudante y quedó como fotógrafo de la revista después, sigue siendo mi amigo.
- **¿Antes de quedar como jefe de arte ya pensabas en las tapas, influías o empezó a depender de vos a partir de eso?**
- No, no dependía de mí. No influía mucho. Al principio la tarea de coordinación me hinchó un poco las pelotas entonces pusieron a una chica que era Andrea Ferrari, que en ese momento era una piba, para hacer un poco las cosas que yo no hacía bien, que era maltratar un poco a los trabajadores.
- **¿En qué te inspirabas a la hora de hacer una tapa? ¿En alguna revista de ese momento? ¿O en el cine, el videoclip?**
- Venía más del cine lo mío, no había en ese momento una vidriera en exposición de todo lo que se está haciendo, las revistas importadas muy de vez en cuando caían ahí. Llegaban por exiliados, había algunas revistas suecas muy buenas (x medio de Christian Kupchik). Más venía por el cine la cuestión, porque a mí me gusta mucho el cine.
- **¿Qué directores?**
- Los directores de los 60s: Antonioni, Fellini, Goddard, Truffaut, David Lynch. Un público amplio.
- **¿Cómo decidían las tapas?**
- En realidad había una reunión específica de tapa, juntábamos ahí lo que era la redacción, discutíamos por dónde iba, y yo tenía que hacer una imagen con eso.
- **¿Las chicas desnudas te las pedían los miembros de la cooperativa, o corrían por tu parte?**
- Las minas en bolas tenían que ver con la venta, cuando bajaba la venta poníamos minas en bolas en la tapa. Dani Jurjo cuando se había ido puso un estudio de fotografía, y me seguía ayudando con las tapas. Era una especie de destape a su manera: en la época de los milicos eran Gente y Siete Días los que más se animaban, ponían una chica en bikini y nada más. No había notas sobre sexo. Era un tema que más o menos en esa época vendía un poco más. No era que nos salváramos con eso pero vendía un poco más.

- **¿Y la decisión de poner mujeres reales en lugar de modelos? ¿Era consensuada?**
- Era una estética que queríamos tener, consensuada ahí, no queríamos tener minones en tapa. Conseguíamos minones, pero no queríamos, tenían que ser minas que leyeran la revista, chicas comunes.
- **Según (Juan) Salinas, eran tan pobres que no tenían ni para pagarle a la modelo, y usaban a las novias de los amigos.**
- Sí, también, pero conseguíamos minas bonitas. El criterio era tener chicas con un cuerpo normal, nada de producción de gimnasio ni nada de eso.
- **¿Cómo te encontrabas vos como Jefe de Arte pasando de una revista con una nota de sexo en tapa a una tapa con un informe sobre corrupción o una nota de investigación? ¿Se discutía la continuidad de los temas de tapa?**
- Había ese tipo de discusiones, pero si la investigación era buena y podía bancársela, iba. Pero por otra parte El Porteño siempre tuvo una temática bien amplia.
- **¿Pero lo que respecta a la tapa, vos definías algún tipo de alternancia entre los temas?**
- Eso se iba viendo sobre la marcha. El Porteño tenía la característica de que siendo un mensual, cerraba como un semanario. Los cierres se hacían en una semana, 10 días como mucho. La primera nota, el cuento, se cerraban antes. Pero muy sobre el cierre se decidían el tema, la tapa. No teníamos una parrilla de tapas y notas para ver en el futuro. Tampoco teníamos guita para tener todo adelantado.
- **¿Pero te tomabas 20 días para hacer la tapa?**
- No, no, todas las tapas salían en una semana, 10 días. Algunas cosas sí sabíamos que iban a ir en tapa. Pero la mayoría no, en 10 días se resolvían. Tampoco teníamos mucha guita para hacer producción. Una de las tapas de la etapa cooperativa con las caretas de Alfonsín, hicimos fotos de Alfonsín, las recortamos sobre un cartón y nos las pusimos. No había mucho dinero ni mucho tiempo para pensarlo. Así salieron, pero era lo que había en ese momento.
- **Contame de una contratapa muy linda, la del cumpleaños del Flaco Spinetta con los hijos.**
- Fue un aniversario de la revista. Al Flaco ya le habíamos hecho un par de notas. Le pedimos si se copaba para juntar a los pibes, en ese momento estaba lo del Mono Tremendo con la banda Pechugo. “Todo bien, vénganse”, así que fuimos con una torta,

sentamos a los pibes en la casa del Flaco. Todo bien, sacamos la foto. Revelo las fotos y no sé qué problema hubo, pero no salió nada. En ese momento había una investigación de último momento que pasaba a tapa, y lo del Flaco iba a contratapa, pero de cualquier manera no tenía la foto. Con mucha vergüenza lo llamo al Flaco, le digo “Mirá hubo un problema en el laboratorio, no salió el rollo”. “No te hagas problema, venite mañana, junto a los pibes de nuevo y hacemos de nuevo el cumpleaños”. Los pibes estaban podridos, no querían saber nada, y el Flaco les ponía orden. “A ver se dejan de joder que el muchacho está trabajando y no tiene tiempo de escuchar sus boludeces. Se me sientan y se quedan calladitos”. Era una manada de pibes. La hicimos, salió bien y fue la contratapa. Una generosidad gigante. El Flaco era lo más.

- **Fue el número que salieron en tapa con lo de Alí Babá y los 40.**
- Bueno, por esa tapa nos comimos un juicio. Un juicio de Eduardo Menem, con su abogado que era Arslanian. No sé si hay muchos diseñadores que se comieron un juicio pero creo que yo fui el primero. Siempre se los comían los periodistas pero no los que hacían la tapa. Nuestro abogado era Aníbal Ibarra. Al final, después de unos años lo ganamos el juicio y zafamos.
- **Estuviste en el periodo en el que se forma Página/12 y muchos de los periodistas de El Porteño van a ese diario. Más allá de los nombres, cuál creés que es la impronta de El Porteño que después se puede ver en la forma de laburar en Página? Me interesa tu mirada como diseñador, ya que siempre se recuerda el aporte que le hace a los diarios con sus tapas, etc.**
- Está muy cerca. Una impronta es la de Levinas. Gabriel con Briante decidían las tapas, ese tono jocoso era de Levinas, y eso se lo llevó Lanata a Página. Pero era una marca de agua que tenía El Porteño. Sí, hay unas temáticas y unos estilos de presentación de tapas que eran similares.
- **¿Hubo un replanteo en la revista cuando salió Página?**
- Sí, en realidad el replanteo era más una cuestión de personal. Mucha gente se fue a Página, para empezar los dos jefes de redacción, Lanata y Tiffenberg, que era el hacedor, el que escribía era él. Después se fue Blaustein, pero después entró otra gente, entró Graña, entró Caparrós, pero después se empezaron a ir para Página. Fue como una movida de gente, se empezaron a cambiar las tapas. Creo que fue la etapa donde se le empezó a dar más bola a lo erótico.

- **¿Cómo lo recordás a Lanata?**

- En realidad, nunca me llevé bien. Teníamos unas diferencias. Pero no tenía ideas así iluminadoras. Las tapas se hacían con un espíritu de consejo de redacción, íbamos tirando ideas que se iban sumando y salíamos con una tapa. Era una cuestión más grupal que de un tipo con una idea. La tapa de la vaca con los auriculares creo que fue una idea de Lanata.

- **¿La ceremonia de las reuniones de redacción? ¿Cómo era?**

- En ese sentido funcionaban diferente las reuniones en las dos etapas. Una cosa era con Levinas y otra la etapa cooperativa. Con la cooperativa era una instancia de decisión mayor, con Levinas eran 3 o 4 los que decidían los contenidos. Después fue más discutido, primero se hacía una reunión de sumario de toda la cooperativa donde participaba un montón de gente, más o menos 30, todos en el departamento de la calle Perón, pero a veces nos juntábamos a comer en un restaurant o algo así. No siempre venían todos, casi siempre éramos menos. Después de la reunión, con el consejo de redacción que éramos 5 o 6 decidíamos la tapa en función en lo que se había pensado. Los recursos eran muy humildes, podíamos tener ideas maravillosas pero irrealizables, había que bajarlas a tierra y hacer otra cosa.

- **¿En El Porteño te compraste tu primera computadora?**

- Antes trabajábamos con foto composición, después pasamos al sistema de encerado, que era una joyita. Pero después los costos se hicieron muy altos y pasamos a composición láser. Empezamos a hacer la revista en láser que no era lo mismo en calidad pero los costos eran menores. Al tiempo pudimos comprar una impresora láser y una Mac SE/30 con pantalla chiquitita.

- **¿Cómo fue pasar a trabajar con una computadora?**

- Para mí fue todo un cambio. Para empezar, necesitabas menos gente con una computadora. Antes llamábamos a 3 o 4 armadores para un cierre, ahora con 2 estábamos bien. Al principio lo armaba yo, después fui pasándole la posta a dos chicas que venían a ayudarme, yo diagramaba y ellas armaban. Pero fue un cambio, empezar a aprender el tema de la computadora, hasta entonces la veíamos en la composición como era usada por otra gente y nada más. Teníamos monitor de 13 pulgadas blanco y negro, con mouse de 1 botón, diskette chico. Yo había comprado un scanner de mano, para meter cosas muy chiquitas porque para imágenes grandes no daba la memoria. Hubo que armar con

otros tiempos la revista. No hubo por suerte un bajón, que no llegáramos al cierre por la aprender a usar la compu.

- **¿Qué te acordás de los cierres de edición?**

- Los cierres de Cochabamba eran muy divertidos, porque duraban toda la noche. En el medio había tiempo de jugar al futbol, armábamos unas pelotas con papel y cinta y jugábamos al futbol adentro de la redacción. Lo llamábamos a Levinas a las 4 de la mañana para preguntarle cualquier boludez sólo para despertarlo. Qué se yo, eran divertidos. En la etapa cooperativa eran un poco más serios.

- **¿En algún momento te detuviste a pensar de que formabas parte de una revista diferente, que estaba cambiando algo?**

- Sí, desde el primer momento. Yo estaba estudiando diseño gráfico, y había llegado el primer número de El Porteño, que había traído un pibe. La abrimos y nos dijimos “esta es otra revista”. Cuando empezamos a ver cómo estaba diagramada, el formato nos llamó la atención. Los temas no se veían en otro lado. Era diferente. Después cuando me llamaron para hacer el cierre ese, ese sábado no quería ir porque tenía algo para hacer pero al día siguiente fui porque era interesante estar en esa revista. Por otro lado era una revista de laburo, de no tener buenos sueldos, siempre tuve otro laburo aparte, o dos. De El Porteño no vivía. Era una especie de apostolado. Sobre todo en la etapa cooperativa, no teníamos un jefe que nos dijera de qué teníamos que hablar. Hablábamos de lo que queríamos y no teníamos ningún tipo de temas prohibidos. Y eso era un motorcito para todos, para ir avanzando. Pero bueno, pasó mucha gente. Ahora te ponés a pensar en todos los que pasaron y son todos figurones, pero en ese momento eran todos laburantes como uno.

- **¿En qué año te fuiste?**

- Cuando cerró (1994). Yo cerré la puerta. Con el Beto, con (Julio) Spina. Ahí arrancó el menemismo, había arrancado la segunda sección de Clarín, con temas parecidos. Estaba La Maga, Página 12, Página/30. Aparte, qué se yo... a mucha gente al principio el menemismo le parecía bárbaro, y a nosotros no. Y estábamos un poco en falta. No empezaron a cerrar los números y dijimos, ya está.

- **¿Puede volver El Porteño?**

- El Porteño vuelve vuelta a vuelta, pero nunca se va a repetir lo que se daba en ese momento. Esos tiempos. Ahora hay un montón de medios, y en ese momento no había tantos. Era un momento muy especial, era la primavera alfonsinista, veníamos de los

milicos, la apertura de los archivos de la CONADEP, el rock nacional de los 80... Si bien en los 70 la calidad del rock era mejor, en los 80 hubo más cantidad.

- **¿Vos creés que la revista es la que mejor tradujo la primavera alfonsinista?**
- No, fueron varias. Estaban Humor y Expreso Imaginario, pero fue una de las revistas que marcó la época.

Entrevista a Juan Salinas

13 de febrero de 2012

- **Contame cómo llegaste a El Porteño.**
- Estuve exilado en Barcelona y desde ahí empecé a seguir la revista El Porteño apenas salió. Mandé una carta de solidaridad desde el diario de Barcelona, donde estaba trabajando, cuando pusieron la bomba. Soy un periodista español, me hice periodista en el exilio. Cuando pusieron la bomba en la redacción de la calle Cochabamba mandé una carta. La bomba dejó tarumba al pobre gato montés que tenían de mascota. La bomba fue una respuesta a la primera nota sobre chicos desaparecidos, apropiados, que era una nota de mucho valor porque los chicos desaparecidos tenían dos o tres años, eran re nenes.
- **¿Fue la primera nota que salió sobre ese tema?**
- Sí, sí. Fue una nota muy valiente. La revista El Porteño era una cosa muy rara. Llamaba mucho la atención. Era una época signada por la revista Humor. El Porteño que salió bajo la dirección de Gabriel Levinas antes de la guerra de Malvinas, con un aborigen en la tapa, acordándose de lo que ahora llamamos pueblos originarios y antes indígenas, le daba una tónica. Después de la guerra ya la dictadura estaba en retirada, entonces El Porteño hablaba de cosas muy interesantes, con una impronta de arte que le daba Levinas, que era marchand. Todas las cosas raras que había aparecían en El Porteño. Ahí empezó también Cerdos y Peces. Yo llegué a la Argentina con dos notas, una entrevista a Galeano y otra a Serrat. Apenas llegué se las mandé a Levinas, y gracias a Daniel Molina y Eduardo Blaustein que yo lo conocía de acá y del exilio. Molina ofició de cicerone, me hizo mucha pata, me llevó a ver a Los Redonditos, a Sumo, donde ví a Luca Prodan.
- **¿Cuando llegaste la revista ya tenía los contenidos de investigación?**

- No estaba tan especializada en eso porque todavía tenía la impronta de Levinas, tenía esto del arte, pero fue la primera revista que le dio columna a las Madres de Plaza de Mayo. También le daba al Coronel Perlingher, que había sido uno de los que hicieron el golpe contra Illia junto a Onganía, y después se había hecho una autocrítica, muchos lo acusaban de ser del ERP. O sea que era un militar progre, del CEMIDA. La primera columna gay que reivindicaba abiertamente la homosexualidad, que la hacía otro tipo que hace mucho que no veo, Jorge Gumier Maier, también artista plástico. Ahí escribía también María Moreno, que venía del diario Tiempo. Yo enseguida me sentí consustanciado, sentí que ahí podía tener mi lugar. El Porteño mientras estuvo Levinas lo tuvo como una especie de zar, un zar benévolo, pero me acuerdo que cobrarle era difícil. Había muchas otras revistas en esa época, que no las recordamos porque cerraron y no estuvieron en sintonía con el espíritu de la época.
- **El Periodista...**
- Y otras menos conocidas como Claves, y muchos otros intentos del reverdecir democrático.
- **¿Esas revistas respondían a sectores políticos o de poder? Por ejemplo, El Informador Público se decía que era de los servicios.**
- No, pero el informador no es de la salida de la dictadura, es posterior. Empieza a salir en el 86, y era un ámbito de provocación, reaccionario. Fue el órgano carapintada, pero eso fue en el 87. En el 84, 85 Levinas se aburre de la revista. No sé qué le pasó, si no ganaba plata o se quería dedicar a criar lagartos en Formosa. No sé, Levinas es una persona con espesor que tuvo contingencias de todo tipo en su vida. Quería sacarse la revista de encima. En esa época Levinas ya lo había incorporado a Jorge Lanata, que venía de tener una experiencia fallida en El Periodista de Buenos Aires, y con ese bancarse a sí mismo que todos le conocemos se proponía para hacer notas de tapa. Algunas muy buenas y otras fallidas, pero bueno, hizo una escuela. Si vemos Noticias hoy, se especializa en hacer tapas fallidas. Son una empanada que promete una cosa y cuando la mordés, está medio vacía.
- **¿Lanata venía de la radio, no?**
- Sí, de ser el segundo de Aliverti, otro cooperativista de El Porteño que ahora están muy enfrentados, pero durante muchos años trabajaron juntos. Pasa que al principio Aliverti era el jefe de Lanata. Bueno, entonces Levinas se quiso sacar de encima la revista y se

armó una cooperativa de 30 cooperativistas, en términos totalmente igualitarios. En esa cooperativa, entre estos 30 hubo gente que firmó porque ya eran conocidos, ya estaban en otra cosa y después venían a la redacción pero muy poco, tipo Tomás Eloy Martínez y Osvaldo Soriano, que estaba en la revista El Periodista, donde se habían juntado periodistas que ya lo eran desde antes del exilio. Que tenían alguna chapa de haber sido conocidos antes. En cambio, yo no.

- **De esos 30 cooperativistas, de quienes te acordás?**

- Me acuerdo de casi todos. Ahora me va a fallar. Estaba Homero Alsina Thevenet, un gran periodista uruguayo, extraordinario, uno de los pocos que me enseñó algo junto con Alberto Spungberg, estaba Eva Giberti, estaba Carlitos Marcucci que iba muy poco, Eduardo Berti, Enrique Symns, no sé si mi hermano Luis estaba o si entró después, estaba Eduardo Blaustein, Jorge Warley, Daniel Molina, Ernesto Tiffenberg, otro de los que estaba desde el principio y que después forma Página, que sale de la dupla Lanata-Tiffenberg. Me faltan muchos, voy a quedar mal. No estaba todavía Caparrós, ni Graña, que lo llevé yo tiempo después. Después hubo gente que se sumó más tarde.

- **¿Página surge en la redacción de El Porteño?**

- A principios del año 85 empezó a haber ruido. Cuando yo entro al consejo de redacción, por un motivo que nunca entendí, le hace ruido a Lanata. Lanata quería ser el jefe único, aunque la cooperativa al formarse había nombrado un consejo de redacción de creo que 4 miembros que eran iguales, Lanata no quería que se decidieran por consenso las cosas, querían decidirla él. Yo le llevo 8 años a Lanata, y entonces él no tenía un argumento de peso para decir “Yo soy más que Salinas”. El gordo te prepotaba, te pasaba por arriba, te abría los cajones. Era un poco autoritario de carácter. De movida nos caímos mal. Yo fui el mayor escollo al ascenso suyo. Había otros: Homero Alsina Thevenet le tomaba el pelo, le decía “¿Y vos por qué querés ser el jefe único?”. Cosa que lo hacía poner muy colorado a Lanata, y esto signó los comienzos de la cooperativa. Los deseos de Lanata de ser jefe y la resistencia de buena parte de la cooperativa a que lo fuera. Él no quería ser uno más.
- Lo que había en El Porteño cuando estaba en la redacción de la calle Sarmiento, después nos pasamos a la calle Perón, era una pasión y una presión un poco ridículas, y era bien de la época, en la que no había ni fax ni celulares, escribíamos en unas máquinas Remington bien duras. Como salíamos una vez por mes, y no todos los meses podías

meter una nota, entonces para hacer una buena nota estabas luchando durante 40 o 50 días, porque el espacio era limitado, entonces era como un club en alguna medida, íbamos todos los días o casi todos los días. En un momento yo iba todos los días, porque estaba en el consejo. Pero me resistían mucho Lanata y sus aliados, entonces para que no haya hostilidad yo propuse mi lugar a Graña, que al final entró. Había mucha pasión. Yo lo que recuerdo de El Porteño, uno se queda siempre con lo mejor, no? Es que para mí fue un gran amor para mí, El Porteño es mi amor sagrado. Y yo me sentía muy orgulloso de estar entre ese grupo de periodistas que, no todos, pero como medio estaba revolucionando el periodismo. Yo aporté mi colección de El Viejo Topo, que Tiffenberg fotocopió meticulosamente, y que después le sirvió cuando salió Página/12. Yo no pude ir a Página/12 porque estaba peleado con Lanata, sin embargo tuve una decisión incidental en la decisión de Lanata y Tiffenberg de hacer un diario con el auxilio de Horacio Verbitsky. Ellos no sabían ni dónde quedaba la oficina de Verbitsky, los tuve que llevar. Pero no más que eso. A Página no pude ir, pero El Porteño era una gran pasión para mí y un gastadero de esfuerzo, cosa que mi mujer me reprochaba, porque uno perdía el tiempo ahí por muy poco dinero. Éramos una revista independiente porque éramos pobres de solemnidad, comíamos juntos en la redacción de Perón la comida que nos preparaba la señora Ofelia, que era ultra salada y que nos hacía tomar mucha agua.

- **¿En qué momento se separan definitivamente El Porteño de Página? ¿en La Tablada?**
- Lanata no quería estar en ninguna estructura cooperativa que le pusiera corta pizas a sus deseos y ambiciones. Después de varios combates, la verdad es que El Porteño le quedó chico. Un día voy y le cuento a él y a Tiffenberg que había fracasado un proyecto que tenían Verbitsky y Eduardo Luis Duhalde de hacer un periódico que fuera una hoja sábana, que se llamara la Hoja, con un precio mínimo, irrisorio, para acompañar Clarín y La Nación, una página de izquierda para acompañar a Clarín y La Nación. Este proyecto se cayó porque los distribuidores, arreglados seguramente con Clarín y La Nación, querían cobrar lo mismo por distribuir esa hoja que lo que cobran a Clarín o La Nación. Yo se lo cuento esto a Lanata, que se puso a llamar por teléfono frenéticamente, buscando plata. Y un día me pidieron que los llevara a la oficina de Verbitsky y le ofrecieron sumarse a este proyecto. Pero bueno, los que estábamos enfrentados con Lanata quedamos afuera de Página/12: el que más lo estaba era el mayor de todos

nosotros, el Flaco Ferrari (el primer periodista que escribió sobre Yabrán en la Argentina), yo también, Patán Ragendorfer y Enrique Symns. Symns muchos años después se iba a arrepentir diciendo que había elegido el bando equivocado y le chuparía las medias a Lanata. Cosas que pasaron después. En ese momento, los que estábamos enfrentados quedamos afuera, cosa que era lógica también. Porque Página fue un gran éxito, no en ventas, pero encarnaba la renovación que había habido en el periodismo. Además traíamos renovación de afuera, Tiffenberg desde México, yo había leído mucho el diario El País, que no tenía nada que ver con el de ahora, sino que era atento a lo contracultural y muy profesional a la vez. Al fin y al cabo, El Porteño quería ser eso, no sé si siempre lo lograba. Pero quería estar atento a lo joven, lo contracultural, lo under, y al mismo tiempo vivir de la venta. En periodismo no teníamos nada que envidiarle a los medios grandes. De hecho, si uno agarra la colección de El Porteño va a ver que muchas notas y temas que salieron en El Porteño salieron después en Página/12, y por fin con el tiempo todos los otros diarios se “apagaron” y empezaron a copiar a Página. En gran medida se hicieron indistintos. Cuando La Nación se quiso aggiornar empezó a traer periodistas de Página. Como Página se había formado sobre El Porteño, se puede ver una línea mucho más continua que la de Humor, que a pesar de tener más lectores que El Porteño no tuvo continuación por las causas que fueren. Esa mezcla de Humor y política, que había sido tan útil y que uno necesitaba como el agua durante la dictadura, dio paso a la revista post-malvinas por excelencia, que fue El Porteño.

- **¿Creés que El Porteño tuvo influencia en el periodismo televisivo que vino después?**
- Polito (Fabián Polosecki) era lector de El Porteño, muy lector. Me lo dijo él una vez que me entrevistó para uno de sus programas, aparezo deprimidísimo a comienzos del menemismo junto con otros compañeros de la izquierda peronista. Que habíamos estado en las FAP o en Montoneros. Él nos hizo una entrevista como que estábamos viejos. Ahí estaba más viejo, y ahora no soy tan viejo como era entonces, porque entonces estábamos al margen. Polito había sido mi compañero en el diario Sur. Él no era un gran periodista gráfico, y se había dado cuenta enseguida. Tuvo esa intuición de ir a la televisión, fue el primero. Después fue copiado a morir por todo el mundo. Después incluso tuvo su veta sórdida. Ahora prendés la tele y sabés que van a ir a buscar lo peor de los submundos, siempre buscando cosas espantosas de lugares donde no querés ir, pero van las cámaras y te muestran esas cosas, y te da morbo. También Internet tiene mucho que ver porque la

salida de Internet acaba con el periodismo original. Los periodistas nos fuimos haciendo vagonetas, y la gente se copia mucho. Ya nadie te financia que te pases 5 o 6 días haciendo una nota, metido en un pueblo. Nadie te pagaría para que pases 5 días en la Salada para hacer una nota. Hay muchachos que lo hacen, pero en forma de libro. No hay una revista que te pague el esfuerzo de hacer eso. Nosotros empezamos con ese tipo de notas, que se llamaban territorios. Miradas oblicuas, laterales, distintas, de cosas que la gente conocía pero que no se había detenido a mirar. Digo, si uno se sienta en el hall de Constitución a mirar, pone cara de nada y se pasa 24 horas, tenés seguro una nota.

- **Contame de las tapas que más recordás.**

- De las tapas me acuerdo aleatoriamente. De la que más me acuerdo es de una de Marilyn Monroe en bicicleta que es la tapa más blanca, llena de aire y luz, y de otras que no fueron tapa como la de un cumpleaños de Spinetta, que salió como contratapa. Spinetta era un pibe, claro, un poco más grande que nosotros entonces, tendría 30 y pico pero la cara totalmente de pendejo. Y me acuerdo de la tapa del número 100, pusimos Alí Babá y los 40, no ladrones, los 40 nomás. Contábamos que Eduardo Menem, al mismo tiempo que decía que había que agarrar a los evasores, sacaba plata al Uruguay en valijas, que no era un delito sino una falta. Eduardo Menem nos hizo juicio, y nos defendió Aníbal Ibarra al Negro Spina y a mí. Julio había hecho la nota conmigo. Me acuerdo de esa tapa porque fue señera. Me acuerdo de las que hicimos después del asalto al cuartel de La Tablada, que generaron un resurgimiento de El Porteño, por la simple razón de que Página se inhibió, no quería ni hablar del tema porque tenía muchos vínculos con el MTP y Gorriarán, incluso societarios. A mí, meterme con el tema de La Tablada, que me metí desde el primer día. Estábamos en reunión en la revista cuando pasó, así que salimos con Patán (Ragendorfer) para La Tablada. Además, yo había hecho la colimba ahí, donde me había hecho pasar por falopero y por loco para que no me mataran por montonero, a finales del 74. Tenías que hacerte el loco manso porque sino te amasaban a golpes. Imagínate, me había costado tanto salir de ese cuartel, que ver que otros entraban por su propio pie a morir... estaba muy convulsionado. Ese fue el origen de mi primer libro, junto a Julio Villalonga, sobre La Tablada y todo lo que había sido antecedente de eso. Eso signó mi vida, porque hizo que gente de Página, de la dirección, no me quisiera ni ver. Yo sabía que Página había sido fundado con plata del MTP, aunque no lo iba a publicar porque no soy vigilante. Entiendo perfectamente que hayan sacado plata del

MTP para sacar el diario. En ese momento el MTP estaba totalmente dentro de la democracia. Yo no estaba en el MTP porque me parecían totalmente reformistas y blandos, no porque estuvieran a mi izquierda. Yo los consideraba demasiado moderados. Yo era en ese momento corresponsal de la revista Mate Amargo, de los Tupamaros. Los servicios habían hecho correr la bola que se venía otro golpe y una masacre, y lo que se le ocurrió a Gorriarán fue una locura, tomar el cuartel y decir que había sofocado un intento de golpe. Página/12 no escribía nada, incluso lo habían retado a Daniel Paz por hacer un dibujito que decía “yo no soy del MTP” en un sticker de auto, como quien dice “yo no tengo autostereo”. Página se inhibió, prácticamente no cubrió el ataque. Cuando vino el juicio lo mandó a cubrir al joven Tenenbaum, con instrucciones precisas de chuparle las medias al fiscal y de desmarcarse de Gorriarán y el MTP. Era evidente que nadie quería hablar del tema. Nosotros lo hicimos y volvimos a vender bastante bien. Cuando digo bastante bien, entendámonos, nunca llegamos a los 20 mil ejemplares, en el 89-90. Pero bueno, a mí me consolaba un diálogo que había tenido con el Flaco Spinetta unos años antes, él me decía que nunca había llegado a los 20 mil discos, siempre llegaba a los 19 mil. Si vendíamos casi lo mismo que vendía mi amado Spinetta, sentíamos que era lo que nos tocaba en la vida. No teníamos envidia de vender más. Después llegó el menemismo, la gente se volvió loca. Todo se corrompió, y quien vendía 15 mil ejemplares quiso vender 150 mil. Entonces para eso tenés que entregar a tu hermana, ponerle en 4 patas en la tapa y hacer cosas horribles. Eso fue el menemismo.

- **¿Desde la redacción cómo percibieron la llegada del menemismo?**

- Nosotros sabíamos bien quién era Menem. Pero bueno, Angeloz venía con el lápiz rojo... así que la redacción apoyó a Menem, como hicieron Verbitsky y mucha otra gente. Ante la duda de los dos... Como él hablaba de la América morena y la revolución productiva, dijimos “en una de esas nos sorprende”, pero apenas lo eligieron salió gritando para el otro lado. Fue a gritar el gol con Bunge y Born. Antes de que asumiera le sacamos una tapa diciendo que el peronismo estaba entre la Triple A (Amalita, Alsogaray, Albamonte) y la doble B (Bunge y Born). Nos cagó, y nos hicimos antimenemistas antes de que asumiera.

- **¿Qué problemas les trajo eso?**

- Ser iconoclasta siempre te trae problemas. Por ejemplo, lo que es una paradoja y no del porteño, sino posterior. Yo soy uno de los editores de Mi Mensaje, el testamento que

dictó Eva Perón desde la cama antes de morir, que nadie lo quiere publicar. El PJ nunca lo reivindicó, porque en su lecho de muerte Evita era una mezcla de Janis Joplin y Rosa Luxemburgo, mientras se moría. Tenía el dedo tronante, tirando rayos y centellas contra los caudillos del interior, traidores, contra los dirigentes sindicales, traidores, contra los obispos y los generales. Y claro, cómo digerir eso? Yo, que fui uno de los promotores de este texto, no tuve mejor idea que publicar en El Porteño un cuentito de Nestor Perlongher sobre Evita, donde aparece reencarnada entre los travestis y los marineros de la calle 25 de mayo de entonces, la de los piringundines. “Evita vive (en cada hotel organizado)” se llamaba el cuento, que era una consigna del movimiento de inquilinos peronistas vinculado a Montoneros. El cuento ya lo había sacado Cerdos y Peces. Pero nos trajo una catástrofe: Cafiero que nos daba un auspicio de la Provincia nos lo quitó, y el consejo deliberante pidió que se clausurara la revista. Te hablo del año 88. Un delirio, porque no era un cuento contra Evita, sino un sueño de unos travestis drogados que veían a Evita. Era arte puro. (...) Cuando ves que hay gente tan jíbara como para hacer eso, estás en graves problemas. El Porteño era una revista nacional y popular, como creo que nunca más va a volver a ser.

- **¿Por qué decís que era nacional y popular?**
- Porque el resultado de los que estábamos ahí... éramos todos favorables a lo que después el kirchnerismo encarnó. Aunque a Caparrós no le guste que se haya encarnado sin purezas, y se pregunte públicamente por qué Kirchner no hizo feriado el 24 de marzo en Santa Cruz mientras era gobernador. En la naturaleza las cosas no se dan así.
- **Hay una nota del 88 del Flaco Ferrari a Kirchner, que era gobernador. Se cuenta que si bien había crisis económica, en Santa Cruz nadie moría de frío y en la provincia de Buenos Aires sí.**
- Después pasamela. El Porteño de hoy sería meter el dedo en la llaga y decir muchas de las cosas que dicen Pino Solanas, que están bien. El otro día leía a Félix Herrero sobre el petróleo, diciendo que hay que inventar una nueva empresa que se llame Yacimientos Petrolíferos Federales y que recupere los yacimientos. Una empresa conjunta entre nación y provincias productoras. Hay que volver a eso. No con esa cara de indignados y de indignados que tienen todo el día Pino Solanas y Miguel Bonasso.
- **Se comenta que Beatriz Sarlo podría estar en una vuelta de El Porteño.**

- Ella podría haber escrito en esa época, pero estaba con su club socialista. Hubo mucha gente que pasó del socialismo al alfonsinismo sin hacerse ni una crítica, como el finado Portantiero, el corredactor de los documentos de Montoneros del 73, después finge demencia y se hace alfonsinista. Después está Jozami, otra cosa, que escribe su libro anti montonero, “La Soberbia Armada”, porque estaba podrido del maltrato que había sufrido en la revista montonera Noticias. Pero Portantiero y los otros se hacen los otarios. (...) a muchos de esos que podrían haber escrito y no lo hacían les parecía poca cosa El Porteño. Éramos la frontera, el límite de lo under, los jefes de los under frente al establishment, hecho por periodistas profesionales que nos gustaba hacer las cosas bien.
- **No era solamente política, también estaba atenta a debates morales que traía la modernidad.**
- Sí, sobre los transplantes, por ejemplo. Fue la primera revista que habló de los derechos de los homosexuales, la primera revista plural. Había quienes nos miraban como si fuéramos japoneses. La diversidad era parte de la revista. Tratábamos de que las cosas estuvieran presididas por la buena onda. Había discusiones, Graña y Caparrós, conmigo se peleaban todos por un rato. Había problemas como en un consorcio. Salía un número por mes, tenías muchos días para amargarte por los errores.

Entrevista a Julio Spina

23 de agosto de 2012

- **Contame más o menos cuándo empezás a escribir en la revista**
- Mi primera colaboración debe haber sido en el año ´87 u ´88. Ya existía Página/12. De hecho la primera nota que escribí fue en Página/12 y la segunda en El Porteño. La hice con Juan Salinas, a medias. Sobre el operativo Cóndor, no sobre el que uno reconoce como el operativo de represión de varios países de Sudamérica sino del operativo de un grupo de peronistas que asaltó las Malvinas en 1966. Fue muy gratificante, porque fue la primera investigación que hice realmente. Siempre había sido lector, estudioso de la violencia peronista.
- **¿Estaba Cacho El Kadri ahí?**

- No, el Condor lo comandó Dardo Cabo. Su segundo era un nazi de aquella época que se llamaba Alejandro Giovenco. El operativo Cóndor fue un armado de dos grupos peronistas, uno el Nueva Argentina y el otro el Comando Revolucionario de la Juventud Peronista. Dardo Cabo los reunió, se concentraron en la UOM de Munro antes del operativo, se subieron como pasajeros comunes al avión que iba a Río Gallegos, y en medio del vuelo – en esa época nunca había habido un secuestro de avión – lo hicieron desviar para Malvinas. Esto fue poco después de que asumiera Onganía. Por casualidad, ese día Onganía estaba mirando un partido de polo con el Príncipe de Gales y estos se despacharon con eso. Le mostraron la matraca al comandante del avión y le dijeron “Poné rumbo sudeste a Malvinas”, y lo hicieron bajar con un Douglas DC4, un avión de mucho porte, en una cancha de carreras de cuadreras, una pista de caballos. Las ruedas enterradas en la turba, los tipos todos de campera verde. Se bajaron con sogas del avión, clavaron la bandera argentina, cantaron el himno nacional y obviamente la marcha peronista. A los 10 minutos estaban rodeados de jeeps de la policía kelper. Ellos querían marcar un acto de soberanía, punto. Eran 16 más una mujer, una periodista que era novia de Dardo Cabo, María Cristina Berrier.
- **¿Puede ser que el diario Crónica tenía la primicia?**
- No, no lo sabían. El día anterior Dardo lo llamó a Héctor Ricardo García y le dijo “Vengase que tenemos algo interesante”. Al día siguiente, HRG viajó en el avión. Sacó todas las fotos. Al único que le pegaron los ingleses fue a García, que tenía los rollos de fotos.
- **Qué piedra, ese muchacho...**
- Sí... (risas) Pero hizo una experiencia importantísima como periodista. Las fotos salieron en Crónica. El otro pasajero extraño del avión era el gobernador de las Malvinas, que viajaba de casualidad. Cuando estos lo descubrieron le dijeron “tiene la oportunidad de asumir como gobernador de las islas”. Hicieron un contacto radial para que diera un discurso y el tipo no estuvo a la altura de las circunstancias ni ahí, era un milico. Cuando Onganía se enteró mientras miraba un partido de polo, dijo “Todos presos”. “La recuperación de Malvinas no puede ser una excusa para facciosos”, fue su frase célebre.
- **¿Lo entrevistaste a Cabo?**
- No, la nota la escribí en el 87, 88, y a Dardo lo asesinaron, lo sacaron no sé de qué penal el 7 de enero de 1977 y lo fusilaron los milicos. Dardo era hijo de Armando Cabo, un

dirigente histórico de la resistencia peronista. Te termino de contar lo de Malvinas. La cuestión es que los metieron a todos en un barco, los subieron en Gallegos a escondidas porque había manifestaciones de apoyo. Les dieron mucha cana a muchos de ellos, hubo algunos que la ligaron más porque tenían antecedentes. Parte de la condena la cumplieron en Gallegos, a otros los trasladaron. La cuestión es que los juzgaron por robo al descampado, porque tampoco había una figura penal para juzgarlos. No existía ese delito. Tenían que buscar algo que se pareciera para que tuvieran una pena fuerte. Viste que si asaltás a alguien a la noche en un descampado es más grave que si lo hacés a plena luz del día, porque tenés elementos adicionales. Entonces esto fue robo al descampado, los juzgaron y les dieron una punta de años. Muchos de ellos terminaron decantándose por izquierda y por derecha. Varios entraron a Montoneros y otro murió en la Esma, Dardo lo que te dije. Otros terminaron en la CNU pero también los mataron los milicos. Siete u ocho murieron en la dictadura. Varios están vivos, Andrés Castillo por ejemplo.

- **A Juan Salinas, con quien firmás la nota. ¿Lo conocías de la militancia, de los 70?**
- No, a Juan lo conocí en El Porteño, poco antes de hacer esta nota. Lo conocí por intermedio de Graña, que se estaba yendo y se estaba instalando como jefe de cultura de Página/12. Yo era muy amigo de Rolando, me había recibido en la facultad de Filosofía y Letras, en la carrera de Letras. Era muy amigo de él, y siempre me insistía que por qué no escribía, y yo le decía que no era lo mío. Una vez iba en un taxi para dar clases y venía de otro trabajo y me dije “no quiero esta vida”. Así que acepté la oferta de Rolando y empecé a escribir en Página/12 y El Porteño. Ahí lo conocí a Juan. Después, durante el año siguiente fui colaborador de las dos.
- **¿Cuándo quedas como secretario de redacción?**
- La cosa es así: siendo colaborador de El Porteño, yo trabajaba en la Caja de Ahorro, y me quería ir de ahí. Justo se abrió una vacante que nadie cubría en lo que era la administración de El Porteño. Cuando Rolando me lo comentó al pasar, dije “Esto lo puedo hacer yo”, porque me permitía renunciar a la Caja de Ahorro, que era un empleo público y seguro, pero no tenía problema de irme por menos guita. Tenía casa propia, vivía solo. No tenía problema. Me tomé una licencia sin goce de sueldo por seis meses y me fui a trabajar a El Porteño por 4 horas, después por 6. Empecé a ganar el doble de lo que ganaba antes. Yo no me quería ir del todo de la Caja porque venían las privatizaciones. En El Porteño empecé a trabajar fijo el 1 de febrero del 90. Pensaba

tomarme otros seis meses de licencia y cobrar un retiro voluntario cuando privaticen. No privatizaron, renuncié y ni bien lo hice, privatizaron y pagaron el retiro voluntario. Así que me perdí esa guita. Ahí en El Porteño, además de laburar como periodista, me hacía cargo de la distribución de la revista tanto en capital como en el interior, que eran dos distribuidores distintos, me hacía cargo de comprar insumos como papel, contratar imprenta, tratar de gestionar en algún lado algún crédito o subsidio que nunca conseguimos.

- **¿Te encargabas también de la entrega de material a la imprenta?**
- Yo supervisaba eso. Eduardo Rey decidía la tapa, diseñaba, yo después mandaba todo a los talleres.
- **¿Avisos nunca tuvieron, puede ser?**
- No, yo también me ocupaba de la publicidad. De mantener canjes con Página/12 y con el diario Sur, con otros medios más chicos. El canje con Página consistía en que nosotros le dábamos la contratapa y ellos nos daban un aviso del número en la calle. Durante las dos primeras semanas que un número estaba en la calle nos daban un cuarto de página tres veces por semana. De un cuarto y un sexto, dependiendo del día, era el canje. Eso nos daba mucho aire porque la revista se conocía bastante. Del tema de la compra de papel me volví a acordar bastante en estos años. Por el tema de Papel Prensa. Una bobina de papel pesaba, no sé ahora cuánto pesará, unos 980 kilos, casi una tonelada. El Porteño se hacía con menos de dos bobinas, menos de dos toneladas. La bobina es como un rollo gigante de papel higiénico que mide 88 centímetros de alto. Digamos, no necesitábamos mucho papel para el interior. Para la tapa usábamos un papel distinto, una cartulina ilustración, que no venía en bobina. El tema es que jamás conseguí que Papel Prensa me vendiera siquiera una bobina de papel. Para ellos no significaba nada una bobina, si estábamos vendiendo como mucho 15 mil ejemplares por mes, ¿cuántas bobinas usaban Clarín o La Nación por día? Muchísimo más que eso. Sin embargo a nosotros nunca nos vendieron una bobina de papel.
- **Además imagino que terminabas comprando más caro, sumado a la inflación.**
- Sí, mucho más caro. Y tuvimos dos inflaciones fuertes que las pasamos bien realmente. La administrábamos bastante bien.
- **Graña recordaba que con el dinero del número posterior a La Tablada, compraron una computadora y que la inflación de febrero de 1989 les comió la guita.**

- Sí, Rolando estaba muy ocupado con Página/!2 pero participaba muchísimo. Pero para ese momento ya no estaba mucho en la redacción.
- **Sí, la recuerda con mucho cariño a la revista.**
- Sí, la quiere muchísimo. No es para menos. Te cuento dos cosas: la máquina de escribir que era de su padre, la donó a El Porteño. Segundo, la garantía bancaria de El Porteño era la casa de la madre de Rolando Graña. ¿No te lo contó? Se debe haber olvidado. Hay un dato que es peor: cuando cerramos la revista, yo fui a pedir la garantía que no sé de quién era, creo que de mi casa. Cuando fui tenían más de una garantía, estaba la copia de la escritura de la madre de Rolando. Se suponía que cuando él se había ido de El Porteño teníamos que devolvérsela, y alguien se debía ocupar de eso y nadie se ocupó, o sea que esa casa siguió siendo garantía hasta que cerró la revista, mucho después que él la había dejado. Muchísimo le ponía.
- **Vos en algún sentido estuviste en los años más tristes.**
- Sí, estuve en los años más tristes. En realidad, cuando yo entré estaba todo fantástico. A mí en los primeros tiempos me tocó hacer varias notas de tapa. La del número 100 la hice con Juan. Era el desembarco del menemismo, marzo del 90. Es el número de Alí Babá y los 40, hicimos un buen trabajo con Juan. En verdad lo que contábamos era que dos bandas organizadas venían de dos partes distintas del país para hacerse cargo del Estado, una venía de Mendoza y la otra de La Rioja. Nos comimos juicios fuleros por eso, que los ganamos. Ese juicio lo inicia Eduardo Menem contra los redactores, que somos Juan y yo, y después León Arslanian, que era abogado de Menem, pide saber quienes son los responsables de la revista, y le contestamos por cédula “Esto es una cooperativa, acá estamos los 30 y pico que la conformamos”, y entonces se fijan quién era el presidente de la cooperativa, que era Eduardo Rey. Él era diagramador también. Lo sumaron como procesado en el juicio. Eduardo, Juan y yo estuvimos procesados. Juan y yo porque habíamos redactado la nota, y Eduardo porque siendo el diagramador no podía ser ignorante de lo que estaba diagramando, incluía la tapa.
- **¿Zafaron en primera instancia?**
- No, nos tocó el juzgado de Del Castillo, que estaba de licencia. El Juez era Martín Idunzún. En primera instancia fuimos sobreseídos. Arslanian apeló y la sala 1 de la cámara federal nos volvió a sobreseer, confirmó la sentencia de primera instancia. La sala

- 2, para la misma época, condenó por algo parecido a Tomás Sanz de la revista Humor por haber utilizado en un artículo “La Carpa de Alí Babá”. O sea que por algo parecido...
- **Creo que fue Ricardo Gil Lavedra el que lo defendió a Sanz.**
 - Sí, creo que era Gil Lavedra.
 - **Que no usó el caso de ustedes como precedente, y ahora Tomás está condenado. Hizo una pésima defensa. Yo laburé con la hija de Tomás Sanz, con Amalia Sanz, en la revista Lamujerdemivida.**
 - Yo conozco a su otra hija, pero a él no lo conozco. Al final zafamos del juicio, pero fueron años. Además la garpás cara, porque si querés salir del país tenés que pedir autorización, una vez me quedé sin viajar a España. Y años más tarde, cuando creés que está todo bien porque te sobreseyeron dos veces, sigue estando todo mal porque tenés que llevar la constancia del juzgado que no informó a la Policía, entonces tenés que ir al juzgado por algo que pasó mucho tiempo antes. A Ferrari le pasó algo parecido cuando con Helfgot publicaron en The Posta Post lo de la jueza Gesualdi, el expediente de divorcio de Menem. La verdad es que fue un horror.
 - **¿Y aprietes, llamadas telefónicas? ¿Había?**
 - Sí, sí. Lo de la bomba te lo debe haber contado Juan, yo no esa época no estaba. Yo lo que tuve en un par de ocasiones fue que de golpe sonaba el teléfono en la redacción de El Porteño y te escuchabas en una conversación que tuviste el día anterior o dos días antes, te la pasan para que sepas que te están escuchando. A Juan le pegaron un par de aprietes por la calle además.
 - **¿Lo fajaron?**
 - No, se acercaban y lo amenazaban.
 - **¿Puede ser que te haya tocado la parte más triste, la de decadencia?**
 - Bueno, puede ser. Pero ahora que recuerdo, me tocó participar de algunas tapas muy lindas.
 - **En lo periodístico fue una de las etapas más interesantes, del 88 al 92. Es la única revista que registra la decadencia que luego fue el menemismo.**
 - En realidad lo que nosotros registramos fue el ascenso del menemismo desde el punto de vista político. La decadencia desde lo moral, sin dudas. A mí por ejemplo me tocó hacer la primera nota a los hijos de los desaparecidos, que la sacamos justo el día del indulto de Menem, que los pibes tenían entre 13 y 16 años, no más. Estaban el hijo de Haroldo

Conti, la hija de uno de los hermanos Quieto, y otros pibes que sigo viendo, que ahora son todos de 30 y pico y algunos militan en HIJOS o en La Cámpora. Digamos que el último año de El Porteño fue un año jodido. Había un tipo de nota que ya se venía viendo venir desde el último año de Alfonsín: cada vez que había elecciones nosotros no vendíamos un carajo. Incluso se llegó a discutir si había que hacer tapa con las elecciones o no hacer un carajo, porque terminaban siendo totalmente down, para abajo, “Votar y reventar”, “¿Por quién catzo votar?”. No podíamos evitar decir que venían elecciones, no podías poner una mina en bolas. El número de las elecciones no vendía un carajo, suponíamos nosotros que los lectores esperaban que nosotros les contáramos cuál era la solución, y nosotros no la teníamos. No teníamos la solución al menemismo, entonces contábamos lo mal que venía la cosa.

- **No te compraban el desánimo.**
- Claro, y nunca supimos salir de ese círculo, entonces una vez cada dos años, en el 89, el 91 y el 93, y alguna más en el medio, esos números no se los vendíamos a nadie realmente. Sacando esos números, la fórmula que seguíamos era la que había inventado Rolando, la revista era adelante psicobolche, o sea trosco-peronista, en la primera mitad. Porque los peronistas en esa época eran troscos o perucas. La segunda mitad de la revista absolutamente liberal. O sea que había revista para dos tipos de público. Teníamos en claro que había gente que te leía la parte de atrás, y otros la parte de adelante.
- **Vos hacías notas de política en ese periodo. ¿Al mismo tiempo militabas?**
- No, en parte yo me dediqué al periodismo porque entendí que era la forma de militar, era la continuación de la política por otros medios. Entendí que ya no podía seguir haciendo política y me parece que descargaba por el lado del periodismo, lo tenía muy claro, desde el primer momento. Venía de militar en el gremio bancario, y entendía que ya no tenía ningún sentido para mí porque me daba cuenta que la política no iba a venir a resolver nada en los siguientes años. Dije “por lo menos voy a joder a través del periodismo”. Una frase dice que la guerra es la continuación de la política por otros medios. Para mí el periodismo fue una continuación de la política por otros medios. Sin estar enrolado en ningún lado, obviamente.
- **Claro, fue una trinchera. Muchos se volvieron cínicos, defendieron a Menem como el continuador de Perón y se hicieron los desentendidos.**

- Obviamente, mucha gente hizo eso. Pero bueno... yo me comí juicios. Me comí 3 o 4, y los gané todos.
- **Además de las caídas en las ventas, notaban cierto alejamiento de gente que antes los venía leyendo. Cartas de lectores, lo que les decía algún amigo.**
- Mirá, hubo un par de tapas bastante feas, el diseño y la foto de la tapa. Además de las políticas en tiempos de elecciones, esas que te decía, que espantaban a los lectores.
- **Sí, o aquella que decía “La represión que se viene” y que después no vino.**
- Esa era en la época de Alfonsín. Otras eran graciosas, como la del tipo que se agarra los huevos y dice “Nos siguen pegando abajo”. Ciertas tapas eran bajoneantes. Qué se yo, un tipo con una pistola .45 adentro de la boca. Que no tenía que ver con las elecciones, pero que el modelo de tapa era yo. El que tiene una 45 en la boca era yo.
- **Se acuerda Ragendorfer de una tapa muy bajonera con Alfonsín, la del ventilador.**
- Sí, ese fue el último número, si no me equivoco. Ya las relaciones interpersonales no eran de las mejores. No había ni plata para pelearse por guita. Era un desgaste cotidiano ahí adentro. Lo que sí, no dejamos ninguna deuda, no jodimos a nadie. Los últimos dos meses no cobró nadie, garpamos hasta el último mango de papel, de imprenta.
- **¿Quién se encargó de eso, vos?**
- Sí, lo que pasa es que no dijimos “Cerramos y nos vamos”. En verdad lo que ocurrió es que en el último número nos re cagó el distribuidor. Nosotros teníamos uno que se llamaba Ayerbe. No era el distribuidor original pero la llevaba bien en Capital y Gran Buenos Aires. En el interior se vendía mucho menos en las ciudades tradicionales, Córdoba, Santa Fe, Rosario, Mendoza, Gral. Roca, La Plata, Mar del Plata y no mucho más. Lo que no es feudal. Ayerbe no nos cagó, sino que intercedió por el distribuidor original que se llamaba Juan Carlos Gómez. Gómez estaba en el horno por deudas de juego, y el centro de distribución de diarios y revistas acudió para recomponerlo al tipo, mientras pagaba sus deudas. Ayerbe en determinado momento nos comunica que Gómez estaba en condiciones de volver a distribuir El Porteño y que pasábamos de nuevo con Gómez. Este Gómez era un tipo jugador, y nos cagó la guita del último porteño, no tuvimos más plata. Inclusive creo que hubo una última parte del último papel que los cheques nos vinieron rebotados porque nos los había dado Gómez y no tenían fondos. Mientras veíamos qué hacer con la revista, pagamos el último mango de alquiler. Ahí nos fuimos cada uno a nuestra casa. Hubo un par de interesados en comprarla, el Negro

Benítez era uno que la iba a comprar. Estaba en el FUP Benítez, en el Frente de Unidad Peronista. Por esas cosas no se pudo hacer.

- **No hubo caso, no se pudo salvar.**
- Nos juntamos un día y dijimos qué se podía hacer. Había una oferta de Generación 2000, que era Benítez, para comprar la revista. Un par dijeron que sí, otros dijeron que no, una discusión. Dijimos “hagamos un impasse” para ver qué aparecía, y nunca más volví a la revista. Los últimos meses fueron muy tristes porque sabíamos que se nos acababa. Las ventas empezaron a caer y junto con las ventas, para salvar la revista, empezamos a rebajarnos el sueldo, y los últimos dos meses no cobramos, laburamos gratis.
- **Como para sumar lectores habían hecho unas mesas redondas en el San Martín, no?**
- Sí, ahí iba yo y hacía unos canjes. Iba como miembro de la cooperativa y les ofrecía a los de la dirección del San Martín hacer algo juntos. Estaban muy en el horno los del San Martín, nos daban una sala tal día a tal hora, sabés a cambio de qué? Nosotros les regalábamos dos resmas de papel. Estaban peor que nosotros. Lo peor es que al número siguiente de El Porteño le publicábamos un tercio de página con la programación del mes siguiente. Todo de palabra, sin contrato ni nada.
- **¿Iba gente a las mesas redondas?**
- Sí, sí. El CCSM nos difundía un poco a través de su gacetilla de prensa y de radio municipal. Venía bastante gente, era interesante. Lo otro que hacíamos era alguna que otra fiesta en Cemento. Yo cerraba esto con el Turco Chabán. Chabán nos daba el lugar para la fiesta y ponele que 100 vales para tragos en la barra y él se quedaba con la barra. Nosotros vendíamos la entrada. Podías entrar con la entrada cortada de la revista o pagándola en la puerta de Cemento. Un año íbamos caminando con Salinas, pensando qué banda invitar que tocara gratis, porque el sonido lo pagábamos nosotros, las luces también. De eso me tenía que ocupar yo. Íbamos caminando y en la esquina de casa la encontramos hablando por el teléfono público a Gloria Guerrero. Besos, abrazos, y en eso le decimos que estábamos organizando la fiesta. Le preguntamos qué bandas no conocidas podían tocar. Nos dice que había dos bandas nuevas que andan maravillosamente bien. Una se llama Bersuit Vergarabat, y la otra se llama Los Piojos. Entonces me dice “mirá, Bersuit toca estos días en Oliverio Mate Bar”. Me fui un miércoles a la noche y estaban los chabones tocando solos, sin público. Todavía no

habían sacado ningún disco. Su primer disco (Y Punto...) fue el último LP que se editó en la Argentina.

- **Ese disco es buenísimo, describe muy bien los cambios sociales de ese momento.**
- Sí, la verdad que sí. Bueno, entonces nos tomamos un café con el Pelado (Cordera), le propuse, le pareció bárbaro. Ellos nunca habían tocado en un escenario con los parlantes para escuchar lo que uno está tocando, el retorno. Estaban asombrados con poder tocar así. Ellos solos tocaron. Al año siguiente hicimos otra fiesta y tocaron Los Piojos.
- **Nadie se acordaba de las fiestas.**
- No, porque el que organizaba todo era yo. Me impresionaba mucho acordarme de algo, cuando fue lo de Cromagnón. Me acordaba de la primera vez que fui a arreglar la fiesta con Chabán, cuando Chabán me muestra Cemento, me muestra las puertas y me dice “Estas puertas se caen, si las empujás se caen para que la gente pueda salir. Y yo me preguntaba “Para qué carajo me está contando esto”. Me volví a acordar de eso cuando fue lo de Cromagnón.
- **Qué triste lo de ese muchacho. Lo presentaron como a un ogro y yo no creo que lo fuera.**
- Para nada, es un buen tipo. Cemento era un enorme galpón totalmente oscuro, con una barra a un costado, y todo el frente era esta puerta que Chabán decía que la empujabas y se caía para la calle, para evacuar rápido. Bueno, y además de las fiestas, hubo un año que entregamos premios a la trayectoria a un montón de gente, en Cemento también. A Las Madres, a Fito, Spinetta no vino, Los Redondos tampoco, al propio Chabán, a Grossman por Babilonia.
- **Al poco tiempo que entraste se armó la revista Babel, no?**
- No, ya la habían armado. Ahí nos cagaron también. Porque nosotros se la vendimos a una gente que tenía una editorial que se llamaba Punto Sur. El diseño de Babel lo hizo Eduardo Rey. Babel era un producto de El Porteño. Yo no estaba todavía, pero en un momento esa gente quiso comprarla. Yo llegué justo para ver los pagarés, de 2 mil dólares cada uno, que nunca los garparon. Los ejecutamos judicialmente.
- **¿La revista siguió con la misma dirección?**
- Creo que la vendieron, después la vendieron nuevamente a El País, de Madrid, y ahí salió Babelia, que era la revista cultural de El País, y nosotros que la hicimos nunca vimos un mango. El formato se lo quedaron los españoles. No sé quién hizo el negocio ahí,

nosotros no vimos nunca un mango. La vendimos a una editorial que pagó las dos primeras cuotas y nunca más. Ellos después se la venden a El País.

- **¿Cómo te acordás la dinámica de la cooperativa? ¿Pasás enseguida al consejo de redacción?**
- Estuve unos meses como colaborador y por la ley de cooperativas, las cooperativas no pueden tener empleados, así que pasé a formar parte de la cooperativa. Eso era todo muy democrático. Yo no estaba en el consejo de redacción, sino en el de administración. En las asambleas era una voz, un voto. Fue todo muy dinámico y muy divertido mientras las cosas funcionaron bien. Mientras los números daban bien, la revista tenía buena guita guardada. Un compañero, un economista actualmente, era el encargado de hacer el precio de tapa. Juan Pablo Dicoovsky. Si no es funcionario del gobierno nacional, seguramente tenga una consultora oficialista. Buen tipo, brillante para los números. Había hecho una fórmula matemática, que era enorme. Él la completaba con números y sacaba el precio de tapa de El Porteño. El precio del dólar, dos o tres variantes más, y nos preguntaba cuánto queríamos ganar este mes. Y tanto, y con una expectativa de venta promedio.
- **Claro, lo que ahora se hace con una computadora en Excel...**
- Claro, él tenía una humilde calculadora y aplicaba la fórmula y te salía el precio de tapa para ganar tanta guita. Y hubo un mes que se equivocó. No me acuerdo la razón, pero se fue un fin de semana afuera y mandamos la revista a imprimir con el precio de tapa, en esa revista había una entrevista a Pino Solanas hecha por Gerardo Yomal, la tapa creo que es oscura con una foto chiquita de Solanas con un textual que decía “Menem es un traidor y Cafiero es un monigote”. Febrero del 90. Juan Pablo se fue dos días afuera y cuando volvió nos dijo que se había equivocado, con la revista ya impresa. El precio de tapa era del 50% de lo que debería haber puesto, y sin embargo ganamos carrada de guita ese mes. La gente no iba a dejar de comprar la revista porque estaba demasiado barata. No era una revista cara, tenía su público cautivo y algún público fluctuante.
- **Graña decía que nunca hubo una revista tan bien escrita en un papel tan malo.**
- Exactamente. Inclusive llegamos a levantarle el papel. En una época la hacíamos en papel de diario, y a partir del 90 le pusimos un papel mejor. Pasamos de 65 gramos a 80 gramos. Era apenas mejor que papel higiénico.
- **¿Alguna cosa divertida o pertinente que te acuerdes?**

- Me acuerdo en una de las fiestas, en la foto salimos todos, o unos 10. El epígrafe de abajo dice “El sketch político”. En la foto algunos estamos haciendo la V con los dedos y otros con el puño en alto. En verdad no era el sketch político, sino que evidenciaba cuál era la posición política de El Porteño, estábamos los peronistas y los trosocos.
- **¿Había discusiones políticas jodidas?**
- No, jodidas no. En función del compañerismo, cada uno resignaba algo. No iba a haber graves problemas políticos por la caracterización de los personajes de la política, algunos nos caían mejor y otros peor. Del MTP creo que no había. Teníamos relaciones profesionales, periodísticas, pero no relaciones personales.
- **¿Cuándo la revista cierra te quedaste en Página?**
- No, me fui a laburar a la Maga.
- **¿Ahí entraste en Tea?**
- No, en TEA ya estaba desde que arrancó Deportea. Después pasé a TEA también. Y después seguí en las dos, en Deportea sólo una comisión por gusto, y en TEA conservo dos.

Entrevista a Alejandro Tarruela

15 de agosto de 2012

- **Contame cómo era Briante.**
- Miguel Briante era un tipo que había empezado en la pobreza, con un quilombo grande de pibe porque el viejo había sido alcohólico. Él lo iba a ver a Melchor Romero a su padre, yo lo hablé mucho tiempo porque yo me crié pegado a Melchor Romero. Él leía mucha literatura norteamericana, Hemmingway, Fitzgerald, Curson McCullers, entonces obviamente tenía una formación literaria fuerte. Y obviamente por ser un tipo llano, las asperezas de la vida le dieron a su literatura una profundidad...
- **Además era un tipo muy metido en otras artes, como la plástica...**
- Muy metido. Él siempre estuvo en el arte, incluso tuvo muchas parejas en el arte. Yo tenía 18 años cuando lo conocí a Miguel. Él tendría 30 y tantos, más cerca de los 30. Estaba en un grupo con Alfredo Cedrón, el pintor, padre de Pablo, en cuya historia se basa Kinkón (novela de Briante). Con esa novela le pasa algo increíble. Él gana un

premio literario pero no se publica la novela, queda enganchado con los derechos. Pasan los años, como diez años, y un día encuentran la novela y sale Kinkon a la calle. Alberto Cedrón le cuenta la historia, del quilombo que había tenido con una mina, y en base a eso Miguel escribe Kinkón. Todo eso tenía lugar en el taller de la calle Garibaldi de Cedrón, donde nos juntábamos con Soriano, con Juan Gelman, un kilo de gente de la época. Yo tenía 17 o 18 años y para mí era estar en las nubes.

- **¿Ahí estaba Levinas?**

- No, ahí justamente no. Pero había mucha gente muy interesante. En ese tiempo Alberto Cedrón me cuenta que estaba haciendo una película con Miguel Briante, que estaba trabajando en el guión con Gelman me parece, una película que es “Los Caminos del Libertador”, que la bancó el General Sánchez de Bustamante. El director era el Tigre Cedrón. Alberto hizo un montaje parecido a lo que hizo Richardson en “La Carga de la brigada ligera”, que es sobre base de pintura, las batallas las hacen sobre pinturas y las van filmando. Yo iba todos los días para ver cómo pintaba las batallas, tenía todo armado ahí.

- **Arte plástica, atelier y tertulia. ¿En ese momento empieza el proyecto de El Porteño?**

- No, algunos años después yo caigo a verlo a Miguel y me pide una de las 3 o 4 notas que habré escrito ahí, sobre Malvinas. Era un poco complejo el manejo. Tuve problema con mi primera nota ahí con Lanata, que la leyó y me mandó a decir por Miguel que era una nota fachista. “Leela, Miguel, no es así”. La leyó y me dijo “Disculpá, la verdad es que es un boludo”, y la cuelga en tapa. Estaba terminando la guerra. Yo estaba en Humor también en ese momento. Con Miguel tenía ese trato. Con Dipi (Di Paola) tenía menos trato, pero caía a la casa. Las borracheras de Dipi eran apocalípticas. Eran de esos tipos que venían de estar con Grombowicz, tenían una aureola, no?

- **¿Había una idea de escritor maldito dando vueltas por ahí?**

- Sí, un poco sí. No era como es ahora.

- **Claro, no me imagino a ninguno de ellos haciendo la cola para pagar sus haberes.**

- No, para nada. No es como es ahora, que Caparrós le copió el estilo a Pacho O'Donnell y hace una voz impostada. Ellos eran lanzados. A Miguel creo que lo deben haber salvado las mujeres que tuvo y los amigos. Tanto Miguel como Dipi se agarraban unas curdas de

ginebra jodidas, muy común de la época. Una cosa es ponerte así con vino, cerveza o whisky, pero la ginebra... hay que ser macho.

- **Ragendorfer lo recuerda también muy pasional cuando bebía. Recordaba puntualmente una pelea de Briante contra cuatro policías en la puerta de La Paz.**
- Pasa que Corrientes tenía un clima de Los Endemoniados, de Dostoievsky. Los 70 tenían un clima mezcla de revolución y nihilismo sesgado por dentro, impresionante. Corriente tenía eso, estaba entre la insatisfacción permanente, la literatura, el arte. Era un lugar donde te metías para ver si encontrabas algo. Era algo que ahora no pasa. Cuando leí Los Endemoniados, de Dostoievsky, me dije “Este tipo estuvo en Buenos Aires”. ¿Viste esos personajes que se debaten entre la nada y la nada?
- **Confieso que no lo leí. El Jugador sí lo leí, y tiene algo de eso igualmente.**
- Los jugadores andaban también por Corrientes. Porque en ese momento tenés una mezcla terrible, te juntabas con el hippie que iba al Ramos, el peronismo que iba a La Paz, ciertos sectores del comunismo que iban al Politeama. Yo me cruzaba de uno al otro porque tenía amigos en todas partes. Te cruzabas con el gallego Fernandez Paneiro en esos boliches, charlando horas. Había un clima distinto, no estaba todavía la cultura del lujo, que es uno de los grandes divisores de aguas. Esto que ves acá (señala el café La Giralda, todavía decorado a la antigua) es parte de la decadencia que uno necesitaba para vivir. En ese momento el presente era éste, y todos tenían esa cosa. Acá venían mucho los hippies también.
- **Los otros boliches ya no están.**
- Sí, hasta el Ramos ahora es una pizzería. Lo que tenía es que por ahí estabas comiendo y entraba la cana y salías rompiendo vidrios. En las manifestaciones pesadas terminabas reunido en los boliches de Corrientes, venías a las 10 u 11 de la noche a tomar un café. O a cenar a Pippo, que si no tenías un mango te hacías un sánguche de queso con pan y queso rallado y te ibas. Yo me crié con esos tipos en estos lugares, así aprendí literatura. Toda la literatura norteamericana la aprendí con estos tipos.
- **¿Vos le ves algún parecido a esa primera etapa de El Porteño con otras revistas de su época?**
- Las revistas de los 70, como Humor y El Porteño, eran más jugadas. Incluso creo que fue Miguel el que publicó ese cuento de Perlongher sobre Evita.

- **No, fue después, en la etapa cooperativa. Estaban Salinas, Warley, Graña. ¿Qué fuerte ese cuento, no?**
- Sí, a mí me tocó hablar con los radicales de la municipalidad para convencerlos de que no cerraran la revista. Hablamos horas con Chani para que no cerrara la revista. Él no quería. En fin, lo que tenía El Porteño era mucho desenfado en el arte, porque la política había encerrado mucho al arte. El desenfado de los 60 y 70 es el Di Tella, ese es el principal disparador. Y después las obras independientes, Gelman con Gotán, David Viñas, Miguel Briante con Kinkon, Hombre en la orilla y Las Hamacas Voladoras. Él publica también una novela que me llama la atención. De los escritores de narrativa de su época, Miguel era uno de los más imponentes. Sino te tenés que ir a las provincias. Ahí tenés un tipo que tiene mucho que ver que es José Luis Mangieri, editor de la Rosa Blindada. Amigo de ellos, que había sido del PC. Él edita a Gelman, también edita La Cita, de David Viñas.
- **¿Briante era amigo de Soriano?**
- Sí, se llevaban muy bien. Se juntaban en el grupo de la calle Garibaldi. Durante mucho tiempo escribió en la revista Confirmado sobre plástica y arte en general.
- **¿Vos creés que la plástica fue un refugio interno para no escribir de otros temas?**
- Me parece que en el caso de él sí. Me parece que en ese momento andaba con una mina de guita. Iba mucho al Bar Bar O, de Retiro, ahí había una movida cultural muy linda de galeristas.

Entrevista a Olga Viglieca

4 de octubre de 2012

- **En la academia y las escuelas de periodismo enseñan que Página/12 nació del genio creador de Lanata, pero quienes formaron parte de la historia de Página lo recuerdan como una construcción más colectiva. Algunos no quieren hablar de algunas cosas, como de la relación del MTP con el diario.**
- Es pública (esa relación), estaba escrita. Que no quieran hablar es otra cosa. Hay un libro de Villalonga y de Salinas que cuenta eso.

- **A Salinas le costó bastante ese libro...**
- Y a El Porteño también le costó bastante. A mí me parece que El Porteño es una cuestión que se va formando así como señalás en distintas capas o etapas y que cada una tiene su impronta. Seguramente en la etapa que es de Levinas es una revista rupturista, en el sentido que se vale de las artes plásticas pero sobre todo de la crítica artística para hablar de política, que es un recurso ingenioso que me parece muy interesante. Es la época en que la revista es estéticamente más cuidada, en la que es más linda, hay más guita y tiene mejor papel. Además poder más o menor simpatía pero en esa etapa lo tenés a Enrique Symns. A Daniel Molina, un personaje que venía de estar preso más de 10 años por atacar el comando de Sanidad. Un personaje súper sólido. Después, cuando se va Levinas porque se pudre, me parece, Symns, Molinas, Blaustein y Tiffemberg deciden comprar la revista con una cooperativa en la que todos ponen guita porque ven a la revista como parte de la restauración democrática. El Porteño de Levinas es la primer medio que plantea la cuestión de niños desaparecidos y empapela la ciudad con chicos desaparecidos. Quizás no se pueda medir el impacto de pararte frente a un cartel con fotos de bebés que se los llevaron. Después les metieron el bombazo. Cuando la revista se hace cooperativa llaman a Lanata, y en ese momento se produce la primera fisura, que incluye el raje de los más heréticos (Symns, etc) con la excusa de un título. ¿Conocés la historia? Por una nota sobre una cooperativa de discapacitados motores, que Molinas la tituló “Una cooperativa sobre ruedas”. Yo no estaba ahí todavía, pero en ese periodo es una revista democratizante, que celebraba la democracia sin cortapisas, donde el momento que se vivía era entendido como el paraíso. Es ahí donde se empieza a amasar Página, y eso que lo cuente quien estaba. Cuando se van a Página Lanata, Tiffemberg, Blaustein, entramos de forma más firme los que éramos colaboradores: Warley, yo, Rolando (Graña) que tuvo una pata en cada lado, Caparrós brevemente, también Claudia Pasquini. Ahí hay una tercera etapa, se podría decir. Te aclaro que hablo 20 años después, sin archivo a mano, tomando mi memoria afectiva. Empieza a haber tensiones por un lado, hay un sector de los cooperativistas que son peronistas de izquierda, y hay otro sector que son de la izquierda más radical, trosquista o filo trosquista, y que van a vivir en una difícil y fructífera convivencia durante casi 10 años. Me acuerdo de reuniones desopilantes donde alguno gritaba “Más Jauretche, menos Lou Reed”, con reuniones de sumario que eran asambleas crueles, y ahí hay un viraje a la izquierda de la revista, con

una mirada más crítica y menos embelezada, más de señalar los errores. Hay una tapa que yo no he visto nada parecido, en la que hay un inodoro y adentro del mismo están los tres candidatos para las elecciones, con el título “Candidatos para el inodoro”. Nadie haría hoy una tapa así. El Porteño se podía permitir esas tapas por su formato democrático.

- **Era realmente independiente.**

- Y realmente democrática. La primera cooperativa no hubiera suscripto felizmente eso, pero bueno, le habías ganado la asamblea. También es cierto que cuando una nota era aceptada, esa nota no iba a ser censurada. Tenías que pasar las horcas de la asamblea que te decían sí o no, pero si te decían que sí nadie te iba a meter mano en una nota para redirigirla. Eso te imaginás que a mí me hizo tan difícil trabajar ... yo trabajé 7 años. En ese periodo El Porteño es una revista esquizofrénica que tiene una primera mitad híper-política, híper politizada donde todo es insoportablemente político, y una segunda mitad mucho más laxa, a favor de la ampliación de las libertades personales. A mí lo que me gustaba de la revista era su capacidad de servir de puente entre dos tipos de lectores totalmente distintos. Me parece una cosa muy interesante. Aparte una cosa iconoclasta de verdad, otra manera de entender que el título puede ser un chiste sin que eso lo trivialice. Hay otra tapa que estaba titulada “Patria sádica: cuidado que salpica”. Gran tapa, para mi gusto. Un gran jefe de arte, Eduardo Rey, Eddie King, que podía colaborar desde la imagen fuertemente.

- **Eduardo hacía grandes tapas para los recursos que tenían, algunas las hace con dos mangos.**

- Todas nuestras familias participaban en las fotos, mis hijos, todo el mundo. Entonces lo que aporta la revista es esta doble entrada. Incluso eso alguna vez se expresó en una doble tapa, y una mirada crítica sobre la democracia en momentos en los que no era tan fácil, en los que cualquier crítica te podía dejar parado como un nostálgico de la dictadura. Después tenés un momento clave, que fue el ataque a La Tablada. Como vos sabés, en el momento del asalto todos los medios cierran filas en contra del MTP y ocultan la masacre, que ahora ya nadie oculta porque está probado que aconteció. Nosotros conseguimos gracias a la TV española los fotogramas que fueron a tapa, y tuvimos después un apriete feroz de Página. Vos te das cuenta que yo pongo eso en tapa, después Página me hace un juicio y yo no puedo demostrarlo, pero el apriete existió. La

otra cosa que existió fue que Página canceló el canje de publicidad que teníamos con ellos.

- **Ese acuerdo era vital para la revista.**
- Qué te parece. Teníamos con los trabajadores dos niveles de sueldo rígidos, y todos los colaboradores cobraban las notas, a diferencia de las dos etapas anteriores donde se consideraba que podías cobrar o no cobrar, o más o menos. Nosotros hicimos una cuestión de principios que toda nota era una nota pagada, aunque se pagara poco, lo que es también una revalorización del trabajador de prensa, del periodista.
- **¿Los niveles de sueldo cómo se establecían?**
- El comité de redacción y el jefe de arte por un lado, y después los correctores, las diagramadoras, el cadete... Tuvimos un cadete mejor que otro.
- **Tuvieron un cadete que hoy es un gran realizador audiovisual, Omar Quiroga.**
- Totalmente. Y antes tuvimos a Cirilo, el que hacía de pibe negrito en Jacinta Pichimahuida, y era genial porque llamaban para amenazarnos cada tanto y nos decían “comunistas, judíos” y él les decía “y negros también, acá hay de todo”. El Porteño trató algunos temas que no era habitual que se trataran, desde chicos criados por parejas gay hasta las estrategias para difundir alcoholismo entre los jóvenes, con una nota que denunciaba cómo eran las publicidades de cerveza.
- **Una nota que fue tema de tapa y que escribiste vos.**
- Exactamente. Fue difícilísimo. Sería muy difícil hacerla hoy. No teníamos pauta publicitaria. Nosotros teníamos un canje con Último Reino, un canje con el CReedicop, pequeñas librerías y disquerías. Nunca teníamos grandes empresas como anunciantes.
- **¿Puede ser que nunca se propusieron una política comercial?**
- Buscábamos de vez en cuando anunciantes pero fracasábamos. Además la revista se bancaba con la venta, eso también era milagroso.
- **La única vez que tuvieron un aviso conseguido por nexos políticos como era el del banco Provincia en tiempos de Cafiero gobernador, lo echaron a perder.**
- Sí, se pudo todo. En ese episodio (cuento de Perlongher) hubo declaraciones en el consejo deliberante de la provincia, que se consideró ofendido, trataron de secuestrar el número de la revista. Nosotros funcionábamos en un departamento microscópico, que una pieza era la sala de arte, la otra sala de redacción y la otra sala administrativa y comedor cooperativo, había una señora que nos cocinaba al mediodía y podíamos comer.

Con los sueldos y esos gastos nos alcanzaba para el papel, no necesitábamos mucho más que eso.

- **Volviendo al tema de las tapas, varios entrevistados me mencionaron que cuando las ventas bajaban ponían en tapa alguna chica desnuda para reactivar las ventas.**

¿Qué podés decirme de esto siendo la única mujer en la mesa chica?

- Si vos ves las tapas, son minas totalmente normales, es la fantasía de ellos. Mirá, a veces venían chicas de una escuela de teatro. No me acuerdo tanto de esas tapas, o las negué o ellos están mintiendo. Me inclino por la segunda hipótesis. ¿Cuáles eran esas tapas?
- **Recuerdo ahora una a favor del aborto, otra de la chica abrazada a la tele, otra de colegialas perversas, entre otras.**
- ¿Esa no es de la etapa anterior?
- **No, del 88.**
- Bueno, no lo recuerdo tan marcadamente. Te puedo contestar en general. Yo era la única mujer en el consejo de redacción y además había una compañera, Julieta Ulanovsky que era diagramadora, y un breve tiempo estuvo Laura Pasquini, que se fue de un portazo. ¿Cómo era ser mujer ahí? Yo hice mucha fuerza para cambiar los horarios de cierre, porque además de trabajar ahí tenía dos hijos chicos y era un mensual, y entonces yo no entendía por qué se cerraba a las 5 de la mañana. Los chicos se divertían muchísimo, entonces yo traté de correr eso y lo conseguí. Alguna vez alguno me dijo que yo era una monja lesbiana, yo soy lesbiana, pero estaba en contra de esa alegre estudiantina masculina de tipos que tenían hijos también pero tenían esposas que se los cuidaban. Entonces yo tuve que ir a cubrir un encuentro feminista de América Latina y el Caribe que se hizo en San Bernardo, en 1990, me mandaron porque era la única mina. En ese momento era absolutamente hostil al feminismo, porque lo que conocía no me gustaba y ese encuentro me partió la cabeza con miradas nuevas y muy distintas. Pero la cobertura me tocaba porque era mina, porque no había otra, eso no me da mucha alegría. Lo que a los muchachos les molestaba era que hubiera una mina cagándolos a gritos, que venía a ser yo, que tenía una experiencia sindical y política que me permitía no sentirme intimidada con chicos que hablaban con voz de hombre. De pronto no estaban muy contentos. Había choques fuertísimos. Igual yo nunca me sentí maltratada porque podíamos gritar los dos.
- **Además, no sé si coincidís, pero había un respeto intelectual.**

- Sí, y respeto de trabajo. Cuando yo llego a la revista era muy frecuente que algunos colaboradores históricos como Dipi Di Paola viniera del interior para la asamblea y después durmiera en la revista. Yo llegaba la primera, al mediodía, y estaba Dipi durmiendo la mona sobre mi escritorio, y dejaba sus medias colgadas en el baño. Yo decía “No, esta es una redacción”, y hubo una discusión sobre si yo no respetaba a Dipi con todo lo que él era, me decían burguesa, y yo recontra ultra plus, les decía “Si ustedes lo adoran, por qué no duerme en sus casas? Yo a mis amigos los recibo cuando están borrachos y no tienen donde ir a dormir. Ustedes quieren que la redacción sea un antro”. O les pedía por favor que no me dejaran hecho todo una mugre. Eran choques más de convivencia que de contenido. No había fuertes discusiones de fondo. Todos estábamos a favor del aborto, que sea legal. Punto. A favor que las personas homosexuales pudieran criar niños, que yo sepa hubo una sola nota en una columna de opinión de Clarín que salió antes, pero la primera vez que salió en tapa fue en El Porteño.
- **¿No había ninguna disidencias en ese tipo de cuestiones?**
- Las disidencias eran mucho más políticas. No sé si partidarias, pero de perspectiva. Por ejemplo cuando fue lo de La Tablada. Dijimos “lo vamos a sacar cueste lo que cueste”. En ese momento éramos Graña, Juan Salinas, yo y Warley. La gente más pegada a Página no quería que saliera, porque sabían lo que se venía. Esas eran las discusiones más fuertes. Y después tenían mucho lugar las discusiones metodológicas, esta cosa de cuándo se entregaban las notas y en qué condiciones. Yo me peleé más por esas razones que por contenidos en sí. También nos peleamos muchas veces por notas que no estaban bien sustentadas y que además tuvieron un costo alto porque cuando la revista decidió cerrar quedaron juicios por notas y la mayor parte de la cooperativa se manifestó desinteresada o insolvente, entonces terminamos pagando Warley, Rey y yo. Ninguno de los 3 había firmado las notas. Como esa nota que decía que Lorenzo Miguel es el jefe del narcotráfico en la Argentina.
- **Ese juicio no lo tenía presente. Sí el del divorcio de Menem contra Ferrari y Helfgot...**
- Corach, Ibáñez, Eduardo y Carlos Menem. O sea que me pasé largos meses visitando el juzgado de Oyarbide por notas que estaba en contra de que salieran publicadas. Eso también existió, ponelo de manera suave. Prescribió la bronca. Y también estaba la presión de Página y de los que estaban en un lugar y en otro.

- **Como Graña, que era editor de Página al mismo tiempo.**
- Sí, pero a él no le importaba. Mientras estuvo en El Porteño, siempre fue más leal a la revista.
- **Hoy te habla con mucho orgullo de esa etapa. Pareciera como si muchos colegas de esa época le hubieran quitado el saludo por su trabajo en tele, pero se siente muy orgulloso de la revista.**
- Tiene toda la razón del mundo. Él fue muy decisivo. Rolando en un sentido era el más culto, el menos provinciano. Leía revistas de todas partes del mundo, algo que le dejó el nexo con Pasquini Durán, que le había habilitado un mundo que los demás no teníamos, ni siquiera los que habían estado en el exilio. Él tenía relación con revistas españolas, catalanas, con Pep Rivas de “El Ajo Blanco”, y él tenía además la generosidad de traerlo a la revista, porque quizás Caparrós tenía el mismo acceso pero nunca ví que trajera a la revista nada. Rolando lo tomó como una causa, yo también. Algunos más también tomaron al Porteño como una causa. Recuerdo que hace unos años le comento a mi hijo mayor que me habían convocado para una revista y me dijo “Mamá, otra vez el Porteño no”. Era chico en esa época y se había dado cuenta. Yo llegaba a la revista, barría la redacción porque habían estado de joda hasta las 5 de la mañana y dejaban los puchos, los vasos y después me ponía a editar las notas. Pensá que no había Google, te ibas al Centro Cultural de España a mirar revistas europeas para ver qué más había. El aporte cultural de Rolando fue extraordinario. A mí tampoco me gusta su devenir, pero fue una marca muy importante, como la del Pájaro (Salinas) fue muy importante. Juan es una persona que en esa época de su vida podía tener 15 ideas brillantes en media hora, el problema era que se olvidaba 8. Pero la que lograba le salía muy bien en general. Era una ametralladora de propuestas que caían en el vacío porque no tenían consistencia pero tenía una cosa súper creativa, divertida.
- **Yo conozco poca gente con la capacidad de googlear su propio cerebro como la que tiene Juan.**
- Totalmente. Igual es un irresponsable, te metía 3 juicios y después decía que no tenía guita cuando se tomaba, en esa época, una botella de whisky por día. Pero es genial. Esa mezcla, donde la única jerarquía que existía era tu prepotencia de laburo, daba muy buen resultado. Los que no iban bien ahí eran los timoratos. Patán escribía una notas extraordinarias. Creo que el mejor título de El Porteño es de una nota de Patán sobre la

CGT que le puso “Malestar en los cuerpos orgánicos”, que yo todavía a veces me río del título. También había personajes grises que trataban de hacer una quintita, como en todo orden de la vida. Las personas más destacadas también eran las más generosas con la publicación, las que le ponían más garra y más tiempo. Y Warley, que es un tipo que parece oscuro pero es como una enciclopedia que nunca se apura por nada, pero labura, labura, labura, era en realidad el que tenía la mirada menos politizada. Era el que tenía una mirada más académica y menos periodística, más sólida, y políticamente lapidaria. Tiene una mirada preciosa. Yo la pasé bien. Me peleé como en ningún otro laburo y me divertí como en ningún otro laburo. Mientras estuve ahí no tenía registro de hasta dónde llegaba la revista. Cuando lo cerramos me convertí en la viuda oficial. Tengo dos deudos: soy la viuda oficial de Clarín, por los despidos de 2000, y fui la viuda oficial de El Porteño por mucho tiempo. Me dí cuenta que había tenido un peso mucho mayor que el que imaginaba. A mucha gente le importaba, que mucha gente la quería, que mucha gente la extrañó. El final fue patético. Yo tuve la colección, todos los libros, en mi casa muchos años hasta que me pudrí y la saqué a la calle. La tuve que llevar a mi casa en Pompeya con Rey y Warley, hicimos la mudanza los 3. Vivía en un caserón y dejé una pieza para la revista. ¿Cómo es esto? Éramos 50 votando en la asamblea, y quedamos 3. Hubo alguna gente que se enojó cuando Levinas tomó el nombre, pero yo dije “Ya está”.

- **La marca originalmente era de Levinas, pero se las vendió, puede ser?**
- La pagamos, 25 mil dólares.
- **Moriría por dar con un contrato de ese acuerdo. ¿Qué fue del libro de actas de la cooperativa?**
- Lo tiré. Lo tuve 10 años en una pieza clausurada, sin que nadie se lo quisiera llevar. El día que me mudé lo saqué todo a la calle. Llamé a mucha gente para ver si alguien quería tomar la posta por los próximos 10 años, como un documento. Las revistas que tenía las mandé a la biblioteca del barrio. Después que cerró la revista nuestro abogado, Aníbal Ibarra, aceptó una paga simbólica por seguir defendiéndonos en las causas hasta que terminaran. Cuando ya era jefe de gobierno siguió con las causas. Con todas las cosas que pueda decir de Ibarra, él también tuvo una lealtad con la cooperativa y nunca nos dejó en banda.
- **¿Para vos entonces qué sacó Página de El Porteño?**

- Página saca los títulos en joda, una forma narrativa mucho más próxima entre el lector y quien escribe, un pacto de lectura que es una invitación a la complicidad. El Posta Post, que lo hacían Ferrari y Helfgot.
- **¿Tenían esa concepción medio académica de que estaban haciendo periodismo de investigación? Para entonces estaban llegando de España algunos tratados académicos sobre periodismo.**
- Ninguno de nosotros se dedicaba a esas pelotudeces. Eso lo pensaba Lanata, deseoso de sí mismo. En general no hablábamos ni pensábamos en esas categorías a pesar de que en sus cátedras Graña o Warley las trabajaran.
- **¿Caparrós no salía con esos temas?**
- Él estuvo muy poco tiempo.
- **¿Después siguió con Babel, verdad?**
- Con Babel nos lo sacamos de encima...
- **¿Vos creés que a medida que el menemismo sumaba adeptos la revista fue perdiendo lectores?**
- La venta empezó a caer. La revista empezó a ser fea para la oferta, con papel barato, en blanco y negro, con textos larguísimos que ninguno de nosotros estaba dispuesto a cortar. Cuando empezaban a aparecer muchas revistas con muchos recuadritos, mucho hipertexto, nosotros no teníamos ni la tecnología para hacer lo mismo, porque el papel era inmundo, ni teníamos la formación. Después a los golpes cada uno aprendió a editar lo que hoy es una revista moderna. Teníamos una computadora Mac de 13 pulgadas, el resto eran máquinas de escribir que había que martillarlas para que teclearan. Si uno lo piensa ahora parecía imposible, pero en ese momento lo hacía todo el mundo. Pero nosotros empezamos a correr muy atrás con la revista a partir de una deuda hipotética de dos mil pesos. No fue la convertibilidad la que nos cerró, ni la hiper inflación, sino esa deuda. La casa de Eduardo estaba como garantía en el banco, y en ese momento se planteó la discusión de vender una parte de la revista a un sector del peronismo. Primero se le vendió una tapa a Alfonsín, yo perdí esa votación, una tapa horrible que decía “Alfonsín prende el ventilador”. Después Juan trajo la propuesta de vender una nota de tapa y dos notas interiores a Patricia Bullrich y a un grupo que entonces se llamaba Generación 2000, y yo dije “sobre mi cadáver”. Nos peleamos muy mal con Juan, se peleó mucho conmigo. Fuimos a una votación y se la gané. Era una época en la que si

uno quería plata la conseguía, el problema era ver a qué precio. Se la gané con el voto de los cadetes, de los diagramadores, de los administrativos, de Warley, raspando. Se la gané y la cerramos.

- **¿Te arrepentiste alguna vez de eso?**

- Jamás. A mí me parecía que no hacía falta. Esto fue precioso y cuando no da más, no da más. No hacía falta hacer mamarrachos. No iba a vender la revista por eso. Estoy contenta de que haya sido así y lamento esa tapa infame que le vendimos a los radicales porque no hacía falta.

- **Hubo una serie de tapas que salían antes de las elecciones que eran muy descreídas de los candidatos, mas no tanto de la política. Según Spina eso le restaba mucho, piensa que los lectores esperaban un rumbo de la revista. ¿A vos qué te parece?**

- Julio es peronista, qué te va a decir? Era una revista peronista. La revista tenía un ida y vuelta, los lectores escribían y te llamaban para contarte cosas. Había cosas frescas. Una vez un pibe re gay escribió una carta de lectores diciendo que estaba enamorado de Manuel Banderas, el actor de Las cosas del querer, y otro pibe escribió diciendo lo mismo, y después se empezaban a escribir entre ellos en las páginas de la revista para ver si había onda. Esas cosas te juro que pasaban y que nadie las escribía desde adentro. Yo creo que con la cuestión política también había eso desde sectores diversos. Por un lado de los nostálgicos de la lucha de los DDHH, los desaparecidos y la lucha de los compañeros, que se había eclipsado y la revista lo seguía teniendo, y después lo que pasa es que un peronista como Julio, que es un democratizante que cree en las instituciones, la revista le quedaba a la izquierda. Entonces habla de su decepción, no de la decepción de la gente.

- **Él argumenta que en esas tapas bajaban las ventas.**

- *Ma´ qué ventas.* Yo creo que la revista quedó vieja. Si te fijás las revistas de ese momento, también el periodista tuvo que cerrar, empezaba a leerse de otra manera. Aparece un nuevo sentido común y además aparece un nuevo formato para ese sentido común. Una nueva forma de leer, distinta. A mí me encanta esa revista, pero no puedo dejar de darme cuenta que quedó vieja. Vos no podías pretender que la gente leyera una nota de mil caracteres y al lado otra nota de 17 mil caracteres. No tenían ni un recuadro, te exigían 3 horas de lectura en un bar. Algunos no tenían ese tiempo. Y además está Página, que es una competencia con suplementos de lectura formales. También es cierto

que políticamente son temas que están tratando de olvidarse. Cuando fue la privatización de Aerolíneas hicimos muy buenas notas. Cuando fue lo de los ferrocarriles yo me pasé un mes en la ranchada de los ferroviarios, una huelga de 45 días que terminó en una derrota espantosa, en eso del ramal que para, ramal que cierra. La cobertura que hicimos era buenísima. El problema era que la gente estaba de acuerdo con privatizar el ferrocarril. Vos escribías una nota de 10 páginas contando la épica de la huelga ferroviaria contada desde lo más doméstico, y al final eran pocos los que se adherían. La foto de la marcha contra la obediencia debida y el punto final, esa foto en la que diluviaba, con el agua por las rodillas, yo no creo que fuéramos ni 300 personas. Es un contramano político lo que empieza a haber. Entonces eso no te lo salva nadie, ni las tapas de minas en bolsa. Eso es que pasó tu cuarto de hora.

- **Además hay una brecha de unos años hasta que toman otro lugar como actores políticos los pibes que crecieron en el menemismo. No se dio el trasvasamiento generacional hasta que fue tarde.**
- Claro. Además yo me acuerdo de hacer notas sobre el psicoanálisis, todo el mundo estudiaba el psicoanálisis. Y después, de golpe, todos hacían otras terapias, el psicoanálisis les resultaba larguísimo. Hay todo un sector de la cultura, como actor político, que empiezan a quedar relegados. El Porteño expresa ese periodo previo. Hoy eso está en la tele y en los manuales escolares, que conspiran contra la idea de que un pibe lea un libro de corrido.

Entrevista a Gerardo Yomal

7 de mayo de 2012

- **¿Cómo recordás la experiencia en El Porteño?**
- Para entrar en tema, no hay que pensar en cosas ideales del cooperativismo, de la democracia, de la ultra libertad, que hacíamos lo que se nos cantaba. La forma organizativa, la formalidad, era de cooperativa. Pero por otro lado tenía formas de moverse de empresas más comunes. Porque los que estaban en la redacción eran 4 o 5 que finalmente tomaban las decisiones editoriales. Cada 20 días o un mes había reuniones editoriales de los 30 tipos que formábamos la cooperativa, ahí se tenían que tomar las

grandes líneas. Pero de última los que estaban de forma permanente en la redacción finalmente eran los que cortaban el queso. Sin embargo, si uno mira la magnitud de las empresas periodísticas y cómo se maneja hoy el periodismo, los grados de libertad eran inmensos. Un grupo de jóvenes y no tan jóvenes periodistas podían decidir cómo salían las tapas o el contenido. Había un compromiso publicitario en algunos casos, o político en otros, pero el 95% del contenido era muy muy muy libre.

- **Si había compromisos políticos no se notaba tanto.**
- Bueno, alguna que otra cosa que en esa época se daba, que una redacción tenía algún tipo de compromiso por un intercambio o alguna publicidad, había que hacer tal nota, pero no afectaba el espíritu de lo que uno pensaba. En aquellos años el periodismo era una especie de Robin Hood, en el sentido que nosotros como periodistas íbamos a salvar el mundo, a salvar a la Argentina, a contar todo. En ese sentido, funcionaba. Si lo comparás a la actualidad, la gaita, los auspicios, los intereses partidarios o los negocios son lo que prima. Eso era diferente, por eso tenía esa aureola bien ganada de mucha libertad y de ser un semillero.
- **¿Cómo te acercaste a la revista?**
- Me convocó Ernesto Tiffenberg que después fue jefe de redacción de la revista varios años. Aparecían distintos nombres de mucho prestigio, Tomás Eloy Martínez, Carlos Ulanovsky, llegó a estar Silvina Walger, que al día de hoy tenemos diferencias insalvables en lo político. Te preguntás qué pasó, que entonces llegamos a formar una cooperativa con Silvina y hoy está en un lugar ideológico y de ver el periodismo y el mundo muy diferente. Quizás ahí viene el tema de Jorge Lanata que durante mucho tiempo estuvo de director.
- **¿Cómo era la relación con él? ¿Era medio agrandado?**
- Él hacía su juego propio. Estaba en un lugar de más poder, era más ambicioso, apretaba más el acelerador. Siempre tuvo un espíritu más empresario y un olfato de cómo pegar más periodísticamente. Eso es lo que resaltaba en él: ideas, cosas jugadas, un instinto empresario, avanzar sin límites. Eso ayudaba a construir una marca.
- **Cuando decís no tener límites... te referís al plano editorial, a su creatividad?**
- Tenía una fuerza y un instinto más jugado para avanzar. La tenía clara sobre cómo se manejaba una movida periodística más fuerte.
- **Salinas dice que a Lanata El Porteño le quedó chico.**

- El de alguna manera honesta jugaba a apretar varias puntas a partir de El Porteño, por eso fue uno de los creadores de Página/12. En ese sentido no hay nada que acatar.
Me da la sensación de que en esa época mi especialización eran las entrevistas, y me convocaban porque era medio kamikaze, pinchaba fuerte y preguntaba de todo. No me amilanaba. Por lo que recuerdo yo también las hacía en un periódico que tuvo su historia durante la dictadura, Nueva Presencia. Ahí también hacía entrevistas donde metía el cuchillo pero no con boludeces, sino con información. Digamos que yo vivía otro momento, otra forma de hacer periodismo. Como si uno estuviera luchando contra los molinos de viento por un mundo mejor.
- **¿Vos militabas en ese momento, o ese tipo de enfoque profesional era tu forma de hacer militancia?**
- De alguna manera inconsciente o consciente puede ser que pasara eso, que uno eligiera el periodismo como una forma de cambiar la sociedad. Dictadura mediante, se había cohartado y la militancia, la elección de esta profesión venía de la necesidad de cambiar el mundo.
- **¿Formabas parte de las reuniones de redacción? ¿Eras de pasar tiempo en la redacción?**
- En algún momento, en la redacción tuve otro rol, que era buscar publicidad para la revista. Así que pasaba habitualmente. Conseguía algunos avisitos, cosas chicas, como si te dijera 2 mil o 3 mil pesos de hoy, que servían para tapar un agujero de dinero que se necesitaba en la revista para los gastos mínimos. El núcleo más cercano de la revista estaba pendiente de los números y de cuánto vendía. Tenía que ver mucho con la subsistencia de la revista la cantidad de ejemplares. De alguna manera había que estar muy atentos.
A veces se decía “Che, en la próxima tapa que haya algo erótico o de sexo para ver si atraemos (lectores). La revista dependía casi totalmente de la venta. Que es una diferencia con las empresas periodísticas de hoy, donde quedan de lado las audiencias, los oyentes o la circulación de las revistas, y donde el gozo pasa por los roces políticos, por los enjuagues, por las cosas medio truchas que se hacen en los medios.
- **Hoy día el mejor negocio de los diarios a nivel mundial pasa por hacer ediciones gratuitas, vender muchos avisos o publinotas. Se fue todo al carajo en ese sentido.**

- Yo creo que en El Porteño había un 60 o 65% de los lectores que eran militantes de la revista, que la coleccionaban.
- **Y que escribían a la redacción.**
- Sí, claro. El resto tenía que ver con el impacto de la tapa o de la nota de tapa.
- **¿Participabas en las reuniones de sumario, donde se elegían las tapas?**
- No muy activamente.
- **¿Con quienes te sentías más cercanos de los miembros de la revista? Porque vos tenías entre 25 y 30 años entonces, pero había miembros que tenían más de 50.**
- Venía por ahí más o menos, con la misma camada de Daniel Molinas, el Beto Salinas, Ferrari, Eduardo Rey, Marcelo Helfgot, como que había una corriente de mayor cercanía por opiniones, formas de ver la actualidad, una amistad que se fue construyendo. Acordate que la cooperativa, como se fue construyendo, era integrada por unos 30 periodistas, pero el equipo que más se movía eran 10 tipos.
- **Eso imagino que se iba cambiando a medida que circulaban por otros medios.**
- Sí, sí.
- **¿Te acordás puntualmente alguna anécdota referida a los miembros de la revista que después se hicieron famosos en TV o en prensa?**
- Recuerdo una de Rolando Graña, a quien Lanata lo había convocado desde Página/12. Estaba con su nota en la mano, hecha a máquina de escribir en papel pautado, Rolando estaba súper nervioso con la nota en la mano porque iba a llevarla a Página, como una cosa súper importante.
- **¿Te acordás de qué era la nota?**
- Seguramente algo de cultura o espectáculos, por esos lados venía Rolando Graña.
- **¿Era muy joven Rolando, en comparación con ustedes, no?**
- Sí, era más joven.
- **¿Alguno de ustedes había pasado por escuelas de periodismo? ¿O no se había dado el boom todavía?**
- Yo fui a una, al Círculo de la Prensa, pero la mayoría no tenía esos estudios que son un boom en el actual contexto. Eran formados en otro lugar, o escritores. Tiffenberg venía del lado de la sociología, Lanata de caminar el periodismo, el Beto Salinas de la vida misma. También estuvo Herman Schiller, que había sido director de Nueva Presencia: queda en la historia de las publicaciones que se jugaron con los DDHH durante la

dictadura, como The Buenos Aires Herald, la revista Humor, El Porteño y Nueva Presencia. Una revista de la colectividad judía pero que tocaba muchos temas que tenían que ver con la realidad nacional.

- **¿Dependía de alguna organización de la colectividad?**

- No, era una revista privada. Pero en contra de lo que uno puede pensar que pasaba durante la represión, a veces había más presión al director por parte de la comunidad judía organizada. Decían “Estos izquierdistas en qué lío nos meten”. Recuerdo que durante la guerra de Malvinas se había sacado un ensayo de Carlos Brocato con una postura que rompía con la unanimidad del momento. Tenía un tinte pacifista que criticaba la aventura de la guerra y a la izquierda por haberse sumado a esa aventura. Yo estaba en Pueyrredón y Corrientes charlando con Herman Schiller a propósito de esa nota, y nos preguntábamos “¿Cuándo viene la bomba?”, porque éramos comunistas, judíos y anti guerra de Malvinas... las teníamos todas. ¡Anti patriotas! Éramos la sinarquía. Es un milagro que nunca pasara nada, porque se publicaban cosas realmente interesantes.

Esa revista venía a la cola de la tradición de los diarios de colectividades de Argentina, porque fue como un desprendimiento de Die Presse, que fue un diario que salía en idioma yiddish que leían los socialistas, los anarquistas, los obreros de europa oriental que leían eso. Nueva Presencia había nacido como un suplemento de Die Presse. Después tomó autonomía.

- **¿Vos empezaste a escribir ahí?**

- Sí, mis primeras notas ahí. Donde circulaba muchísima gente porque abría el juego en un momento en donde no había muchos lugares donde publicar cosas distintas.

- **Además imagino que ayudaba mucho la cantidad de intelectuales que tenía la colectividad.**

- Así como la dictadura militar, en varios de sus sectores tenían un espíritu muy antisemita, que quedó probado durante la represión, también tenían ese mito del poder y de la conspiración de los judíos. Entonces le tenían miedo, decían por un lado “hay que liquidarlos” pero por el otro “son tan poderosos, manejan las finanzas, los medios”. Esa revista jugaba con eso un poco.

- **Y por ahí la redacción era un depto de 2 ambientes...**

- Era caótico. Yo cuando estaba ahí, un día suena el teléfono y atiendo. Era James Nielson, que en un momento dirigió el BAH, que me convocó para escribir en el diario de Río

Negro. Yo lo conocí a Levinas dándole lugar en esta revista cuando le pusieron la bomba en la calle Cochabamba.

Recuerdo que una vez estaba en la redacción de El Porteño donde pasaba todo tipo de gente, estaba la actual senadora de la Coalición Cívica María Eugenia Estenssoro. Una chica liberal de izquierda, que finalmente como dijo después Lanata, él nunca fue de la guerrilla montonera o de izquierda, siempre quiso ser como los demócratas norteamericanos o como los laboristas ingleses. Por eso en algún sentido, Lanata no traicionó a la izquierda y se pasó de bando. Desde mi punto de vista, él no puede entender lo que significan los procesos latinoamericanos, la cuestión nacional, sus líderes carismáticos. Hay un desfase total entre lo que se piensa de Lanata y lo que es la realidad.

- **Levinas sí era más de izquierda, no?**

- Sí, pero siempre desde el lado de la ecología, de los pueblos originarios, los derechos humanos.

- **Tenía más onda con el humanismo que con el PST, podríamos decir.**

- Sí, nunca fue de la izquierda clásica, marxismo-leninismo-troskismo. Esa impronta la tuvo El Porteño, que era una corriente de época que representaba lo que pasaba en ese momento.

- **Es muy interesante el paso de la etapa de Levinas a la etapa cooperativa porque cambian los temas, porque si bien se mantiene el aire mal llamado progresista, hay un cambio en los temas. Empiezan a hablar más de política, a hacer más investigaciones. Al principio de la etapa de Levinas, no querían pudrirla.**

- Después vino un impacto periodístico constante. Mucha gente no podía evitar no mirar las tapas, siempre te develaba algo.

- **Con respecto al asalto al cuartel de La Tablada. ¿Era muy claro para ustedes que Página/12 tenía un compromiso con el movimiento MTP?**

- Se sabía algo a medias. El MTP era un movimiento legal, amplio, pluralista. Había religiosas, gente de varios lados. Alfredo Leuco estaba ahí también. No estuvo en El Porteño, estaba en Clarín.

- **¿Había una crítica a los medios tradicionales?**

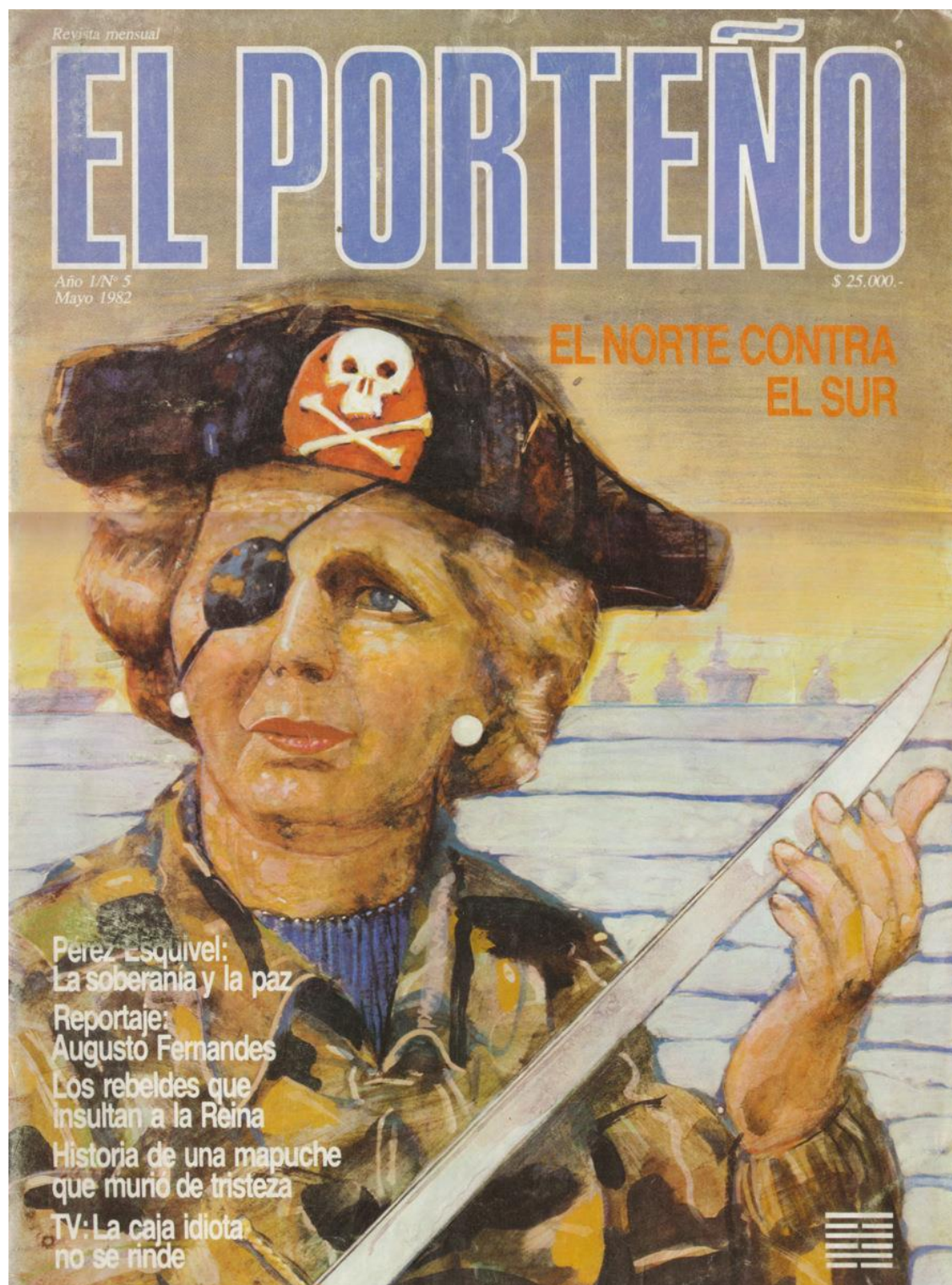
- Lo que hubo en estos años durante el kirchnerismo es enorme, es inimaginable. Ni en esa época, que éramos más jóvenes, en que había amplia libertad, se hacía el nivel de crítica

tan directa. Quizás yo habré hecho alguna nota a Mariano Grondona o a otro periodista. Todavía los medios no tenían la potencia o el poderío, no eran tan grandes como para estar en el sistema financiero, en el sistema médico o en todo tipo de negocios. El mérito del kirchnerismo, no quizás como una política pensada pero sí en los hechos, ayudó a que la gente le saque la careta a las vacas sagradas. Era inimaginable hablar con nombre y apellido y decir por ejemplo “Joaquín Morales Solá a través de su columna representa los intereses de la embajada de EEUU”. Este proceso fue muy rápido en ese sentido, como algo positivo, me parece que hay consciencia en mucha gente que cuando lee o cuando escucha pone un freno, una luz amarilla, para pensar de dónde viene lo que lee o lo que escucha.

Tapas de El Porteño



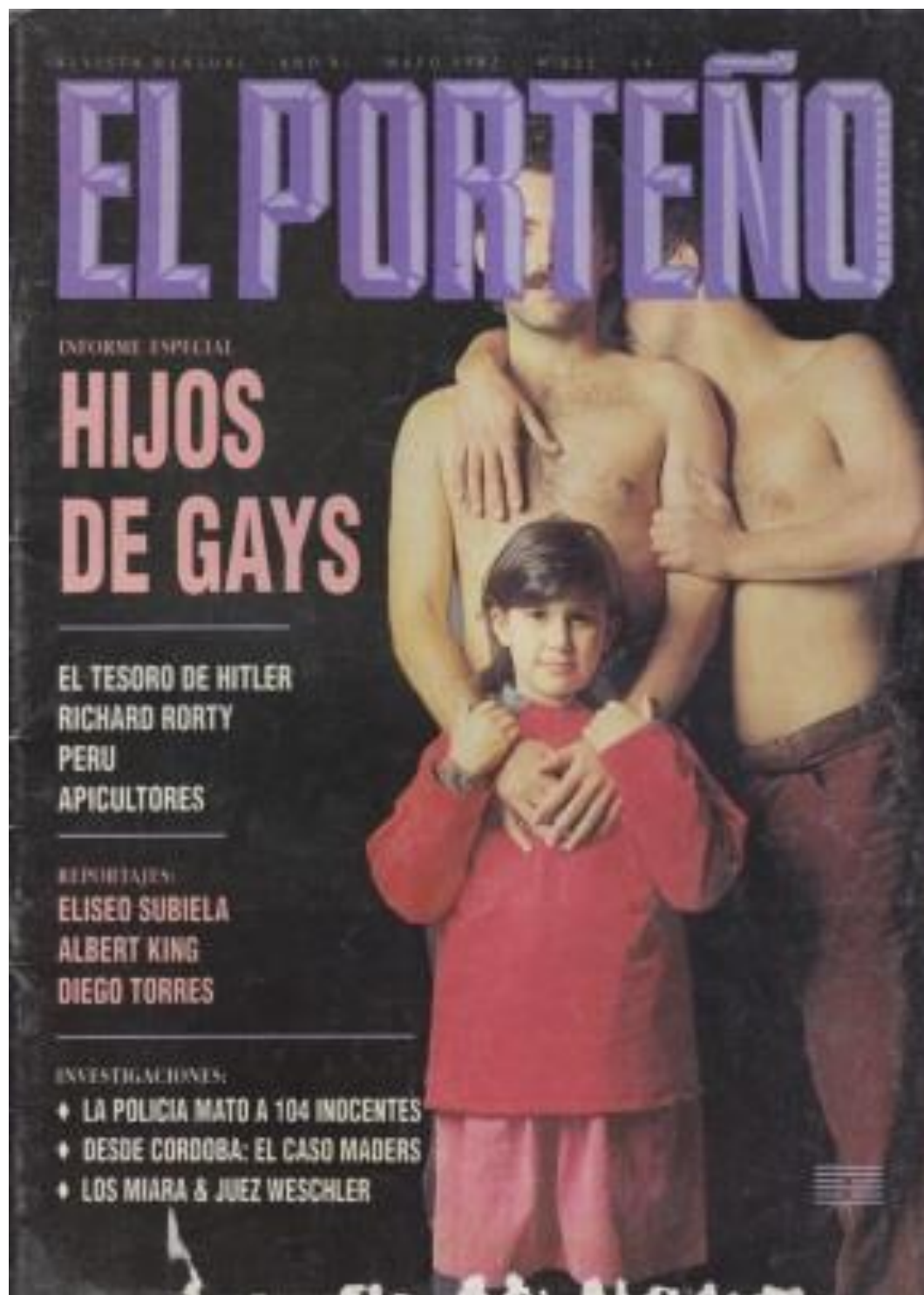
1 La primera tapa de El Porteño (enero 1982)



2 La tapa del número 5, de mayo de 1982.



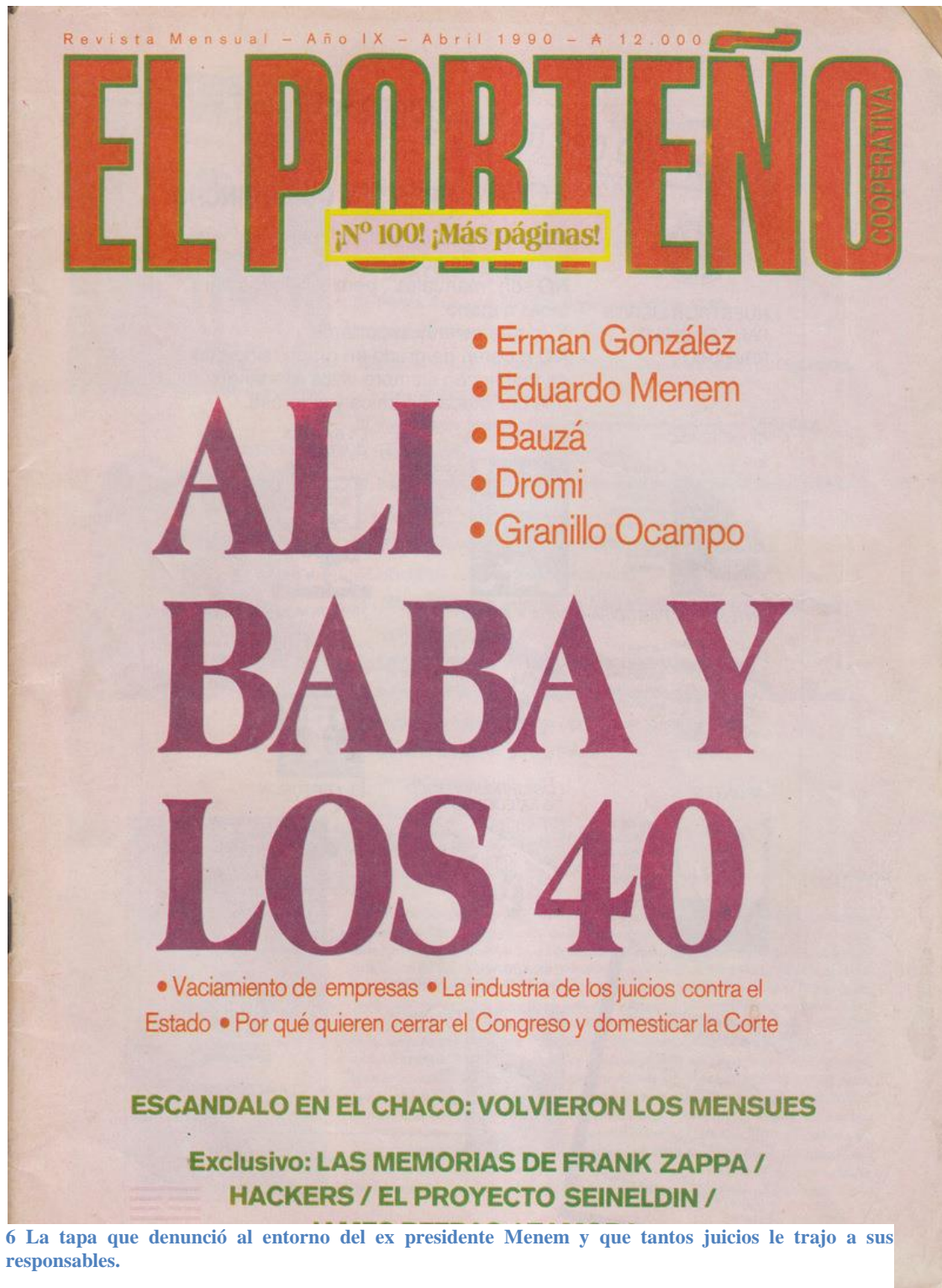
3 Todavía en dictadura, se trataban temas tabú.



4 Hijos de gays (mayo de 1992)

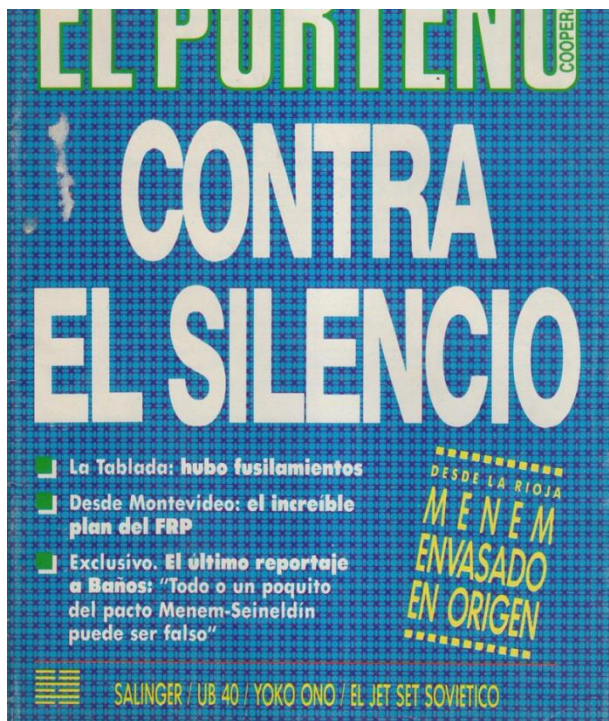
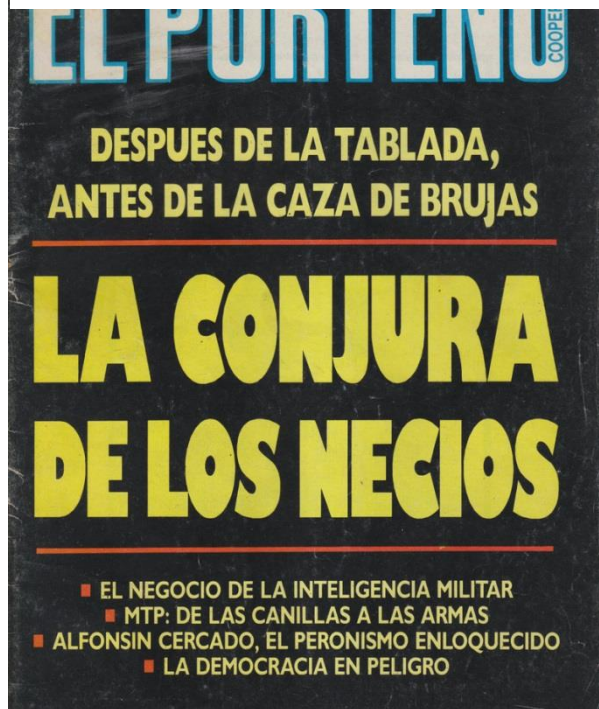


5 Divina TV Führer: debates sobre el rol de los medios (marzo 1992).



6 La tapa que denunció al entorno del ex presidente Menem y que tantos juicios le trajo a sus responsables.

7 Las dos tapas sobre el asalto a La Tablada. En la primera se denuncia al MTP; en la segunda se pide la aparición de los fusilados en democracia.



8 El debate por la despenalización ya era una realidad en 1992.